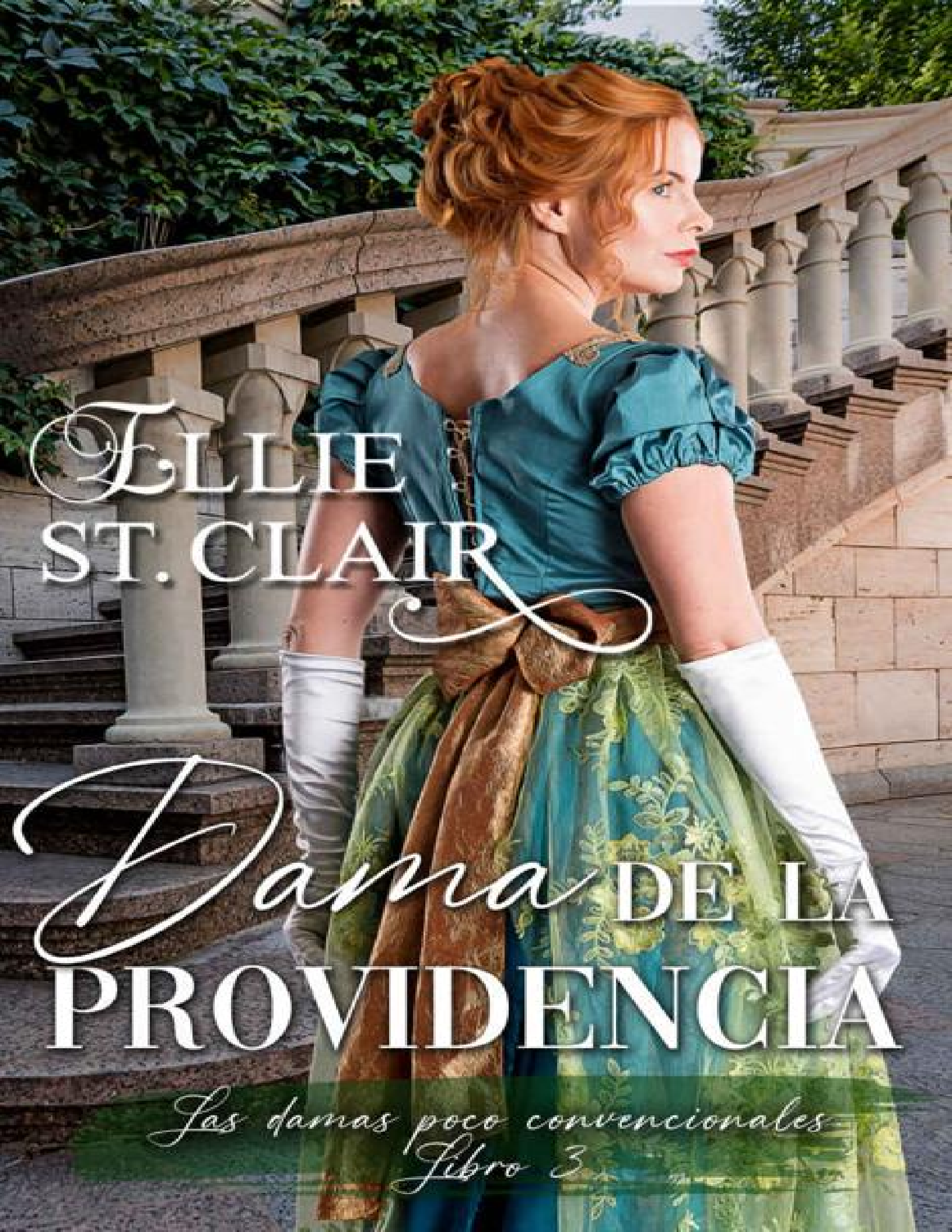

Ellie St. Clair
Dama de la Providencia
Las damas poco convencionales
Libro 3

Dama de la providence

LAS DAMAS POCO CONVENCIONALES

LIBRO TRES

ELLIE ST. CLAIR



Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Otras Obras de Ellie St. Clair
Acerca de la autora

© Copyright 2022 Ellie St. Clair

© de la traducción 2025

Título original: *Lady of Providence*

Reservados todos los derechos.

Este libro, tanto completo como sus partes, no puede reproducirse de ninguna forma, ni almacenarse mediante ningún sistema, ni transmitirse por ningún medio, sea electrónico, mecánico, de grabación, en fotocopias, o de cualquier otra manera, sin permiso previo del editor.

Facebook: Ellie St. Clair

Cubierta AJF Designs

¿Quieres conocer mis últimas novedades? ¡Apúntate aquí a mi newsletter en español!

* * *

Las damas poco convencionales
Dama de misterio
Dama de fortuna
Dama de la providence
Dama de charada

www.elliestclair.com

Prólogo

LONDRES, 1810

El aroma a pergamino fresco y antiguos libros de contabilidad encuadernados en piel flotaba por la oficina, que estaba forrada de estanterías de caoba repletas de interminables registros. Elizabeth se hundió en uno de los mullidos sillones de piel, que la envolvió con la misma comodidad que un abrazo de su abuelo. Devolvió la sonrisa que él le dedicó desde el otro lado de su sólido escritorio de madera mientras cogía la copa de líquido ambarino que había llegado durante la última hora, que habían pasado revisando los últimos estados de pérdidas y ganancias del banco.

—Aprendes rápido, Lizbeth —dijo él, y el corazón de Elizabeth se enterneció, pues su abuelo nunca ofrecía un cumplido que no considerara merecido.

—Gracias, abuelito —respondió, alzando su copa hacia él antes de que ambos dieran un sorbo al brandy, que él siempre insistía en tomar, aunque Elizabeth debía admitir que más bien disfrutaba de su sabor—. Pero debo decir que es fácil aprender cuando el tema es tan interesante como este.

Él se rio entre dientes.

—No todos sienten lo mismo que tú, desafortunadamente. Vaya, tus primos... —suspiró y negó con la cabeza, y Elizabeth sonrió con pesar, conociendo sus opiniones sobre la mayoría de sus primos.

—Todos son o más engreídos de lo que uno podría imaginar o tan necios que apenas puedo soportar el tiempo en su compañía. No solo eso, todos excepto tú han rechazado la invitación para pasar tiempo aquí conmigo aprendiendo el oficio.

—Es su pérdida —dijo Elizabeth, arqueando una ceja—. Porque no puedo imaginar mejor día que uno pasado contigo. Gracias por compartir tu conocimiento, a pesar de que es únicamente para mi propio disfrute y te estoy apartando de asuntos mucho más importantes.

—Bueno —dijo su abuelo bruscamente sin mirarla a los ojos. Ella sabía que sus palabras le habían conmovido, pero él nunca, jamás lo

admitiría, ya que mantenía su exterior endurecido a pesar de la ternura que ella sabía que yacía en su interior—. Nada es más importante que mi tiempo contigo, Lizbeth. Solo me complace que entiendas el negocio tan bien como lo haces. No es inaudito que las mujeres participen en los bancos, ¿sabes? Puedo hablarte de más de unas cuantas que han hecho un excelente trabajo como socias, aunque la mayoría están en el campo. Ahora dime, ¿qué piensas de lo que acabamos de revisar? ¿Hay algo que te preocupe?

Elizabeth hizo una pausa, contemplando su pregunta mientras miraba a su alrededor la confortable habitación que era la esencia misma de su abuelo —y con razón, pues había sido el socio principal del banco durante los últimos cincuenta años, desde su propio vigésimo cumpleaños. No estaba segura de si alguna vez había pasado más de un día lejos del edificio en todos esos años. El sólido mortero de ladrillo que era el hogar de Clarke & Co. era tan fuerte como el negocio que su abuelo había construido durante las últimas décadas. El pequeño banco que había heredado en su juventud se había convertido en uno de los más respetables y conocidos de Londres.

A Elizabeth no le gustaba nada más que seguirlo por los largos pasillos, viéndolo saludar por su nombre a cada una de las muchas personas que trabajaban en el edificio, ya fueran los empleados más novatos o los socios más veteranos después de él. Siempre le decía que un pequeño gesto, como preguntar por la familia de un hombre, significaba más de lo que probablemente se daban cuenta.

Volvió sus pensamientos al tema que tenían entre manos: los libros de contabilidad que le había pedido revisar.

—Parece que hay alguna anomalía extraña, un patrón, si se quiere —dijo—. Es tan pequeño que apenas se nota, y sin embargo, los libros están ligeramente descuadrados por la misma cantidad y de la misma área con demasiada frecuencia.

Su abuelo, Thomas Clarke, asintió en señal de aprobación.

—Muy bien —dijo—. ¿Y cómo investigarías a continuación qué está ocurriendo?

—Pediría ver los libros de contabilidad más detallados de esas cuentas en particular, para determinar qué tienen en común. ¿Es el

mismo personal el que trabaja en ellas? ¿Están relacionadas las cuentas?

—¿Y si descubres que un empleado en particular es el culpable?

—Debería ser expulsado del banco.

—¿Y si dicho empleado está trabajando no solo para sí mismo sino junto con uno de los socios?

—Entonces el socio también debería ser relevado de su responsabilidad —dijo sin vacilar—. ¿Por qué, es esto lo que ha ocurrido?

—Creo que sí —dijo su abuelo con un suspiro—. Sabes, Lizbeth, siempre he sido muy cuidadoso en cuanto a quién nombraba socio, porque es mucho más fácil dar la bienvenida a un nuevo socio que retirar a uno actual. Y sin embargo... parece que he cometido un error.

Parecía tan decepcionado consigo mismo que Elizabeth se inclinó hacia delante sobre el escritorio y colocó una mano sobre la suya.

—No es culpa tuya —dijo ella—. La gente a menudo oculta su verdadero carácter. Como bien sabes por tus experiencias con las personas del *ton*, nadie es quien dice ser.

Él negó con la cabeza, su cabello gris todavía bastante abundante, enfatizando el aspecto señorial que siempre había mantenido. El único reconocimiento real a su edad y los años dedicados a analizar libros eran las gafas que ahora llevaba bajas cerca de la punta de la nariz para leer las palabras garabateadas entre los libros de contabilidad del banco.

—Nunca entenderé por qué tu madre estaba tan decidida a encontrar una forma de convertirse en una de ellos —dijo con un suspiro—. Pero, afortunadamente para ella, tu padre, el Vizconde Shannon, estaba enamorado de su belleza y, con un poco de ayuda de la importante dote que le proporcioné, pudo conseguir todo lo que siempre quiso en la vida. Todo lo que, aparentemente, solo era alcanzable con un título. Desafortunadamente, ahora se cree por encima de todos nosotros, pero de alguna manera su hija resultó ser la mujer más magnífica —después de tu abuela— que jamás haya conocido.

Las mejillas de Elizabeth se sonrojaron. Era consciente de lo afortunada que era de tener a su abuelo en su vida, especialmente porque su propio padre apenas notaba que existía. Estaba demasiado ocupado en sus clubes y con juegos de azar, que ella nunca entendió. Ella prefería lo que era seguro.

—Ella debe, en el fondo, apreciar todo lo que has hecho por ella. Y yo estoy eternamente agradecida por lo que me has proporcionado a lo largo de mi vida.

Thomas resopló.

—Soy muy consciente de que tú lo estás, Lizbeth, pero en cuanto a tu madre, es amable de tu parte intentar apaciguar a un viejo, pero conozco bien la verdad. Ahora, en cuanto a este asunto. Actualmente tengo el poder de elegir qué socios permanecen y cuáles contratamos —explicó—. Es tanto un privilegio como una maldición.

—Puedo entender por qué te sentirías así —dijo Elizabeth—. ¿Qué harás?

—Discutiré con el socio lo que creo que ha ocurrido, y lo removeré si debo hacerlo. Si lo hago, una vez que tenga pruebas de sus acciones, me aseguraré de proporcionar una explicación completa a los demás socios, por supuesto —dijo su abuelo, recostándose en su silla—. Es importante, Elizabeth, poder confiar en todos los socios de la empresa. Este banco ha sido fundado en la integridad, la lealtad, la respetabilidad y el honor, y si eso alguna vez cambiara, temo las repercusiones que podría haber.

—Bueno, entonces, somos afortunados de que estés al timón para guiar el barco —dijo Elizabeth con una sonrisa, pero su abuelo tenía una expresión seria.

—No siempre estaré aquí, Lizbeth, así que debo asegurarme de que mi legado permanezca intacto.

—Oh, no digas tal cosa —dijo Elizabeth, sus párpados descendiendo para ocultar cuánto le afectaban sus palabras. Aunque sabía que sus abuelos se hacían mayores, por supuesto, apenas quería pensar en cómo sería la vida sin ellos, pues siempre le habían proporcionado la calidez y la comprensión que nunca había sentido de sus padres.

—Es la verdad —dijo encogiéndose de hombros—. Desearía poder contratar a alguien como tú como empleada para que ascendieras por la empresa, pero por supuesto, eso nunca estaría bien visto. Como mi propio hijo murió demasiado joven, y su hijo es un desastre incompetente... debo, por lo tanto, impartir todo mi conocimiento a alguien que escuche. Tu hermano es bastante afable, pero no podría mantener su atención durante una hora si lo intentara. Necesito a alguien en quien pueda confiar —hizo una pausa antes de continuar, y ella se preguntó a quién se refería. Deseaba que pudiera ser ella, pero por desgracia, era una mujer, y por lo tanto, nunca podría ser—. Mis disculpas por la morbosidad de tal discusión. Ahora, cuando se trata del personal y sus salarios, uno debe pagarles lo suficientemente alto para mantener la lealtad y para asegurarse de que están bien atendidos y pueden cuidar de sus familias. Es importante buscar el talento y recompensar a aquellos que van más allá. ¿Tiene esto sentido?

—Lo tiene —dijo Elizabeth con un asentimiento—. Aunque debo preguntar, ¿por qué es tan importante supervisar todo esto tú mismo? ¿Nunca piensas que te gustaría pasar más tiempo en casa con la abuela, empezar a dejar este trabajo a otra persona? Madre dice que hay personas perfectamente capaces trabajando dentro de la empresa, y aunque soy muy consciente de que ninguno de ellos podría acercarse a proporcionar el mismo escrutinio y cuidado que tú proporcionas dentro de este banco, ¿no podrían algunos de ellos ser de más ayuda para ti?

El abuelo de Elizabeth juntó los dedos bajo la barbilla y apoyó los codos en el escritorio que tenía delante, con cuidado de no manchar la tinta fresca dentro de un libro.

—Ya has tocado la respuesta —dijo—. Nadie más se preocupa por un negocio como realmente lo hace la persona que más invertida está. No tomo a la ligera la responsabilidad de socio principal, porque nadie más construyó este negocio, o puede rastrearlo generaciones atrás hasta la época en que nuestra familia forjaba oro. Mi propia sangre está dentro de este banco. Si quiero asegurarme de que está funcionando a la mejor de sus capacidades,

debo hacerlo yo mismo, y asegurarme de que todo es como debe ser.

Elizabeth escuchó atentamente sus palabras, asintiendo mientras estaba de acuerdo con él, luego terminó la copa de brandy en la mesa frente a ella.

—Probablemente debería irme ahora, abuelito —dijo—. Madre no estaría contenta si estuviera en casa un minuto después del tiempo asignado para reunirse en el salón. Sólo el cielo sabe a quién ha invitado a cenar con nosotros hoy.

Elizabeth comenzó a levantarse, pero su abuelo levantó una mano para detenerla. Parecía que tenía una última pregunta para ella.

—He oído que te has vuelto particularmente amiga de un cierto Lord Gabriel Lockridge, hijo del Duque de Clarence —dijo, con un brillo en sus ojos—. Pero como esta información me llega a través de tu madre, pensé que sería mejor preguntarte directamente, ya que no hay garantía de que algo que ella me diga sea preciso.

Elizabeth estaba segura de que sus mejillas ahora estaban ardiendo, pero siguió manteniendo la cabeza alta. Este era su abuelo, un hombre que la conocía casi mejor que nadie, excepto quizás su esposa, la abuela de Elizabeth.

—Él y yo nos hemos vuelto bastante cercanos, es cierto —dijo, incapaz de sostener su mirada a pesar de sus intentos de parecer imperturbable—. Sé que parece una pareja bastante improbable: yo y un hombre que algún día será uno de los más poderosos de Inglaterra. Su familia y la de mi padre, sin embargo, han sido amigas durante muchos años, y hemos llegado a conocernos bien.

—¿Supongo que no es el hecho de que será un duque lo que te atrae de él? —preguntó su abuelo con una ceja levantada.

—¡En absoluto! —exclamó Elizabeth—. De hecho, considero que eso es más bien un inconveniente. ¿Puedes imaginarte las presiones que la sociedad debe imponer a una duquesa? Pero es bastante encantador y, lo más importante, es bastante inteligente, y encuentro que casi siempre ve lo bueno en las personas, aunque tenga una forma indirecta de demostrarlo. Pero creo que, si nos

encontráramos en un cortejo serio, la vida con él sería de lo más... interesante.

—La vida es lo que tú hagas de ella, Lizbeth —dijo su abuelo sabiamente—. Creo que tendré una conversación con el joven, para conocerlo mejor. Debes saber, sin embargo, Lizbeth, que más que nada deseo que seas feliz y amada. Pero también espero que puedas vivir tus propias pasiones, fuera del papel que un hombre pueda darte.

—Por supuesto, abuelito.

—¿Me lo prometes? ¿Nunca pondrás el deseo de un hombre por su vida por encima del tuyo propio?

Elizabeth se sobresaltó.

—No estoy segura de que ningún hombre estaría complacido con tal sentimiento.

—Solo prométemelo, Lizbeth.

—Muy bien —dijo ella, con los ojos muy abiertos—. Lo prometo.

Capítulo Uno

LONDRES, 1815

Gabriel Lockridge, Duque de Clarence, poseedor de no menos de cinco propiedades y señoríos, un escaño en la Cámara de los Lores, entrada garantizada a cualquier evento social al que pudiera desear asistir, y un hombre con riqueza ilimitada para gastar como le placiese, estaba aburrido.

Se encontraba sentado en el Club de Caballeros White's, mirando por la ventana la lluvia que caía del cielo, empapando a los transeúntes que se apresuraban de un destino a otro en este día sombrío y lúgubre. Distraídamente, tenía un oído atento a las conversaciones a su alrededor, pero si acaso, los chismes insustanciales que llegaban a sus oídos solo le frustraban más. Idiotas, todos ellos. Desde que su amigo más cercano, Jeffrey Worthington, Marqués de Berkley, se había casado, Gabriel carecía terriblemente de conocidos a quienes pudiera soportar por más de cinco minutos.

—¿Le apetece una partida de whist, Su Gracia? —solicitó un marqués recién nombrado y ávido, pero Gabriel lo despidió con un gesto, aunque logró esbozar una sonrisa forzada. Sabía que estaba siendo grosero, pero le resultaba difícil reunir mucho entusiasmo. No tenía ni idea de por qué había venido aquí esta noche, pero suponía que era mejor que quedarse en casa mirando al retrato de su padre al otro lado de su estudio, quien le devolvía el ceño fruncido.

—Clarence —escuchó a sus espaldas, y cuando se giró, Gabriel se sintió aliviado al ver un rostro que realmente le agradaba. El señor David Redmond, segundo hijo del Conde de Brentford. Aunque inferior a Gabriel en la escala social, era en realidad algo entretenido, a pesar de su reputación como un auténtico libertino; aunque quizás esa fuera una de las razones por las que Gabriel disfrutaba tanto de su compañía. Redmond sabía cómo contar una historia, y aunque algunas podían estar ligeramente adornadas, la mayoría eran bastante divertidas.

—¿Puedo acompañarle?

Gabriel hizo un gesto más, pero esta vez fue hacia la silla frente a él como invitación para que Redmond se sentara.

Redmond tomó asiento, pasándose una mano por el cabello, que era de un castaño tan claro que casi parecía rubio, muy distinto al pelo oscuro del propio Gabriel, que siempre se aseguraba de llevar perfectamente peinado.

Redmond se acomodó en los pliegues del sillón de cuero verde bosque, encendiendo un cigarro mientras fijaba su mirada en Gabriel, aunque pronto su expresión se tornó seria, con los ojos entrecerrados y las cejas fruncidas sobre ellos.

—¿Ocurre algo, Clarence? —preguntó—. Normalmente no tienes un aspecto tan sombrío. ¿Calculador? Sí, pero ¿sombrío? Nunca.

Gabriel suspiró, dando otro sorbo a su bebida.

—Estoy aburrido, Redmond —dijo e inclinó la cabeza hacia atrás para mirar el techo ornamentado y la intrincada araña que colgaba del centro.

—¿Aburrido? —Redmond casi resopló—. ¿De qué demonios puedes aburrirte?

Gabriel se encogió de hombros.

—De esta vida. Una fiesta tras otra, una mujer tras otra, ninguna que suponga un desafío. Aunque no me entretenga con mujeres casadas, parece que podría tener a casi cualquiera que elija. Las personas que frecuentan dichas reuniones son las mismas, noche tras noche, contando historias repetidas, presumiendo de sus conocidos, la mayoría de los cuales están al otro lado de la sala. ¿Cuál es el sentido de todo esto?

Redmond le miró con incredulidad.

—¿Hablas en serio? —preguntó—. Podrías tener cualquier cosa que desees, Clarence. ¿Aburrido en una fiesta? ¡Ve a un garito de juego! ¿Aburrido con una mujer? ¡Encuentra otra! ¿Aburrido con la equitación? ¡Practica esgrima! Apenas veo de qué puedes quejarte.

—Y ese es el mayor problema de todos —dijo Gabriel con un asentimiento.

—Además —continuó Redmond—, esperaba que regresaras de Newmarket hace unos meses con una prometida del brazo después de escuchar todos los rumores que volaron de vuelta a Londres en

alas de pajarillos. Pero no, ¡parece que el gran Duque de Clarence fue vencido por un jinete!

—Nunca fui vencido —dijo Gabriel indignado—. Mi intención nunca fue realmente cortejar ni desposar a Lady Julia.

—¿Entonces por qué la perseguirías?

—Llámalo un rompecabezas, si quieres, Redmond —respondió Gabriel—. Uno para el que ya conocía la solución, pero se requería mi ayuda para llegar a la conclusión.

Redmond negó con la cabeza.

—Hablas en acertijos, Clarence, pero que así sea. ¿Y cómo va el Parlamento estos días?

—Un aburrimiento. Hombres adultos discutiendo porque sienten que deben hacerlo cuando la respuesta es clara y simple, sin importar si uno es tory o whig, sino si tiene sentido común, algo que ninguno de ellos tiene.

Redmond juntó los dedos en forma de campanario y apoyó la barbilla en ellos.

—¿Tus propiedades?

—Me mantengo al tanto de los asuntos en cada una de ellas, ciertamente —convino Clarence—. Pero tengo administradores leales y de confianza que parecen hacer un trabajo brillante supervisándolas.

Miró por la ventana, posando los ojos en un pequeño muchacho que corría por la calle, con la gorra bien calada para protegerse de la lluvia que caía con fuerza. Su ropa estaba bastante harapienta, y claramente, no tenía mucho en este mundo. De hecho, muy probablemente se encontraba allí en James Street para hurtar algún bolsillo o dos, pero no había ninguno que encontrar ya que la mayoría se refugiaba con semejante clima.

Volvió a mirar a Redmond, negando con la cabeza.

—Esta es una conversación ridícula sobre las desgracias de uno de los hombres más ricos del país, cuya cuenta bancaria contiene más fondos de los que la mayoría vería en toda su vida.

Redmond pareció ligeramente confundido por un momento, pero luego inclinó la cabeza muy ligeramente mientras estudiaba a Gabriel.

—He oído que eres socio de un banco, ¿es cierto?

—Sí, aunque parezca increíble: Clarke's. Aunque no estoy del todo seguro de querer ocupar esa posición. Es bastante inusual, para un duque. Fui nombrado hace unos años, cuando... las circunstancias parecían indicar que me acercaría aún más a la familia. Luego todo cambió, excepto la sociedad. No asumí un papel activo, así que Clarke parece complacido de mantenerme a bordo, y yo le complazco votando con él cuando es necesario.

—¿No te interesan los asuntos del banco?

—Por supuesto que no —respondió con incredulidad—. Y como todo lo demás en mi vida, no veo que eso vaya a cambiar pronto.

* * *

Una semana después

Elizabeth estaba sentada rígidamente en el borde de su cama, mirándose en el espejo sobre su tocador. El negro, decidió, no le sentaba bien. Hacía que su piel fuera tan blanca que parecía prácticamente translúcida, lo que habría estado bien si no resaltara las pocas pecas sobre su nariz haciéndolas mucho más prominentes. Se parecía a una bruja de algún tipo, con su cabello tan rojo que no parecía del todo apropiado, a pesar de que lo llevaba recogido en un elegante moño, sin un solo rizo escapándose.

Elizabeth salió de sus pensamientos, recriminándose por su vanidad mientras miraba sus manos sobre su regazo, tan fuertemente apretadas que casi estaban blancas.

Su abuelo había muerto. El hombre que tanto había significado para ella, que le había mostrado lo que era ser responsable, leal, digna de confianza y honesta, se había ido, dejando un vacío en su corazón. Era uno que ciertamente no sería llenado por sus padres, pensó sombríamente mientras se levantaba y se obligaba a salir por la puerta, agarrando la barandilla de la escalera de su casa de ciudad mientras descendía hacia el frío y austero salón, donde sus padres la esperaban.

—Elizabeth Moreland, ¿dónde has estado? —la interrogó su madre—. Tu padre y yo llevamos esperando casi una hora. Debemos estar en la lectura del testamento con tiempo suficiente para escuchar todo y asegurarnos de que nadie haga nada indigno para recibir su parte de las riquezas de Padre. Aunque la sociedad probablemente irá a parar a tu primo Henry, por supuesto. Oh, si tan solo Terrence hubiera mostrado más promesa, o si tú hubieras sido un hijo, Elizabeth, entonces podrías haber tenido la oportunidad, ya que mi padre siempre estuvo tan encantado contigo.

—Lamento mucho haberos decepcionado, Madre —dijo Elizabeth con sequedad.

—No pasa nada, querida —resopló su madre, y Elizabeth quiso poner los ojos en blanco, pero ahora no era el momento de causar ningún tipo de desavenencia entre ellas—. ¡Ahora, debemos irnos!

—¿Estás emocionada, Madre? —preguntó Elizabeth, horrorizada ante la idea, pero desgraciadamente, parecía ser cierto, ya que su madre volvió su rostro estrecho y afilado hacia ella con los ojos brillantes de anticipación.

—Por supuesto que no —fue la negación de su madre, aunque Elizabeth sabía perfectamente que no era así. Mientras seguía a sus padres al carruaje, se desesperó por lo que sería de Clarke & Co. si fuera mal gestionada por alguien como Henry. Apenas podía pensar en ello, aunque dudaba que su abuelo la dejara en manos de Henry, sabiendo como sabía lo que Thomas pensaba de su primo.

Pero era un pensamiento difícil de ignorar cuando entraron en el salón de la casa de su abuela. Elizabeth saludó a su hermano menor, Terrence, quien le pellizcó la mejilla en una muestra de afecto. Elizabeth amaba inmensamente a su hermano, ya que era del tipo encantador con un corazón de oro, pero también repartía su amor por los demás —particularmente mujeres— quizás un poco demasiado. Hacía tiempo que había dejado el hogar familiar para instalarse en una pensión, pues le dijo a Elizabeth que ya no podía soportar las miradas de desaprobación de sus padres respecto a los horarios que mantenía ni las preguntas sobre los lugares que visitaba.

Elizabeth saludó a su abuela con un abrazo sincero —lo suficientemente decoroso, pero a la vez transmitiéndole todo lo que deseaba decir, pues no podía contarle exactamente lo que sentía en ese momento delante de toda esa gente, familia o no.

Eran buitres, todos ellos, decidió. ¿Cuándo fue la última vez que alguno de ellos había considerado una acción que beneficiara a alguien además de a sí mismos?

Su madre tenía dos hermanos: un hermano mayor, fallecido hacía unos años, que tenía hijos propios, incluido Henry, y una hermana mayor, madre de tres hijas y un hijo.

El salón probablemente nunca había estado tan lleno como en este momento con todos ellos reunidos. Un abogado de aspecto elegante, con el pelo negro pulcramente peinado hacia atrás, estaba sentado frente a todos ellos en una silla con un respaldo tan recto como él mismo.

Se subió las gafas hasta los ojos y se aclaró la garganta en un intento de captar su atención, pero fue pronta y decididamente ignorado.

Frunció el ceño con consternación e intentó una vez más con un sonoro "ejem". Elizabeth sintió pena por él; no debía ser un aspecto agradable de su trabajo, reunirse con familias en duelo, aunque aparte de ella misma y de su abuela, la mayoría de los presentes en la sala no parecían particularmente tristes, sino inquietos, en todo caso.

Lo cual tenía cierto sentido. Thomas Clarke había amado a Elizabeth con todo su corazón y se había asegurado de que ella lo supiera; sin embargo, también pensaba que la mayoría de su familia eran "idiotas, todos ellos", y no se callaba sus opiniones.

Elizabeth se sentó junto a su abuela en el pequeño sofá, tomando su fría mano entre las suyas. Justine Clarke miraba directamente al hombre de la silla, sin decirle nada más a Elizabeth, aunque le apretó la mano con fuerza en agradecimiento por su apoyo, ya que claramente no deseaba otra cosa que terminar con todo este proceso.

El abogado se puso de pie y golpeó con los nudillos la pequeña mesa de escritorio que había a su lado hasta que finalmente captó la

atención de la multitud frente a él. Suspiró con tal alivio que Elizabeth se habría reído de haber sido en otras circunstancias, y luego se sentó de nuevo en la silla de madera que habían traído de otra habitación de la casa —probablemente del almacén, pues la abuela de Elizabeth estaba orgullosa de su casa y siempre se aseguraba de que estuviera a la última moda.

Esta misma habitación, el salón, era una estancia alargada en el lado sur de la casa. Las ventanas de guillotina que la rodeaban dejaban entrar abundante luz diurna, mientras que las molduras blancas de la cornisa acentuaban las paredes de color amarillo pálido, que estaban adornadas con hermosos retratos de la familia, así como paisajes del campo inglés. La familia Clarke nunca había poseído realmente una casa fuera de Londres desde que se mudaron a la ciudad un par de generaciones atrás, pero Justine procedía de un pequeño pueblo rural y le gustaba tener recordatorios de su hogar en las paredes.

Hoy, los muebles habían sido recolocados para adaptarse a la ocasión, de modo que todos miraban al abogado como feligreses frente al pastor. Pero el funeral en sí vendría más tarde. Este era un asunto completamente distinto.

—Gracias a todos por su asistencia —dijo el abogado con voz tensa—. Permítanme expresarles mis sinceras condolencias a todos ustedes. Soy el señor Smith, y ha sido un placer servir como abogado del señor Clarke durante los últimos años, como lo fue para mi padre durante décadas. Thomas Clarke era un hombre que se preparaba para todo en la vida, y su muerte no fue una excepción. Tengo en mis manos el testamento que preparó hace unos años. Si bien mi padre supervisó la redacción del testamento, yo también estuve presente en la sala y puedo dar fe de que estaba en plena posesión de sus facultades mentales y de su semblante.

—Al grano —murmuró Henry desde dos asientos más allá, y Elizabeth se inclinó alrededor de Terrence para fulminarlo con la mirada.

—Muy bien —dijo el señor Smith, aunque claramente no estaba nada complacido. Tras unos comentarios introductorios, comenzó a enumerar los nombres de los distintos miembros de la familia

presentes en la sala, pronunciando anualidades para cada uno de ellos, ninguna de ellas insignificante; Thomas Clarke había sido un hombre muy rico.

—"Durante el resto de su vida, mi patrimonio, además de las anualidades previamente enumeradas, será dejado a mi amada esposa, Justine" —leyó, y la abuela de Elizabeth apenas contuvo un pequeño sollozo—. "Mi casa en Londres, la sociedad principal de Clarke & Co. y, tras la propia partida de mi esposa de esta tierra para reunirse conmigo, todo mi patrimonio, será legado a mi nieta, Lady Elizabeth Moreland".

Capítulo Dos

Los jadeos resonaron por toda la sala cuando el abogado leyó la última línea, con una sonrisa cubriendo su rostro, ya que claramente había estado esperando la reacción de la familia que tenía delante —la familia que no se había congraciado exactamente con él, pues prácticamente lo habían ignorado hasta el momento de leer el contenido del testamento—. Todas las miradas en la habitación se dirigieron hacia Elizabeth, que estaba tan sorprendida como el resto. Justine, que evidentemente conocía el contenido del testamento, apretó la mano de Elizabeth y le dedicó una sonrisa llorosa. Los ojos de Terrence estaban muy abiertos, pero sonrió a Elizabeth cuando ella se volvió hacia él y asintió ligeramente con la cabeza en señal de apoyo, mientras un murmullo comenzaba en algún lugar de la sala, creciendo en intensidad con cada momento que pasaba.

Elizabeth no podía hacer nada más que permanecer sentada en un silencio estupefacto. ¿*Ella* era la socia principal del banco más renombrado de Londres? Siempre había pensado que su abuelo le transmitía conocimientos para su propio disfrute, pero nunca había considerado... esto.

—¿No puede hablar en serio! —exclamó finalmente Henry, y el señor Smith agitó las manos en el aire en un gesto que les indicaba a todos que se calmaran.

—El señor Clarke dejó una explicación si desean que la lea.

—¡Pues claro que sí, maldita sea! —se enfureció Henry.

—Por favor, tengan en cuenta que estas son sus propias palabras y no las mías —dijo el abogado, mirando a todos los rostros enfadados que tenía delante con una leve expresión de advertencia antes de volver los ojos a la página.

—«Soy perfectamente consciente de que la mayoría de mi familia no estará satisfecha con mi decisión, ya que todos tienen alguna idea preconcebida de su propio valor. Sin embargo, no importa que Lady Elizabeth sea una mujer. Es el único miembro de la familia que mostró algún interés en el funcionamiento del banco. Es el único miembro de la familia que pasó tiempo conmigo. Y también es el único miembro de la familia con cabeza sobre los hombros y la inteligencia suficiente para asumir tal responsabilidad».

—¡Nunca había oído algo así! —exclamó la madre de Henry, la tía Betsy de Elizabeth.

El señor Smith hizo una pausa, pareciendo ligeramente indispuesto, antes de continuar.

—«El resto de vosotros sois codiciosos, egoístas o incapaces de asumir cualquier responsabilidad; algunos sois todo lo anterior. Elegid lo que queráis. Eso es todo».

Los jadeos que se emitieron entonces fueron más que simplemente horrorizados, estaban indignados. La mandíbula de Elizabeth debía estar casi en su pecho, pues un suave dedo enguantado de blanco pronto la cerró delicadamente, volviendo luego el brazo al que estaba unido para deslizarse sobre el hombro de Elizabeth.

—Recobra la compostura, hija —susurró la madre de Elizabeth en su oído, haciendo que Elizabeth saltara sorprendida. Ni siquiera se había dado cuenta de que su madre estaba detrás de ella, tan absorta había estado en las palabras de Smith momentos antes.

Elizabeth podía sentir los dedos de su madre en el respaldo de su silla mientras Lady Moreland se levantaba y cruzaba elegantemente la habitación para colocarse junto al abogado, con una sonrisa cubriendo su rostro mientras miraba entre el hombre y el resto de su familia.

—Gracias, señor Smith, por atendernos esta mañana para comunicarnos los deseos de nuestro padre —dijo—. Ha sido muy...

interesante, creo que todos podemos estar de acuerdo. Estoy segura de que nos llevará algún tiempo superar su fallecimiento, así como asimilar lo... generoso que ha sido con algunos de nosotros. Con todos nosotros.

Aclaró su garganta.

—Gracias de nuevo. Si tuviéramos alguna pregunta, sabemos dónde podemos encontrarle.

¿Cómo conseguía su madre convertir todo lo que decía en una amenaza? se preguntó Elizabeth, pero entonces el abogado estaba asintiendo al resto de ellos. Se acercó a ella, le preguntó si podían reunirse de nuevo en un futuro próximo para asegurarse de que todo estuviera en orden, y Elizabeth logró esbozar una débil sonrisa antes de darse la vuelta y encontrar que el resto de su familia seguía mirándola fijamente.

—¡Pero ella es una *mujer*! —Era el primo Frederick de Elizabeth quien ahora expresaba su descontento. Su madre era la otra hija de Thomas—. ¿Cómo diablos se supone que una mujer va a asumir semejante posición? ¿Es siquiera legal?

—Lo es —dijo el abogado desde detrás de ella, interviniendo en la conversación, aunque su contribución fue recibida con miradas fulminantes. No pareció molestarle demasiado—. Hay información adicional en el testamento que no supuse que les interesaría en este momento, pero el señor Clarke fue meticulosamente detallado en lo que respecta a la herencia de Lady Elizabeth. Iba a hablar con ella sobre esto en una reunión separada, pero quizás es mejor que todos estén al tanto. El testamento dice que «el grueso del patrimonio irá a Elizabeth, para su uso único y exclusivo, independiente de cualquier deuda o contrato de su actual o futuro marido».

Una de las damas —una de sus primas, aunque cuál de ellas, Elizabeth no tenía idea pues todas eran tan parecidas— se rió desde el otro lado de la habitación y Elizabeth puso los ojos en blanco. Era muy consciente de que ninguna de ellas creía que alguna vez se casaría, y quizás tenían razón. Solo deseaba que fuera por elección y no por el hecho de que seguía siendo una mujer fría y práctica que no tenía tiempo para mostrarse remilgada detrás de un abanico ante cualquier caballero que pudiera estar inclinado a mirarla. Eso

probablemente cambiaría, pensó con una sonrisa irónica, ya que ahora era una heredera y habría muchos que estarían más que interesados en asumir tal fortuna, a pesar de lo meticuloso que había sido su abuelo en la redacción del testamento.

Su primo Henry claramente malinterpretó su leve sonrisa mientras se dirigía hacia ella.

—¿Lo sabías? —siseó Henry.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Elizabeth, recobrando la compostura. Este no era momento de permitir que nadie se diera cuenta de que le afectaba lo que pudieran pensar. Oyó que su tía Betsy resoplaba, pero mantuvo firme su espalda ante las respuestas que estaba segura que vendrían. Henry sería el peor, era muy consciente de ello, y no la decepcionó cuando se plantó frente a ella, con un dedo en su cara.

—Esa asociación debería ser mía —dijo en voz baja, aunque Elizabeth vio que su abuela podía oír sus palabras y no parecía particularmente complacida con ellas.

—¿Y por qué sentirías eso? —preguntó Elizabeth, levantando fríamente una ceja.

—Soy el nieto varón mayor de toda la familia. No tengo un padre que sea lord y pueda transmitir su título y todo lo que conlleva.

—Yo tampoco recibiré tal cosa, te das cuenta —respondió, reflexionando sobre el hecho de cuán acertado estaba su abuelo en lo que se refería a Henry: su primo era un idiota infantil.

—Obviamente —contestó—. ¿Y por qué pensarías alguna vez que deberías heredar una responsabilidad tan grande como un banco, donde no solo está en juego tu propio sustento sino el de cada cliente que deposita en él?

—Ciertamente puedo manejarlo mucho mejor de lo que tú jamás podrías —replicó.

—¿Ah, sí? —la desafió—. ¿Y qué vas a hacer? ¿Caminar por ahí preguntando quién quiere té cada mañana? ¿Bordar las cubiertas de los escribientes para las paredes?

Podría haberle abofeteado —su amiga Phoebe ciertamente lo habría hecho—, pero Elizabeth respiró hondo y contó hacia atrás desde diez mentalmente para mantener la calma.

—Te diré lo que *yo* haría —dijo él, entornando los ojos, y claramente había pensado en esto, aparentemente habiendo estado bajo la impresión durante algún tiempo de que él sería quien ocuparía el asiento detrás del escritorio de Thomas.

—¿Realmente quiero saberlo?

Él la ignoró y continuó.

—Se necesitan cambios importantes en Clarke & Co. —dijo con mucha seguridad—. La sociedad necesita sangre nueva. Ya no puede estar compuesta por los contemporáneos y favoritos del abuelo. Conozco a muchas personas que serían magníficos socios, y me aseguraré de compartir esos nombres contigo... por el momento. Supongo que estarás allí mañana, ¿no? Yo ciertamente lo estaría. Ahora, en cuanto a los salarios. Son mucho, muchísimo demasiado altos. Vamos, esa gente son escribientes, no socios, y necesitan que se les pague como tales. Y las donaciones del abuelo, oh, definitivamente deben ser abolidas. ¿Por qué deberíamos pagar la cena de otra persona cuando esa gente podría trabajar por sí misma?

—Es una pregunta interesante viniendo de un hombre que propone recortar los salarios de los empleados, algunos de los cuales tienen grandes familias que alimentar. ¿Cómo, entonces, sugerirías que la gente evite necesitar donaciones de quienes tienen más de lo que necesitan?

—Vas a llevar ese lugar a la ruina —gruñó Henry, y Elizabeth enderezó su columna mientras comenzaba a replicar de una manera completamente educada, apropiada, pero sin tonterías. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca, una suave mano tocó su brazo y la apartó con suavidad.

—Henry, querido, me avergüenzas —dijo su abuela con una mirada severa. Justine Clarke tenía casi ochenta años, y sin embargo conservaba la fuerza interior que siempre había tenido, lo que Elizabeth admiraba profundamente. Justine era una mujer alta, casi tanto como Elizabeth, y estaba orgullosa del control que mantenía sobre su juventud.

—¿Abuela? —preguntó él con cierta consternación.

—Tu abuelo hizo lo que consideró mejor. Todo lo que le estás proponiendo a Elizabeth socavaría los principios mismos sobre los que construyó este banco, y que sugieras que ella podría hacer algo distinto a lo que considera correcto es ridículo. ¿Cuándo fue la última vez que asististe a un servicio religioso, niño? Porque tu abuelo estaba allí, sentado en el primer banco cada domingo, y cuando Dios le dijo que proveyera a los necesitados, ciertamente lo hizo, tanto a través del banco como de sus propios medios personales. Harías bien en aprender de tales lecciones. Pide disculpas a tu prima. Porque ella no merece tus palabras idiotas.

Henry fijó su mirada asombrada en su abuela, antes de dirigirla a Elizabeth y finalmente a su propia madre, que había venido a unirse a ellos después de oír tal conmoción desde su rincón de la habitación.

—Henry —dijo educadamente—. Quizás haz lo que dice tu abuela, y luego podríamos tener unas palabras solo nosotros dos.

Elizabeth no tenía sentimientos fuertes respecto a su tía Betsy. Siempre había seguido dócilmente a su marido, y una vez que él se fue, siempre había hecho lo que consideraba que era en el mejor interés de Henry.

—Disculpas, Elizabeth —murmuró, y luego llevó a su madre lejos de ellas.

Justine se volvió hacia Elizabeth y llevó sus frías manos a las mejillas de Elizabeth. No llevaba guantes, pues nunca se había considerado necesitada de un vestido mucho más elaborado que aquel con el que se había criado.

—Thomas sabía lo que hacía, querida —dijo, recorriendo con la mirada el rostro de Elizabeth—. Eres la única en quien confiaba, y sé que eres totalmente capaz. Puedes hacer esto.

Elizabeth asintió, pero en realidad no estaba tan segura.

Capítulo Tres

Exactamente una semana después de la lectura del testamento de su querido abuelo, Elizabeth estaba sentada una vez más frente a su tocador, contemplando los acontecimientos de la noche que se avecinaba.

Asistir al funeral de su abuelo no era una idea práctica. Ciertamente no era algo apropiado —para una mujer, eso es. Y, con toda seguridad, no era algo que la Lady Elizabeth Moreland de hace apenas dos semanas hubiera contemplado siquiera.

Pero ahora era más que Lady Elizabeth Moreland. Era Elizabeth Moreland, nieta de Thomas Clarke, y ahora la socia principal de Clarke & Co., el banco más grande de Inglaterra. Caminaba con una diana en la espalda y, sin embargo, era muy consciente de que si no asistía a un evento como este, solo proporcionaría a sus primos —particularmente a Henry— más credibilidad sobre por qué debería quitársele todo. Cómo lo harían, no tenía idea, pero ciertamente habían jurado hacerlo.

Después de la pesadilla que fue la lectura del testamento, Elizabeth permaneció aturdida durante la comida, en la que la mayoría de su familia simplemente la miraba fijamente, la mayoría con desprecio. Su madre estaba toda sonrisas, por supuesto, aunque en el momento en que entraron en el carruaje, todo de lo que pudo hablar fue de lo maravillosamente ricos que pronto serían, y ¿cuándo creía Elizabeth que podría empezar a generar ingresos?

Elizabeth le dijo a su madre que, desafortunadamente, no tenía idea, pero que una vez que pasara un período de tiempo aceptable —quizás, preguntó educadamente, ¿después de que tuviera lugar el funeral de su abuelo?— visitaría el banco y haría todas las preguntas necesarias.

—Pero... —había comenzado a decir su madre, pero Elizabeth acalló su pregunta con una mirada que pedía el silencio de su madre, al menos por el momento. Su padre, un hombre de menos palabras que su madre (aunque la mayoría de las personas lo eran), parecía bastante satisfecho mientras permanecía sentado con los brazos cruzados, finalmente proporcionando el único consejo que parecía impregnar sus pensamientos.

—Contrata a las personas en las que puedas confiar, y luego márchate de allí. Conserva tu parte, por supuesto, y recoge los fondos de ella. Bajo ningún concepto te involucres en ninguna operación, Elizabeth. Eso solo causaría un escándalo total.

Esa misma noche, Elizabeth comenzó a hacer un inventario de sus posesiones para determinar qué era, en realidad, suyo y qué era de sus padres. Lo había pensado mucho y había decidido que no podía ignorar lo que su abuelo le había dado, que era la responsabilidad y la posición que él sabía que ella amaría con toda su alma. Para seguir adelante, necesitaba la libertad de ir y venir a su antojo, de no tener que ser recibida por sus padres y su multitud de preguntas cada vez que bajaba las escaleras.

Como en este momento. Elizabeth había esperado hasta que su padre se fuera, y esperaba evitar a su madre, quien ciertamente no asistiría al cortejo hasta la iglesia ni al servicio en sí —no, no sería en absoluto apropiado para una dama inglesa hacerlo, que era ciertamente como se presentaba la madre de Elizabeth, a pesar de que se había criado en el hogar de Thomas y Justine Clarke, quienes provenían de orígenes modestos.

Bueno, Elizabeth podría ser una dama, pero esta noche iba a ser fiel a su abuelo y a lo que él esperaría de ella. Como a menudo le había dicho, poco le importaba la nobleza y sus reglas, ni creía en lo que siempre se referían como las sensibilidades de una dama. Así

que ahora, como su sucesora y la socia principal de Clarke & Co., Elizabeth iba a ir al funeral, le gustara o no a su madre.

Elizabeth miró por la puerta de su alcoba y bajó de puntillas los escalones, haciendo una mueca mientras la crinolina negra crujía con cada paso que daba. Maldito sea este maldito material, pensó mientras rodeaba las escaleras, apretándose más la capa. Su madre estaría sentada en el salón en la parte delantera de la casa, y Elizabeth solo tenía que pasar por la puerta hacia el exterior, donde podría ir alrededor de las caballerizas y hacer preparar un carruaje.

—Elizabeth Moreland, ¿adónde crees que vas?

Elizabeth había estado tan cerca —a solo unos pasos de la puerta — cuando su madre apareció en la entrada del salón. La mujer podría haber sido un Bow Street Runner, por la forma en que sabía cualquier cosa y todo lo que estaba sucediendo no solo en su casa sino entre todos sus conocidos. Era parte de la razón por la que Elizabeth tenía que irse lo antes posible, para ocuparse de sus propios asuntos.

—Voy al funeral del abuelo, madre —dijo, manteniendo la cabeza alta, y su madre, que se parecía tanto a ella con su cabello rojizo recogido hacia atrás, su nariz afilada y pómulos algo hundidos, la miró con incredulidad.

—¡No puedes hablar en serio! Elizabeth, ¿en qué estás pensando? ¿Y si alguien te viera?

—Ese es el punto —dijo Elizabeth con calma. Puede que ella y su madre se parecieran, pero sus semblantes eran completamente diferentes. Mientras que ambas mantenían el control de sus emociones cuando estaban en público, en casa su madre era conocida por gritar frecuentemente de rabia o desesperación. Le encantaba la atención—. El abuelo habría querido que fuera —dijo ahora con más suavidad, antes de cambiar a una táctica que estaba segura de que su madre entendería—. Además, si no voy, es solo una oportunidad más para que el resto de ellos se reúna contra mí, para que encuentren una razón para declararme incapaz para el puesto, o para invalidar el testamento del abuelo.

La madre de Elizabeth inclinó la cabeza y suspiró.

—Desafortunadamente, tienes un punto válido. Sin embargo, tu padre estará allí, al igual que Terrence. Eso será suficiente.

—No, no lo será —dijo Elizabeth en tono uniforme—. Ni padre ni Terrence son los socios principales de Clarke & Co. Y, lo que es más importante, padre no conocía al abuelo como yo lo conocía y Terrence siempre estaba bastante... ocupado. Deseo rendir mis respetos al abuelo, madre. Lo quería muchísimo.

Su madre suspiró y agitó una mano en el aire.

—Pasaste demasiado tiempo con él en ese maldito banco —dijo —. Deberías haber estado continuando con tu educación.

—Si te refieres al bordado y las acuarelas, me temo que habría fracasado de todas formas —dijo Elizabeth con una risa a la que su madre pareció tomar excepción—. Además, madre —continuó—, no necesito tu permiso.

—¡Si no otra cosa, esos cortejos fúnebres pueden ser peligrosos! —exclamó su madre, y Elizabeth se ablandó un poco ante el hecho de que su madre estaba, en parte, preocupada por su seguridad y no solo por su reputación.

—Llevaré un mozo extra. Buenas noches, madre.

Y con eso, salió por la puerta, para buscar su carruaje y un mozo de hombros anchos.

* * *

Era la primera vez que Elizabeth viajaba dentro de un cortejo fúnebre. Era bastante lúgubre, en realidad, todos vestidos de negro mientras atravesaban las oscuras calles de Londres, con pocas linternas para guiar su camino.

Dos hombres de la casa Moreland cabalgaban encima del carruaje para garantizar su protección. Su madre tenía razón en que era una de las razones por las que las mujeres no asistían a los funerales: los cortejos, celebrados por la noche con la nobleza sobre sus caballos y dentro de sus carruajes, a menudo eran vistos como blancos fáciles, todos agrupados en la tenue luz mientras atravesaban entre la casa del difunto y la iglesia. Por qué no

trasladaban simplemente el cortejo a más temprano durante el día, Elizabeth no tenía idea. Quizás porque todo estaba planeado por hombres, pensó con una risa irónica.

Los Clarke habían vivido en Knightsbridge durante los últimos veinte años y la iglesia no estaba lejos, pero había más personas en la calle junto a Elizabeth de las que podría haber imaginado. Su abuelo había sido un hombre muy conocido, y era algo reconfortante verlos a todos aquí rindiendo sus respetos.

Pensó que reconocía algunas de las casas por las que pasaban mientras miraba a través de las ventanas del carruaje, pero pronto fueron reemplazadas por el agujero negro de lo que, durante el día, sería el verde de Hyde Park.

A su abuelo le había encantado el parque cuando tenía un momento fuera del banco, pensó Elizabeth con una sonrisa. Comenzó a revisar los muchos recuerdos que compartían, casi todos entrañables. Sus ensoñaciones, sin embargo, fueron interrumpidas cuando el carruaje se detuvo bruscamente. Elizabeth pronto escuchó gritos de su cochero y mozo, quienes aparentemente habían sido tomados por sorpresa cuando la puerta se abrió de golpe, sobresaltándola mientras saltaba medio pie en el aire.

—¿Qué tenemos aquí?

La voz era áspera y gutural, proveniente de una boca oculta detrás de una barba negra. El hombre era bastante grande —no típico para un ladrón, eso era seguro, pero se izó mientras comenzaba a abrirse camino en el pequeño espacio con Elizabeth.

—¡Fuera! —gritó ella mientras su hedor llenaba sus fosas nasales, pero cuando él la miró y sonrió, mostrando algunos huecos donde antes había dientes, tragó saliva con dificultad. Vestía una mezcla de prendas, algunas rotas y harapientas, otras bastante finas, lo que parecía demostrar que este no era el primer intento de robar a personas como Elizabeth.

Miró a su alrededor en busca de cualquier cosa que pudiera usar contra él —cualquier cosa, pero no encontró nada, hasta que sintió más que vio el agarre metálico del paraguas que tenía en la mano. Justo cuando el hombre intentaba lanzarse completamente dentro del carruaje, Elizabeth levantó el brazo detrás de ella y luego lo

balanceó con todas sus fuerzas, la punta puntiaguda del paraguas estrellándose contra la nariz del hombre.

Sus manos subieron para detener el repentino chorro de sangre, pero luego la puerta quedó vacía de él tan rápido como había aparecido —que en realidad había sido una entrada elegante para un hombre de su tamaño.

¿Qué iba a hacer? Parecía que el cortejo había continuado sin ellos, y no tenía idea de adónde había ido el hombre. Elizabeth dudaba que hubiera estado solo, sin embargo, porque el carruaje se había detenido casi inmediatamente cuando entró. Incluso si pudiera combatir a quien fuera que amenazara, no tenía idea del estado en que se encontraban el cochero y el mozo, y se quedarían solos en medio de la oscuridad de Londres.

Ambas puertas del carruaje se abrieron ahora, y Elizabeth se sintió avergonzada al ver a un hombre intentar entrar por el otro lado. Quizás podría con uno usando su paraguas, pero ¿dos? Bueno, tenía que intentarlo. Un pensamiento aleatorio entró en su mente: su madre, desafortunadamente, había tenido razón, pero Elizabeth lo apartó, porque actualmente había consideraciones mucho más importantes.

Mientras gritaba pidiendo ayuda, Elizabeth se balanceaba salvajemente de un lado a otro, tratando de encontrar espacios sensibles como la nariz y la entrepierna, pero eran demasiado rápidos, trabajando juntos mientras uno le sujetaba los brazos por detrás y el otro comenzaba a manosearle los dedos, las muñecas, probablemente buscando joyas de cualquier tipo, mientras le tapaba la boca con una mano para evitar que volviera a gritar. Podrían llevarse lo que quisieran —a Elizabeth no le importaba, siempre y cuando saliera ilesa—, pero su orgullo la obligó a seguir luchando a pesar de la desesperanza de su situación actual. Mordió la mano del hombre, y lo oyó maldecir antes de que levantara la mano hacia atrás. Elizabeth se encogió mientras esperaba la bofetada en la cara que iba a llegar, pero cuando no sintió nada más que el aire de la noche contra su mejilla, abrió los ojos para ver qué había convencido al hombre de contener su ira.

Se había ido. En su lugar, otra figura llenaba la puerta, una que era muy alta, muy ancha y muy... familiar. Dejó escapar un pequeño gruñido mientras entraba en el carruaje casi de un salto. Elizabeth agachó la cabeza mientras él se lanzaba detrás de ella, derribando al hombre que le sujetaba los brazos.

Se volvió con asombro para agradecer al hombre y determinar su identidad. Por mucho que odiara admitir que no podría haber luchado sola contra su enemigo, nunca se habría librado de tal situación sin él.

Elizabeth se volvió y abrió la boca, pero no salieron palabras mientras solo podía mirarlo con asombro.

Porque de pie en la puerta del carruaje, su silueta iluminada por la luz de la luna y la farola detrás de él, estaba Gabriel Lockridge, el Duque de Clarence.

Capítulo Cuatro

—¿Qué estás haciendo aquí?

Gabriel entornó los ojos ante sus palabras mientras miraba a Elizabeth, quien, a pesar del aura de certeza y propiedad que siempre la rodeaba, ahora parecía bastante vulnerable y sola.

Su cabello estaba despeinado, cayendo en mechones alrededor de su bonito rostro ovalado. Sus ojos —esos ojos violetas como ningunos que hubiera visto antes, que siempre lo habían atraído, ahogándolo en sus profundidades— lo miraban fijamente, abiertos por la sorpresa, que ella claramente intentaba ocultarle. Comenzó a tirar de su ropa —un vestido horrible de tela negra— para asegurarse de que todo estuviera correctamente colocado.

—¿Es esa forma de agradecer a un hombre que acaba de rescatarte de semejantes rufianes? —preguntó, asomándose rápidamente para indicar a su cochero que continuara sin él antes de volver a entrar en el carruaje y cerrar la puerta tras de sí con tanta fuerza que ella dio un respingo mientras se acomodaba de nuevo en el asiento y cruzaba las manos recatadamente en su regazo.

—Tenía la situación bajo control, aunque le agradezco mucho su ayuda —dijo con un resoplido, y Gabriel se inclinó para ver qué arma había estado blandiendo contra los hombres que habían entrado en su carruaje. Cuando levantó lo que había pensado que era un trozo de metal, solo pudo mirar con asombro.

—¿Un paraguas? ¿Ibas a luchar contra tres atacantes con un paraguas?

—Para tu información, ya había derrotado a uno con él y estoy segura de que los otros dos habrían seguido el mismo camino si hubiera tenido más tiempo.

—Tan testaruda como siempre —murmuró entre dientes mientras se sentaba frente a ella y se ponía los guantes, que había recogido del suelo tras su breve escaramuza. Se pasó una mano por el pelo para asegurarse de que todo estaba en su sitio —lo estaba— antes de fijar su mirada en ella.

—¿Perdón? —dijo ella, arqueando una ceja, y él era consciente de que claramente sabía lo que había dicho, pero intentaba provocarle aún más.

—Oh, solo me estoy diciendo a mí mismo lo afortunado que fue que yo estuviera en el carruaje de al lado cuando te oí gritar. También me estaba felicitando por un trabajo bien hecho, ya que obviamente tú no ibas a hacerlo.

Ella le lanzó una mirada fulminante, una que él percibió incluso en la tenue luz.

—Eres tan engreído como siempre —dijo con desdén.

—Solo digo la verdad.

—Como tú la ves.

—Cuando uno es duque en Inglaterra, normalmente puede decidir cuál es la verdad.

—Y ese, *Excelencia*, es precisamente el problema.

Se sentaron en silencio por un momento, hasta que Elizabeth salió repentinamente de su ensimismamiento.

—¡Dios mío! El cochero y el mozo de cuadra... tengo que ir a ver si están bien.

—Permíteme —dijo Gabriel, aunque, por supuesto, Elizabeth no escuchó. No, se levantó e intentó pasar junto a él, pero él la bloqueó con su cuerpo.

—Quédate aquí, Elizabeth. Ya es bastante malo que estés en las calles esta noche, pero salir del carruaje sería más que una insensatez.

Él pudo ver que no estaba contenta con sus palabras, pero, al menos, escuchó, aunque se cruzó de brazos y pareció bastante contrariada cuando él salió por la puerta del carruaje. En verdad, le

importaba su seguridad, pero también estaba bastante preocupado por lo que podría estar esperando fuera.

Afortunadamente, el cochero se estaba sacudiendo el polvo, y aunque el mozo de cuadra se frotaba un chichón en la cabeza, ambos parecían estar en condiciones bastante aceptables.

—Solo unos pocos rasguños, Excelencia —le dijeron después de que compartiera su identidad y lo que había ocurrido, y Gabriel asintió, confirmó que podían continuar el corto trayecto hasta la iglesia, y regresó junto a Elizabeth, que golpeaba el suelo con el pie impacientemente.

—Ahora dime. ¿Qué crees que estás haciendo aquí fuera sola? —preguntó, y ella suspiró como si responder a su pregunta fuera una pesadez.

—Esa es una pregunta bastante idiota, especialmente viniendo de un hombre que sé que es mucho más inteligente —dijo con una mirada indignada hacia él—. Estoy asistiendo al funeral de mi abuelo, por supuesto, igual que tú.

—Si hablamos de inteligencia, entonces debo preguntarte, Elizabeth, si no esperabas que pudiera ocurrir algo como esto.

—Lo pensé —respondió—. Por eso traje a Glouster.

—¿El mozo de cuadra?

—Sí.

—Mucho bien te ha hecho.

—¿En qué habría sido diferente si fuera un hombre dentro de este carruaje? ¿Si fuera mi hermano? ¿Qué protección tendría él o tú que yo no tenga?

—Yo tengo una daga en la bota, para empezar.

—No la tienes.

—Sí la tengo, ¿quieres verla?

—No particularmente.

—Una mujer tiene más probabilidades de llevar joyas, de tener riquezas disponibles para el que las tome —continuó con lo que consideraba un buen argumento.

—No llevo más joyas que unos pendientes. Estoy de luto.

—Ellos no saben eso, Elizabeth. ¿Dónde están tus padres?

—Mi madre está en casa, con su cara de desaprobación, mientras que mi padre probablemente esté en algún lugar adelantado en la procesión.

Levantó una ceja. —¿Prescindiendo del decoro, entonces, Elizabeth?

—Aunque normalmente encuentro que es mucho mejor hacer lo que se espera, vivir la vida dentro de las reglas de la sociedad, también hay, a veces, ocasión para romper con las convenciones y hacer lo que es necesario.

—Como tus amigas, que se han encontrado en situaciones bastante... interesantes últimamente —dijo, siendo muy consciente de las recientes acciones de dos de sus compañeras más cercanas—. Quizás los resultados de sus experiencias te han convencido de que el decoro no siempre es lo mejor.

—Han tenido suerte —dijo con primor—. Todavía creo que no puede ser así para todos.

—Esa es una forma bastante lúgubre de verlo.

—Sí, bueno, la experiencia me lo ha enseñado.

El silencio se extendió entre ellos por un momento, y él se maravilló ante el hecho de que a pesar de que había sido atacada recientemente, ella no había perdido la compostura, ni su actitud testaruda.

—Elizabeth...

—No creo que tenga permiso para llamarme por mi nombre de pila, *Excelencia*.

—Oh, me diste permiso para hacerlo en el pasado. —Al recordar exactamente lo que ese pasado había incluido, una oleada de calor inundó su cuerpo. Un calor que no había sentido en mucho tiempo, si era honesto. Aquella noche, que permanecía grabada en su memoria, Elizabeth no había sido en absoluto la mujer fría y correcta que era hoy. Oh, no... Gabriel conocía una faceta de ella que nadie más conocía, una faceta que era ardiente, salvaje y apasionada.

—Eso fue en el pasado... un error —dijo, y él pudo notar que ya no lo miraba a él, sino a una esquina del carruaje—. ¿Qué está haciendo aquí, de todos modos? Ciertamente no es nada apropiado que estemos solos de esta manera.

—¿Qué crees que voy a hacer? —preguntó, cruzando los brazos y recostándose en el asiento mientras sonreía—. ¿Tomar tu inocencia?

Pudo notar que no era la respuesta que ella esperaba, pero se enderezó mientras su mirada volvía hacia él.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

Gabriel no dijo nada, pues podía oír el dolor en su voz. Ya no lo estaba provocando ni burlándose de él; hablaba desde su corazón, y él era muy consciente de que le había faltado el respeto hace cinco años. Se había arrepentido de sus acciones durante más tiempo del que ella sabía. No de todo lo que había ocurrido entre ellos, sino de la parte que la había hecho sentir como si no fuera digna del amor de un hombre.

—Elizabeth... Sé que actué de manera más que deshonrosa hace todos esos años, y te ofrezco mis más sinceras disculpas, como debería haber hecho hace mucho tiempo. Oh, sé que dije que lo sentía, pero con el tiempo, he llegado a entender lo equivocadas que fueron mis acciones.

—Ambos nos dejamos llevar esa noche, cuando nosotros... cuando nosotros... hicimos el amor.

Hicimos el amor. Qué manera de describirlo, no era como él típicamente pensaba en el acto, pero ciertamente había sido diferente con Elizabeth.

—Soy consciente de ello —dijo suavemente—. Éramos jóvenes y estábamos llenos de pensamientos románticos, ¿no es así? Me habría casado contigo, Elizabeth. Te dije que lo haría.

Ella resopló. —No tenía ningún deseo de casarme con un hombre que tendría una serie de amantes. De hecho, me alegro de haberte encontrado en los brazos de Lady Pomfret. Porque si no lo hubiera hecho, probablemente *me habría* casado contigo y habría vivido una vida desastrosamente infeliz. De hecho, debería agradecérselo uno de estos días.

Gabriel tragó saliva, sin decir nada. No le gustaba estar equivocado. De hecho, estaba orgulloso del hecho de que casi nunca lo estaba. Pero en esto, ella tenía toda la razón. Había sido un necio, y la juventud no era excusa.

—Lo siento —dijo en voz baja, pero ella no respondió, aparentemente dando por terminada su conversación. En verdad, él tampoco deseaba hablar más del asunto, pero ella merecía sus disculpas.

Todavía podía recordar claramente casi cada momento de la noche en que se unieron. Ella acababa de debutar, mientras que él era un par de años mayor. Había estado asistiendo a eventos el tiempo suficiente para saber que las mujeres estaban ansiosas por la atención de un futuro duque, aunque era lo bastante joven como para no entender aún qué repercusiones podían derivarse de los flirteos —o más— con jóvenes solteras del *ton*. Elizabeth había captado su atención en el momento en que entró en el salón de baile de Lord Holderness aquella noche.

Destacaba, pues era alta para ser mujer, pero era más que eso. Se comportaba con una confianza que la mayoría de las mujeres no tenían, tan segura de sí misma, tan compuesta. Era hermosa en un sentido clásico, aunque no particularmente llamativa, no como la mujer de cabello negro medianoche que la acompañaba, ni la pequeña ninfa rubia a su lado. Pero era grácil y elegante; algo en ella lo cautivaba. Entonces ella se había dado la vuelta y cuando esos ojos violetas se encontraron con los suyos, la sala podría haber sido asaltada a punta de pistola y él no habría podido apartar la mirada. Le llevó un momento darse cuenta de que era la hija del Vizconde Shannon, una chica que había conocido en su juventud, porque sus casas de verano en el campo habían estado bastante cerca una de la otra. Pero ya no estaba la niña torpe y ratón de biblioteca. En su lugar había una mujer, una que él quería conocer mejor, más allá de las pocas palabras burlonas que habían intercambiado cuando eran solo niños. Esa noche habían bailado, intercambiado palabras fáciles entre ellos, y luego un paseo por los jardines se había convertido en mucho más cuando encontraron un banco acolchado dentro de un cenador.

Todavía podía recordar cómo la luna y las estrellas habían iluminado sus finos pómulos. Gabriel no había tenido la intención de llevar las cosas tan lejos como llegaron. Pero cuando ella se lo había pedido, no había sido capaz de decir que no. Había pretendido hacer

lo correcto por ella —la había cortejado adecuadamente después, y casi le había propuesto matrimonio, a pesar de que no estaba listo para casarse—, pero entonces ella descubrió que él había permitido que su mirada vagara. Había sido un idiota.

—Puede que haya sido decisión de ambos, pero yo debería haber sabido mejor, y debería haber hecho lo correcto, verdaderamente lo correcto por ti —dijo ahora suavemente mientras miraba por la ventana, dándose cuenta de que se acercaban a la iglesia—. Elizabeth... también lo siento mucho por tu abuelo. Era un buen hombre, uno que me complació conocer a lo largo de los años a través de mis tratos con tu familia y con el banco.

—Gracias —dijo ella en voz baja, aunque no estaba del todo seguro a cuál disculpa se refería.

Capítulo Cinco

Afortunadamente, el resto de la velada había transcurrido sin incidentes. Elizabeth no se sorprendió al ver que la iglesia estaba llena de personas que rendían sus respetos a su abuelo. Había sido un hombre respetado y apreciado, y sus clientes abarcaban desde los ricos y poderosos hasta aquellos cuyas sumas podrían ser pequeñas, pero que para ellos representaban verdaderas fortunas. Elizabeth reconoció a muchos de los que se sentaban en la parte delantera de la iglesia con sus mejores galas, mientras que otros cerca de la parte trasera quizás iban menos elegantes, pero tal vez eran más sinceros en su dolor. Thomas los había tratado a todos por igual.

Elizabeth había recibido muchas miradas de asombro mientras avanzaba por la iglesia, eligiendo un asiento cerca del frente, donde mantuvo la cabeza alta. Las apariencias eran importantes ahora, se recordó a sí misma. Aunque muchos de estos hombres podrían cuestionar su decisión de asistir, era primordial que pareciera fuerte y capaz, lo cual era. Su madre habría estado orgullosa, pues Elizabeth no mostró emoción alguna, a pesar de que su corazón se rompía mientras escuchaba al vicario leyendo palabras del evangelio sobre el cuerpo de su abuelo.

Había visto a Terrence entrar en la iglesia, tarde como siempre, y encontrar un asiento al otro lado junto a su padre, a quien ella había tratado, en la medida de lo posible, de evitar.

Gabriel —no debería pensar en él de esa manera, pero realmente no podía evitarlo— se había sentado a su lado durante el servicio, pero rápidamente aprendió que era mejor no ofrecer palabras o gestos de apoyo, pues cuando levantó una mano como para colocarla sobre la suya en un gesto de consuelo, ella le lanzó una mirada fulminante que le hizo devolver la mano a su propio regazo bastante apresuradamente. Después, él había insistido en que la acompañaría a casa, pero su padre se les había acercado, con una expresión furiosa por la presencia de Elizabeth, y la tomó del brazo para conducirla a su propio carruaje, despidiendo a Glouster y al otro cochero. Elizabeth solo tuvo tiempo de ofrecer a Gabriel un rápido agradecimiento antes de que ella y su padre salieran de la iglesia y se dirigieran hacia casa.

—¿En qué estabas pensando? —siseó él cuando tomaron asiento, y Elizabeth le devolvió la mirada con la misma intensidad.

—Me doy cuenta de que no es nada apropiado que una mujer de la *ton* asista a un funeral, padre —dijo ella con firmeza—. Pero debéis entender que ahora soy la socia principal de Clarke & Co. Si fuera un hombre, sería inconcebible que yo *no* asistiera al funeral, como sucesora del abuelo. No debo mostrar ningún signo de debilidad, o estos hombres se alimentarán de ello.

—No sé en qué estaba pensando Thomas al nombrarte su heredera —murmuró su padre, cruzando los brazos sobre el pecho, con el ceño fruncido.

—Entonces es una suerte que no pidiera vuestra opinión —replicó ella, y su padre descruzó los brazos y se inclinó hacia ella en el asiento.

—Nunca en mi vida... Elizabeth, ¿qué te ha pasado? No te criamos para que fueras tan insolente.

Ella suspiró pero se negó a disculparse. —Estoy de luto, padre. También estoy asimilando la responsabilidad que se ha depositado sobre mí y el hecho de que tengo pocos dispuestos a apoyarme en ello. Aunque sé que madre no lo aprueba del todo, al menos está contenta con todo esto, ya que ve una ganancia financiera para sí misma.

—Ella no sabe nada del negocio —dijo él con un pequeño resoplido. Los padres de Elizabeth se toleraban mutuamente, pero ella no podía afirmar con certeza que alguna vez hubiera visto un momento de felicidad entre ellos—. Puede que ganes dinero, si tienes suerte y los clientes no huyen a la primera mención de que una mujer asume el papel de socia principal. Pero eso no significa nada para nosotros a menos que estés dispuesta a compartirlo. De alguna manera, lo dudo.

—Bueno, con ese tipo de actitud hacia mí, vuestra suposición parece razonable.

Elizabeth temblaba ligeramente por dentro, ya que nunca antes había hablado a su padre de esa manera, pero cuando él solo negó con la cabeza, claramente descartando sus palabras, ella decidió que había tenido suficiente de esta conversación. Estaba agotada, por el ataque en el carruaje, su enfrentamiento verbal con el Duque, la necesidad de ocultar sus emociones durante el servicio y ahora la falta de apoyo de cualquier tipo por parte de su padre.

—Es tarde —dijo—. Quizás deberíamos retomar esto otro día.

—Así lo haremos —dijo él, golpeando con el dedo en su otro brazo—. Así lo haremos.

* * *

Al día siguiente, para ser precisos. Aunque Elizabeth sentía ganas de no hacer nada más que quedarse en cama todo el día, el banco estaría abierto, y si no estaba presente para comenzar a guiar el barco en la dirección que quería —o animar a que mantuvieran el rumbo, según fuera el caso— entonces era muy consciente de que podría acabar perdido en el mar.

Así que llamó a su doncella para que la ayudara a vestirse de negro, dejó el refugio de su hermosa habitación violeta y crema y bajó las escaleras, esperando poder desayunar sola.

Se llevó una decepción.

—Elizabeth —dijo su madre mientras Elizabeth se sentaba, sirviéndose café. Le gustaba el té durante el día, pero a primera hora

de la mañana, el café parecía ayudarla a concentrarse. Especialmente cuando se sentaba con sus padres.

—Tu padre y yo hemos estado hablando de esta... situación. Sé que lo hemos mencionado antes, pero creemos que sería mejor que olvidaras esta tontería de involucrarte en el banco. Hay muchos otros que son capaces de gestionarlo sin ti, y tú puedes simplemente cobrar los ingresos cuando sea necesario.

Elizabeth dobló cuidadosamente la servilleta en su regazo antes de levantar la vista y encontrarse con la mirada de su madre.

—Gracias por vuestra preocupación, madre. Realmente lo aprecio. Sin embargo, lo he pensado detenidamente, y el abuelo claramente me nombró su sucesora por una razón. No confiaba en nadie más, y eso incluye a quienes están dentro del banco.

—¡Por el amor de Dios, Elizabeth, ten algo de sensatez! —estalló de repente su padre, mientras su tenedor caía sobre el plato y levantaba las manos al aire para enfatizar sus palabras—. Eres una dama. Una que debería centrarse en encontrar marido. ¿Qué vas a hacer, vivir aquí, con nosotros, el resto de tu vida? ¿Convertirte en una solterona? ¡Por Dios, prácticamente ya lo eres! No tienes tiempo para perderlo en el banco, y ciertamente no hará nada para aumentar tus posibilidades de que un caballero piense algo apropiado de ti.

Elizabeth se negó a responder a su emoción, en cambio, tomó un bocado cuidadoso de su tostada, masticando pensativamente mientras su padre escupía sus pensamientos desde el otro lado de la mesa y su madre la miraba con recelo.

—Tenéis razón en una cosa, padre —dijo Elizabeth después de tragar, sorprendiendo claramente a Lord Moreland, lo que la deleitó, aunque nunca le permitiría ver tal cosa—. No puedo vivir aquí el resto de mi vida. Eso no funcionaría, en absoluto. Es afortunado, entonces, que el abuelo haya previsto mi futuro por mí.

—¿De qué estás hablando, Elizabeth? —preguntó su madre—. Deja de hablar en acertijos.

—La sociedad del banco me permite ganar fondos para mantenerme. También me dio una casa donde puedo residir libremente.

—¿Te das cuenta de que tu abuela todavía vive allí? —preguntó su madre.

—Lo sé —dijo Elizabeth—. Y estoy segura de que agradecería mi compañía. Por supuesto, tendré que preguntarle. Quizás la visite más tarde hoy después de atender los asuntos del banco.

—¿Vas a ir al banco? —Los ojos de su madre casi se salieron de su cabeza.

—Sí. Está abierto hoy, ¿no es así? —preguntó Elizabeth con naturalidad.

—Pero... tu abuelo murió hace poco. Estás de luto. Elizabeth...

—Si Terrence hubiera sido nombrado socio principal, ¿le sugeriríais que fuera al banco hoy o que permaneciera en casa para guardar luto?

La pregunta de Elizabeth fue recibida con silencio.

—Esto es importante, madre —dijo—. Ahora, debo irme. Espero que los dos tengáis un día maravilloso.

Mientras se levantaba y abandonaba la mesa, sintiendo las miradas a su espalda, Elizabeth se permitió la más pequeña sonrisa de victoria.

* * *

Elizabeth se detuvo un momento en la puerta principal del banco, apoyando su mano en el cálido ladrillo rojo que formaba un arco alrededor de la entrada. Cerró los ojos, sabiendo que era una tontería, pero encontró cierto consuelo en el hecho de que, aunque su abuelo ya no estuviera, este edificio era un recordatorio permanente de todo lo que él había construido, de todo por lo que había trabajado tan duramente. Y dependía de ella asegurar que su legado permaneciera.

—Buenos días, Lady Elizabeth —dijo Anderson, el envejecido portero, mientras le abría la puerta. Era prácticamente parte del edificio mismo, llevaba tanto tiempo aquí, y era esperado por todos los que entraban.

—Buenos días, Anderson —respondió ella, fijando una sonrisa en su rostro. Eran personas como él las que hacían que este banco fuera un éxito. Puede que no tuviera nada que ver con los socios ni con las cuentas, pero hacía que la gente sintiera como si este fuera el hogar para ellos y sus ahorros duramente ganados.

Mientras Elizabeth caminaba por el vestíbulo principal y subía las escaleras hacia la oficina de su abuelo —su oficina ahora— sintió que los ojos se volvían hacia ella con interés y con dudas, pero ella giró la cabeza para saludar a cada persona con una sonrisa, un asentimiento y un saludo con el nombre si lo conocía. Todos eran hombres, algo a lo que sabía que tendría que acostumbrarse en este negocio.

La mayoría parecía bastante complacida de verla. Aunque supuso que con su abuelo al timón, él había elegido personas de calidad con las que trabajar, y ella misma había estado entre los empleados el tiempo suficiente como para llegar a conocerlos bien, y para que ellos a su vez la conocieran a ella.

El pensamiento elevó su ánimo mientras caminaba por la larga alfombra verde del pasillo del tercer piso hacia la oficina del fondo. Si *ellos* creían en ella y en su capacidad, entonces ¿por qué no podría hacer esto?

Su optimismo se desinfló, sin embargo, cuando entró en la oficina y descubrió que no estaba vacía. No, Henry estaba sentado en uno de los sillones de cuero de la pequeña zona de asientos, hojeando lo que parecía ser un libro de contabilidad sobre la pequeña mesa frente a él.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó ella, permitiendo que la puerta se cerrara tras ella mientras atravesaba la oficina, luchando contra las lágrimas que amenazaban ante los olores familiares que tanto le recordaban a su abuelo.

—Ah, prima, qué encantador verte —dijo Henry, levantando la cabeza del libro y sonriéndole, aunque, por supuesto, su sonrisa era insincera, sus labios delgados estirados forzosamente. Su pelo negro estaba peinado hacia atrás como siempre, y le recordaba a una rata. Una que actualmente merodeaba por su oficina y con la que tenía que lidiar lo más rápido posible.

—La próxima vez que quieras verme, Henry, te pediría que por favor pidas una cita. Hoy revisaré mi agenda, así que para mañana debería saber cuándo tengo tiempo para verte.

Él entrecerró los ojos ante sus palabras pero se puso de pie, juntando las manos detrás de la espalda mientras comenzaba a caminar tranquilamente hacia ella, deteniéndose cuando llegó al escritorio mientras Elizabeth se sentaba al otro lado. La superficie de la mesa estaba llena de papeles de todo tipo que habían quedado aquí durante las últimas semanas, y Elizabeth estaba ansiosa por comenzar a revisar lo que ahora era su trabajo. Solo necesitaba que Henry se fuera.

—Elizabeth —dijo él con lo que ella supuso que debía ser una sonrisa ganadora en su rostro, pero ella simplemente lo miró en espera.

—¿Sí?

—Tú y yo sabemos que esto no saldrá bien. El abuelo fue generoso al dártelo todo, pero quizás podrías quedarte con la casa y los fondos que te otorgó, mientras yo me ocupo mejor del negocio.

—¿Por qué sugerirías que eso sería lo mejor para alguien? El abuelo siempre tuvo la mente clara y buen juicio. Él construyó este negocio más allá de lo que cualquiera podría haber imaginado, y creo que decidió como lo hizo por una razón.

Henry se balanceó de los talones a los dedos de los pies, meciéndose hacia adelante y hacia atrás.

—Sí, pero eso fue en sus años más jóvenes. Es casi como si hubiera permitido que la emoción se apoderara de él. Vamos, Elizabeth, sé que sientes un gran sentimiento hacia él, pero ¿es esto lo que realmente quieres? ¿Pasar tus días en un viejo banco, revisando libros de contabilidad cuando podrías estar afuera teniendo picnics y fiestas y visitando a tus amigas? Además, como estoy seguro de que tu madre ya te habrá señalado, ¿no quieres encontrar un marido? Eso será difícil mientras trabajes en un banco todo el día.

—Gracias por tu preocupación, Henry, pero creo que estamos muy bien como está —dijo ella con una sonrisa tensa—. Ahora, me

disculpo, pero debes excusarme. Tengo una gran cantidad de papeleo que revisar.

—Elizabeth —dijo ahora en un tono más amenazante mientras colocaba sus manos sobre el escritorio, y Elizabeth miró desde el dorso de sus manos hasta su rostro con una mirada punzante—. Los socios nunca aceptarán esto. Ser dirigidos por una mujer. Disfruta de tu tiempo aquí, pero ya verás en la próxima reunión cuando estoy seguro de que todos tendrán algo que decir al respecto.

—Estoy segura de que lo tendrán —dijo ella, forzando una sonrisa educada en su rostro—. Y estoy convencida de que serán palabras de bienvenida. Ahora, Henry, es hora de que te vayas.

Se levantó, rodeó el escritorio y caminó hacia la puerta, manteniéndola abierta para él. Él la miró furiosamente pero recogió su sombrero y su maletín y se dirigió hacia ella. Deliberadamente dejó que su hombro golpeara el de ella al pasar, pero Elizabeth se negó incluso a estremecerse. Justo cuando él estaba más allá de la puerta, se volvió para mirarla.

—Esto no ha terminado —siseó—. Y te vas a arrepentir de haberme echado así.

—Oh, eso me recuerda —dijo ella como si él fuera un amigo que acababa de dejar una rápida reunión tomando el té—, por favor, nunca más entres en esta oficina sin invitación ni leas información confidencial, o tendré que pedir a nuestros empleados que te impidan entrar en este edificio nunca más. ¡Adiós, primo, que tengas un día encantador!

Y con eso, le cerró la puerta en la cara, se frotó las manos, y se puso a trabajar.

Capítulo Seis

Gabriel acababa de terminar de leer los periódicos del día cuando su mayordomo apareció en la puerta para informarle que tenía una visita.

—¿Una visita? —preguntó, confundido—. Apenas son las once de la mañana.

—¿Debería decirle que regrese más tarde esta tarde? —preguntó su mayordomo, claramente tan desaprobador como el propio Gabriel. Gabriel estaba a punto de decirle que sí, que por favor lo hiciera, pero entonces la curiosidad pudo más que él. Lo que demostraba que realmente tenía demasiado tiempo libre últimamente.

—Hágale pasar —dijo, antes de añadir—: ¿Quién es, de todos modos?

—El señor Henry Clarke —dijo el mayordomo antes de girar sobre sus talones para ir a buscar al hombre, y Gabriel deseó que el mayordomo no hubiera sido tan apresurado en su retirada. Gabriel, desafortunadamente, conocía bien a Henry Clarke. El primo de Elizabeth, y un hombre al que había conocido en varias ocasiones, ninguna de las cuales Gabriel recordaba con mucho cariño. El hombre era como una rata, buscando hurgar los mejores bocados para sí mismo, sin importarle los medios por los que los encontraba ni lo que dejaba atrás.

Gabriel recordó la forma en que siempre había hablado de Elizabeth y rememoró el disgusto de Thomas con su propio nieto.

Y entonces... allí estaba.

—Ah, Su Excelencia —dijo Clarke, entrando e inclinándose profundamente, ante lo cual Gabriel agitó una mano para obligarle a incorporarse. Él no se levantó, pero invitó a Clarke a tomar asiento en la silla frente a él. Gabriel se había acomodado en la esquina de su chesterfield de cuero marrón oscuro, desde donde podía mirar por la ventana al otro lado de la habitación. No estaba seguro de por qué, pero disfrutaba de la vista de los jardines y las caballerizas más allá de su residencia londinense, que era grande según la mayoría de los estándares, como una de las más opulentas de Mayfair. Esperaba que Clarke estuviera adecuadamente impresionado, a pesar de que le había proporcionado la silla más incómoda de la habitación, una silla de respaldo recto de madera donde a la madre de Gabriel le gustaba sentarse ya que su espalda siempre le había molestado.

Gabriel no perdió tiempo en charlas ociosas con el hombre.

—¿Qué le trae aquí a esta hora, Clarke? —preguntó, cogiendo un puro y encendiéndolo, inhalando sin ofrecerle uno a Clarke, a pesar de que el hombre lo miraba con bastante anhelo.

—Yo, ah... un asunto de negocios, supongo que podría decirse.

—Muy bien. Continúe.

—Como sabe, mi abuelo, Thomas Clarke, falleció recientemente.

—Estoy al tanto —dijo Gabriel secamente—. Estuve en su funeral.

—Por supuesto —dijo Clarke mientras se alisaba la chaqueta con las manos—. Él era, como sabe, el socio principal de Clarke & Co.

—Por supuesto que lo sé. —Gabriel dio otra calada mientras cruzaba una pierna sobre la otra.

—Bien. Entonces supongo que conoce los términos de su testamento.

Eso hizo que Gabriel se detuviera.

—En realidad, no estoy completamente familiarizado con los detalles.

—¡Oh! —exclamó Clarke, pareciendo complacido de tener información que Gabriel no poseía, a pesar de que, como nieto del hombre, habría estado presente en la lectura del testamento—. Bueno, mi abuelo claramente permitió que la emoción le dominara al

final de su vida, ya que, aparte de algunas pequeñas asignaciones, dejó todos sus bienes, fondos, hogar y sociedad principal a una sola persona.

Seguramente el hombre tuvo más sensatez que dejárselo todo a Clarke.

Pero entonces los ojos del hombre se estrecharon, el odio llenó su rostro, y la fe de Gabriel en Thomas Clarke se restauró.

—Se lo dejó a mi prima... Elizabeth.

Por mucho que esta información sorprendiera a Gabriel, tomó una profunda calada del puro en un intento de ocultar sus pensamientos. ¿Elizabeth? Ella no había mencionado ni una palabra sobre esto la otra noche. Pero entonces, probablemente no habría dicho nada a menos que se le hubiera preguntado directamente al respecto.

—Eso es... interesante —logró decir finalmente.

Clarke resopló.

—Sí, bueno, es ridículo. No puede pensar seriamente que va a dirigir un negocio así, ¿verdad? No se hace, en absoluto.

—En realidad —dijo Gabriel, inclinando la cabeza mientras pensaba en ello—, creo que se ha hecho antes en algunos otros bancos de Inglaterra. Algunas mujeres eligen tomar un papel más activo que otras, pero ella no sería la primera en hacerlo.

—No me importa si hay precedentes o no. ¡Voy a luchar contra esto! —dijo Clarke, levantándose en su ira, y Gabriel lo observó, divertido por lo alterado que se había puesto—. Mi abuelo no tenía ningún derecho a hacer esto. ¡Ningún derecho en absoluto! Hay que hacer algo al respecto. Primero, debo impugnar el testamento. Sin embargo, soy consciente de que eso puede no funcionar necesariamente, así que tengo otra idea sobre cómo podría arreglar todo esto. Por eso estoy aquí.

Gabriel simplemente levantó una ceja en señal de interrogación.

—Usted es socio del banco —continuó Clarke.

—No muy activo.

—El pasado ya no importa. Es el futuro. Usted podría asumir un papel más importante: estar presente en las reuniones, lograr que otros acuerden votar con usted en los asuntos. El problema más

importante es, por supuesto, el papel de Elizabeth. No solo debe predisponer a los otros socios contra ella, sino que debemos encontrar razones por las que ella es ineficaz en su papel de socia principal. Si no tiene la confianza de los demás, seguramente renunciará, ¿no es así?

Gabriel estaba asombrado por la vehemencia en el tono del hombre. Thomas Clarke había sido un hombre astuto, a quien Gabriel siempre había mirado con afecto. Su decisión de elegir a Elizabeth sobre este Clarke era algo que Gabriel aplaudía. No es que fuera a decirle nada de esto a Clarke.

—Muy bien, Clarke —dijo, agitando su puro en el aire, el humo enmarcando su rostro—. Le ayudaré.

—¿Lo hará? —Clarke parecía asombrado. Claramente, no esperaba que Gabriel accediera tan fácilmente—. Sé que usted y mi prima tuvieron... tratos en el pasado, y no estaba seguro si eso significaría que usted le sería leal, o si le predispondría contra ella, ayudándole a decidir que esta fue una decisión terrible.

—Oh, no es tanto eso como el hecho de que estoy de acuerdo contigo, amigo mío: las mujeres no deberían estar dirigiendo tales cosas, ¿verdad?

En realidad, Gabriel había llegado a comprender, especialmente últimamente, que las mujeres eran capaces de mucho más de lo que la mayoría les reconocía.

—Ciertamente no deberían —dijo Clarke, con una sonrisa de suficiencia cubriendo su rostro.

—Muy bien —respondió Gabriel, sintiendo repentinamente la necesidad de que este hombre saliera de su salón, de su casa y de su vida—. Asistiré a la próxima reunión de socios y veré qué puedo determinar. Hasta entonces, adiós.

—¡Adiós, Su Excelencia! —dijo Clarke, como si de repente fueran los amigos más cercanos—. ¡Y muchas gracias!

Gabriel comenzó a reírse una vez que Clarke estuvo fuera de la puerta y fuera del alcance del oído. Había sido demasiado fácil. Gabriel, por supuesto, no tenía ningún deseo ni intención de ayudar realmente a Clarke con su petición. Pero al aceptar, Gabriel aplacaría al hombre y con suerte lo distraería de intentar realmente quitar a

Elizabeth de su puesto. Porque la verdad era que Gabriel pensaba que ella sería bastante competente en ese papel, y si Thomas Clarke creía en ella, entonces Gabriel también lo haría. Ella no necesitaba hombres celosos e inseguros como su primo Henry persiguiéndola con un cuchillo en la mano.

Por ahora, consideraba que una amenaza para Elizabeth era también una amenaza para el banco.

Conociendo a Thomas Clarke como lo hacía, Gabriel no creía que hubiera alguna posibilidad de que el testamento *no* fuera confirmado. Seguramente habría sido creado solo en las circunstancias más claras y legales. Las facultades de Thomas estaban completamente intactas hasta el final. Los médicos creían que había sido su corazón el que le había fallado, ciertamente no su mente.

Y luego estaba el hecho de que Gabriel solo recientemente se había estado lamentando de su aburrimiento. Bueno, tal vez ahora le aguardaba la solución perfecta. Podría involucrarse en proteger a Elizabeth mientras se convertía en un socio *activo* del banco.

No solo le proporcionaría algo que hacer, sino que podría hacerlo muy cerca de Lady Elizabeth, quien después de tantos años seguía intrigándole. Estaba interesado en verla en acción, en determinar qué tan bien asumía el papel. No solo eso, sino que ella necesitaría algo de apoyo en la sala cuando se enfrentara a los socios. Por lo que podía recordar, todos eran caballeros honorables, pero ¿su confianza en Thomas Clarke llegaría más lejos que su desconfianza en una mujer?

Eso, lo descubrirían muy pronto.

* * *

Elizabeth se sorprendió cuando hubo un ligero golpe en la puerta y uno de los lacayos llegó con un nuevo papel. Hasta ahora esta mañana había logrado clasificar con éxito la correspondencia en el escritorio en cuatro pilas ordenadas: aquellas que ya no requerían respuesta, aquellas sobre las que debía consultar a otros, aquellas a

las que debía responder, y aquellas que no sabía a qué se referían pero que requerirían una investigación más profunda por su parte. Lo siguiente en su bien organizada lista era comenzar a prepararse para la reunión de socios que debía programar casi de inmediato. Estaba segura de que todos tendrían preguntas que debían abordarse, y era imperativo ganar su confianza.

—Mi señora —la saludó el lacayo, ligeramente sin aliento por haber subido las escaleras.

—Adelante —dijo ella, haciéndole un gesto para que entrara.

—Correspondencia para usted, mi señora —dijo, extendiendo unos sobres sellados.

—No tiene que llamarme "mi señora" —respondió Elizabeth, levantando la vista por un momento—. Señorita Elizabeth o señorita Moreland será suficiente.

—¿Lady Elizabeth? —dijo él con interrogación en su voz, y ella se rio ligeramente. No quería que la vieran como un miembro de la nobleza, sino como parte de la familia de su abuelo. Pero supuso que cada uno era una parte de su identidad y debía abrazar ambos roles. La gente acepta a aquellos que son fieles a sí mismos—. Muy bien. Lady Elizabeth será.

Ella tomó la nota de él, sintiendo cómo su ceño se fruncía mientras la leía. Inmediatamente había reconocido la letra rica y pesada que era la de Gabriel Lockridge. Él le había escrito alguna extraña nota de amor cuando se estaban cortejando. De hecho, era bastante hábil en la poesía, aunque sus poemas se habían vuelto contaminados una vez que ella se dio cuenta de que probablemente no era la única dama que leía sus palabras de amor. Aunque nada de eso importaba ya.

Gabriel solicitaba una reunión para discutir sus finanzas. Eso era extraño. Él mismo era un socio, y ella ciertamente no era con quien discutir asuntos detallados ya que él tendría un administrador de cuenta. Lo cual, se dio cuenta, él sabría perfectamente.

Así que claramente quería una reunión entre los dos por otro asunto completamente distinto, probablemente sentía curiosidad por su nuevo papel en el banco. Le sorprendía que no le hubiera dicho nada al respecto la noche del funeral de su abuelo. Una cosa sobre

Gabriel, parecía saber todo lo que estaba sucediendo, sobre aquellos dentro de la *ton* y más allá.

Elizabeth ansiaba decir que no, pues no tenía ningún deseo de volver a ver a Gabriel, y mucho menos de hablar con él. Pero rechazar a un duque —incluso a uno que tenía más que buenas razones para ignorar— no era algo que hiciera la socia principal de un banco, ni una dama. Elizabeth encontró papel en un cajón, junto al sello de su abuelo. Tomó un trozo de papel y sumergió la pluma en la tinta situada en el borde del escritorio y, con su elegante letra que había practicado durante años con sus institutrices, escribió una nota de aceptación así como una hora sugerida para mañana.

Bien podría reunirse con él lo antes posible, y determinar qué, exactamente, podría tener que decirle.

Capítulo Siete

Cuando Gabriel entró en el despacho que siempre había pertenecido a Thomas Clarke, le impresionó lo familiar que le resultaba. De alguna manera había esperado que se sintiera completamente diferente, pero no: las mismas estanterías llenas de libros de contabilidad seguían alineadas en la habitación. El mobiliario no había sido modificado, la pequeña zona de estar parecía tan cómoda como siempre, y el gran escritorio de caoba se mantenía tan tranquilizadoramente firme y robusto como siempre había sido.

Excepto que allí, detrás del escritorio, se sentaba una figura que, aunque tan familiar como cualquiera de los objetos inanimados de esta habitación, distaba mucho del señorial caballero de cabello cano al que estaba mucho más acostumbrado a ver en el alto sillón de cuero.

—Elizabeth —la saludó con una sonrisa mientras ella se levantaba del escritorio y lo rodeaba, señalando el pequeño grupo de sillas que rodeaban la mesa circular en la zona de estar del despacho. Él extendió la mano para tomar una de las suyas y llevársela a los labios, pero ella lo esquivó hábilmente y se sentó.

—Excelencia —dijo ella, elevando sus labios en su habitual sonrisa estudiada, y él arqueó una ceja ante su formalidad. ¿Así que así iba a ser, entonces?

Ella juntó las manos sobre su regazo con recato, aunque Gabriel no pudo evitar notar el ligero temblor de su dedo meñique. Era la

única señal de su nerviosismo, una que ni siquiera creía que ella misma notara.

—Es un placer verte de nuevo —dijo él, sabiendo que esto encendería su ira, provocando que mostrara alguna emoción distinta a esa frialdad que tanto detestaba.

—Lo dices como si nuestro encuentro de hoy fuera una coincidencia —dijo ella, taladrándolo con sus ojos violetas—. Sin embargo, ambos sabemos muy bien que no es así.

Él se rio entonces, divertido por el hecho de que si había una mujer a la que quizás nunca pudiera superar en una batalla verbal, era esta.

—Muy cierto, Elizabeth. Sin embargo, la mayoría de las mujeres soltarían una risita y estarían de acuerdo conmigo.

Ella le miró con reproche. —También sabes muy bien que no soy como la mayoría de las mujeres, y aunque no quisiera ser grosera, tampoco voy a hacer el papel de tonta.

—No creo que nadie te haya acusado jamás de tal cosa, ciertamente yo no.

—¿Qué puedo hacer por vos hoy, Excelencia?

—Desearía que me llamaras Gabriel.

—No lo haré.

Él suspiró. —Muy bien. En primer lugar, he venido a felicitarte por tu nuevo cargo.

—No he ganado ningún premio. Mi abuelo ha muerto.

Gabriel se sintió reprendido. Ciertamente no había pretendido que sus palabras transmitieran tal ligereza ante el fallecimiento de Thomas Clarke.

—Por supuesto que no —reconoció—. Pero debes estar satisfecha con esta nueva responsabilidad.

—Sí —dijo ella, aunque su dedo meñique comenzó a temblar de nuevo. Ah, así que no estaba tan segura de sí misma en este nuevo rol como podría pensarse.

—Muchos no lo considerarían un puesto adecuado para una mujer.

Elizabeth se erizó ante sus palabras.

—No es un puesto, como sigues llamándolo. No soy una empleada a la que se le paga por su tiempo. Soy socia, la socia principal, y como bien sabes, eso es algo completamente distinto.

—Así es —dijo él, recostándose en su silla y cruzando una pierna sobre la otra—. No voy a discutir contigo en ese punto. Sin embargo, no cambio mi afirmación de que debes encontrar que algunos no están particularmente... complacidos con este giro de los acontecimientos.

Elizabeth inclinó la cabeza para mirar momentáneamente su regazo antes de volver a mirarlo, y él se perdió en sus exquisitas facciones, viendo las ligeras pecas que adornaban su nariz. Ella siempre había pensado que eran horribles; él más bien las había disfrutado.

—Para ser sincera, no he tenido la oportunidad de hablar con la mayoría de las personas que podrían pensar de otra manera. He pasado la mayor parte de mi tiempo hasta ahora aquí en este despacho, revisando correspondencia y cosas por el estilo. A su debido tiempo tendré que revisar algo de esto con el personal adecuado, pero primero determinaré los roles dentro de la empresa.

—Ah, ¿por eso estás revisando los libros de contabilidad?

Ella miró hacia la mesa, viendo el libro colocado entre ellos.

—No exactamente —fue todo lo que dijo, y Gabriel pudo notar que había más detrás de esta historia.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo con este libro?

—*Yo* no estaba haciendo nada. Ni es asunto vuestro —respondió.

—¿Y tus padres, qué piensan de esto?

Elizabeth emitió una risa irónica. —Mi madre está a favor, siempre y cuando le proporcione riqueza y prosperidad. Mi padre no está del todo complacido. Cree que significará que pasaré el resto de mi vida en su casa. Le he asegurado que no será así.

—¿Oh? —Gabriel se enderezó al oír eso. ¿Había encontrado Elizabeth un hombre? Tendría sentido. Ciertamente había pasado ya la edad de tomar marido, y ahora que era heredera, bueno, podría haber algunos hombres más a su puerta, aunque esperaba que fuera lo suficientemente perspicaz para ver cuáles eran sinceros. Pero, ¿por qué la idea de que se casara con otra persona le causaba

tal punzada en el fondo de sus entrañas? Había tenido su oportunidad, y al final, no había sido lo correcto. Seguía apreciándola, pero de la manera protectora de un hombre que cuida de una mujer sola.

—Sí —dijo ella con naturalidad—. Mi abuelo también me dejó su casa, aunque por supuesto mi abuela todavía reside allí. Hablé con ella ayer y estaría más que feliz de que yo me instalara con ella.

—¿Vas a abandonar la casa de tus padres?

Esta no era una acción que esperaba de Lady Elizabeth Moreland. Quizás había cambiado más con su herencia de la sociedad de lo que había pensado.

—Sí —dijo ella con un asentimiento—. Mis padres no apoyan mi participación en el banco. Creen que debería mantener la sociedad, pero no tomar realmente un papel activo. No creo, sin embargo, que este banco fuera tan exitoso como es sin la participación de mi abuelo en diversas actividades. Él me enseñó y me enseñó bien. Simplemente no sabía que todas sus lecciones tenían un propósito.

Su voz se apagó un poco mientras hablaba y miraba por la ventana, con sus pensamientos claramente en otra parte. Él no dijo nada, permitiéndole el momento hasta que ella dio un ligero salto, volvió en sí y se giró hacia él.

—Mis disculpas.

—Está bien —dijo él con un gesto de la mano—. ¿Existe alguna posibilidad de que alguno de los miembros de tu familia impugne el testamento?

—Por supuesto —dijo ella, negando ligeramente con la cabeza como si fuera un idiota—. Lo esperaba en el momento en que el abogado pronunció las palabras. Henry ya ha iniciado los procedimientos y yo he solicitado la validación a través de un procurador. Los interrogatorios a los testigos comenzarán la semana que viene.

Vaya. Clarke se había movido mucho más rápido y sigilosamente de lo que Gabriel le había dado crédito.

—Todo saldrá bien —dijo ella sin mostrar preocupación en su rostro—. Mi abuelo era un hombre meticuloso.

—¿Has pensado en absoluto, quizás, si tus padres, Clarke o cualquier otro miembro de tu familia podrían tener razón?

—¿Perdón? —Su mirada se endureció mientras lo miraba fijamente.

—Solo quiero decir que, tal vez, sería mucho más fácil para ti si confiaras en las personas que tienen un buen conocimiento del banco, como los oficinistas y los gestores de cuentas, y les permitieras reunirse con los clientes. Posiblemente incluso algunos de los otros socios estarían interesados en hacerlo. ¿Qué podrías hacer tú que nadie más no pudiera? No preveo ningún problema para que una mujer asista a reuniones, así que quizás podrías asumir ese papel, pero por lo demás, seguramente tienes mejores cosas que hacer con tu tiempo, ¿no es así?

Su sonrisa era una que él sabía que sería ligeramente condescendiente, como había pretendido que fuera. Ella simplemente lo miró fijamente.

—No puedes hablar en serio.

—¿A qué te refieres?

—Sabes muy bien que no tendría mejores cosas que hacer con mi tiempo. ¿Qué es lo que sugerirías? —preguntó, su voz volviéndose cada vez más acalorada mientras hablaba—. ¿Acuarelas? ¿Tejer? ¿Servir té? ¿Has sido enviado aquí por mis padres, por casualidad?

—No sigo órdenes de nadie —dijo él, con palabras cortantes—. Y ciertamente no aprecio tu tono.

—¿Mi tono? —repitió ella, levantando una ceja—. Oh, perdóname, Excelencia, si te he *ofendido* de alguna manera. Dios sabe que nunca me esforzaría por hacerlo. Sería el colmo de la grosería.

Sus palabras estaban teñidas de sarcasmo, y él recordó cómo ella siempre lo había usado para ocultar su verdadera emoción.

—Solo pregunto teniendo en mente tus mejores intereses —dijo, asegurándose de que su propia voz permaneciera firme y sincera—. Tu abuelo puede que te haya permitido seguirlo por este despacho, lo sé bien. Pero, ¿cuánto retuviste realmente, sin saber que algún día podrías necesitar esta información? No pretendo ofenderte,

Elizabeth. Soy muy consciente de que eres tan inteligente como un hombre, quizás más. Sin embargo, no puedes discutir el hecho de que no recibiste el mismo tipo de educación que la mayoría de los hombres. No porque no quisieras, sino porque no se te dio la oportunidad; no es culpa tuya.

—Tuve una excelente institutriz durante la mayor parte de mi juventud, y el resto de mi educación fue la experiencia de primera mano que me enseñó mi abuelo y lo que aprendí por mí misma a través de los libros disponibles. ¿Cuestionas cuánto retuve? Todo, Excelencia. Puedo revisar estados de pérdidas y ganancias. Puedo entender un libro de contabilidad bancaria. Puedo evaluar salarios. Puedo revisar y decidir sobre sociedades. No tengo problemas con nada de eso. Y no, no sería una tarea mejor para alguien más. Mi abuelo sabía lo que estaba haciendo, y me eligió a mí por una razón.

—Todo eso puede ser cierto —dijo él, sonriendo ligeramente ante la vehemencia en su voz—. Pero, ¿puedes dirigir una reunión de socios?

Ella mantuvo su barbilla alta en el aire y no bajó la mirada, pero no dijo nada por un momento, y él se dio cuenta de que finalmente había encontrado el punto central de sus nervios.

—Por supuesto que puedo.

—¿Crees que escucharán a una mujer?

—No tendrán elección. Soy la socia principal.

—Cierto —dijo con un lento asentimiento—. Pero será difícil ganar tracción si ninguno de ellos tiene fe en ti.

—¿Es por esto por lo que has venido? —le desafió ahora—, ¿Para cuestionarme a mí y mi competencia?

—En absoluto —dijo—. Vine porque quería discutir contigo mis cuentas, así como posibles inversiones.

—¿No deberías hablar con tu gestor de cuentas sobre tales asuntos?

—También soy socio del banco —dijo, levantando una ceja hacia ella—. No deseo que mis asuntos sean discutidos por cualquiera. Pero ya que estás sugiriendo que hable con alguien más, me hace cuestionar tu competencia. ¿Eres capaz de proporcionarme la información y el consejo que busco?

—Por supuesto —dijo ella con astucia, extendiendo una mano y recogiendo rápidamente el montón de papeles que él había colocado sobre la mesa entre ellos—. Así como soy capaz de dirigir una simple reunión de socios, sin importar cómo se me desafíe. Y sí, Gabriel, estaré preparada.

La había desconcertado. Ni siquiera se había dado cuenta de que había vuelto a usar su nombre de pila. Interiormente, él sonrió, habiendo logrado su objetivo. Ella estaba molesta ahora, alterada, y él se alegraba de ello. Necesitaba ese coraje, esa actitud ganadora, si iba a enfrentarse a una mesa llena de socios que, a pesar de su lealtad a Thomas Clarke, con toda probabilidad cuestionarían sus habilidades y su competencia. Era por eso que había venido hoy, para ver si estaba lista, y lo estaba, casi. Solo había necesitado ese empujón final.

¿Una cosa que no podía romper? Ese exterior frío y gélido. Parecía que el lado apasionado y ardiente de ella había desaparecido. Elizabeth no tenía deseo de ser una mujer que mostrara emoción, que proporcionara cualquier tipo de calidez, cualquier amor. Era parcialmente lo que lo había alejado de ella todos esos años atrás. Había sido apasionada, amorosa una noche, y luego al día siguiente era como si nunca hubiera pasado nada. Él quería conocer el fuego, el calor, el deseo, y por lo que podía decir, Elizabeth Moreland solo los había sentido una noche en toda su vida. ¿Si alguna vez volvería a sentirlos? Eso ciertamente no era asunto suyo.

—Muy bien —fue todo lo que dijo—. Entonces, veamos estas cuentas, ¿de acuerdo?

Capítulo Ocho

Elizabeth convocó la reunión de socios para más tarde esa semana. Mientras tanto, se mantuvo ocupada cumpliendo su palabra y trasladando su residencia a la casa de su abuela. Su madre y su padre no dijeron nada más al respecto, aunque sí sintió la furia de sus miradas reprobatorias.

—Madre, padre —dijo durante su última cena en la residencia familiar, ocasión a la que se había unido su hermano—. No quiero que haya ningún resentimiento entre nosotros. Pero la verdad es que no sé cuándo o si alguna vez me casaré, y como padre ha señalado, no puedo vivir en vuestra casa para siempre, esperando un día que quizás nunca llegue. El abuelo me regaló generosamente su casa, y mudándome allí ni vosotros ni Terrence tendréis que preocuparos por mí.

—Nunca me he preocupado por ti, Elizabeth —dijo Terrence, guiñándole un ojo. Tenía un aspecto similar al de ella, aunque su rostro era ligeramente más lleno mientras que el suyo, lo sabía, era más afilado. Quizás era simplemente porque ella siempre había sido mucho más tensa que él. No estaba segura de por qué, pero parecía que toda la responsabilidad y sentido práctico que a Terrence le faltaba, Elizabeth sentía que debía compensarlo. Ambos tenían la misma constitución alta y delgada, aunque la sonrisa de Terrence afloraba con mucha más facilidad.

—Harás feliz a algún tipo un día, estoy seguro —continuó, siempre optimista.

—Yo *no* estoy tan seguro, vistas sus decisiones actuales —opinó su padre, mirándoles a ambos por encima de su nariz desaprobadora —. Y en cuanto a ti, Terrence, correteando por todo Londres haciendo sabe Dios qué con quién, ni siquiera quiero imaginarlo. Desde luego no es la manera de conseguir una novia.

—¡Soy joven, padre! —dijo Terrence, prácticamente riéndose de Lord Moreland, lo que sin duda no ayudaba—. Me asentaré a su debido tiempo, no te preocupes.

—Creo que ya es suficiente de esta conversación en la mesa —dijo la madre de Elizabeth—. Podéis guardarla para una charla de caballeros después de la cena.

—Oh, madre, no es como si Elizabeth no...

—No son los oídos de Elizabeth los que me preocupan —dijo mientras su mirada se deslizaba hacia su hija, claramente diciendo que ya no pensaba mucho de la moral de Elizabeth—. Sino los míos.

Terrence solo resopló ante eso, mientras Elizabeth lo ignoraba. Una comida más, y ya no tendría que preocuparse por la desaprobación de sus padres, o al menos, el constante recordatorio de la misma, pues estaba segura de que su desaprobación la seguiría sin importar dónde residiera.

Además, ya no tenía *tiempo* para preocuparse por ello. Mañana sería su primera reunión de socios, y más que nada, tenía que estar bien preparada para ella.

Intentó no pensar en el hecho de que Gabriel podría estar allí. Por qué importaba, no estaba segura. Quizás era porque sabía que no era un hombre al que pudiera superar en ingenio. Le molestaba que él pensara que no era capaz de asumir el puesto de socia principal. Si él, un hombre que la conocía bien y era consciente de sus capacidades, no creía en ella, ¿entonces quién lo haría?

Su abuelo lo había hecho, se recordó a sí misma. Ahora, solo necesitaba mostrar al resto lo que él había visto en ella. Si al menos supiera exactamente qué había sido. Su abuelo ciertamente había reconocido su interés en el banco, por eso siempre había estado tan dispuesto a recompensar ese interés con toda la instrucción que le había proporcionado. Elizabeth reflexionó sobre todas las pruebas que le había puesto, todas las veces que le había pedido su opinión

sobre alguna situación. Lo había disfrutado, había apreciado la oportunidad de sentirse útil y que sus opiniones fueran respetadas por un hombre como él. Pero también siempre había pensado que era para su propio beneficio. Nunca se le había pasado por la mente que Thomas pudiera estar preparándola para asumir el cargo; por qué nunca le había dicho una palabra al respecto, probablemente nunca lo sabría.

* * *

Mientras Gabriel se vestía esa mañana, en realidad se descubrió esperando con interés un evento en su agenda por primera vez en muchos días. De hecho, la última vez que había anticipado algo tanto, había sido su reunión con Elizabeth. Por qué era así, no tenía ni idea. Quizás el hecho de que, a diferencia de la mayoría de los aspectos de su vida, proporcionaba una situación que podía controlar por completo, lo cual se había vuelto bastante emocionante, y qué triste era eso?

—¿Qué opina, Baxter? —preguntó, girándose de un lado a otro frente al espejo de cuerpo entero. Gabriel siempre había sido muy consciente de que a uno se le toma mucho más en serio si parece lo que se espera de él.

—Se ve excepcional, Su Gracia, sin duda —dijo su ayuda de cámara mientras le anudaba la corbata, asegurándose de que estuviera impecable. Gabriel se examinó críticamente, preguntándose por un momento si el estampado a rayas de su chaleco era *demasiado* estilizado, pero luego decidió que estaba bien y que estaba siendo ridículo. Era una maldita reunión de banco, no un baile con el Príncipe Regente.

Llegó al banco con tiempo de sobra, como siempre hacía, complacido de que la mayoría le reconociera cuando entró.

—Buenos días, Su Gracia —dijo Anderson, inclinando la cabeza mientras Gabriel pasaba. Ah, Anderson. Era tan parte de este banco como los propios muros de ladrillo. Gabriel entró en el vestíbulo principal, mirando hacia el techo abovedado de piedra sobre él,

donde se alzaban los guardianes esculpidos del banco que observaban desde su cúpula a todos los que estaban debajo.

Los empleados se alineaban en los largos mostradores por toda la sala, algunos atendiendo a sus clientes mientras otros garabateaban en libros de contabilidad, esperando la siguiente llegada. Pasó junto a todos ellos, mirando a su alrededor con nuevos ojos las paredes de mármol de Carrara que le rodeaban, incrustadas con grabados del escudo de la familia Clarke así como el símbolo alquímico del oro, un guiño a los orígenes del banco. Todo esto, lo había construido Thomas Clarke. Y todo estaba ahora bajo la atenta mirada de Elizabeth.

Gabriel tomó las grandes escaleras de mármol que se enroscaban y doblaban la esquina mientras buscaba la sala donde se reunirían. Era lo suficientemente grande para albergar una mesa para ocho socios y, en ocasiones, el gerente principal o un empleado, pero también era bastante íntima, con oscuras estanterías cubriendo la habitación y retratos de los descendientes de Clarke colgando en los espacios libres.

Gabriel se alegró de comprobar que era el primero en llegar, aunque, por supuesto, Elizabeth ya estaba presente, sentada a la cabecera de la mesa con un par de ordenados montones de papel y una pluma delante de ella.

—¿Preparada como siempre? —preguntó al entrar, aunque aún no se sentó, sino que se apoyó en el marco de la puerta para observarla.

Ella dio un pequeño respingo cuando él habló, ya que claramente la había tomado por sorpresa.

—Por supuesto —dijo con naturalidad, ocultando su momentánea caída del muro de protección con el que se rodeaba—. Y tú llegas temprano.

—Aunque parece que nunca podría llegar tan temprano como tú —dijo, entrando ahora y caminando alrededor de la mesa hacia las sillas que estaban frente a ella, en lo que se convertiría en el fondo de la sala. Siempre prefería mantenerse detrás de todos los demás, para poder observar el comportamiento del resto antes de llegar a sus propias opiniones o, al menos, darlas a conocer.

Ella no dijo nada, simplemente volvió a revisar el papel que tenía delante. Tan silenciosamente como pudo, rodeó la mesa para poder mirar por encima de su hombro.

—Veo que has hecho una agenda.

Si antes había dado un salto bastante alto, Elizabeth casi voló de su asiento ahora: su cabeza subió, chocando contra la cara de Gabriel. Sus ojos se cegaron instantáneamente por las lágrimas y un repentino golpe de dolor, y luego sintió cómo se le llenaba la nariz justo antes de que comenzara a gotear sangre.

—¡Dios mío! —exclamó Elizabeth, poniéndose completamente de pie mientras miraba desesperadamente a su alrededor buscando algo con lo que ayudarle—. Lo siento, Gabriel, pero me has asustado. No tenía idea de que estabas ahí...

Él apartó sus palabras con un gesto mientras se sujetaba la nariz con una mano, hurgando en sus bolsillos en busca de su pañuelo con la otra. Al ver lo que estaba haciendo, ella metió la mano en su bolsillo por él, encontrando un pañuelo de lino blanco perfectamente almidonado y sujetándolo contra su cara, donde se manchó instantáneamente.

Fue en ese momento cuando llegó el primer socio, deteniéndose en la puerta con una mirada atónita en su rostro al contemplar la escena frente a él.

—Cielos —dijo el Sr. Cartwright, un viejo conocido de la familia Clarke—. ¿Está todo bien, Lady Elizabeth?

—Bien, bien —dijo ella, manteniendo la presión sobre la nariz de Gabriel hasta que finalmente logró apartar su mano, notando mientras lo hacía que una fina capa de sudor había aparecido en su frente—. Quizás debería alejarme un momento para buscar ayuda. Si me disculpáis, caballeros.

Salió por la puerta en un susurro de seda negra antes de que ninguno de ellos pudiera decir algo. Gabriel asintió cautelosamente a Cartwright mientras sentía que el flujo comenzaba a disminuir. No pasó mucho tiempo antes de que Elizabeth volviera a entrar en la sala, con su sonrisa practicada fija en su rostro, aunque Gabriel podía notar que estaba ligeramente agitada. Claramente, no era así como había anticipado que comenzaría su primera reunión. Iba

acompañada por un lacayo, que rápidamente limpió cualquier resto del desastre. Desafortunadamente, nadie podía hacer nada para ayudar al propio Gabriel. Su inmaculada corbata estaba ahora manchada con gotas de sangre roja, aunque afortunadamente llevaba una chaqueta negra sobre su chaleco que ocultaba cualquier mancha. Gabriel suspiró. Sin duda, no era la impresión que esperaba dar, y Baxter ciertamente no estaría contento con él.

—Gracias, Giles —oyó decir a Elizabeth al lacayo mientras él tomaba asiento en la parte trasera de la sala. El resto de los socios pronto comenzó a llegar y los saludó a medida que entraban, la mayoría bien conocidos por él. Todos le miraron con ligera confusión, y sabía bien por qué: no estaba seguro de que alguien le hubiera visto alguna vez tan desaliñado, además del hecho de que raramente asistía a reuniones de socios a menos que hubiera un asunto sobre el que necesitara votar.

—Bienvenidos a todos —dijo Elizabeth, de pie en la cabecera de la mesa mientras miraba alrededor de la sala, encontrando la mirada de cada uno de los seis hombres—. Gracias por venir con tan poca antelación. Tras el fallecimiento de mi abuelo, pensé que era pertinente que nos reuniéramos lo antes posible para garantizar la continuidad de la gestión del banco. Desafortunadamente, el Sr. Mortimer no puede acompañarnos hoy debido a su mala salud.

Uno de los otros caballeros sentados alrededor de la mesa se inclinó hacia delante con un dedo en el aire.

—Ah, disculpe, Lady Elizabeth, pero debo preguntar. ¿Está planeando trabajar activamente dentro de su papel como socia principal?

Ella le miró por un momento como si estuviera confundida.

—Pues sí, Sr. Lang. Por eso estoy aquí, dirigiendo esta reunión.

—¿Y cómo sabría qué hacer?

Le dedicó una sonrisa amable, una que Gabriel estaba seguro que pretendía usar para suavizar sus palabras, pero no pareció hacer diferencia para Elizabeth.

—A diferencia de mi abuelo, Sr. Lang, quien tuvo que descubrir por sí mismo cómo construir y gestionar un banco, yo tuve la oportunidad de aprender directamente de su experiencia. No puedo

decirles cuántas horas he pasado dentro de las paredes de este edificio. Creo que me nombró su sucesora para asegurar que el legado de este banco permanezca consistente, y tengo la intención de mantener la confianza que depositó en mí.

Sus palabras fueron objetivas, firmes y, sin embargo, todavía respetuosas. Gabriel admiraba sus maneras, aunque siempre lo había hecho.

—Pero, Lady Elizabeth —dijo otro hombre, un joven baronet—, ¿no tiene otros compromisos a los que debe atender?

—¿Se refiere a recibir visitas en mi salón, Sir Gray?

El hombre pareció ligeramente avergonzado.

—Me referiría a varios eventos sociales a los que se esperaría que una mujer como usted asistiera.

—Puedo asegurarle, Sir Gray, que nada es actualmente más importante para mí que este banco.

Por eso precisamente muchos hombres evitarían a Elizabeth. Gabriel estaba seguro de que una vez que se había comprometido con algo como esto, seguiría siendo su máxima prioridad. ¿Dónde encajaría un marido en eso?

No era asunto suyo, se recordó a sí mismo. Aunque esta reunión, este banco, ciertamente lo era.

La reunión continuó así durante un tiempo: los socios cuestionando educadamente a Elizabeth y su futuro compromiso con el rol, cómo manejaría varios aspectos del negocio. Ella respondió a todo con elegancia y cortesía.

—Bien —dijo finalmente—, no quiero ocupar demasiado de vuestro día hoy, pero hay un último asunto que debemos discutir. Antes mencioné la enfermedad del Sr. Mortimer. Desafortunadamente, su salud está fallando, y ha decidido que va a renunciar a su participación en el banco. Por mucho que vayamos a extrañarle y su sabiduría, estoy segura de que todos entendemos su decisión. Aún no ha nombrado un sucesor, pero anticipo que lo hará muy pronto. Si no, perderá sus acciones, y determinaremos si el resto de los socios las absorberán, o si elegiremos nombrar a otro en su lugar. Mientras tanto...

Sus palabras se detuvieron súbitamente cuando la puerta se abrió de golpe, dejando entrar a una figura familiar, que se quedó mirándolos con una sonrisa presumida en su rostro.

Henry Clarke.

Capítulo Nueve

—Prima —dijo, entrando en la sala y tomando uno de los asientos libres en la mesa antes de mirar al resto de los socios—. Caballeros.

—Henry —dijo Elizabeth con una tensa sonrisa, por el bien del resto de los presentes alrededor de la sala. En realidad, preferiría lanzarse a través de la mesa y empujar físicamente a su primo fuera de la habitación—. Aunque siempre es un placer, debo pedirte que esperes fuera hasta que nuestra reunión haya concluido. Esto es solo para socios.

—Ah, sí, soy muy consciente de ello —dijo con una sonrisa de autosatisfacción—. Conoce a su nuevo socio.

Elizabeth entrecerró los ojos mientras él deslizaba un trozo de papel por la mesa.

—Encontrarás ahí, prima, que John Mortimer ha cedido su participación a mi favor, Henry Clarke. Debo decirte lo complacido que estoy de estar aquí. Ahora, ¿de qué me he perdido?

Elizabeth leyó la breve nota tres veces. Era como él decía, aunque se preguntaba por la legitimidad de la nota. También dudaba sobre cuánto había avanzado la enfermedad del señor Mortimer y si tenía plena capacidad para tomar tal decisión. Conociendo a Henry, tenía la sensación de que quizás el hombre había sido coaccionado. Le repugnaba, pero no había nada que pudiera hacer al respecto en este momento.

—No creo que podamos aceptar esto como un hecho, Henry, hasta que hayamos escuchado del propio señor Mortimer. Esto es un documento, pero no un documento legal. Requerimos eso o su presencia para proporcionarnos esta información. ¿No es así, señor Bates?

Miró al director del banco, que estaba sentado en los límites de la sala como observador, y él asintió.

—Vamos, Elizabeth, eso no es muy caritativo por tu parte, viendo lo enfermo que está el señor Mortimer —dijo Henry, inclinando la cabeza como si él fuera el benevolente y generoso cuando claramente había aprovechado al máximo la enfermedad del señor Mortimer. De hecho, Elizabeth sabía que el pobre señor Mortimer sufría una dolencia del cerebro, una que lo había dejado desprovisto de la mayoría de sus recuerdos, tanto los más recientes como los del pasado lejano. Su familia, sin embargo, no estaba particularmente inclinada a compartir tal información, y Elizabeth nunca traicionaría su confianza. No tenía idea de cómo probar la manipulación de Henry, pero ciertamente no podía hacerlo mientras atendía a esta mesa de socios.

—Sugiero que concluyamos por hoy —dijo Elizabeth finalmente —. Además, recuerden por favor —lanzó una mirada significativa a Henry—, que como socia principal, mantengo la aprobación final sobre el nombramiento de todos los nuevos socios.

Podía notar que algunos de los socios estaban ligeramente incómodos con esta información, ya que se movían en sus sillas, pues eran conscientes de que ella no solo tenía el poder de nombrar socios sino también de destituirlos. Sin embargo, independientemente de su incomodidad, sabía que no debía ceder.

—Ahora, ha sido maravilloso veros a todos. Os deseo un buen día, y espero trabajar con vosotros en el futuro.

Y con eso pronto se fueron, saliendo lentamente de la sala, con un par de excepciones: Henry y Gabriel. Elizabeth suspiró. Dos hombres con los que ya no tenía ningún deseo de batirse verbalmente. Estaba cansada y deseaba retirarse a su despacho —sola— antes de ir a casa para un merecido descanso.

—Espero que no me estés amenazando, querida prima —dijo Henry mientras se levantaba de la mesa, inclinándose hacia adelante con los puños sobre la superficie—. Deberías darme la bienvenida al banco, es un asunto familiar, ¿no es así?

—El abuelo tuvo todas las oportunidades de nombrarte socio, o de dejarte el banco a ti, Henry, y decidió no hacerlo —dijo ella, levantándose también para estar casi tan alta como él—. ¿Qué crees que dice eso sobre la confianza que tenía en ti?

—Así que interpretaste el papel de princesita perfecta cada vez que lo veías —respondió Henry con una mueca despectiva—. Lo interpretaste bien, y mira lo que tienes para ti. Pero no durará. Este es un mundo de hombres, Elizabeth, y no uno donde tú pertenezcas.

Ella abrió la boca para replicar, pero otra voz la interrumpió.

—Por su conducta a lo largo de esta reunión, yo diría que pertenece muy bien, de hecho —llegó la voz profunda y suave de Gabriel desde la esquina de la sala. En los últimos momentos, Elizabeth casi había olvidado que él estaba allí, tan silencioso había estado mientras Henry acaparaba toda su atención. Gabriel probablemente había sido el único socio que no la había cuestionado durante la reunión. Ella lo había observado, por mucho que intentara no hacerlo. Había estado recostado, con los dedos en punta bajo su barbilla, sus ojos azules perspicaces mientras la escuchaba a ella y a otros alrededor de la mesa.

—Ah, el Duque de Clarence —dijo Henry, volviéndose para mirarlo—. Qué declaración tan interesante, viniendo de ti.

Por la forma en que miraba a Gabriel, Elizabeth sintió que había algo no expresado detrás de sus palabras, aunque no tenía idea de qué podría ser. —Recuerdo un tiempo en que habrías sido su salvador. Aunque no solo de Elizabeth sino de muchas otras mujeres también, ¿no es así?

Los ojos de Gabriel se endurecieron, y Elizabeth no pudo evitar que los recuerdos inundaran su propia mente.

—Ya es suficiente, Clarke.

Pero las palabras de advertencia de Gabriel ciertamente no eran suficientes para detener a Henry, un hombre que no tenía respeto

por la nobleza, ni por la mayoría de las personas en particular, si Elizabeth lo pensaba bien.

—De hecho —continuó Henry en tono conspiratorio—, estaría interesado en saber más sobre lo que sucedió con la encantadora Lady Julia, la buena amiga de Elizabeth, por supuesto. La cortejaste en Newmarket, ¿no es así? Fue todo un escándalo cuando ella eligió a un mozo de cuadra en lugar del Duque de Clarence.

—Creo que Eddie Francis es en realidad un jockey, Clarke —fue todo lo que dijo Gabriel, pero Elizabeth notó que todo su cuerpo se había vuelto bastante rígido, como si se estuviera conteniendo. Henry lo estaba provocando a propósito, por supuesto, y aunque Elizabeth quería hacer a un lado las palabras de Henry, debía admitir que algunas de ellas estaban llegando hasta ella. Porque por mucho que Henry estuviera siendo un idiota, le había recordado todo lo que Gabriel había hecho para intentar cortejar a Julia, una de sus amigas más cercanas, apenas unos meses atrás con Elizabeth observando. Elizabeth había pensado que todo era algún tipo de juego para él, pero por qué podría importarle ya lo que ella pudiera pensar o sentir, no tenía idea.

—Julia es muy feliz —dijo Elizabeth simplemente—. Y eso es todo lo que importa. Ahora, Henry, es hora de que te vayas, o haré que algunos de los lacayos vengan y te escolten fuera.

—No es necesario, tengo otro compromiso —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Pero ten por seguro, prima, que esta no será la última vez que me verás dentro de las paredes de este banco.

Con una última sonrisa astuta y una reverencia exagerada, salió por la puerta, cerrándola tras de sí.

Elizabeth prácticamente se desplomó en una silla, el agotamiento filtrándose de ella, cuando de repente recordó que Gabriel seguía allí.

—¿Disfrutaste del espectáculo? —preguntó.

—No fue ningún espectáculo —dijo él, y ella levantó la mirada para ver que sus ojos estaban brillantes y claros, sin ningún indicio de juego en su rostro—. Hablaba en serio en lo que dije. Lo hiciste bien hoy.

—Gracias por tu aprobación —dijo ella, sin poder evitar el sarcasmo en su tono. Estaba molesta por el recordatorio de Newmarket, y no podía quitarse el pensamiento de la mente.

—Estás disgustada por Lady Julia —dijo Gabriel, tan perceptivo como siempre.

—Para nada —dijo ella, intentando aparentar indiferencia—. No hay nada por lo que estar disgustada, ¿verdad?

—Estoy feliz de explicar la situación —ofreció él, pero ella negó con la cabeza, sin querer oír más.

—No hay nada que explicar —dijo—. Con toda honestidad, simplemente estoy cansada y he estado deseando irme a casa desde la mitad de esa reunión, o debería decir, interrogatorio.

—Respondiste bien —la elogió una vez más, y ella entrecerró los ojos, preguntándose cuál era su estrategia actual, porque Gabriel siempre tenía una estrategia en todo lo que hacía—. ¿Qué? —preguntó ante su mirada—. Lo hiciste. Solo estoy diciendo la verdad.

Se veía tan apuesto, de pie allí bajo la luz del sol de la tarde que se filtraba por la ventana, su cabello típicamente inmaculado ligeramente despeinado, por ella misma cuando había intentado detener el flujo de sangre de su nariz, que casi olvidó todo lo pasado y se acercó a él como una mujer lo haría a un hombre con quien tuviera una profunda conexión.

Su corbatín estaba ligeramente torcido ahora, y vacilante, no pudo evitar acercarse y enderezarlo un poco. Él atrapó sus dedos entre sus manos cálidas y fuertes, apretándolos contra su pecho mientras la miraba y a ella se le cortó la respiración.

Sus labios estaban a un suspiro de su frente mientras él inclinaba la cabeza hacia ella, y prácticamente podía sentir su pulso donde sus manos tocaban las suyas. No queriendo mancharlas con tinta, se había quitado los guantes para tomar notas durante la reunión, y ahora, en este momento, se alegraba de haberlo hecho, porque la sensación de su piel desnuda sobre la suya era exquisita.

Cerró los ojos mientras una avalancha de sentimientos la invadía: la atracción que instantáneamente la había unido a él, contra la que había tenido que luchar incluso cuando lo odiaba tanto; y la forma

en que la hacía sentir, como si fuera la única mujer en el mundo que importaba, que él siempre estaría allí para arreglarlo todo.

Su prominente y patricio nariz rozó la suya, y entonces, bajo una voluntad propia, su cabeza se inclinó hacia arriba y sus labios se encontraron con los de él. El primer contacto fue suave, vacilante, un recordatorio de quiénes eran y todo lo que había sido antes, y entonces, una vez que se encontraron de nuevo, sus labios se fusionaron, cerrándose uno sobre el otro como si fuera donde siempre debían estar.

Elizabeth lo odiaba por debilitarla así, por hacerle olvidar toda resolución y someterse a él una vez más, pero al mismo tiempo, esto era todo lo que había estado anhelando desde que se separaron hace cinco años, a pesar de su negación incluso a sí misma. Él era el único hombre que la había complementado perfectamente, era la razón por la que ningún otro que había conocido desde entonces parecía ser suficiente.

La mano derecha de Gabriel dejó la suya, rodeando la parte posterior de su cabeza, sosteniéndola contra él de manera tan posesiva.

Lo que provocó que otra imagen llenara repentinamente su mente. Una de Gabriel y otra mujer —una viuda mayor que él por diez años, si Elizabeth recordaba correctamente. Se había topado con ellos en un baile una noche, cuando él sostenía a Lady Pomfret de la misma manera que la sostenía a ella ahora.

Fue más que suficiente para hacer que pusiera las manos contra su pecho y se apartara de él mientras retrocedía fuera del alcance de sus brazos, escuchando el sonido de su propia respiración áspera saliendo fuerte y rápida.

—Elizabeth —dijo él, su voz apenas un susurro, y parecía como si el beso le hubiera afectado casi tanto como a ella. O tal vez era una actuación, algún juego que estaba jugando. Siempre le había gustado manipular, ¿no? ¿Era todo esto relacionado con el banco, algún tipo de juego de poder?

—Eso fue un error —dijo ella, haciendo que su voz fuera firme, para no traicionar el tumulto de emociones dentro de su pecho.

—No creo que lo sea —dijo él, su voz humeante arremolinándose a su alrededor, tentándola a adentrarse más en sus profundidades.

—Yo sé que sí —dijo ella con resolución, enderezándose mientras obligaba a su mente a tomar el control de sus emociones una vez más—. No veo razón por la que tú y yo no podamos ser conocidos amistosos, colegas en este banco. Cualquier cosa más allá de eso nunca será... no de nuevo.

Su semblante estoico vaciló por un momento, y Elizabeth se preguntó qué era lo que veía allí dentro de sus ojos mientras la miraba. ¿Era arrepentimiento? ¿Decepción? Pero no. El Duque de Clarence nunca se arrepentía de nada.

—Elizabeth, lamento que te hayan herido...

—¿Herido? —Elizabeth soltó ahogadamente—. Gabriel, íbamos a *casarnos*. Y tú... me traicionaste.

Tomó un respiro profundo y tembloroso mientras se forzaba a calmarse, a ocultar sus emociones. Permitirle darse cuenta de cuánto la había herido no haría nada más que dejarla aún más vulnerable frente a él. Era mucho mejor mantener todas sus interacciones en lo profesional, por lo que nunca permitiría que estuvieran solos así de nuevo.

—Lo sé —dijo él suavemente—. Y lo siento mucho por eso.

—Esas son solo palabras, Gabriel.

Él asintió. —Si pudiera cambiar el pasado, lo haría. Pero, ay... no puedo. El hombre que era hace cinco años, sin embargo, no es el hombre que soy hoy. ¿No puedes ver eso, Elizabeth? ¿Darte cuenta de que estoy aquí para ti?

—Esas son palabras bonitas, Gabriel, pero no significan nada.

—Entonces mira más allá de las palabras —dijo, dando un paso hacia ella—. Dime que no sentiste algo cuando te sostuve en mis brazos, cuando mis labios tocaron los tuyos. Dímelo y me iré y nunca volveré a hablar de ello.

Elizabeth hizo todo lo que pudo para forzar a su acelerado corazón a ralentizarse mientras lo miraba.

—Yo... yo... —No podía decirlo. Tenía que hacerlo, necesitaba hacerlo, y sin embargo... las palabras se negaban a salir de su lengua. Maldita sea. ¿Lo peor de todo? Él lo sabía.

—Adiós, Gabriel. Te veré en la próxima reunión. Mis disculpas por tu nariz.

Capítulo Diez

Elizabeth, siempre la anfitriona perfecta, sirvió té para las tres mujeres que se sentaban en círculo alrededor del servicio en medio del salón de sus abuelos. Que también era suyo ahora, se dio cuenta, aunque todo seguía siendo bastante increíble.

—Aparte de todo lo que ha ocurrido, ¿cómo te sientes? —preguntó Sarah, con sus ojos marrones llenos de dulzura mientras miraba a Elizabeth, tan perceptiva como siempre con las emociones de su amiga.

Elizabeth hizo una pausa antes de servir la tercera taza, levantando la mirada hacia su amiga. Había estado tan ocupada y tan preocupada por asumir todas las responsabilidades que la esperaban que hacía tiempo que no se detenía a considerar cómo le estaba afectando todo. De hecho, lo prefería así. Odiaba detenerse en sus emociones, permitir que se colara la pena. Solo la dejaba sintiéndose agotada y desolada.

—Echo de menos a mi abuelo, eso es seguro —dijo lentamente, dejando la tetera por un momento—. Aunque creo que nos ha ayudado tanto a mí como a mi abuela estar juntas en este momento. Y sin embargo, de alguna manera, estar aquí, en su casa, en su despacho del banco, me ha permitido sentir como si todavía estuviera conmigo, si es que eso tiene algún sentido.

Rápidamente parpadeó para contener las lágrimas que de repente amenazaban con salir mientras sus amigas asentían comprensivamente.

—Es bueno darte tiempo para reaccionar ante la tragedia —dijo Sarah con ánimo, pero Elizabeth negó con la cabeza, desestimando sus palabras. Permitir que la emoción entrara ahora, en este momento, solo le haría perder todo el control, y eso, incluso delante de sus amigas más cercanas, nunca lo haría.

Julia, con su diminuta figura ya ligeramente redondeada por el niño que acababa de descubrir que esperaba, puso una mano sobre la de Elizabeth.

—Sabes que si hay algo que podamos hacer, estaremos más que encantadas de ayudar. Sé que suena trivial, pero es la verdad.

Elizabeth le sonrió.

—Lo aprecio, de verdad. Pero tú tienes mucho de lo que preocuparte.

Julia hizo un gesto con la mano.

—Todo va bien con nosotros. Muchos viajes, eso es cierto, pero el momento no podría haber sido mejor, porque la temporada de carreras habrá terminado cuando nazca este bebé.

—Apenas puedo esperar a ver cómo te las arreglas —dijo Phoebe con un suspiro, teniendo ya ella misma uno en casa—. Espero que el tuyo duerma.

Sonrieron con esa sonrisa compartida de entendimiento entre dos madres antes de volver al asunto que les ocupaba. Elizabeth deseaba que continuaran hablando sobre niños, pues no tenía mucho interés en continuar con su conversación anterior.

—¿Cómo va todo en el banco? —preguntó Phoebe, pasando al lado empresarial de la vida de Elizabeth, lo cual era, por supuesto, nada sorprendente, ya que ella misma estaba involucrada en los negocios, dirigiendo en secreto *The Women's Weekly*, una publicación para mujeres.

—Todo parece ir bien hasta ahora —dijo Elizabeth lentamente—. No hemos perdido ningún cliente... todavía, aunque he oído rumores de que hay algunos que no están exactamente contentos con una mujer al timón de la institución financiera que custodia toda su riqueza. Mi plan es intentar reunirme con tanta gente como pueda, para permitirles ver que tengo conocimientos y soy competente, que no hay nada que temer.

—Lo cual es sabio —dijo Phoebe con un asentimiento.

—Eso espero, aunque significa mucho trabajo por venir pronto —reconoció Elizabeth—. En cuanto a los socios, también hay bastante duda allí, aunque espero que nuestra última reunión resolviera parte de eso. Aunque trajo consigo un problema más con el que no había pensado tener que lidiar.

—¿Cuál es...? —preguntó Julia.

—Henry —dijo Elizabeth, poniendo los ojos en blanco, y luego procedió a contarles sobre su entrada en el banco, cómo había conseguido una participación para sí mismo y su promesa de provocar su caída—. Cómo lo haría, no tengo idea, pero parece bastante decidido a ganar para sí mismo la sociedad principal. Por qué pensaría que está a su alcance, no lo sé. Sus ideas para el banco, contadas por él mismo, son ridículas y destruirían todo lo que mi abuelo construyó. No puedo permitir que eso suceda.

—Y no lo permitirás —dijo Phoebe, con determinación en sus ojos mientras se sentaba más erguida y servía el último té que Elizabeth había olvidado.

—Oh, lo siento mucho —dijo, alcanzando la tetera, pero Phoebe la apartó con un gesto.

—Tienes mucho en mente.

Elizabeth asintió, esperando que hubieran terminado de discutir su vida, pero entonces captó a Sarah mirándola con los labios fruncidos.

—Hay algo que no nos estás contando —dijo Sarah ante la mirada que Elizabeth le devolvió.

—Os lo he contado todo —dijo Elizabeth, cogiendo su taza de té y dando un sorbo mientras intentaba mantener la mirada de Sarah, aunque no pudo evitar que su vista vagara detrás de ella hacia las pálidas paredes doradas donde se encontraban con el revestimiento blanco, y las acuarelas de todas las flores de Inglaterra colgadas por encima de ellas entre retratos de antepasados. No sería la elección de decoración de Elizabeth, pero su abuela había pintado muchas de las naturalezas muertas y paisajes ella misma, lo que significaba que probablemente permanecerían en las paredes indefinidamente, pues Elizabeth nunca podría quitarlas.

—No lo creo —dijo Sarah con firmeza—. Hay más. Más que tiene que ver con cómo te sientes sobre algo... o alguien.

Elizabeth colocó su taza de té en su regazo.

—No hay nadie.

—¡Ajá! —exclamó Julia con una pequeña sonrisa—. Eso significa con certeza que sí hay alguien. ¿Con quién has tenido tiempo siquiera de verte últimamente?

—Con nadie en absoluto —dijo Elizabeth secamente, aunque podía sentir calor en sus mejillas y sabía que probablemente se estaban volviendo muy rosadas.

—Socios del banco y clientes —dijo Phoebe astutamente, y ante eso, Julia se volvió hacia ella con los ojos muy abiertos.

—¡El Duque de Clarence! —exclamó, y Elizabeth negó con la cabeza, a pesar de que sentía que sus mejillas ahora estaban ardiendo.

—Lo he visto, sí —dijo en un intento de disuadir su interés—. Pero no siento nada por él.

—Después de ver a los dos juntos en Newmarket, ciertamente puedo decir que sientes *algo* —dijo Julia—. Ya sea odio o ira o frustración, no estoy segura, pero nunca te he visto actuar igual con otro como lo hiciste con él... eso no puedes negarlo.

—Eso puede ser cierto —dijo Elizabeth con un encogimiento de hombros—. Lo desprecio, y tengo una buena razón para ello.

Todas la miraron fijamente, claramente esperando escuchar exactamente cuál era esa razón.

Suspiró, dándose cuenta de que no podía posponerlo más; tenía que compartir la historia con estas mujeres, que habían compartido todo con ella.

—Muy bien —dijo, apretando los dedos en su regazo para no golpetearlos distraídamente sobre la mesa—. Gab... el Duque y yo éramos jóvenes. Yo tenía solo dieciocho años, acababa de ser presentada en sociedad, él un par de años mayor. Nuestros padres eran amigos, por parte de mi padre, y cuando éramos niños, nos conocíamos. Nos reencontramos una noche en una fiesta. Nosotros... bueno, tuvimos algún tipo de atracción instantánea que nunca supe que fuera posible. En aquel entonces, en mi inocencia

juvenil, pensé que era amor a primera vista, pero ahora sé que fue *lujuria* a primera vista. Bailamos, coqueteamos, hablamos de cualquier cosa. Fue el primer caballero que pareció realmente interesarse por mi opinión sobre cualquier asunto importante. Fuimos a dar un paseo por los jardines, habiendo bebido una gran cantidad de champán y, bueno...

Se quedó callada, aunque era muy consciente de lo intensamente que la miraban las tres mujeres.

—Bueno, ¿*qué*? —exigió Phoebe.

—Nos encontramos con un cenador, y nuestra atracción se convirtió en algo más que una atracción, lo cual, lamentablemente, llevamos a la práctica. No puedo decir que él se aprovechara de mí... yo le pedí todo, y él accedió. De todos modos —continuó apresuradamente pasando esa parte, pues podía ver que había conmocionado completamente a tres mujeres que estaban lejos de permitir que mucho las sorprendiera—, empezó a cortejarme y finalmente ofreció casarse conmigo. Solo lo hizo porque sabía que era lo correcto. Mientras tanto, eso no le impidió tener *relaciones* adicionales con otras mujeres. Cuando me enteré, habiendo entrado literalmente en una situación en la que estaba con una de sus otras conocidas, rompí todo y le dije que nunca más me hablara. Él cumplió... hasta Newmarket.

Incluso hablar de ello una vez más hizo que Elizabeth temblara de ira, dolor y frustración porque el hombre que ella pensaba que amaba obviamente no la amaba a cambio. ¿Cómo podría haberla amado y luego tratarla así? Era incomprensible. Había sido la traición definitiva: que él se relacionara con otra mujer, especialmente en un evento público, donde cualquiera podría haberlo visto. No solo no le importaba cómo se sentía ella, sino que le importaba igual de poco su propia reputación. No, Gabriel Lockridge había revelado a través de sus acciones exactamente lo que pensaba de ella, y ella se negaba a ceder ante él de nuevo.

Phoebe fue la primera en recuperar la compostura y formuló una pregunta lógica.

—¿Pero cómo recibió su participación en el banco, entonces?

Elizabeth asintió. Esto, no tenía problemas para responderlo.

—Una vez que se hizo obvio que él y yo íbamos a entrar en la felicidad conyugal, mi abuelo Clarke quiso conocerlo mejor. Los dos disfrutaban de la compañía del otro y se hicieron amigos improbables pero rápidos. Pensando que el Duque iba a convertirse en mi marido, cuando quedó libre una participación en el banco, el abuelo le preguntó si estaría interesado. Gab... el Duque dijo que sí, pero no estoy segura de si solo estaba siendo cortés. No mostró mucho interés en los asuntos del banco hasta esta última reunión, e incluso entonces se sentó ahí como un sapo sobre un tronco durante toda la reunión.

—Pero todavía sientes algo por él —dijo Sarah, y Elizabeth se volvió para mirarla, incrédula.

—Ciertamente no —dijo, manteniendo su nariz alta en el aire.

—Entonces, ¿por qué tu cara adopta esa expresión cuando hablas de él?

—¿Qué expresión?

—Esa en la que tus ojos se suavizan ligeramente y sin embargo tu boca se endurece... como si estuvieras tratando de negar lo que sientes.

—Eso es ridículo —dijo Elizabeth—. ¿Todavía me siento atraída por él? Por supuesto que sí. Siempre me sentiré atraída por él. ¿Quién no lo estaría?

—Yo no lo estaba —dijo Julia con un encogimiento de hombros, y Elizabeth inclinó la cabeza para mirarla con un ligero giro de ojos.

—Bueno, de todos modos. Todavía no sé de qué se trataba todo eso en Newmarket, Julia. Pero no olvidaré lo que pasó entre el Duque de Clarence y yo en el pasado. No arriesgaré mi corazón una vez más.

—Eso fue hace unos años ya —dijo Sarah suavemente—. ¿Podría haber cambiado?

Elizabeth frunció el ceño.

—Supongo que podría haberlo hecho, en algunos aspectos —dijo con sinceridad—. Aunque lo dudo bastante.

—Tengo que decir —añadió Julia, hablando lentamente—, que parecía haber algo más en juego de lo que aparecía en la superficie cuando estábamos en Newmarket. Era como si él supiera

exactamente lo que estaba pasando e intentara... ayudar a que las cosas avanzaran, por así decirlo. No tengo idea de si eso era cierto o no, pero así me pareció a mí.

—Él manipula las situaciones —dijo Elizabeth con cierto enojo—. Siempre lo ha hecho. Es algún tipo de juego para él, ver cómo puede usar a las personas como peones en su tablero de ajedrez para llegar al Rey.

—Bueno, todo salió bien para mí —dijo Julia con una suave sonrisa—. Pero ciertamente puedo entender tu preocupación.

—Creo que tienes razón en evitarlo —dijo Phoebe, y Elizabeth la miró agradecida—. ¿Realmente puedes confiar en él? Aunque, nunca le digas que sugerí lo contrario, no querría arruinar su amistad con Jeffrey.

—Por supuesto que no —le aseguró Elizabeth.

—Gracias. ¿Y qué harás ahora? —preguntó Phoebe.

—Terminaré de mudarme a esta casa —dijo Elizabeth, agitando sus manos a su alrededor—. Me pondré a trabajar en el banco y determinaré exactamente cómo evitar que mi primo Henry sea un problema. Si lo decido, puedo rechazar su asociación, pero eso puede despertar la ira de los otros socios, haciendo que se preocupen por el futuro. Y mientras tanto, ignoraré a Gabriel Lockwood.

Capítulo Once

Tres meses después

Elizabeth agradeció poder vestirse finalmente de color lavanda. Se sentía alegre después de tantos días de negro, una y otra vez. En toda honestidad, ella creía que su abuelo, si le hubieran preguntado su opinión, habría preferido que llevaran colores para celebrar su vida. Pero esto era lo esperado, y aunque la mayor parte de su vida en estos días parecía ir en contra de lo que otros sentían que debía hacer, en esto seguiría el protocolo.

—Buenos días —dijo al entrar en el comedor donde la esperaba su abuela. Se habían acomodado en lo que Elizabeth consideraba una rutina encantadora, desayunando juntas en la sala color crema que le recordaba a Elizabeth comer sobre nubes. Había un ligero toque de azul claro esparcido por toda la habitación en pinturas y sobre la tapicería de las sillas, pero incluso la mesa era del pino más claro que añadía luminosidad a la habitación, mientras que la ventana orientada al este permitía que el sol de la mañana penetrara en la estancia.

—Buenos días, querida —dijo Justine, con el rostro arrugado en su habitual sonrisa. Elizabeth sabía cuánto echaba de menos su abuela a su marido, pero al mismo tiempo, Justine tenía una visión positiva de la vida y todo lo que incluía—. ¿Has dormido bien?

—Sí —dijo Elizabeth con una sonrisa, aunque era una completa mentira. Cada noche se acostaba, mirando al techo mientras su mente se agitaba con todo lo que tenía que considerar tras su día en

el banco. Esperaba que sus preocupaciones disminuyeran con el tiempo, pero por ahora, tenía demasiadas inquietudes sobre qué decisiones eran las correctas, en quién podía confiar y quién preferiría no tener a una mujer liderándoles. Deseaba poder preguntarle a su abuelo sobre sus elecciones, pero, por desgracia, solo podía suponer lo que él podría pensar.

Su abuela la miró ahora con perspicacia, quizás adivinando todo lo que pasaba por su mente.

—Tu abuelo también traía sus preocupaciones a casa —dijo Justine, dando un sorbo a su té.

—¿De verdad? —preguntó Elizabeth, levantando la cabeza de su plato para mirar a su abuela.

—Por supuesto —dijo Justine, ciñéndose más la bata. Nunca se vestía antes del mediodía; decía que no tenía ninguna razón para hacerlo, así que ¿por qué no estar cómoda mientras desayunaba y leía sus periódicos?—. A veces me hablaba de ellas. Decía que le ayudaba. No quiero que sientas ninguna presión para hacerlo, pero siempre eres bienvenida a hablar; me gustaría que lo supieras.

—Gracias, abuela —dijo Elizabeth—. Por el momento, se trata principalmente de ganarme la confianza de clientes y socios. Una socia principal femenina no es exactamente la norma.

—No —coincidió Justine—. Pero tu abuelo no te habría nombrado en su lugar si no hubiera confiado en ti. Se adaptarán; tú sabrás la mejor manera de demostrarte a ti misma.

—Gracias —dijo Elizabeth con una sonrisa. Qué diferentes eran sus conversaciones durante el desayuno aquí en comparación con las que tenía con sus padres—. Lo agradezco de verdad.

—¿Ya ha concluido ese asunto horrible con tu primo?

—¿La impugnación del testamento por parte de Henry? Sí, gracias a Dios —dijo Elizabeth con un suspiro—. No tengo ni idea de por qué consideraría que el testamento no sería válido, teniendo en cuenta quién era el abuelo y lo cuidadoso que era en tales asuntos. Sin embargo, después de las entrevistas, se concluyó que hubo múltiples testigos presentes tanto durante la redacción como la firma del testamento y, por supuesto, el abuelo estaba en pleno uso de sus facultades cuando lo hizo.

—Bueno, estoy aliviada de que haya terminado y se haya resuelto para que puedas continuar con lo que es importante —dijo Justine, y Elizabeth optó por no compartir sus temores adicionales de que Henry solo encontraría nuevos métodos para intentar socavar su autoridad y su posición.

—Ahora —continuó su abuela—. ¿Has decidido qué vas a llevar esta noche?

—¿Llevar? ¿Esta noche? —Elizabeth hurgó en su mente mientras intentaba determinar a qué se refería su abuela.

—A la fiesta que organizan tus padres, querida —dijo su abuela con una pequeña risa—. ¿Estás tan preocupada que lo has olvidado?

—En realidad, sí —dijo Elizabeth con un suspiro—. No creo que vaya a asistir.

—¡Pero tienes que hacerlo! —dijo Justine, y Elizabeth la miró sorprendida. Nunca pensó que su abuela, de todas las personas, la obligaría a asistir a una fiesta llena de miembros de la nobleza. Notando la mirada interrogante de Elizabeth, su abuela continuó—: Parte de ser socia principal de un banco son las relaciones que desarrollas con los clientes. Era uno de los aspectos de su posición en que tu abuelo destacaba, y cómo hizo crecer el banco hasta convertirlo en uno de los mejores de Londres. Tienes que cultivar asociaciones sólidas, permitir que los clientes potenciales te conozcan y confíen en ti. A veces, lo que puedes lograr en una noche de conversaciones incómodas es más de lo que podrías conseguir en semanas de reuniones.

Elizabeth asintió lentamente. —Por supuesto. Debería haberlo sabido.

—Son cosas que se aprenden con el tiempo —dijo Justine—. Pronto serán algo natural para ti.

—Muy bien —dijo Elizabeth con un suspiro—. A la fiesta iremos.

* * *

Elizabeth subió los escalones de la casa de sus padres con cierta inquietud. Había regresado algunas veces, por supuesto, para

visitarlos y cenar. Pero este era el primer evento con otros asistentes y, pensando en eso, se preguntó quién estaría presente esta noche.

Por supuesto, había una persona en particular por la que se preguntaba, pero no quería dar credibilidad a ese pensamiento.

No había visto a Gabriel desde la reunión de socios, después de la cual se habían besado inadvertidamente. Él había intentado visitarla un día, pero ella no había estado en casa, de lo cual se había sentido aliviada al enterarse de su llegada, pues no tenía idea de cómo lo habría saludado. *Hola, Gabriel, me alegro de verte. Espero que no interpretaras demasiado ese beso, porque no significó nada.* Entonces él estaría de acuerdo, y todo volvería a ser como antes, ¿no es así? Pero esa conversación sería particularmente incómoda, y prefería evitarla, a pesar de que, en algún momento, sus caminos estaban destinados a cruzarse de nuevo, considerando sus círculos sociales y su participación en el banco.

Su abuela le apretó el brazo.

—Sonríe, querida —dijo, y Elizabeth obedeció justo cuando el mayordomo abrió la puerta y la condujo para saludar a sus padres, que se mostraron protocolariamente corteses.

Elizabeth había dado apenas dos pasos en la habitación cuando sus ojos fueron instantáneamente atraídos hacia un hombre, el oscuro y engañoso Duque de Clarence, como si hubiera un imán que capturara su mirada. A pesar de que la sala estaba llena de gente, todo lo que podía ver era a él. ¿Por qué, oh por qué, tenía que ser así? No quería sentir nada por Gabriel. No quería sentirse inexplicablemente atraída por él, ni anhelar sentir sus brazos alrededor de ella y sus labios sobre los suyos una vez más. Pero no podía evitar su anhelo más de lo que podía dejar de respirar.

Por eso, determinó mientras apartaba la mirada para examinar el resto de la habitación, se mantendría muy, muy lejos de él.

* * *

Era como si hubiera viajado atrás en el tiempo.

Porque cuando Elizabeth entró en la habitación, Gabriel recordó aquel momento, hace años ya, cuando la había visto por primera vez en su forma de mujer al entrar en aquella fiesta que los había cambiado a ambos para siempre. Esta noche, mientras ella entraba en la sala de recepción de sus padres del brazo de su abuela, Gabriel quedó nuevamente cautivado al instante.

Apenas había podido quitársela de la mente desde que la besó en el banco hace ya unos meses. Había intentado visitarla, pero había recibido su mensaje claramente: no quería saber nada de él. Era una mujer con una memoria larga, que podría haber perdonado, pero no había olvidado.

Gabriel hacía mucho que había aceptado el hecho de que había arruinado cualquier oportunidad que pudiera tener con ella, y había seguido adelante. O eso creía.

Viéndola ahora aquí, recordó por qué ella eclipsaba a cualquier otra mujer que conocía.

No era que fuera una belleza impresionante. Era bonita, graciosa y tenía una elegancia como nunca antes había visto en otra mujer. Pero era el conocimiento de quién era, todo lo que había logrado y la confianza con la que se comportaba lo que no tenía igual. Caminaba con el aire de una mujer a la que no le importaba lo que otros pensaran, aunque él era consciente de que esto no era realmente así. Elizabeth se preocupaba. Gabriel lo sabía porque había visto a la verdadera mujer bajo ese aire de indiferencia. Podía ver, mientras su inquietante mirada violeta examinaba la sala, que no le interesaba particularmente estar aquí, y que probablemente preferiría estar en cualquier otro lugar, especialmente en el banco, supuso.

Sin embargo, esta era la fiesta de sus padres, y no podía evitar asistir, por lo que él había elegido aceptar la invitación de Lord y Lady Shannon esta noche.

Casi podía sentir cuando la mirada de Elizabeth pasó sobre él, y aunque sabía que ella lo había visto, podía notar que intentaba fingir que no lo había hecho. Así que aún no estaba lista para ver más allá de su pasado. Muy bien.

Gabriel se había dicho a sí mismo que probablemente era mejor así. ¿Cómo podría una mujer como Elizabeth, con su posición y su

desaprobación hacia la mayoría de la sociedad, encajar en su vida?

En algún momento lo hizo, se recordó, pero sacudió la cabeza para desechar el pensamiento.

—Clarence —Gabriel se giró para ver quién lo saludaba, complacido de encontrar a dos de sus amigos más cercanos, David Redmond, así como Jeffrey Worthington, Marqués de Berkley.

—Caballeros —dijo—. Un placer verlos esta noche.

—¿A quién no invitaron Shannon y su esposa? —preguntó Jeffrey arqueando una ceja—. Parece que la mitad de la *ton* se ha reunido en esta habitación.

Tenía razón. La familia Moreland tenía una casa considerable en Londres, aunque nada parecido a la suya propia.

—¿No siguen de luto? —preguntó Redmond, y Gabriel se encogió de hombros—. Han pasado unos meses, es cierto, y Lady Shannon sigue vistiendo de negro.

—Aun así...

—Cada uno a lo suyo, supongo —dijo Berkley, y Gabriel asintió. Por lo que sabía, Lady Shannon no había estado particularmente cerca de su padre en los últimos años.

—¡Incluso la esposa de Clarke está aquí! —continuó Redmond, claramente incapaz de procesar el hecho de que la familia había ignorado algunos de los procedimientos de luto.

—Thomas Clarke era un personaje interesante —dijo Gabriel, sonriendo al recordar una de sus muchas conversaciones con el hombre—. Sentía que después de la muerte de alguien a quien se ama de verdad, la vida debería celebrarse. Odiaba la idea de vestir de negro, de abstenerse de cualquier tipo de diversión. Supongo que su esposa tiene ideales similares.

—Interesante —dijo Berkley, mientras Redmond levantaba las cejas, claramente todavía algo confundido.

—¿Está tu esposa presente esta noche, Berkley? —preguntó, a lo que el hombre asintió—. Por supuesto. No se lo perdería. Demasiado sobre lo que escribir... ah, es decir, escribir a Lady Julia. En cartas.

Gabriel sonrió. Aunque estaba bien al tanto de las actividades de Lady Phoebe como editora de *The Women's Weekly* —una de las pocas publicaciones de Inglaterra escrita enteramente para mujeres,

que a menudo cuestionaba los ideales de la sociedad—, Redmond no tenía ese conocimiento, y Berkley no querría compartir esa información.

—Ahí está ahora —continuó Berkley—. Con la señorita Jones. Lady Elizabeth se les está uniendo.

Gabriel se sorprendió al ver que Elizabeth no permaneció con ellas mucho tiempo, sino que pronto estuvo moviéndose por la habitación, saludando a los reunidos. Así que estaba tomando sus responsabilidades como socia principal mucho más en serio de lo que incluso él había esperado. *Bien por ella*, pensó, sintiendo un extraño orgullo en su pecho. Lo cual era ridículo. No tenía ninguna razón para sentirse orgulloso de ella. Él era simplemente un conocido, y ella era una mujer independiente, lo que había dejado muy claro.

Y ahora esa mujer se dirigía hacia ellos.

—Buenas noches, caballeros —dijo con un gesto mientras se unía a ellos—. Me complace mucho verlos esta noche.

Era una visión. Llevaba un vestido de un gris tan claro que era casi blanco, y todo lo que él podía ver era el rojo de su cabello y el violeta de sus ojos.

—Buenas noches, Lady Elizabeth —dijo Berkley—. Se ve encantadora. No la he visto desde la muerte de su abuelo, así que me gustaría ofrecerle mis condolencias. He oído que está desempeñándose muy bien ocupando su lugar en Clarke & Co.

—No creo que nadie pueda ocupar su lugar con la misma excelencia con la que él siempre dirigió el banco —dijo ella con modestia—. Pero gracias por sus amables palabras.

—Me sorprende ver a su abuela aquí —dijo Redmond, y Gabriel quiso poner los ojos en blanco ante el hombre, que tenía tendencia a decir cosas que no eran particularmente apropiadas para el momento.

Elizabeth, sin embargo, siempre educada, le sonrió con dulzura. —Mi abuela cree que mi abuelo querría que ella continuara disfrutando de la vida. Todavía lo llora profundamente, puedo asegurárselo.

Redmond se sonrojó, habiendo sido reprendido apropiadamente.

—Mis disculpas, Lady Elizabeth, nunca quise...

—No se preocupe —dijo ella—. Prefiero que me hagan la pregunta directamente a que hablen de mí a mis espaldas.

—Justo —dijo Redmond, mostrando su amplia y conocida sonrisa encantadora. Gabriel deseó que no mirara a Elizabeth con tanta admiración.

—¿Le gustaría bailar, Lady Elizabeth? —preguntó Gabriel, encontrando finalmente su voz.

—No estoy segura... —dijo ella, mirando alrededor, claramente queriendo hacer cualquier cosa *menos* bailar con él.

—Solo un baile —dijo él suavemente, y vio la duda en su rostro, pero pudo notar por el ligero pánico que pasó por sus ojos que no podía pensar en una excusa.

—Muy bien —murmuró, y luego le ofreció su mano.

Capítulo Doce

Elizabeth colocó lentamente su mano enguantada en la de Gabriel. Adiós a su plan de evitarlo. Pero difícilmente podría haber pasado de largo a estos tres caballeros —uno el marido de una de sus amigas más cercanas, otro un socio del banco— cuando estaba saludando a todos los demás en la sala.

Gabriel le ofreció una cálida sonrisa, una que ella habría calificado de seductora, pero sabía perfectamente que no era así. Era la mirada que él dedicaba a todas las mujeres que conocía y casi todas caían rendidas —con algunas excepciones, si sus encuentros con Julia habían demostrado algo.

Elizabeth juró que no cedería. La única manera de lograrlo era no encontrarse con su mirada. Miró directamente hacia las otras parejas que les rodeaban en la pista de baile. Era un vals, por supuesto. Difícilmente podría tener peor suerte.

Gabriel la hizo girar y tomó su cintura con una mano, capturando su otra mano enguantada con la suya. Estaba elegantemente vestido esta noche, como siempre lo estaba. Llevaba una levita azul cobalto con pantalones color cervato, perfectamente ajustados sobre una camisa y chaleco blancos. Su cabello estaba expertamente peinado, sus rizos castaño oscuro eran la envidia de la mayoría de las mujeres, incluida la propia Elizabeth.

—Estás preciosa esta noche —murmuró en su oído, y su voz profunda contra su cuello le envió escalofríos por la columna. Elizabeth era una mujer alta, pero él tenía la estatura perfecta a su

lado —lo suficientemente alto, pero no tanto como para empequeñecerla. Su barbilla podría descansar casi exactamente sobre la parte superior de su cabeza si él decidiera inclinarla hacia adelante.

—Gracias —dijo ella suavemente, incapaz de encontrar palabras ingeniosas para lanzarle en ese momento. Él estaba siendo educado, y ella haría lo mismo. Podían hacer eso, ¿verdad? Ser conocidos, socios del mismo negocio—. Tú también luces muy bien, como siempre.

—Ah, ¿eso crees? —preguntó, y ella prácticamente podía oír cómo sus labios se curvaban en una sonrisa, aunque se negaba a mirarle para comprobarlo. Porque entonces se perdería en sus profundos ojos azules, y todas sus promesas de no volver a caer por él serían olvidadas.

—Todo el mundo lo cree —respondió hábilmente—. Dime, ¿has estado bien?

—Así es —dijo él—. ¿Y tú?

—Supongo que también. Aunque ha sido una... época ajetreada.

Al parecer, él interpretó más allá de sus palabras, palabras que estaban tan cuidadosamente elaboradas dentro de esta conversación artificial que se estaba volviendo bastante ridícula. ¿Cuándo terminaría este baile, para que pudiera seguir su camino y ocuparse de sus asuntos necesarios?

—¿Has tenido alguna dificultad con los socios y clientes?

—Los socios parecen estar divididos por igual en sus opiniones sobre mí —dijo, sin revelar cuánto le dolía que dudaran de ella, por esperado que fuera—. Creo que todos se adaptarían, si no fuera por Henry. Ha estado haciendo todo lo posible por sembrar dudas en sus mentes sobre mis capacidades, así como sobre la reputación del banco con una mujer al timón. Aunque afortunadamente, la investigación sobre la validez del testamento demostró que todo era legítimo, creó algunas dudas sobre el futuro del banco, otro obstáculo que ahora hay que superar. También visité al señor Mortimer, y no recordaba haber cedido su participación a Henry. Su esposa sí recuerda que Henry vino de visita, pero no estaba en la habitación con ellos dos. El señor Mortimer tampoco tenía ningún

recuerdo de quién era yo. Su memoria se está desvaneciendo rápidamente, pero su familia no quiere hablar de ello. Tanto es así, que no se presentarán para negar la reclamación de Henry, a pesar de su enfado por su traición.

—¿No quieren asegurarse de que la sociedad se mantenga dentro de la familia, a pesar de lo que eso podría significar?

—Su esposa y sus dos hijas actualmente solteras no quieren tener nada que ver con el banco —explicó Elizabeth—. Probablemente habrían renunciado a la sociedad en favor del banco, por lo que no están lo suficientemente enfadadas como para tomar medidas. De hecho, una de las hijas no está tan enfadada ahora, sino que espera que Henry pueda pedir su mano, y entonces la sociedad se mantendría dentro de la familia de todos modos.

—¿Tiene Henry alguna inclinación por casarse con la muchacha? —preguntó Gabriel, con sorpresa en su tono, y Elizabeth sonrió con pesar.

—Probablemente no. Sospecho que ha iniciado un flirteo para ganarse a la familia, pero no puedo demostrarlo. Todo lo que puedo hacer ahora, si lo deseo, es denegar su asociación, pero no estoy segura de cómo reaccionarían los otros socios.

—Por favor, sabe que estoy dispuesto a ayudarte en todo lo que pueda.

—Agradezco eso, Gab... Su Excelencia, de verdad, pero esto es algo que debo hacer por mí misma.

—Eres una mujer extraordinaria, Elizabeth.

Deseaba que no le dijera tales cosas. Suavizaban su determinación hacia él, una que necesitaba mantenerse firme.

—Solo estoy haciendo lo que debe hacerse —dijo—. Lo que mi abuelo habría querido.

—Pero, ¿es esto lo que *tú* quieres?

Finalmente levantó la mirada hacia él, mientras reflexionaba sobre sus palabras e intentaba determinar la mejor manera de responderlas. Sus ojos se encontraron con los suyos, sondeando profundamente, y sintió esa conexión que una vez compartieron —la capacidad de hablar con él sobre cosas que realmente importaban, de poder compartir sus pensamientos más íntimos. Sin embargo,

debía tener cuidado, porque ahora él podría usar esas palabras en su contra.

—Es lo que quiero —respondió finalmente mientras pensaba en su papel en el banco, la satisfacción que le proporcionaba—. Disfruto teniendo un propósito y, si soy sincera, el poder que conlleva tal posición. Es algo aterrador, supongo, saber que las decisiones que tomo podrían afectar enormemente a muchos otros, especialmente a aquellos que tienen todos sus ahorros con nosotros, por muy grandes o pequeños que sean, es una fortuna para cada uno de ellos. Y, sin embargo... no confío en nadie más para tomar tales decisiones. Debo recordar que mi abuelo me pidió esto, y es importante que lo cumpla.

—Entonces, ¿eres feliz?

—Lo soy. O lo seré una vez que me sienta más segura de mí misma, más tranquila de que todo esto no me será arrebatado.

—Esta duda, esta lucha —dijo él—, debes saber que nunca desaparecerá por completo. Ha habido mujeres en la banca antes, es cierto, pero no muchas. Esta es una industria controlada por hombres...

—¿Acaso no lo son todas? —le interrumpió, pero él continuó.

—...y siempre habrá hombres que se sentirán amenazados por ti, que no querrán verte triunfar. ¿Estás preparada para librar esa batalla el resto de tu vida?

—¿Estás intentando disuadirme? —preguntó, alejándose de él—. ¿Aún dudas de mí?

—No dudo de ti —dijo—. En absoluto. Soy consciente de tus capacidades. Y, sin embargo, me pregunto si será una vida feliz, siempre luchando para demostrar tu valía.

—Si será una vida feliz o no, no puedo responder a eso, no en este momento —dijo, mirando de nuevo a su pecho en lugar de a su rostro—. Pero es una vida que importa, y una a la que no renunciaré solo porque haya quienes duden de mí y quieran ver mi caída. De hecho, esa es una razón más para seguir luchando.

—Entonces te ofrezco mi apoyo y mi admiración una vez más —dijo—. Porque no será fácil, pero si alguien puede hacerlo, eres tú.

Ella asintió, insegura de cómo se sentía respecto a sus palabras. ¿Estaba tratando deliberadamente de provocarla, o realmente dudaba de si ella sería capaz de manejar esto o no?

Como si leyera sus pensamientos, él bajó la cabeza de modo que sus labios rozaron ligeramente su oído. —No dudo de ti, Elizabeth, nunca lo pienses. Nunca lo he hecho.

Elizabeth asintió, preguntándose cuánto tiempo más tendría que seguir bailando el vals en sus brazos. Porque ya no podía negar lo atraída que se sentía hacia él. Sin embargo, ¿cómo podía ser que siguiera deseando a un hombre que la había tratado tan mal años atrás? No solo eso, sino que claramente tenía pensamientos contradictorios sobre su actual papel. Sabía que si alguna vez se casara —particularmente con un hombre como el Duque, aunque por supuesto no *este* duque— tendría que renunciar a mucho por él, porque todos sus ingresos pasarían a ser suyos. Gracias a la redacción de su abuelo en el testamento, las acciones y la herencia seguirían siendo suyas, pero todo lo demás nunca podría serlo —cualquier cosa que ganara en adelante sería de él, tal como dictaba la ley, una injusticia contra la que Phoebe siempre luchaba con su periódico. Elizabeth no quería ser otra mujer que abandonaba todo lo que consideraba importante por un hombre, sin importar quién fuera ese hombre.

Pero, ¿por qué Gabriel tenía que ser no solo devastadoramente apuesto sino también tan ingenioso, tan inteligente? Nunca se había sentido así por otro hombre y probablemente nunca volvería a sentirlo. Se recordó a sí misma que, a pesar de todas sus cualidades redentoras, también podía ser exasperantemente irritante.

Por fin, sonaron los acordes finales de la canción, y Elizabeth se alejó de Gabriel tan rápidamente como pudo.

—¿Tan ansiosa por deshacerte de mí? —bromeó con una ceja levantada, y ella sintió que sus mejillas se enrojecían.

—Debo atender a los otros invitados. Es importante que todos lleguen a conocerme.

—Ah, clientes potenciales —dijo con una sonrisa cómplice. Por supuesto, veía a través de ella y sus motivos.

—Supongo que sí —dijo, levantando un hombro cubierto de seda.

—¿Puedo visitarte mañana? —preguntó, sorprendiéndola mientras la escoltaba fuera de la pista de baile.

—¿Visitarme? —repitió, sonando como una tonta—. ¿Por qué querrías hacer eso?

—¿No es obvio? —Arqueó una ceja.

—Bueno, supongo que lo es, pero Gabriel... han pasado años. Meses desde que incluso hablamos por última vez. ¿Por qué de repente...?

Él puso un dedo en sus labios, y ella se apartó bruscamente, consciente de que estaban siendo observados.

—Silencio —dijo—. Te explicaré todo... cuando te visite mañana. ¿Estarás en casa?

—A última hora de la tarde —finalmente refunfuñó, ahora simplemente queriendo deshacerse de él con todas las miradas sobre ellos—. Después del horario bancario. Pero no te hagas ilusiones.

Él se rió entonces, una risa profunda y rica que le hizo cosquillas en el alma. Levantó su mano hasta sus labios, la besó y luego se dio la vuelta, y ella prácticamente podía sentir la quemadura donde sus labios habían estado, a pesar de la capa de su guante entre ellos.

No pasó ni un minuto antes de que Elizabeth se viera flanqueada por Phoebe y Sarah.

—Oh, Elizabeth, creo que el Duque todavía siente algo por ti —dijo Sarah, sus palabras saliendo en un susurro.

—Está jugando —dijo Elizabeth tajantemente—. Lo sé. Si realmente tiene sentimientos, ¿por qué no hizo lo correcto hace años, o intentó tener algo que ver conmigo entre entonces y ahora? ¿Por qué ahora, no mucho después de que me nombraran socia principal del banco?

—Tal vez sea el hecho de que te ha visto de nuevo, y has reenfocado su energía —dijo Sarah como si estuviera adivinando.

—Podría haber madurado —dijo Phoebe, y Elizabeth la miró sorprendida de que confiara en los motivos actuales de Gabriel—. ¿Qué? —preguntó, viendo la expresión de Elizabeth—. No estoy diciendo que sea el caso, solo digo que es una posibilidad. Nunca se puede saber con seguridad. De todos modos, es un hombre

poderoso, y en tu posición actual, no querrías ponerlo en tu contra. Mejor jugar su juego, determinar qué quiere. Pero Elizabeth —dijo, volviéndose y estrechando su mirada sobre ella—. No pierdas tu corazón.

—Por supuesto que no —dijo Elizabeth, enderezando la espalda.

Sarah negó con la cabeza ante ambas, claramente desaprobando, pero ¿qué podía hacer Elizabeth? Tenía un papel que desempeñar ahora, y no podía dejar que sus emociones se interpusieran.

Especialmente las emociones concernientes al Duque de Clarence.

Capítulo Trece

Gabriel estaba bastante perturbado consigo mismo mientras subía las escaleras de la casa que ahora pertenecía a lady Elizabeth Moreland. Su corazón latía con un ritmo irregular, lo que resultaba ridículo. No solo era un caballero conocido y respetado de la nobleza, sino que era un duque, uno de los más ricos y poderosos de toda Inglaterra.

¿Por qué permitía que una simple atracción por una mujer le causara tal inquietud?

Debe ser por su pasado, se dijo a sí mismo. Seguramente era eso. Elizabeth sentía que él le había hecho daño, y aunque ahora estaba de acuerdo con ella, sabía que muchos discutirían el hecho. Una mujer, dirían, debería ser consciente de que tal es el resultado de entrar en una relación con un hombre como él. Muchas mujeres —la mayoría, en realidad— tendrían poca o ninguna expectativa de seguir siendo su *única* mujer. De hecho, la mayoría esperaría que un hombre como él tuviera otras amantes.

Y sin embargo... él había conocido qué tipo de mujer era Elizabeth y, como mínimo, no debería haber sido tan obvio en sus aventuras con otras.

Llamó a la puerta, sonriendo cuando el rostro de Justine lo recibió.

—Hola, señora Clarke —dijo, abrazándola con un beso en la mejilla.

—Nada de señora Clarke conmigo —dijo ella, sonriéndole suavemente. Gabriel nunca había estado seguro de cuánto sabían ella y su marido sobre la ruptura de su relación con Elizabeth, pero habían seguido siendo amables con él, tratándolo como a uno de los suyos. Él no había conocido a sus propios abuelos y disfrutaba del tiempo que pasaba con los Clarke, especialmente cuando su madre se retiraba al campo durante tanto tiempo.

—¿Supongo que has venido a ver a Elizabeth? —preguntó ella, y Gabriel le sonrió con encanto.

—He venido a ver a las dos encantadoras damas que residen aquí.

Justine le dio un ligero golpecito en el brazo.

—Siempre tienes las palabras adecuadas que decir, ¿verdad?

Tenía razón; la mayoría de las veces las tenía, excepto cuando se trataba de Elizabeth.

—Está en el despacho, trabajando como siempre, y probablemente intentando evadir tu llegada —dijo Justine, y Gabriel la miró con fingido asombro.

—¿Evitarme a mí? —preguntó—. Nunca.

Ella se rio y lo condujo por la casa, llamando a la puerta del despacho antes de dejarlo entrar, quedándose él de pie en el umbral.

—Elizabeth —la saludó mientras ella levantaba la vista de los papeles que tenía delante. Parpadeó varias veces como si se diera cuenta de dónde estaba y quién era él, claramente habiendo estado en profunda concentración.

—Gabriel —dijo con cierto asombro—. Es cierto. Había olvidado que vendrías esta tarde.

Él se llevó la mano al pecho con un gesto de fingido dolor.

—Me causas un gran daño, mi señora, que pueda ser tan fácilmente olvidado.

—Tengo muchas cosas en mente —dijo ella con un suspiro—. ¿Te gustaría sentarte?

Señaló el asiento frente al viejo escritorio de roble lleno de marcas. Claramente, a Thomas Clarke no le había preocupado tanto la apariencia en el despacho de su casa como en la oficina del

banco. Miró alrededor de la oscura habitación antes de volver a posar su mirada en el rostro cansado de ella y negó con la cabeza.

—En realidad, iba a preguntarte si te gustaría dar un paseo —dijo —. El día es precioso y claramente has pasado demasiado tiempo en el interior últimamente.

—¿Tan terrible aspecto tengo? —preguntó con una sonrisa irónica.

En verdad, no lo tenía. Pero sí parecía necesitar que alguien la cuidara, que aliviara sus preocupaciones y estuviera ahí para ella, que le proporcionara un medio tanto de apoyo como de consuelo.

—Te ves perfectamente bien —le aseguró—. A pesar de que estás tan pálida que casi puedo ver a través de ti.

Eso ciertamente captó su atención mientras levantaba la mirada con un jadeo, y él se rio de la conmoción en su rostro.

—Estoy bromeando —dijo—. Ahora, busca tu sombrero, toma mi brazo y vámonos.

—Ve, Elizabeth —llegó una voz desde la puerta, y ambos miraron hacia allí para ver a Justine agitando las manos hacia el frente de la casa—. Necesitas tomarte un tiempo para ti misma.

Elizabeth asintió, claramente sin querer discutir con ambos por más tiempo. Una vez que salieron al exterior, sin embargo, sus ojos se aclararon mientras tomaba una rápida bocanada de aire fresco, y Gabriel supo que había sido la decisión correcta insistir en que saliera.

—¿Adónde te gustaría ir? —preguntó.

—Al parque —dijo con decisión, y él le ofreció su brazo. Ella lo miró un momento, como tratando de determinar si confiar en él o no, antes de finalmente colocar su propia mano ligeramente sobre él.

Su contacto envió un extraño hormigueo a través de él, uno que Gabriel no acogió con particular agrado. Ella estaba algo rígida a su lado mientras caminaban, su mirada hacia adelante y su rostro oculto por el sombrero.

—¿Qué tal te va trabajando en un mundo de hombres? —le preguntó, y ella se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrada a estar en el banco, así que supongo que no es nada nuevo para mí.

—Bueno, yo, por mi parte, creo que muchas instituciones podrían funcionar mejor si más mujeres estuvieran involucradas.

Eso hizo que girara su rostro hacia él.

—¿De verdad lo crees?

—Pues sí —dijo—. Puede ayudar a que los hombres sean menos idiotas a veces.

—Algunos argumentarían lo contrario, que las mujeres distraen a los hombres de su pensamiento racional.

—Entonces estarían equivocados —dijo con su actitud arrogante, y ella alzó una ceja.

—¿Te das cuenta de que estás hablando de los de tu propia clase?

—Elizabeth, ayer en White's dos de *esta clase* apostaron sobre cuál de ellos podría beber más whisky antes de desmayarse. Ambos terminaron en tal estado de embriaguez que cuando llegaron a ese punto, ninguno recordaba por qué habían estado bebiendo en primer lugar.

Ella se rio de eso, un sonido melodioso que él disfrutó. Había pasado algún tiempo desde que la había oído reír. La última vez que había escuchado tal risa de ella fue probablemente la última vez que la había visitado antes de que ella lo encontrara con otra mujer. Ahora que pensaba en esa ocasión, ni siquiera podía recordar qué mujer era, así de poco memorable resultaba en comparación con Elizabeth.

—¿Así que es así como pasas tus días, con tales hombres en White's? —preguntó ella.

—Allí y en el Parlamento —dijo con un pequeño suspiro—. Que son los mismos hombres, desafortunadamente. Aprecio la oportunidad de ocupar tal posición, y sin embargo, a veces los lores sienten la necesidad de discutir simplemente porque se espera que estén en lados opuestos, incluso cuando sus verdaderos pensamientos sobre un tema son exactamente los mismos.

—Es bastante tonto, ¿no? —dijo ella—. Siempre pensé que eras tory.

—Lo soy —confirmó—. Pero eso no significa que no pueda compartir ideales similares con caballeros de ambos partidos.

—Eso tiene sentido. Es muy parecido al banco. Algunos son conocidos por tener una inclinación política, pero mi abuelo siempre tuvo cuidado de asegurarse de complacer a ambos lados —dijo.

—Tu abuelo siempre fue un hombre sabio —dijo Gabriel—. Te nombró su heredera.

—Tu argumento hoy ha cambiado desde la primera vez que viniste a visitarme al banco —dijo, y él se encogió de hombros.

—Quizás mis pensamientos han cambiado un poco.

Ella alzó una ceja, y él se dio cuenta de que podría haber entendido que había manipulado ligeramente la situación, pero afortunadamente no insistió.

—Gabriel... ¿me dirás ahora qué pasó con Julia en Newmarket?

Ah, así que la situación *la* había molestado. Interiormente sonrió porque aún le importaba.

—Tu amiga, la encantadora lady Julia, y su amor jockey, Eddie Francis, claramente se apreciaban mucho, y sin embargo parecía que no estaban dando el siguiente paso para compartir sus sentimientos el uno con el otro. A veces uno solo necesita un pequeño empujón para alcanzar lo que tanto desea. Lady Julia es una mujer interesante, sin duda, pero rápidamente supe que no haríamos una pareja conveniente. Nunca tuve la intención de casarme con ella, ni siquiera de cortejarla. Solo intervine porque encontré toda la situación bastante intrigante, y vi la oportunidad de ayudarla a ella y a Francis a darse cuenta de la magnitud de sus propios sentimientos.

—Ya veo —dijo Elizabeth contemplativamente—. ¿Cuándo te diste cuenta de que Julia estaba montando a Orianna?

Gabriel sonrió.

—Después de la primera carrera —dijo riendo—. Es interesante que fuera uno de los pocos en determinar la verdad. Pero la gente solo ve lo que quiere a menos que conozca lo suficiente sobre las motivaciones de los demás para mirar más profundamente.

—Eso es muy críptico —dijo Elizabeth—. ¿Por qué no dijiste nada?

Gabriel se encogió de hombros.

—Era una situación interesante, en la que quería ver cómo la encantadora lady Julia se extricaría, y cómo Francis la ayudaría a hacerlo. Debo decir que el hombre casi estropeó toda la situación, pero encontró su camino al final.

—Con tu ayuda —dijo ella, con una ceja levantada, quizás cuestionando sus motivos.

—Solo ayudé a que la situación avanzara, aseguré que todo saliera según el plan. —Ante su mirada, añadió apresuradamente—: Su plan, no el mío. Yo era un observador, un espectador, si quieres.

—¿Sabiendo que era mi amiga? —tuvo que preguntar Elizabeth.

—Porque era tu amiga —respondió Gabriel, y Elizabeth permaneció en silencio por un momento, claramente sin saber exactamente cómo responder a esta revelación. Era más de lo que Gabriel sentía que debería decirle, y sin embargo necesitaba que ella supiera que nunca había fingido cortejar a lady Julia por ninguna otra razón que no fuera en interés de los involucrados. También había disfrutado viendo la reacción de Elizabeth, determinando que había, al menos, todavía un sentimiento de celos dentro de ella.

—Eso es bastante manipulador —dijo finalmente—. Pero al mismo tiempo... debo admitir que funcionó, y nunca he visto a Julia tan feliz como lo está ahora.

—Ajá, así que admites que mis métodos no son tan inadecuados como originalmente los presentaste.

Ella inclinó la cabeza hacia él y lo miró con cautela por el rabillo del ojo mientras se acercaban al parque.

—Todavía no apruebo completamente. Tienes tendencia a involucrarte demasiado en muchas situaciones. Soy muy consciente de que desempeñaste un papel en asegurar que la publicación de Phoebe siguiera siendo viable el año pasado. Y sin embargo, tus motivos parecen puros, supongo.

Gabriel fingió estar ofendido.

—Mis motivos siempre son puros, mi señora.

—Mmm hmm —dijo, levantando una ceja—. ¿Entonces por qué este repentino interés en el banco?

—Siempre me ha interesado el banco.

—Has estado interesado, quizás, pero no recuerdo que tomaras un papel activo cuando mi abuelo estaba vivo.

—Asistí a reuniones.

—A veces.

—A veces —dijo con un pequeño suspiro, preguntándose cuánto contarle—. La verdad es, Elizabeth, que después de romper nuestro cortejo, no estaba seguro de lo que tus abuelos sabían sobre el motivo. Me daba demasiada vergüenza enfrentarme a ellos durante un tiempo, y luego fue difícil saber qué decir más tarde. Debo admitir que fui un cobarde.

Ella se detuvo en el camino por el que caminaban, un caballero detrás de ellos les lanzó una mirada de reproche antes de continuar alrededor de ellos.

—Esas son las últimas palabras que pensé que escucharía del duque de Clarence.

—Bueno, las has escuchado —dijo, riendo con cierta vergüenza. Él mismo nunca había pensado en hacerle tal confesión, pero supuso que ella merecía escucharla.

—Gabriel —dijo, inclinando la cabeza antes de levantarla hacia él, y él la condujo muy ligeramente fuera del camino, apartándose del paso de otros transeúntes. Su corazón se aceleró cuando vio cuán grandes eran sus ojos, sus emociones ahora abiertas para él, expuestas de una manera que no creía que jamás lo hubieran estado antes, al menos no para él—. Debo preguntarte...

Cuando dudó, él dijo suavemente:

—¿Sí?

—¿Por qué yo no fui suficiente?

La miró, sus ojos violeta indagando en los suyos como si buscar en ellos pudiera proporcionarle la respuesta que buscaba.

—Pensé que nos casaríamos —continuó, rompiendo su mirada por un momento, dándole un vislumbre del brillo de lágrimas que cubría sus ojos—. Sé que nuestro encuentro en el jardín ciertamente no fue planeado, pero cuando me propusiste matrimonio, pensé que era más que simplemente sentir que tenías que hacer lo correcto, que realmente deseabas estar conmigo. Y luego, cuando te vi...

Su voz se quebró, al igual que el corazón de él ante el desaliento en su pregunta. Anhelaba decirle que ella era suficiente, que siempre lo sería, y que era él quien había fallado. Pero ¿cómo poner eso en palabras sin volverse completamente vulnerable?

—Elizabeth... —dijo lentamente, con cuidado—. Yo era joven. Estaba... divirtiéndome. No tenía nada que ver contigo. Supongo que simplemente no estaba listo para sentar cabeza.

Había sido joven, sí, imprudente e interesado en el mundo que se abría ante él, un mundo lleno de mujeres ansiosas por complacerlo. Al menos, eso es lo que se había estado diciendo a sí mismo durante tanto tiempo. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con Elizabeth, más se daba cuenta de que había algo más detrás de sus acciones. Él, el duque de Clarence, el hombre que no temía a nada, había sido un cobarde. Porque la verdad es que había estado tan lleno de dudas, tan temeroso de decepcionarla, que subconscientemente había destruido su relación antes de que apenas hubiera comenzado. Siempre había confiado en sí mismo, conocía su fuerza, su inteligencia y su capacidad para afrontar la mayoría de las cosas que se le habían presentado.

Sin embargo, esta era un área en la que dudaba de sí mismo. ¿Habría, *podría* haber sido un buen esposo? Ahora se daba cuenta de lo inseguro que había sido. Cómo, en lugar de decirle todo esto, había hecho lo impensable, al menos a sus ojos. Lo había racionalizado todo diciéndose a sí mismo que ella era demasiado fría para preocuparse, pero eso había sido un error. Sabía que debería decírselo incluso ahora, pero no podía encontrar las palabras para admitir tal cosa.

—¿Y ahora estás listo? ¿Para dejar de "divertirte", como dices, para sentar cabeza? —preguntó, levantando una ceja—. ¿Es de eso de lo que se trata todo esto, por qué has decidido de repente prestarme atención una vez más?

—Me intrigas —dijo con honestidad—. Eres una de las mujeres más correctas y respetables que he conocido. Y sin embargo, el puesto que has asumido es casi inaudito, particularmente para una mujer de tu posición. La forma en que manejas todo es una maravilla.

—¿Así que pasas tiempo conmigo para saciar tu aburrimiento?

Supuso que ella tenía bastante razón en cuanto a su interés inicial en involucrarse más con el banco, con ella en particular. Pero se había convertido en algo más. Sentía como si ahora tuviera un interés personal en su éxito, en el éxito del banco. Y al mismo tiempo, no podía evitar el afecto y la atracción que sentía hacia ella.

—Paso tiempo contigo porque disfruto haciéndolo —dijo, finalmente decidiéndose por lo que sabía que era la verdad.

Ella no parecía particularmente inclinada a creerle del todo, pero no lo cuestionó más, por lo que él estaba agradecido. No había participado en una conversación de tal ingenio inteligente en algún tiempo, y era bastante agotadora.

—Muy bien —dijo—. Creo que estoy lista para volver a casa.

—Solo una pregunta —dijo, tomando su brazo una vez más y llevándola hacia la fuente en la esquina del parque, donde estaban un poco más apartados de otros que caminaban cerca.

—¿Sí?

—¿Podríamos al menos ser amigos? Disfruto de tu compañía, y debo decir que la extraño.

Ella dudó antes de asentir lentamente, luego volvió su mirada hacia él.

—Muy bien, Gabriel. Amigos otra vez.

Extendió una mano enguantada, y él la tomó entre sus propios dedos. Solo que no se detuvo ahí. No podía. Agarró su mano, la atrajo hacia él y luego tomó sus cálidos y rosados labios con los suyos.

Capítulo Catorce

Elizabeth podía sentir la brisa revoloteando en los bordes del sombrero alrededor de su rostro, el calor del sol en su espalda y la suavidad de la hierba bajo sus botas. Podía oír el agua de la fuente cayendo sobre la piedra, el murmullo de voces lejanas.

Y, oh, podía oler la fragancia de Gabriel, el almizcle de la colonia que siempre había llevado, tan distintiva que podría reconocerla en cualquier parte. Sabía a naranjas y whisky, una mezcla extraña pero deliciosa.

No es que la estuviera besando sin sentido, no, más bien era que todos sus sentidos estaban intensificados. Si abriera los ojos, pensó que incluso los colores serían más brillantes, pero se resistía a hacerlo porque entonces, quizás, recordaría dónde estaban, quiénes eran, qué estaban haciendo, y el pensamiento racional volvería a apoderarse de ella y la obligaría a apartarse, a abandonar este beso y toda la promesa y potencial que contenía.

Gabriel nunca hacía nada a medias; todo lo que hacía era con propósito, incluido este beso. Una mano fuerte y cálida le acunaba el rostro, inclinándolo ligeramente, mientras la otra se extendía por su espalda, manteniéndola cerca contra él.

¿Por qué, oh por qué, algo que se sentía tan correcto podía estar tan mal?

Su lengua se deslizó dentro de su boca, saboreando, provocando, y casi lloró por lo hábil que era, lo diestro que era, que podía causar tal placer recorriendo su alma misma.

Una habilidad bien practicada, se recordó, lo que tiñó ligeramente este momento con un matiz diferente. Sin embargo, su cuerpo seguía suplicando por más.

Si no se hubieran aproximado pasos, Elizabeth no tenía idea de lo que habría hecho, si habría continuado aceptando sus besos y caricias, olvidándose de sí misma, como había hecho hace cinco años en aquel cenador del jardín. Normalmente era una mujer decidida y práctica que usaba su mente en lugar de las emociones para tomar decisiones.

Pero con Gabriel, todo era diferente.

Antes de que pudiera permitirle convencerla de lo contrario, Elizabeth finalmente lo apartó y retrocedió rápidamente, sintiendo sus mejillas ardiendo mientras se alejaba de él y bajaba la mirada para no encontrarse con los ojos del caballero que se acercaba. En su lugar, simplemente inclinó la cabeza y regresó por donde habían venido, sintiendo a Gabriel junto a su codo.

No dijo nada durante unos momentos mientras caminaban, y Elizabeth descubrió que sus sentidos agudizados permanecían. La hierba olía más fresca, el sol parecía más brillante y los pájaros cantaban una melodía más alegre. Pero no era solo todo lo que la rodeaba. El propio cuerpo de Elizabeth parecía casi vibrar con vida. Era como si pudiera sentir la sangre bombear desde su corazón y correr por sus venas. Sus labios hormigueaban mientras la presión de los de Gabriel permanecía.

—Hace un día precioso aquí fuera —dijo Gabriel, y Elizabeth asintió, sin saber qué más decir. Cuando lanzó una mirada furtiva a Gabriel, estaba sonriendo como si no tuviera preocupación alguna en el mundo, mientras ella estaba en pleno tormento.

¿Por qué había permitido que la besara? Sabía perfectamente por la última vez que ocurrió que solo la confundiría aún más. Incluso ahora, mientras él volvía a entablar una conversación ligera mientras la acompañaba a casa, su mente, en la que siempre había confiado tanto, era incapaz de captar un pensamiento adecuadamente.

Y cuando la acompañó hasta su puerta, llevó su mano a sus labios, besándola con los ojos fijos en los suyos, supo con certeza que se estaba desgarrando en dos: por mucho que su cabeza le

dijera que no cediera a sus encantos una vez más, que estaba mejor sin él, su cuerpo se resistía a luchar contra su atracción hacia él. Y su corazón... bueno, había decidido ignorarlo por completo, porque no era de fiar en absoluto.

* * *

Elizabeth se despertó al día siguiente con una nueva determinación de ignorar cualquier pensamiento sobre Gabriel, al menos por ahora, hasta que estuviera en una posición más estable en el banco. Solo serían unos meses más, se consoló, y entonces estaba segura de que se sentiría más confiada, tendría una base más sólida para trabajar. ¿Cuánto tiempo llevaría realmente que muchos de los socios y clientes reconocieran sus habilidades?

Quizás no tan pronto como pensaba, se dio cuenta mientras se sentaba en su escritorio, encontrando la correspondencia encima. Notó que uno de los primeros sobres era de uno de sus clientes más ricos, un baronet involucrado en el transporte marítimo, y rompió el sello y lo abrió con dedos temblorosos, pues había estado intentando visitarlo durante algún tiempo, pero había sido rechazada una y otra vez.

Se le hundió el estómago al leer las palabras, y cerró los ojos, esperando que cuando los abriera las palabras se hubieran transpuesto en la página. Pero, desafortunadamente, no fue así.

Porque la carta, dirigida a ella, indicaba claramente que el hombre no deseaba seguir involucrado como cliente del banco, y si podía reunirse con el gerente, el Sr. Bates (ciertamente no con ella, dedujo), para discutir la retirada de sus fondos del banco a fin de invertir en otro lugar.

Elizabeth dejó caer la cabeza sobre el escritorio, luchando contra el dolor de cabeza que amenazaba... y el día apenas acababa de comenzar. ¿Por qué, oh por qué, Sir Hugo ni siquiera le había dado una oportunidad?

Sabía muy bien por qué. Porque era una mujer, algo que algunos hombres nunca aceptarían.

Como este que entraba en su despacho en ese preciso momento.

—Henry —dijo con cautela—. ¿Qué haces aquí?

—Soy socio del banco —dijo, deslizándose suavemente en la silla frente a ella y cruzando una pierna sobre la otra—. ¿No puedo venir a reunirme con la socia principal para expresar mis preocupaciones urgentes?

—Por supuesto que puedes, Henry —dijo Elizabeth, reuniendo toda la paciencia que jamás había tenido mientras lo observaba desde el otro lado del escritorio—. Sin embargo, la mayoría primero concerta una cita, como te he pedido anteriormente.

—Pero somos familia —dijo con lo que Elizabeth estaba segura de que él pensaba que era una sonrisa encantadora, cuando en realidad le ponía la piel de gallina—. ¿Eso no cuenta para algo?

—Por supuesto, Henry, la familia cuenta para muchas cosas —dijo con gélida cortesía—, como la lealtad, ¿no es así?

—Así es —dijo con una sonrisa—. Y la honestidad.

—¿Como la que siempre hemos encontrado el uno en el otro?

—Por supuesto —dijo, con una sonrisa fría—. Creo que he dejado claros mis sentimientos sobre tu nuevo... puesto.

—Sí, Henry —dijo, enderezándose en su silla, colocando una mano sobre la otra en el escritorio frente a ella—. De hecho, me alegro de que hayas venido, ya que debo hablar contigo sobre esto. Tu impugnación del testamento del abuelo no ha ayudado, y nos hemos visto obligados a emplear gran parte de nuestro valioso tiempo asegurando a los clientes que el banco, y nuestra familia, no están enfrentados. Aunque *agradezco* que seas honesto conmigo, como socios dentro del banco, todos debemos hablar con una sola voz y aparecer unificados ante nuestros clientes. No podemos tener a nadie disintiendo de la posición de otro, o nos debilita como conjunto. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Dijo las palabras lentamente, como si él fuera un niño pequeño, pero él solo se recostó en su silla sonriendo con suficiencia.

—Déjame adivinar, Elizabeth —dijo—. ¿Has recibido una carta recientemente de Sir Hugo?

—De hecho, sí —dijo, entrecerrando los ojos hacia él—. ¿No supongo que tuvieras algo que ver con su decisión de abandonar el

banco?

Henry emitió un suspiro exagerado.

—De hecho, me reuní con Sir Hugo la semana pasada. Resulta que frecuentamos el mismo club, ¿sabes? —dijo con un guiño. Elizabeth realmente no lo sabía, y ese era uno de los problemas que enfrentaba: aunque podía pertenecer a los mismos círculos sociales que estos hombres, nunca frecuentaría los mismos clubes, nunca se encontraría en las mismas salas después de la cena, participando en conversaciones entre ellos. Eso la dejaba en gran desventaja frente a alguien como Henry, que podía insertarse en esas mismas situaciones.

—Y, dime, ¿qué tenía que decir Sir Hugo?

—Solo que, desafortunadamente, mi querida Elizabeth, él considera que las formas de las mujeres pueden ser volubles. Aunque sabe que el banco sigue funcionando de manera eficiente y efectiva con los mismos gerentes involucrados como durante la época del abuelo, dice que las mujeres pueden tomar decisiones repentinas e impulsivas sin razón particular. Que el banco no está seguro ni bajo control cuando una mujer podría crear una situación irreparable, como desconfiar de uno de los socios que ha sido nombrado con tanta confianza.

Estaba claramente hablando de su propio nombramiento, por supuesto, pero Elizabeth no podía recriminárselo cuando él solo continuaría usando sus palabras en su contra.

—Y estoy segura, *querido primo*, de que lo absolviste de sus temores —preguntó directamente.

—Por desgracia, estaba bastante seguro en sus opiniones sobre ti —dijo, levantando las manos, sin responder a su pregunta—. Y para ser honesto, *querida* Elizabeth, tiene razón en sus suposiciones. ¿Por cuánto tiempo más vas a seguir jugando a este juego? Se está volviendo bastante absurdo y solo vas a avergonzarte si continúas mucho más tiempo. Las mujeres no pertenecen a un negocio como un banco.

Se levantó de su escritorio, colocando las palmas planas sobre él mientras se inclinaba hacia él, su ira, por una vez, pudiendo más que ella. Porque estaba cansada. Hacía demasiado tiempo que no dormía

bien por la noche, mientras continuaba cuestionándose a sí misma y todas sus decisiones. Y estaba cansada de las opiniones de los hombres dentro de este mundo bancario. Particularmente su primo, un hombre que deseaba desapareciera de su vida para siempre.

—Quiero que sepas, Henry, que las mujeres han sido socias en muchos más bancos que este. Y han sido socias activas. Si hablaras con alguien más allá de los de tu círculo, sabrías que muchos de los bancos rurales pueden enumerar a mujeres como socias, al igual que algunos en Londres. Pero no lo sabrías. Porque no te importa nada más que ver cómo se llenan tus propias cuentas bancarias. No creas que no soy consciente de tu engaño al Sr. Mortimer. Ni siquiera puedo imaginar lo que pensaría el abuelo si fuera consciente de todo lo que has hecho. Además, Henry, el abuelo me nombró *a mí* su heredera, y...

—Si te oigo decir eso una vez más, Elizabeth, juro que me dormiré del aburrimiento —dijo Henry, recostándose en su silla con una sonrisa, disfrutando de su diatriba, lo que solo hizo que Elizabeth se enfadara aún más, pero la obligó a recordar quién era y a contener su lengua—. Además —continuó—, el abuelo era un viejo chiflado y senil que no sabía lo que hacía al final.

—Fuera.

Sus palabras fueron cortas, secas y carentes de la emoción que realmente sentía mientras señalaba hacia la puerta.

—Oh, Elizabeth, vamos, yo...

—He dicho, fuera. Ahora.

—Prima...

—No lo pediré de nuevo.

—¿Y si no lo hago? —preguntó, elevándose a toda su altura—. ¿Qué vas a hacer?

—Quizás —llegó una voz desde la puerta, una voz profunda y ahumada que Elizabeth reconoció bien—, ella rechazará tu sociedad, algo que estaría plenamente en su derecho de hacer. Ahora, Clarke, cuando una dama te pide que te vayas, tengo información de primera mano de que generalmente es en tu propio beneficio hacerlo.

Capítulo Quince

Gabriel había esperado bastante tiempo en el pasillo fuera del despacho de Elizabeth.

Sabía que ella preferiría manejar una situación como esta con su primo a solas, pero el pobre Henry claramente no estaba escuchando sus palabras, a pesar de que ella las había pronunciado de manera clara y concisa.

Si Gabriel tenía alguna duda sobre entrar en su despacho, era por temor a que su primo pudiera darle la idea de que habían llegado a un acuerdo entre ellos, aunque fuera uno que él no tenía intención de cumplir jamás. Pero, ¿lo vería Elizabeth así? ¿Que solo intentaba contener a su primo mientras permanecía cerca de ella?

Finalmente, empezó a preocuparse de que las tensiones estuvieran volviéndose demasiado intensas en el despacho, y empujó la puerta para abrirla, pero ni Elizabeth ni Clarke se percataron de su presencia durante unos instantes.

—Clarence —dijo Clarke ahora con cierta sorpresa mientras se volvía para mirarlo después de que Gabriel hablara—. ¿Qué haces aquí? ¿Hay una reunión de socios de la que no estaba informado?

—En absoluto —respondió—. Simplemente estoy aquí para visitar a Lady Elizabeth. Parece que tú y yo hemos tenido la misma idea esta mañana.

Le dirigió a Clarke una mirada significativa, una que esperaba que el hombre interpretara como: «Sal de este despacho para

permitirme tiempo a solas con Lady Elizabeth». Clarke asumiría que lo hacía por motivos distintos a la verdad.

Por supuesto, Clarke tardó en captarlo, y pasaron unos momentos hasta que el reconocimiento brilló en sus ojos sobre por qué Gabriel podría estar allí para visitar a Elizabeth. Clarke comenzó a asentir lentamente con una sonrisa, y Gabriel solo podía esperar que Elizabeth no pudiera ver la cara de su primo, o podría sospechar que algo no iba bien.

Afortunadamente, ella parecía ocupada en otro asunto: él. Su mirada furiosa había pasado de su primo a Gabriel, y este casi dio un respingo por la intensidad, aunque sabía que su ira estaba principalmente dirigida a Clarke.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en un tono acalorado.

—Estoy aquí para hacer lo que dije —respondió—, reunirme contigo. Tengo algunas cosas que discutir.

—Muy bien —dijo ella, suspirando mientras se alejaba, disipándose parte de su enfado, y Gabriel casi se rio de la mirada afligida que dirigió al montón de correspondencia sobre su escritorio. Porque, ¿a quién le gusta realmente ocuparse de semejantes sandeces?

Finalmente, Henry se levantó, lanzando una mirada a cada uno de ellos antes de caminar con arrogancia hacia la puerta.

—Cuando cambies de opinión, Elizabeth, sabes dónde encontrarme.

Ella solo le lanzó una última mirada de desaprobación antes de que él saliera con una risita.

—Henry —dijo ella, arrojando la pluma que había estado girando entre sus dedos sobre el escritorio con cierta fuerza— es una rata.

Él pronunció las palabras al mismo tiempo que ella, y ambos se miraron con cierta sorpresa. Finalmente, él se rio, y poco después ella se unió a regañadientes, encontrando ambos, al menos, cierto humor en su opinión compartida sobre su primo.

—Deberías reír más, Elizabeth —dijo él, y la sonrisa de ella se desvaneció lentamente.

—Ha sido algo difícil —dijo con un suspiro, dirigiéndose hacia el círculo de sillas y apoyando la cabeza en las manos mientras se

inclinaba sobre la mesa redonda del centro—. Todo lo que hago parece ser erróneo. Cualquier dirección que tome, parece ser la equivocada.

Señaló hacia el montón de cartas sobre el escritorio. —Uno de nuestros mayores clientes acaba de decidir retirar sus negocios del banco, y no tengo duda de que gran parte de ello fue obra de Henry. Honestamente, ni siquiera entiendo por qué quiere ser el socio principal cuando apenas pondría un pie en el edificio, pues podría requerir que realmente hiciera algún trabajo.

—¿Sería tan malo permitirle tomar el control, quitarte algo de presión? Como dices, estoy seguro de que dependería de otros que actualmente trabajan en el banco.

—Absolutamente no —dijo, lanzándole una mirada vehemente, sus ojos violetas prácticamente brillando—. Las ideas que tiene para supuestamente ahorrar dinero solo llevarían este banco a la ruina. Ideas que ya estaba soltando meros días después de la muerte de mi abuelo.

Entonces llegó el reconocimiento.

—Me estás provocando. No más manipulaciones, por favor, Gabriel.

—Elizabeth —dijo Gabriel, suavemente ahora, viendo que necesitaba calmarse un poco—. Ven aquí.

Dobló un dedo, haciéndole señas para que se acercara, pero ella solo cruzó los brazos sobre el pecho como si estuviera defendiéndose.

—¿Por qué?

—¿Puedes simplemente venir aquí... por favor?

Levantó las palmas en súplica, y ella suspiró, dejando caer sus propios brazos y acercándose a él. Gabriel se puso de pie, moviéndose detrás de ella. Llevó las manos a sus hombros, pero cuando las apoyó, ella se apartó de un salto.

—Shhh —susurró en su oído, acercándose una vez más, y esta vez ella se estremeció, probablemente por su aliento en su cuello. Lentamente volvió a colocar las manos y comenzó a amasar cuidadosamente con los dedos los tensos músculos de sus hombros

y parte superior de la espalda. Ella se tensó durante unos momentos hasta que finalmente cedió a su tacto.

—¿Cómo se siente? —preguntó suavemente.

—Celestial —admitió ella, balanceando ligeramente la cabeza hacia adelante y hacia atrás mientras ahora no solo aceptaba su ofrecimiento, sino que silenciosamente pedía más. Continuando con el masaje, la guio hacia una de las butacas Gillows, ayudándola a sentarse mientras él se acomodaba en el brazo del sillón para proporcionarse cierto impulso.

No estaba seguro de cuánto tiempo permanecieron en esa posición, él aplicando la presión que ella tanto necesitaba sobre la cálida piel que podía sentir a través de la seda de su vestido, pero finalmente pareció como si ella se estuviera recostando contra él. Cuando miró por encima de su hombro, sus ojos empezaban a cerrarse, como si estuviera quedándose casi dormida.

—¿Elizabeth? —susurró—. ¿Sigues despierta?

—¡Por supuesto! —dijo, incorporándose bruscamente, y él negó con la cabeza, sabiendo que pronto estaría de nuevo tensa inclinada sobre el escritorio, y todo su arduo trabajo habría sido en vano.

—Lo siento mucho... me he olvidado de mí misma —dijo, con la voz apenas por encima de un susurro, y él negó con la cabeza a pesar de que ella no podía verlo.

—No te disculpes, Elizabeth, por tomarte un momento para ti.

—¿De qué querías hablarme? —le preguntó ahora, y él suspiró al ver lo rápido que volvía a los negocios. ¿Es que esta mujer nunca se tomaba tiempo para disfrutar realmente de la vida?

—En realidad, tengo algo para ti. Un regalo, si quieres.

—Oh, realmente no deberías haberlo hecho —dijo, y él sabía que eran más que solo palabras: probablemente sentía sinceramente que no debería haber traído ningún tipo de regalo. Porque eso significaría que él esperaba algo de ella, que la estaba cortejando, lo cual ella claramente no aceptaba.

—Quería hacerlo —dijo suavemente—. Y te lo mereces.

Ella lo miró con cierta cautela, pero tomó la caja ofrecida de sus manos, y él sintió una sacudida cuando sus dedos se rozaron al tomarla. Era como si fuera un muchacho joven en el primer rubor

del amor a su lado. ¿Cómo estaba permitiendo que una mujer lo afectara tanto?

Pero lo estaba afectando.

Ella tomó la caja con sus largos y elegantes dedos, desatando cuidadosamente la cuerda y luego el papel marrón, antes de doblarlo meticulosamente sobre el escritorio a su lado. Gabriel no podía apartar la mirada de esas manos, mientras las imaginaba en su cuello, recorriendo su pecho, y más abajo, hasta...

—Oh, Gabriel.

Su voz, baja y ronca, lo sacó de su ensueño. Su mirada estaba en su regazo, contemplando la caja abierta que sostenía, revelando el contenido en su interior. Lentamente, metió la mano dentro, sacando un juego de escritura. Colocó los objetos sobre el escritorio: la pluma de plumón, la plumilla, el tintero y el secante, disponiéndolos meticulosamente.

Cogió la pluma, pasando sus dedos tiernamente sobre la pluma azul verdosa.

—Esto es precioso —susurró casi con reverencia. Gabriel resistió el impulso de sonreír con satisfacción—. ¿Es de un pavo real?

—Lo es —asintió, juntando los dedos frente a su rostro.

Elizabeth estaba a punto de devolver la pluma al soporte cuando la examinó más cuidadosamente, girándola en un sentido y luego en otro.

—Gabriel —dijo lentamente—, esta pluma es del ala derecha, ¿verdad?

Cuando se volvió para mirarlo, él asintió.

—Por mucho que intentes ocultarlo, soy consciente de tu tendencia a escribir con la mano izquierda... ¿una práctica que tus padres seguramente intentaron cambiar?

—Lo hicieron —dijo, sonrojándose—. Puedo escribir perfectamente con la mano derecha, pero... tienes razón. Prefiero la izquierda. Es más fácil. ¿Cómo lo supiste?

Él se encogió de hombros. —Observándote. Siempre que crees que nadie te mira, escribes con la mano izquierda, y luego, cuando sabes que otros te están observando, cambias a la derecha. También

tiendes a usar la mano izquierda en otras acciones, aunque probablemente ni siquiera lo sepas.

Su rostro se enrojeció aún más ante sus palabras, lo que le desconcertó un poco.

—Discúlpame, Elizabeth, no pretendía ofenderte...

—Oh, no lo has hecho, en absoluto —dijo con un gesto de la mano—. Supongo que simplemente no era consciente de que tú, o cualquiera, lo hubiera notado.

—Por supuesto que lo noté —dijo suavemente—. Me fijo en todo lo que te concierne.

Ella lo miró entonces, encontrándose con sus ojos, y él intentó determinar qué le decía aquella mirada. Parecía contener parcial respeto por sus observaciones, pero también cierta cautela, como si le preocupara que él mantuviera una vigilancia tan diligente sobre ella.

Mientras lo miraba, Elizabeth pasaba distraídamente los dedos por el soporte, y debió sentir algo bajo la piel de sus dedos, pues rompió el contacto visual para inspeccionarlo más detenidamente.

—¿Qué es esto? —murmuró, y giró el tintero para verlo mejor.

—Elizabeth Moreland, Socia Principal —leyó, luego, sintiendo un grabado coincidente en el otro lado, lo giró rápidamente—. Thomas Clarke, Socio Principal —leyó, seguido de los años en que su abuelo había sido socio principal de la institución.

Miró a Gabriel una vez más, y ahora sus ojos brillaban ligeramente con las lágrimas contenidas.

—¿Dónde encontraste esto? —preguntó, con la voz casi quebrada, aunque logró mantener el control.

—Lo encargué —dijo con una sonrisa—. Pensé que sería un recordatorio de la conexión que tenías, y sigues teniendo, con tu abuelo. Estaría muy orgulloso de ti, Elizabeth.

—Suenas como mi abuela —dijo con una pequeña risa, aunque pudo notar que trataba de contener las lágrimas que amenazaban con salir.

—Lo tomaré como un cumplido —respondió—, porque tu abuela es una mujer muy sabia.

Compartieron una sonrisa ante eso, y luego ella volvió a mirar el juego frente a ella. Al hacerlo, sus ojos debieron posarse en la carta bajo el conjunto.

—Gabriel —dijo, con la voz un poco desesperada ahora—, ¿qué voy a hacer con este banco? ¿Con tener que responder a las preguntas que me llegan, demostrando mi valía, protegiendo a mi familia después de la inquisición de Henry, y apaciguando a los clientes que desean marcharse?

Él se levantó y dio unos pasos hacia delante antes de inclinarse sobre ella. Levantó el dedo índice para colocarlo bajo su barbilla, elevándola para que lo mirara.

—Continúa haciendo lo que estás haciendo, Elizabeth —dijo con fiereza—. Sé la mujer que eres: la mujer fuerte y segura que tiene esto bajo control. Demuestra tu valía. Reúnete con clientes. Y demuestra que personas como tu primo están equivocadas. Los clientes permanecerán en este banco. Si eligen no hacerlo, es su pérdida, y luego vendrán más en su lugar. Hagas lo que hagas, no dejes que ratas como Henry Clarke destruyan tu confianza.

—Si este banco fracasa —dijo lentamente—, todos perderemos, no solo el banco, sino nuestros propios medios de vida fuera de él. Tú eres el que más tiene que perder.

—Lo sé —dijo, manteniendo su mirada fija en ella—. Lo sabía cuando acepté la sociedad, y aún soy consciente de ello. Sin embargo, no estoy en riesgo de perderlo todo, no con el pequeño tamaño de mi participación. Tú, sin embargo, podrías perderlo todo.

—Hasta hace unos meses, no tenía nada —dijo—. Ahora parece que todo está en riesgo.

Él hizo una pausa por un momento, sin estar seguro de si ella se refería a algo más que lo que su abuelo le había otorgado. No podía haberse referido a nada relacionado con él, ¿verdad?

Ella le sonrió ahora, la sonrisa de una mujer que había perdido parte de la tensión de las preocupaciones que tenía. Si creía completamente o no en lo que él le había dicho, no tenía idea, pero esperaba que así fuera.

—Gracias, Gabriel —dijo—. Por todo.

Él retiró su dedo, aunque solo para acariciar lentamente su mejilla con él, y aunque ella no se inclinó hacia su caricia, tampoco se apartó, ofreciéndole un poco de esperanza. Estaba enamorándose de esta mujer otra vez, lo que le emocionaba y aterrorizaba a partes iguales.

Sabía que ella no confiaba en él, y le preocupaba que si presionaba demasiado para ganar su mano, ella respondería con la misma intensidad, creando un abismo que nunca podría volver a cruzar. Tendría que reconquistarla lentamente, poco a poco. Primero, sin embargo, tenía que determinar si ese era su objetivo. ¿Realmente la quería de nuevo? ¿Podría, después de todo lo que habían pasado juntos? Porque si lo hacía, sería para siempre. Tendría que renunciar a todas las demás, y no habría vuelta atrás.

Antes de hacer algo más en este momento que cualquiera de los dos pudiera lamentar, retiró cuidadosamente su mano, inclinó la cabeza y le deseó un buen día antes de dirigirse a la puerta. Se detuvo con la mano en el picaporte, echó una última y larga mirada a la confusión que ahora reinaba en su rostro, y luego salió por la puerta.

Capítulo Dieciséis

Gabriel se convirtió en un visitante frecuente durante las siguientes semanas, y Elizabeth estaba más confundida que nunca. Esperaba que él intentara robarle otro beso o que expresara sus intenciones hacia ella, pero no hizo nada por el estilo, lo que la desconcertaba más que cualquier acción en sí. Pues no sabía qué esperar, ni cómo responder. Así que hizo lo que siempre había hecho: responder con la cortesía con la que había sido criada.

Con bastante frecuencia recibía sus visitas junto a su abuela, quien daba la bienvenida a Gabriel con agrado. Justine, junto con su marido, había sido consciente de que la relación pasada de Elizabeth con Gabriel había terminado abruptamente, aunque nunca habían preguntado por qué, algo que Elizabeth agradecía. Por mucho que no quisiera saber nada del hombre al que consideraba que la había traicionado, no deseaba poner fin a la amistad que él había desarrollado con ambos.

Ahora su abuela lo había recibido de nuevo con entusiasmo, y Elizabeth no pasó por alto las miradas que le dirigía, tanto interrogantes como alentadoras.

En las fiestas a las que Elizabeth decidía asistir, Gabriel siempre estaba presente. Solicitaba sus dos bailes, uno siempre un vals, nada impropio, y sin embargo Elizabeth era muy consciente de las numerosas miradas inquisitivas sobre ella ante su continua atención. Algunas eran de curiosidad, pero había muchas otras cargadas de celos, así como de ira y desagrado mal disimulados rayando en el

odio. Sabía que Gabriel era un premio que muchas mujeres ansiaban ganar, para sí mismas o para sus hijas, pero en realidad, no era como si ella se lo estuviera arrebatando de sus narices. Era él quien, por lo que podía apreciar, parecía estar cortejándola. El problema era que no estaba completamente segura de cómo se sentía respecto a todo aquello.

Precisamente esa era la cuestión que le estaba planteando Sarah en este momento, quien había llegado para visitar a Elizabeth antes de dirigirse al banco para ocuparse de los asuntos del día.

Justine había salido de casa a tomar el té con una conocida, dejando a Elizabeth y Sarah a solas y libres para hablar de lo que quisieran.

—No estoy del todo segura de qué pensar sobre sus avances, porque ni siquiera estoy segura de si podría llamarlos así —dijo Elizabeth con sinceridad—. Nos visita de vez en cuando, bailamos, coincidimos en el banco ocasionalmente, pero desde el día que me regaló el juego de plumas, todo ha sido bastante... cordial.

Sarah se rio ligeramente y arqueó una ceja.

—¿No es eso lo que prefieres, relaciones *cordiales*?

Elizabeth era muy consciente de lo que Sarah estaba haciendo, y sonrió ante el tono de su amiga, pues sabía que Sarah intentaba sacar a la luz los verdaderos sentimientos de Elizabeth.

—Quizás sí —dijo con un ligero encogimiento de hombros—. Pero me encuentro en un estado de incertidumbre sobre cómo reaccionar cuando no estoy completamente segura de cuál sería el camino a seguir. Si él hiciera una declaración formal de cortejo, entonces tendría la posibilidad de rechazarlo. Pero tal como están las cosas, no puedo simplemente pedirle que se aleje de mi puerta o rechazar su brazo cuando me lo ofrece, ¿verdad?

Sarah se inclinó hacia delante, con sus profundos ojos marrones tan perceptivos a las emociones de Elizabeth como siempre.

—¿Por qué elegirías tomar tal acción? —preguntó—. ¿Acaso no deseas que Gabriel Lockridge, Duque de Clarence, te corteje?

Elizabeth suspiró mientras miraba la bandeja de sándwiches frente a ella, a la que apenas había tocado desde que ella y Sarah habían comenzado a hablar de este tema.

—No puedo negar cuánto me siento inexplicablemente atraída hacia él —dijo, mordiéndose el labio—. Nunca he sido capaz de perder ese encantamiento, sin importar lo que diga o lo que haga. Es un hombre apuesto, y cada vez que lo miro todo lo que puedo pensar es... bueno... —sintió que sus mejillas se acaloraban—. Tengo pensamientos bastante impropios, si he de ser honesta. Si no tuviéramos el pasado que tenemos, no tendría miedo de seguir adelante para determinar si aún hay emociones latentes, pero tal como están las cosas, no puedo confiar en él, ni en mí misma. Pues sería demasiado fácil enamorarme de él, permitirme olvidar todo lo que ocurrió antes y volver a estar en sus brazos. ¿Y entonces dónde estaría? Una vez más, estaría con un hombre que tenía ojos no solo para mí sino también para otras mujeres. Podría muy bien perder mi corazón, pero más que eso, podría, quizás, perder todo lo que mi abuelo ha construido, porque ¿realmente querría un duque una esposa que fuera también la socia principal de un banco?

Sarah sonrió suavemente e inclinó la cabeza mientras estudiaba a Elizabeth.

—Entiendo tu dilema, de verdad —dijo—. Una vez que la confianza se rompe, es algo muy difícil de recuperar. Solo puede venir con el tiempo, y con pruebas de que debe ser restablecida. En cuanto a lo que el Duque querría, bueno... esa es una pregunta que solo él puede responder. Y no recuerdo haber dicho nada sobre matrimonio.

Elizabeth se aclaró la garganta, dándose cuenta de su error. No debería estar pensando en casarse con Gabriel, pues no era el tipo de mujer dispuesta a quedarse de brazos cruzados mientras su marido tomaba amantes o queridas. Y sin embargo, no podía negar que el pensamiento de la eternidad con él se había colado una vez más.

—Solo lo mencioné porque el cortejo típicamente conduce al matrimonio, ¿no es así?

—Así es —asintió Sarah—. Y aunque estoy encantada de discutir todo esto contigo, debo decir que creo que hay alguien más con quien debes hablar.

—Tienes razón —dijo Elizabeth con un suspiro—. Odio admitirlo, pero la tienes.

—Vamos, Elizabeth, eres la socia principal de un banco. ¿Qué tan difícil puede ser tener una pequeña conversación con un hombre?

Elizabeth se rio con ironía.

—No tienes idea —dijo mientras la imagen de Gabriel venía a su mente—. No tienes ni idea.

* * *

Cuando lo vio la noche siguiente en una pequeña fiesta de unas treinta personas, Elizabeth supo que no era el momento para tal conversación. No, lo guardaría para otro día, cuando hubiera muchas menos personas alrededor y tuviera tiempo para ordenar sus pensamientos.

Aunque tendría que ser pronto, pues no estaba segura de cuánto tiempo más podría soportar preguntándose qué iba a decir, ni cómo respondería él. ¿Cuántas veces había ensayado las palabras una y otra vez en su mente? Y luego estaba el anhelo... el anhelo que deseaba poder ignorar, pero que persistía allí, tentándola, burlándose de ella como si estuviera vivo y susurrándole al oído.

Por eso había decidido mantener las distancias. Y por qué había determinado que si él no iba a dejar claras sus intenciones, entonces ella tendría que tomar la iniciativa para decirle que sus atenciones, desafortunadamente, no eran necesarias, ni deseadas.

Simplemente no le explicaría que solo era su mente la que había decidido tales cosas, mientras que el resto de su ser anhelaba a él y todo lo que podía ofrecerle.

Pero su mente era fuerte, se recordó a sí misma, y estaba decidida.

Alzó la barbilla con resolución, levantando un escudo invisible ante ella mientras examinaba a los asistentes a la fiesta de esta noche. Observó a uno o dos clientes, con los que se aseguraría de conversar. Había algunos que potencialmente podrían convertirse en

clientes también, a quienes estaba decidida a llevar al banco para demostrar su valía al resto de socios.

Aunque no era necesario.

Sus pensamientos se detuvieron, sin embargo, cuando Gabriel entró por la puerta. Una vez que sus ojos se posaron sobre él, fue más allá de sus fuerzas apartarlos, pues era como si le pertenecieran a él, al igual que el resto de ella.

Elizabeth permaneció clavada en el sitio a pesar de que sabía que parecía una tonta. Estaba segura de que no era la única mujer que había notado la llegada de Gabriel, ni sus mechones castaño oscuro, o la forma en que sus pantalones y su chaqueta azul marino se ajustaban tan perfectamente a los contornos de su cuerpo. A un escultor le encantaría tenerlo como modelo, pensó, antes de que sus pensamientos divagaran hacia él como modelo desnudo, una visión que no había visto con sus ojos en la oscuridad de los jardines aquella noche, pero que había sentido bajo sus dedos.

Cuando Gabriel la miró ahora, sus ojos se ensancharon solo un poco, y luego, acompañado por su lenta y seductora sonrisa, le guiñó un ojo. El calor inundó las mejillas de Elizabeth al darse cuenta de lo obvia que había sido en su examen de él, de cómo lo estaba desnudando con la mirada y con su imaginación aquí en medio de la sala de recepción. Tenía que controlarse antes de que la tomaran por tonta.

Le hizo un gesto con la cabeza de forma comedida antes de girarse, coger una copa de limonada de la mesa junto a ella, y huir tan rápido y con tanta elegancia como pudo, a través de las puertas hacia el aire nocturno del jardín en busca de un fresco y bendito alivio.

* * *

Gabriel la vio marcharse, mientras el placer lo recorría ante su reacción hacia él. Ella lo deseaba.

Había sido una danza lenta, este cortejo, una que lo estaba frustrando hasta el límite. Pues él, un hombre que una vez se había

enorgullecido de su capacidad para capturar casi cualquier conquista que se propusiera perseguir, había sido incapaz de ver a nadie más que a Elizabeth desde que había acudido a su rescate la noche del funeral de su abuelo.

Sabía que ella luchaba contra sus propios sentimientos hacia él; podía verlo en sus ojos cuando la visitaba, cuando bailaba con ella. Podía verlo cuando bajaba la guardia: cuando se reía de una broma que él contaba, cuando se dejaba atrapar por una historia que relataba, o cuando abría los ojos sorprendida ante algún chisme que juraba no querer escuchar pero que escuchaba ávidamente de todos modos.

Porque entonces él haría el más pequeño gesto hacia ella, y ella instantáneamente se tensaría, como si estuviera recordando todas las razones por las que se había prometido a sí misma que nunca le permitiría acercarse de nuevo. Lo mataba, pero lo entendía. Ahora solo tenía que hacer que ella olvidara el pasado y avanzara hacia el futuro.

Porque por mucho que le doliera admitir que una sola mujer comandaba su atención, parecía que no podía hacer otra cosa que intentar conquistar a Lady Elizabeth Moreland.

Ahora ella huía de él. Inclinó la cabeza cuando contempló su salida. ¿Estaba huyendo de él, o queriendo que la persiguiera?

Gabriel sintió otra mirada sobre él, y se giró para encontrar a la señorita Sarah Jones, la amiga de Elizabeth, estudiándolo. Se la podría describir como sencilla, pensó, con su cabello castaño y ojos marrones. Pero había algo interesante en su mirada. Su cabello caía suavemente alrededor de su rostro, y a diferencia de las pecas casi ocultas de Elizabeth, las de la señorita Jones estaban claramente salpicadas sobre su nariz y mejillas. No lo miraba como lo hacían la mayoría, como si quisieran devorarlo entero de una forma u otra.

—Su Excelencia —dijo ella con modestia en ese extraño acento suyo una vez que vio que había sido descubierta, aunque no parecía avergonzada por ello.

—Señorita Jones —la saludó, decidiendo que podía dedicar un momento a aprender más de una amiga de Elizabeth—. Me disculpo

por el hecho de que aún no nos hayamos conocido, a pesar de que compartimos algunos conocidos en común.

—Principalmente Elizabeth —dijo ella, y a Gabriel le pareció que esta mujer era capaz de leer más allá de lo que una persona decía y adentrarse en sus pensamientos internos, lo cual era ridículo, pero ciertamente parecía más perspicaz que la mayoría.

—Quizás pueda ayudarme, señorita Jones —dijo él.

—Puedo intentarlo.

—Como bien sabe, Lady Elizabeth y yo hemos estado pasando tiempo juntos últimamente. ¿Qué cree que diría ella si decidiéramos cortejarnos oficialmente?

La señorita Jones no dijo nada por un momento, en su lugar inclinó la cabeza mientras lo miraba.

—No creo ser yo la persona a quien debería estar haciendo tal pregunta —dijo con la más ligera de las sonrisas.

—¿Siente ella algo hacia mí? —preguntó, intentando infundir a su voz un aire de indiferencia, aunque sabía que se estaba abriendo a una extrema vulnerabilidad frente a esta mujer, una mujer a la que apenas conocía. Pero sentía que podía confiar en ella, por alguna extraña razón.

—Por supuesto que sí —dijo la señorita Jones, antes de mostrar una sonrisa traviesa—. Todos sienten algún tipo de emoción hacia aquellos con quienes han estrechado lazos. Dudo que Elizabeth continuara pasando tanto tiempo con usted si no sintiera *nada*.

Él asintió, sabiendo que sus palabras eran ciertas, pero inseguro de qué hacer con ellas.

—Elizabeth... —continuó ella con cierta vacilación, como si no estuviera segura de si decir algo que pudiera traicionar su amistad—. Por mucho que intente aparentar lo contrario, ella mira todo tanto con su corazón como con su mente; ambos trabajan en conjunto, así que debe apelar a los dos.

—Entendido, señorita Jones —dijo él con una sonrisa y un saludo burlón antes de darse la vuelta y seguir a Elizabeth hacia las puertas del jardín.

Capítulo Diecisiete

Gabriel encontraba el aroma de los lirios casi abrumador mientras recorría los jardines en busca de Elizabeth. Sabía que ella vendría aquí. ¿Se habría dado cuenta, como él lo hizo en cuanto cruzó las puertas, de que estaban en el mismo edificio donde se habían descubierto el uno al otro hacía tantos años?

Probablemente. Ella no era de las que pasaban por alto tales detalles.

Dobló una esquina y la divisó a lo lejos. Estaba sentada en el borde de mármol de una pequeña fuente, con su vestido azul claro fluyendo a su alrededor, dando la impresión de que ella formaba parte del cuadro que la rodeaba.

En esta tarde de finales de primavera, el sol comenzaba a ponerse, proyectando una brillante luz rosa y dorada que resplandecía sobre los tonos rojizos de su cabello mientras él se acercaba. Claramente sin esperar a nadie más en los jardines a esta hora temprana de la fiesta, se había quitado los guantes y deslizaba las yemas de los dedos por el agua de la fuente a su lado, dejando ondas tras ellos a medida que se movían.

Gabriel se quedó allí, observándolo todo, sin querer decir nada que pudiera sobresaltarla y arruinar el momento. Sin embargo, después de un par de minutos, ella debió de sentir su presencia, porque su cabeza se alzó bruscamente y miró a su alrededor hasta que sus ojos finalmente se posaron en él, entrecerrándose.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí parado? —preguntó ella, su voz, a pesar del tono acusatorio, llamándole desde el otro lado del patio mientras él comenzaba a caminar hacia ella nuevamente.

—Solo un momento —dijo antes de detenerse frente a ella. Cuando comenzó a levantarse, él extendió una mano, y ella, a regañadientes, permitió que sus dedos se envolvieran alrededor de los de él. Él se detuvo, deleitándose con su tacto, antes de ayudarla suavemente a ponerse de pie.

—¿Me has seguido? —preguntó ella con resignación, y él sonrió lentamente.

—Sabía dónde encontrarte. ¿Reconoces estos jardines?

Ella apartó el rostro, él lo sabía, para ocultar su rubor.

—Supongo que sí —dijo, encogiéndose de hombros como si no tuviera importancia—. He estado en casa de Lord y Lady Holderness una o dos veces antes.

—Recuerdo bien estos jardines —dijo él con un suspiro, alejándose de ella y caminando por el patio de piedra, rodeando lentamente la fuente del centro—. Hice uno de mis mejores descubrimientos aquí una noche hace mucho tiempo.

Ella resopló, algo tan impropio de sus habituales modales educados.

—«Uno de» es el punto fundamental de esa frase —dijo, pero él negó con la cabeza mientras la observaba continuar moviéndose.

—No, esa noche fue mi *mejor* descubrimiento —dijo—. Un descubrimiento que perdí pero que sigo buscando, aunque sin éxito.

—Sobre eso, hay algo de lo que me gustaría hablarte —dijo ella, levantando un dedo en el aire, pero él rápidamente dobló la esquina y tomó ese mismo dedo en la palma de su mano, antes de cerrar sus propios dedos alrededor del de ella.

—Sé que quieres hacerlo, amor —dijo, sonriéndole una vez más, con la sonrisa que había demostrado encantar al más frío de la *ton*. Elizabeth solo le devolvió la mirada, con la mandíbula tensa y el ceño fruncido. Él extendió la mano para acariciarle la mejilla—. ¿Pero puede esperar?

—No —dijo ella, negando con la cabeza, como si estuviera convenciéndose a sí misma tanto como a él—. No puede esperar

más. He querido decirte esto durante algún tiempo, y necesito que escuches y entiendas. No iba a hacer esto aquí, pero me parece que no tengo otra opción.

Hizo una pausa, tomando aire profundamente, y él aprovechó ese momento para acercarse a ella, llenando el espacio entre ambos. Levantó un dedo, colocándolo suavemente sobre sus labios.

—¿Por qué no vamos a un lugar más tranquilo, donde sea menos probable que nos interrumpan? —preguntó—. Me gustaría hablar contigo también.

Parecía que ella iba a protestar, pero en su lugar, él se sintió aliviado cuando asintió con la cabeza. Gabriel se inclinó y recogió sus guantes, pero los mantuvo en su propia mano en vez de devolvérselos mientras tomaba la otra mano de ella en la suya y la conducía hasta un recodo del camino donde había un banco escondido en un pequeño hueco del seto, cubierto por arbustos por un lado y fuera de la vista de la casa por el otro.

La ayudó a sentarse antes de tomar su propio lugar en el banco junto a ella.

—Sé lo que vas a decir, Elizabeth —dijo Gabriel antes de que ella abriera la boca—. Te estás cuestionando lo que estamos haciendo juntos, sobre si crees que deberíamos seguir viéndonos o no. Eso es, ¿verdad?

—Con menos palabras de las que habría usado yo, pero sí, supongo que sí —dijo ella, con el rostro de perfil hacia él, a contraluz por el sol poniente mientras miraba los elaborados jardines que los rodeaban, las flores empezando a florecer con el hermoso despertar de la primavera.

—Entiendo por qué te sientes así, de verdad —dijo él, tomando su rostro y girándola hacia él—. Te hice daño, Elizabeth. No merecías ser tratada así. Era un joven necio. No me di cuenta de lo afortunado que era por tener la oportunidad de estar contigo. Lo desperdicié todo y por eso, me disculpo. Pero, Elizabeth...

Gabriel se detuvo un momento, asombrado por el hecho de que, por una vez, le faltaban las palabras que necesitaba. ¿Cómo podía hacerle entender lo que sentía sin que sus palabras sonaran triviales?

—Elizabeth, me estoy enamorando de ti —dijo, dejando escapar una pequeña risa de sí mismo cuando escuchó las palabras. Sabía que sonaba ridículo, como un cachorro enamorado, pero no sabía qué más decirle sino la verdad—. Ya no puedo imaginarme con ninguna otra mujer que no seas tú, y me está volviendo loco mantenerme alejado de ti.

Ella estaba ahora vuelta hacia él, con sus ojos violetas muy abiertos, y él sabía que podría perderse en ellos durante días. Podía leer la confusión allí, en la forma en que ella recorría desesperadamente su rostro con la mirada, como si buscara pruebas de sus palabras. Ella abrió la boca, pero Gabriel descubrió que, en ese momento, no podía escuchar un rechazo de su parte.

—No es necesario que digas nada ahora —dijo antes de que ella pudiera pronunciar palabra—. Tómate un tiempo y piensa en lo que he dicho. Sé que tienes mucho en mente, y no deseo añadir más a tus cargas, sino hacer lo que pueda para aligerarlas.

—Las cargas son de esperar —dijo ella con la más pequeña de las sonrisas—. Especialmente cuando uno forma parte de una empresa como un banco.

—Asumes mucho, y no pides ayuda —dijo Gabriel, levantando una ceja—. Es digno de elogio, es cierto, pero también puede llegar a ser más de lo que puedes soportar.

—¿Y tú, oh sabio Duque, pides ayuda con tus cargas?

Él se rio de eso, sabiendo que ella le tenía allí.

—Supongo que no, aunque tengo muchos buenos hombres para compartir la responsabilidad.

—Pero en última instancia, todo recae sobre tus hombros, ¿no es así?

—Así es.

—Entonces esto también debe recaer sobre los míos.

—Bueno, en ese caso, sabes que siempre estoy aquí para ayudar a liberar la tensión de ellos.

Ella bajó la mirada hacia las puntas de sus zapatillas de cabritilla color crema ante la mención de su íntima caricia de hace tantas semanas en su despacho. Era la última vez que la había tocado de

ese modo, aparte de algún roce de dedos, y anhelaba volver a hacerlo.

Arriesgándose en el momento, llevó una mano a la nuca de ella, masajeando suavemente, acariciando, amando las elegantes líneas de su longitud. En lugar de retroceder, ella se inclinó hacia él, dando la bienvenida a su tacto, por lo que él se sintió agradecido. Se movió ligeramente, levantando una pierna para sentarse a horcajadas en el banco, quedando detrás de ella, y la atrajo hacia atrás para que se apoyara en él. Aunque ella no le cedería ninguna de sus responsabilidades, quizás él podría aliviar parte de la carga que llevaba con unos momentos de paz.

Sus manos vagaron desde su cuello hasta sus hombros, antes de bajar por las mangas cortas hasta donde sus brazos quedaban desnudos, con los guantes aún sobre el banco junto a ellos. Pasó los dedos por la suavidad de su piel, y pudo sentir cómo se le erizaba la piel a su paso. Un inexplicable sentido de orgullo lo llenó al saber que podía causar tal reacción en ella, y una repentina posesividad lo envolvió, pues quería asegurarse de que fuera el único que jamás la hiciera sentir así.

Gabriel se inclinó y llevó sus labios al cuello donde sus dedos habían acariciado previamente. Trazó besos desde detrás de su oreja, bajando por su cuello hasta donde se encontraba con la clavícula; luego se acercó a su hombro, hasta donde comenzaba la manga de su vestido. Rodeó sus brazos alrededor de ella, atrayéndola contra él, casi gimiendo por la sensación de su esbelto cuerpo presionado contra él, donde la deseaba.

Sabía que Elizabeth, con toda su refinada elegancia, tenía una pasión ardiente enterrada en lo más profundo, y estaba decidido a liberarla.

Mientras sus labios continuaban explorando su cuello, las manos de Gabriel recorrían su cuerpo. Comenzaron en su estrecha cintura, bajaron por la curva de sus caderas y luego volvieron a subir, donde acunó sus costillas dentro de la extensión de sus manos. Lenta y cautelosamente, llevó sus dedos aún más arriba, pasándolos por el contorno de sus pechos, que se tensaban contra la tela de su vestido. La seda era suave bajo sus manos, y él acunó sus suaves

montículos, que tenían el tamaño perfecto; aunque no eran excesivamente grandes, no podría haber pedido unos mejores que los suyos.

—Elizabeth —murmuró, y luego se levantó ligeramente, levantándola y girándola para que ahora ella estuviera a horcajadas sobre sus caderas, con las faldas de su vestido derramándose alrededor de sus piernas mientras ella inclinaba la cabeza para encontrarse con sus labios, sus dedos fríos rozando ligeramente su mandíbula. Él respondió a su beso con hambre, el deseo por ella que había estado creciendo durante semanas derramándose a través de donde sus bocas se encontraban.

Su lengua tocó la comisura de sus labios y ella se abrió para él, permitiéndole entrar. Era tan cálida, tan dulce, y él la rodeó con sus brazos, acercándola mientras exploraba su aterciopelada suavidad, encontrando en ella todo lo que había estado buscando.

Cuando ella se movió inquieta contra él, él se sacudió ligeramente, y supo lo que ella buscaba. Pero ya no era el joven insensato que había sido la última vez que los dos estuvieron solos en estos jardines. Si bien era capaz de controlar mejor sus impulsos, también era un hombre con mucha más experiencia, y en ese momento, solo buscaba hacer feliz a Elizabeth.

Gabriel quitó una de sus manos de la espalda de ella y encontró su tobillo, que descansaba contra su costado. Acarició alrededor del suave hueso, luego comenzó a deslizar sus dedos por su pierna debajo del vestido, elevándolos cada vez más mientras continuaba amándola con sus labios y su lengua. Finalmente, llegó a su muslo interno y subió más, agarrando su cadera. Como ella parecía perfectamente capaz de sostenerse contra él, ahora llevó ambas manos alrededor de sus nalgas, apretando la firmeza de sus mejillas.

Oh, cómo anhelaba desabrochar la caída de sus calzones y hacerla descender sobre él, encontrando la dulce suavidad dentro de ella. Pero no le haría eso en estos jardines, no de nuevo. En su lugar, llevó una mano alrededor hacia su frente, encontrando sus rizos, buscando a través de ellos el botón que sabía lo esperaba.

Ella jadeó en su boca cuando él la encontró, y comenzó a acariciar en círculos. Ella se movía inquieta contra él, moviéndose

con él, y él llevó su mano izquierda para provocar un pezón y luego el otro a través de su fino vestido de seda.

Elizabeth separó sus labios de los de él por un momento para gritar su nombre, y luego de repente lo estaba agarrando con fuerza, sus dedos hundiéndose en sus hombros mientras cabalgaba las olas que él sabía la estaban envolviendo.

Se quedaron quietos donde estaban durante lo que debieron ser unos momentos, abrazándose, hasta que finalmente ella se inclinó ligeramente hacia atrás. Gabriel se sorprendió al ver un ligero brillo de lágrimas en sus ojos, pero antes de que pudiera cuestionarlas, ella susurró:

—Gracias.

Ella comenzó a tirar de la caída de sus calzones, pero él detuvo sus manos.

—No, amor —dijo suavemente—. Esta noche ha sido para ti.

Miró hacia abajo, a su vestido, asegurándose de que estuviera adecuadamente cubierta una vez más, antes de arreglar algunos mechones sedosos que se habían salido de su moño.

—Podrías ser una doncella —dijo ella con una breve risa, y él le guiñó un ojo, aliviando su aparente repentino nerviosismo.

—Estoy a tu servicio cuando lo necesites —dijo, y ella negó con la cabeza con una sonrisa en su rostro mientras él la ayudaba a ponerse de pie.

—Mañana —dijo él, tomando su rostro—, ¿estarás en casa?

Ella parpadeó varias veces como si estuviera aclarando sus pensamientos, y luego asintió.

—Hasta el comienzo de la tarde, sí.

—Muy bien —dijo él—. Pasaré a verte, porque tengo una pregunta. Buenas noches.

Y luego, con un último beso rápido, la dejó allí, pues tenía que salir de esta fiesta hacia su casa; porque si se quedaba aquí un momento más, perdería todo el control y la llevaría al mismo cenador que había utilizado hace cinco años.

Capítulo Dieciocho

¿Qué acababa de hacer?

Elizabeth había tenido toda la intención de decirle a Gabriel esta noche que no podían seguir viéndose, que su tiempo juntos debía llegar a su fin. ¡Y entonces se había encontrado siendo seducida una vez más en el mismo jardín que años atrás! ¿Había algún tipo de poción en el aroma de aquellos lirios que le hacía perder el sentido? ¿O era Gabriel mismo?

Elizabeth se frotaba la frente, perpleja por todo lo que acababa de ocurrir, cuando regresó a la sala de la fiesta, buscando a Gabriel con la mirada, pero parecía haber desaparecido. En su lugar, Sarah la encontró.

—¿Elizabeth? —preguntó, mirándola a la cara—. ¿Ocurre... algo malo?

—Todo —respondió Elizabeth con una risa compungida.

—Oh, cielos —respondió Sarah, mordiéndose el labio—. El Duque acaba de pasar por aquí con aspecto bastante complacido antes de disculparse y marcharse por esta noche. Nuestro anfitrión estaba bastante agitado, aunque el Duque le aseguró que no había sido culpa suya, e incluso le felicitó por sus hermosos jardines. No me digas que...

—¿Que me he arruinado una vez más, con el mismo hombre, en el mismo lugar? —preguntó Elizabeth, arqueando una ceja, y cuando Sarah pareció preocupada, hizo un gesto con la mano soltando una pequeña risa.

—Está bien, Sarah, es una preocupación legítima. Sobre todo porque eso es casi lo que ha pasado.

—Tú y el Duque... —suspiró Sarah, y Elizabeth respondió con un suspiro, buscando una bebida mucho más fuerte que su limonada, hasta entonces intacta. Encontrando una copa de champán, la tomó y la inclinó hacia atrás, vaciando la mitad de su contenido.

—No sé qué ha pasado —dijo Elizabeth, levantando las manos frente a ella, con el líquido dorado chapoteando en la copa alargada, amenazando con derramarse por los bordes, pero estaba demasiado agitada para que le importara.

—Tenía toda la intención de decirle que ya no deseaba estar juntos, que tendríamos que pasar nuestro tiempo separados, con la excepción de las reuniones de negocios. Pero entonces... pero entonces... él fue amable y comprensivo, y dejé que mis emociones y mi atracción por él lo superaran todo. Oh, Sarah, estoy cayendo por él una vez más, y no tengo ni idea de qué hacer.

Elizabeth se dejó caer pesadamente en una silla al lado de la sala, y Sarah tomó asiento junto a ella de una manera mucho más elegante.

—¿Por qué estás tan disgustada?

—¿Perdón? —preguntó Elizabeth, volviéndose hacia ella, desconcertada.

—Solo quiero decir que, tal vez, esto podría ser algo bueno —dijo Sarah encogiéndose de hombros—. Quizás tú y el Duque descubráis que ya no sois las mismas personas que erais hace años y que si explorarais más esta atracción mutua, podríais ser muy compatibles.

Elizabeth ya estaba negando con la cabeza antes de que Sarah terminara de hablar. No podía ceder, no lo haría. Había decidido que no podía estar con él por múltiples razones, y esta noche solo probaba aún más por qué sería una decisión desastrosa. Porque si él podía distraerla de todo pensamiento racional con un simple roce en los jardines, ¿qué significaría eso para la vida cotidiana?

—Vendrá a visitarme mañana... con una pregunta —le dijo Elizabeth a Sarah, y vio cómo los ojos de su amiga se agrandaban con alegre sorpresa.

—Oh, Elizabeth, ¿crees que—

—Espero que no —la interrumpió Elizabeth, anticipándose ya a la pregunta de Sarah. ¿Qué diría si Gabriel se declarara? Una gran parte de ella saltaba de alegría ante la idea, pero la otra parte —el lado racional, que normalmente prevalecía— era mucho más cautelosa. Porque había muchas más preocupaciones respecto al matrimonio. Era una decisión de por vida y una que ciertamente no podía tomar a la ligera.

—¿Por qué no? —preguntó Sarah una vez más, y Elizabeth puso los ojos en blanco ante su amiga.

—Oh, Sarah, sé que siempre ves lo mejor en las personas, y me encanta eso de ti, de verdad. Ojalá pudiera ser igual, pero, desafortunadamente, soy todo lo contrario. Verás—

Las palabras de Elizabeth fueron interrumpidas por la aparición de unas faldas rojas frente a ellas, y levantó la vista para ver a una mujer mirándola. Era hermosa, su cabello oscuro y brillante perfectamente peinado, sus amplios pechos empujados sobre el corpiño de su elaborado vestido. Tenía una marca circular negra sobre el labio y Elizabeth se preguntó si se la habría puesto a propósito.

—Lady Elizabeth —dijo con voz arrastrada—. Qué encantador verla. ¿Y quién es su pequeña amiga?

Elizabeth sintió que Sarah se crispaba a su lado, pero la tomó del codo y la atrajo junto a ella para que ambas se situaran frente a la mujer, permitiendo que Elizabeth la mirara desde arriba, lo que prefería con creces.

—Lady Pomfret —la saludó, y más sintió que vio a Sarah sobresaltarse a su lado, reconociendo el nombre de la mujer—. Permítame presentarle a mi querida amiga, la señorita Jones.

—Qué encantador conocerla —dijo la mujer—. Vaya, ha pasado demasiado tiempo, Lady Elizabeth —continuó—. Escuché el rumor más tonto el otro día... ¡que estaba dirigiendo un banco!

Mientras la mujer soltaba una risita, Elizabeth sintió crecer su ira hacia ella. Se dijo a sí misma que era por su grosería, y no porque fuera la misma mujer que Elizabeth había visto con Gabriel hacía muchos años, pero sabía que se mentía a sí misma.

—Soy la socia principal de Clarke & Co., de hecho —dijo, y Lady Pomfret se abanicó. La viuda era una invitada frecuente en fiestas como esta, desafortunadamente, pues era favorita de muchos miembros de la *ton* —particularmente de los caballeros, ya que era generosa con sus favores—. ¿Quizás ha oído hablar de ello?

—Oh, no estoy segura —dijo la mujer con un encogimiento de hombros—. No me molesto con tales asuntos, sino que dejo que mis abogados y administradores se ocupen de todo. Me permite dedicar mi tiempo a otros asuntos mucho más interesantes.

—En realidad, encuentro los asuntos bancarios más interesantes que la mayoría —dijo Elizabeth secamente, y Lady Pomfret se rió como si Elizabeth hubiera contado un chiste divertido.

—Oh, Lady Elizabeth, querida, eres muy graciosa, ¿verdad? Ahora, debo preguntarte sobre tu creciente amistad con nuestro querido Clarence. Está en boca de todos, como debes saber. Recuerdo que fuisteis cercanos hace algunos años, ¿no es así? Siempre ha sido un hombre tan agradable.

Sus palabras eran cálidas, pero su mirada azul era de hielo, y Elizabeth sintió que su columna se tensaba mientras la miraba fijamente.

—Somos amigos —dijo, lo cual era verdad. Lo eran. Disfrutaba del tiempo juntos, disfrutaba hablando con él. Simplemente nunca admitiría ante esta mujer que podría haber algo más entre ellos.

—¡Qué encantador! —exclamó la mujer, y luego se inclinó, apoyando sus dedos sobre los desnudos de Elizabeth.

—Oh, ¿qué ha pasado con tus guantes? —Miró de nuevo a Elizabeth con una mirada de complicidad.

—Derramé una bebida sobre ellos y se arruinaron —dijo Elizabeth, despreocupada, deseando de repente estar en cualquier lugar menos en esta habitación—. Ahora, si nos disculpa, Lady Pomfret, le prometí a la señorita Jones que le presentaría a un amigo mío. Adiós.

Mientras se alejaban, Sarah murmuró: —Bruja desagradable—, y Elizabeth solo pudo asentir en señal de acuerdo, aunque su estómago estaba en pleno tumulto por todo lo que le habían recordado a través de su conversación con Lady Pomfret. ¿Seguía

Gabriel involucrado con esa mujer? ¿O con otras mujeres? Sentía que iba a ponerse enferma y tomó unas cuantas respiraciones profundas mientras llevaba una mano a su vientre.

Si —*si*— aceptara a Gabriel, o, al menos, avanzara en lo que fuera que hubiera actualmente entre ellos, estos serían los tipos de mujeres, los tipos de circunstancias que tendría que soportar.

—¿Estás bien? —preguntó Sarah, poniendo una mano en el brazo de Elizabeth, y ella logró asentir. Le encantaría, más que nada, regresar a casa y dejar esta fiesta atrás, pero eso no podía ser. Porque tenía clientes aquí que lo encontrarían grosero, lo considerarían extraño, dirían que esto es lo que haría una mujer voluble: asistir a tal fiesta y luego marcharse en el momento en que se sintiera emocional o enferma. No, permanecería y haría lo que tenía que hacer. Respiró hondo, esbozó una sonrisa y se puso a trabajar.

* * *

Gabriel se hundió en el amplio sillón de cuero frente a la chimenea de su estudio, con el ceño profundamente fruncido en concentración mientras estudiaba el objeto que sostenía entre los dedos. El oro de la banda brillaba en el reflejo de las llamas anaranjadas, mientras que los tres diamantes del centro reflejaban una luz brillante alrededor de las paredes oscuras de la habitación.

El anillo había sido de su madre. Años atrás, cuando su salud comenzó a deteriorarse, se había vuelto demasiado delgada para que le quedara el anillo, y este se le caía constantemente del dedo. Fue entonces cuando se lo dio a Gabriel, haciéndole prometer que encontraría a una mujer digna de llevarlo.

No era tanto que la mujer hubiera sido difícil de encontrar, pensó Gabriel mientras el reloj de pie del vestíbulo daba las doce de la noche. No, era Gabriel mismo quien no había estado preparado para ofrecérselo a nadie. Incluso cuando le había pedido matrimonio a Elizabeth por primera vez, todos aquellos años atrás, algo le había impedido ofrecerle tal regalo. Era como si hubiera sabido que no

estaba destinado a ser, al menos, no en ese momento, en ese instante. Porque la verdad era que, si se hubieran casado hace cinco años, nunca habría funcionado entre ellos. Él no estaba listo para ser un marido, y la habría decepcionado a cada paso.

Pero ahora... ahora estaba seguro de que podía ser el hombre que ella necesitaba. Solo tenía que determinar que este era el paso correcto que debían dar, ambos. Porque una vez que tomara este camino, no habría vuelta atrás. Gabriel se negaba a fracasar en cualquier aspecto de su vida. Especialmente en este.

Casi dio un salto al oír el golpe en la puerta, y se volvió hacia la voz de su mayordomo.

—Su Excelencia —dijo con voz ronca—. Tiene una visita.

Gabriel se levantó, confundido, y una descarga de asombro lo recorrió cuando Elizabeth entró por la puerta, sola. Nunca antes Gabriel se había sentido tan afortunado de que su mayordomo hubiera sido leal a él y a su familia durante años. Era un hombre en quien se podía confiar para guardar los secretos entre estas paredes. Asintió hacia él mientras Elizabeth daba un paso dentro de la habitación, pidió: —¿Una toalla?— y luego le indicó que cerrara la puerta.

Gabriel entonces miró a Elizabeth, que permanecía de pie allí, a pocos pasos de la entrada de su estudio.

—¿Está lloviendo ahora? —preguntó.

Era una pregunta estúpida, pues todo su ser estaba empapado. Su cabello se apretaba contra su cara bajo un tocado casi arruinado, con gotas de agua cayendo por los mechones hasta la espesa alfombra verde oscuro a sus pies. Ella miró hacia abajo, tanto a sus zapatillas ahora arruinadas como a los húmedos pliegues de su vestido de seda, como si estuviera reconociendo las manchas de agua por primera vez.

—Oh, cielos —fue todo lo que murmuró, antes de finalmente mirarlo—. He arruinado tu alfombra.

—No arruinado —aclaró él—. Ligeramente marcada, quizás. Parece que olvidaste tu fiel paraguas esta noche.

—Lo siento mucho —dijo ella, mordiéndose el labio—. ¿Me perdonas?

—Siempre —dijo él, y en ese momento se habló mucho más de lo que se dijo en voz alta.

Capítulo Diecinueve

Él había dicho que siempre la perdonaría. Al menos, eso es lo que Elizabeth pensó que había querido decir mientras la observaba allí de pie, arruinando la hermosa y probablemente muy cara alfombra bajo sus pies.

Él siempre la perdonaría, mientras que ella no parecía encontrar en su corazón la manera de hacer lo mismo por él —aunque, difícilmente se podría comparar una alfombra mojada con un encuentro amoroso con Lady Pomfret—, y quizás otras—, ¿no es así?

Elizabeth se quitó el discreto tocado con sus humildes adornos de pequeñas joyas de la cabeza, girándolo entre sus manos desnudas, aunque era consciente de que debía parecer un perro mojado con el pelo colgando en mechones pegajosos alrededor de su cara. Sus mechones castaño rojizos normalmente eran casi lisos, pero una vez que se mojaban, se convertían en rizos que ahora probablemente estaban fuera de control.

Mientras tanto, Gabriel era la imagen de la perfección, recostado nuevamente en la amplia y cómoda butaca, con las piernas extendidas, sin chaqueta ni corbata, con la camisa abierta para revelar la piel oscura de su pecho. La visión de él hizo que sus rodillas temblaran ligeramente y un calor lento comenzó a elevarse por su cuerpo.

Suspiró. Venir aquí había sido una idea terrible. De hecho, no estaba segura de por qué se le había ocurrido la idea, o qué la había poseído para actuar según tal pensamiento.

Gabriel cruzó una pierna sobre la otra mientras se recostaba en su silla y casualmente entrelazaba sus manos en su regazo, estudiándola. —¿Qué haces aquí?

Elizabeth asintió. Era una pregunta apropiada. ¿Qué *estaba* haciendo allí? Era después de medianoche, y cuando dejó la fiesta de Lord y Lady Holderness, debería haber ido directamente a casa. Cuando Justine decidió marcharse, Elizabeth se había ofrecido a acompañarla —de hecho, había querido hacerlo más que nada—; pero su abuela la instó a continuar sus conversaciones, recordándole lo importantes que eran. Vivían cerca, y Justine prometió que el carruaje regresaría por ella en poco tiempo y esperaría a Elizabeth cuando estuviera lista.

No pasó mucho tiempo hasta que lo esperaba con impaciencia, pero en el momento en que estuvo en el carruaje, la idea de volver a casa le provocó una sensación de inquietud que recorrió sus huesos.

Había mirado sus manos, recordado la pérdida de sus guantes y que Gabriel los tenía en su poder, y entonces decidió que debía ir a su casa para recuperarlos.

Y, quizás, tenían algunos asuntos pendientes que discutir.

Por supuesto, Elizabeth no era completamente tonta. Había regresado a casa y luego encontrado un coche de alquiler para llevarla a la casa del Duque. No sería conveniente que su cochero conociera su paradero a altas horas de la noche, ni que alguien viera su carruaje llevarla allí o esperando frente a la espectacular casa de Gabriel en Mayfair. Podrían recibir una impresión equivocada de lo que significaba.

Ahora que estaba allí, de pie en el estudio de Gabriel, con él sentado tan despreocupadamente frente a ella, se sentía completamente tonta, a pesar de su anterior convicción de que no lo era en absoluto.

Justo entonces, la puerta se abrió un poco más, y el mayordomo le pasó un par de paños, que ella tomó agradecida para secarse el pelo antes de quitarse la capa para reemplazarla con una toalla que cubriera su vestido. Había pedido al cochero que la dejara más abajo

en la calle para que nadie que regresara a casa la viera, pero no se había dado cuenta de lo fuerte que estaba cayendo la lluvia.

—Yo, eh... —aclaró su garganta, mirando a su alrededor la profunda masculinidad del despacho que hablaba de las mismas características que el hombre mismo—. He venido por mis guantes.

—¿Tus guantes? —cuestionó él, arqueando una ceja, su expresión haciendo que sus entrañas se convirtieran en un líquido cálido—. Desafortunadamente, no puedo ayudarte en tu búsqueda.

—¿No te los llevaste a casa? —preguntó ella, entrecerrando los ojos mientras intentaba determinar cuál era su estrategia actual. Porque él tomaba cada situación y la daba vuelta para adaptarla a sus propios propósitos. Incluso algo tan simple como cuando ella se había quitado los guantes para sentir el agua en las yemas de sus dedos.

—Lo hice, pero se los di a mi ayuda de cámara para que los lavara —dijo, extendiendo las manos—. Así que, como ves, tendrás que esperar. Pero Elizabeth —pronunció las sílabas de su nombre con esa voz profunda y sensual que la hacía estremecerse—, podría habértelos devuelto por la mañana. No me digas que ahora tengo tu único par del que actualmente estás desesperadamente necesitada.

—Tengo más pares —murmuró, mirando ahora sus manos, que entrelazaba dentro de su capa azul marino.

—Sin embargo, sentiste la necesidad de venir hasta mi residencia para encontrar tus guantes.

Oh, cómo deseaba que se pusiera de pie, en lugar de recostarse y observarla con esa expresión de suficiencia en su rostro.

—Así es —dijo con un asentimiento, manteniendo la barbilla alta, negándose a retroceder—. Porque, veis, Excelencia, también necesitaba que supieras algo. Lo que pasó en la fiesta esta noche nunca debería haber ocurrido. Perdí el juicio e hice cosas... *permití* cosas, que nunca deberían haber sucedido. Ya no quiero ni necesito ningún vínculo contigo. Dijiste que me visitarías mañana, pero la verdad del asunto es que esto no puede continuar.

—¿No? —preguntó, aparentemente indiferente a sus palabras—. ¿Y por qué dirías eso?

—Tú y yo somos personas diferentes —dijo, fluyendo ahora todos sus miedos y preocupaciones. No sabía si era la hora tardía, o el ambiente íntimo, o las pocas copas de champán que había bebido esa noche para sobrellevarla, pero de repente todas sus inhibiciones desaparecieron, y sus verdaderos pensamientos brotaron—. No volveré a hablar del pasado, pero es más que eso. Amo el banco, a pesar de lo difíciles que pueden ser algunos días. Tú eres un duque, y no importa lo que digas, tu esposa tendrá expectativas sobre ella. Yo ciertamente no cumpliría ninguna de ellas. No te importa lo que piense nadie, pero a mí me importa. Tiene que importarme, debido al papel en el que he sido colocada. Y sin embargo, sabes que me siento atraída por ti, una atracción que no puedo negar. Por lo tanto, lo único que queda es que no nos veamos más, excepto durante momentos de negocios y compromisos sociales.

Él descruzó los brazos ahora, llevándolos a los costados de la silla mientras comenzaba a levantarse lentamente y dar un paso hacia ella. Su mirada se había oscurecido, su expresión ilegible, y Elizabeth tragó saliva con dificultad. Pero no retrocedería. Había venido aquí con un propósito, y ahora que había entregado su mensaje cuidadosamente ensayado, era hora de irse.

—Buenas noches, Gabriel —dijo, pero cuando se dio la vuelta, él cruzó la habitación en un instante y extendió la mano, agarrando sus dedos con los suyos, haciéndola girar para enfrentarlo.

—No es por eso que viniste aquí esta noche —murmuró, y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿De qué estás hablando? Por supuesto que sí —dijo, indignada de que él cuestionara así su palabra.

—No, eso es lo que te estás diciendo a ti misma —dijo, todavía sosteniendo una de sus manos en la suya, la otra subiendo para acariciar ligeramente su rostro. Se dijo a sí misma que retrocediera, que le dijera que parara, pero de alguna manera se encontró inclinándose hacia él una vez más.

—Mírame a los ojos, Elizabeth, y dime que viniste aquí solo por tus guantes, que realmente ya no deseas mi compañía, y veré la verdad —continuó—. Di la palabra y te acompañaré a la puerta, me

despediré y no tendré nada más que ver contigo aparte de nuestros negocios en el banco. Pero primero, debes convencerme, Elizabeth.

Mientras hablaba, se acercaba cada vez más, sus labios acercándose a los de ella, y ella podía sentir su aliento en su mejilla. Olía ligeramente a brandy, pero era el aroma almizclado de su colonia, tan distintivamente suyo, lo que la abrumaba. Cerró los ojos por un momento, perdiéndose en las sensaciones que la invadían solo con su cercanía.

Su pensamiento racional luchaba contra sus instintos, diciéndole que hiciera lo que él le decía, que le dijera que debía irse y que él debería dejarla en paz.

Pero cuando abrió los ojos y miró al profundo azul de los de él, la atrajeron, acercándola más, y todo pensamiento desapareció. Levantó los brazos, los envolvió alrededor de su cuello, y con una mano enredada en sus gruesos mechones de pelo negro como la medianoche, inclinó la cabeza de él hacia ella y se puso de puntillas para presionar sus labios contra los suyos.

Él respondió instantáneamente a su invitación, tomando el beso y profundizándolo expertamente. Su lengua se deslizó en su boca, y ella lo igualó golpe a golpe. Nunca antes, ni siquiera con él hace todos esos años, había sentido tal anhelo de estar cada vez más cerca de un hombre. Sus manos rodearon su espalda, uniendo más estrechamente a los dos, sus cuerpos pegados el uno al otro, el de él duro e inflexible.

Deslizó una mano desde la nuca de él para colocarla en la abertura de su camisa, sobre la piel bronceada de su cuello donde su mirada había estado posada durante tanto tiempo, sintiendo el calor de su piel en las yemas de sus dedos. Movió sus manos más abajo, deslizando sus dedos por la cerdas de pelo oscuro que cubrían su duro pecho, y parecía que su respiración era cada vez más rápida. Le dio una sensación de embriagador poder saber que podía tener tal efecto en él, pero al mismo tiempo, no era suficiente. Quería más. Quería verlo por completo, conocerlo como lo había hecho una vez antes.

Elizabeth sabía que nunca podrían estar verdaderamente juntos —no de ninguna manera que fuera más larga que lo que ya había

ocurrido antes. Pero se daría esta noche. Una noche más para conocerlo, para amarlo, para tener un recuerdo que pudiera atesorar para siempre.

Separó sus labios de los de él, insegura de cómo decirle, de cómo pedirle lo que quería.

—Gabriel... —fue todo lo que salió en un susurro ronco, pero pareció ser suficiente para que él entendiera lo que buscaba.

—¿Estás segura? —preguntó él, su frente contra la de ella mientras permanecían encerrados en un abrazo íntimo, su aliento mezclándose.

Asintió contra él, sintiendo la dureza de su mandíbula bajo las yemas de sus dedos.

—Muy bien —dijo él, su voz llena de humo y promesa de lo que vendría—. Pero esta noche, amor, esta noche te mostraré exactamente cómo debe hacerse.

Apartó la toalla de sus hombros, dejando que cayera al suelo a sus pies, y Elizabeth jadeó cuando él repentinamente se dobló por las rodillas y la levantó en sus brazos, mientras ella rodeaba su cuello con las manos.

—¿Adónde me llevas? —preguntó, a lo que él sonrió seductoramente.

—A mi dormitorio, por supuesto —respondió, pero cuando comenzó a llevarla fuera de la habitación, Elizabeth protestó.

—Tus sirvientes —dijo—, ¿qué pensarán? ¿No podemos quedarnos aquí, lejos de miradas indiscretas?

—La mayoría están acostados, excepto el mayordomo, y él es tan leal como los mejores —dijo Gabriel, claramente sin preocuparse lo más mínimo, y por un momento fugaz, Elizabeth se preguntó si esta era la primera vez que llevaba a una mujer por la casa hasta sus aposentos—. Puedo prometerte, Elizabeth, la máxima privacidad.

—Estoy empapando tu ropa.

—Se lavará.

Se detuvo un momento, un pensamiento claramente entrando en su mente.

—¿Está tu carruaje afuera?

—Por supuesto que no —dijo, indignada de que incluso sugiriera que no habría pensado en algo así.

—Bien —dijo, con una ligera sonrisa jugueteando en sus labios—. Entonces tenemos todo el tiempo del mundo.

Qué iba a hacer con ese tiempo, Elizabeth no tenía idea. Cuando los dos se habían unido anteriormente, fue rápido, apresurado, con él terminando en los arbustos junto a ellos para "protegerla". Sabía que él se había arrepentido después, lo que había dolido más que el acto en sí.

Ahora, la llevaba por su casa, y Elizabeth sabía que si tuviera que encontrar la salida sola, se perdería en el vertiginoso conjunto de pasillos y habitaciones. Gabriel poseía una riqueza con la que la mayoría de la gente solo podía soñar, y su casa de Londres era más amplia que muchas fincas rurales que ella había visitado.

Su corazón comenzó a latir tan rápido y fuerte que pensó que seguramente él debía ser capaz de oírlo mientras subían las escaleras al nivel superior. Caminó por el pasillo alfombrado como si ella no pesara nada, deteniéndose frente a una puerta al final del pasillo. La empujó con el hombro, revelando sus aposentos.

Cuando salió del pasillo y entró en la habitación, finalmente dejó a Elizabeth sobre sus pies, y ella miró a su alrededor con asombro.

No había duda de la masculinidad de la habitación, y hablaba de Gabriel en cada detalle, desde la oscura piedra que rodeaba la chimenea desde donde un tenue resplandor caía sobre la habitación, hasta las cortinas dorado oscuro que cubrían las ventanas en la pared contigua. Frente a ellas había un escritorio, donde supuso que a menudo trabajaba para ver la vista más allá, aunque qué había más allá de las cortinas, Elizabeth no tenía idea, tan desorientada como estaba.

El dosel sobre la cama hacía juego con las cortinas, y Elizabeth jadeó al ver lo enorme que era. Las ornamentadas tallas de madera en el cabecero eran bastante espantosas, aunque ciertamente no iba a comentar sobre ellas en este momento. El pensamiento, sin embargo, alivió un poco su acelerado corazón, al menos por un momento.

Hasta que Elizabeth recordó exactamente lo que estarían haciendo sobre la cama, y entonces se puso un poco nerviosa otra vez.

Gabriel debió haberlo sentido, porque caminó hacia un aparador junto a la chimenea y tomó un vaso.

—¿Te gustaría una copa?

—¿Mantienes brandy en tu dormitorio?

Se encogió de hombros. —Me ayuda a dormir.

Elizabeth dio un paso hacia él, alcanzando el vaso después de que él había vertido un poco en él.

—Muy bien —dijo, pensando que no podía hacer daño, y lo bebió rápidamente, dando la bienvenida al ardor en su vientre.

Él tomó el vaso vacío de ella, permitiendo deliberadamente que las puntas de sus dedos se rozaran, luego colocó los vasos de nuevo antes de volverse hacia ella.

—Ahora, Elizabeth —dijo, su voz enviando escalofríos por su columna—. Que comience tu educación.

Capítulo Veinte

¿Qué le estaba haciendo esta mujer?

Gabriel apenas podía controlarse, evitando abalanzarse sobre Elizabeth para tumbarla en la cama, arrancando los botones de su vestido mientras la desvestía, y penetrándola con toda la pasión que había estado intentando contener.

Pero eso no era lo que merecía una mujer como Elizabeth. Ni lo que ella querría, por lo que él podía intuir.

Así que, en su lugar, se había permitido un breve respiro entre ellos antes de acercarse a ella, obligándose a ser lento y tierno. Llevó sus manos a los delgados hombros de ella, girándola para que quedara de espaldas a él. Gabriel retiró una horquilla, y luego otra de su cabello, permitiendo que los húmedos mechones cayeran por su espalda. Nunca antes la había visto con el pelo despeinado, y eso le seducía. Había imaginado este momento durante algún tiempo, cómo sería tenerla delante, debajo de él.

Una vez que liberó su cabello, comenzó con los botones de su vestido. Eran cosas endiabladas, diminutas y no hechas para dedos grandes como los suyos. Pero se las arregló bastante bien, y pronto su vestido quedó entreabierto por la cintura. Colocó sus manos dentro de la seda, alrededor de su camisola, atrayéndola hacia él entre la V de sus piernas. Cuando el trasero de ella se apretó contra él, casi gimió en voz alta.

La ayudó a bajar las mangas por sus brazos, deslizando sus dedos por su piel tras la seda. Recordando cuánto parecía haber

disfrutado con su boca en el cuello antes esa noche, repitió el movimiento, llenándose de satisfacción cuando la oyó suspirar en respuesta.

Su vestido pronto cayó por su esbelto cuerpo hasta el suelo, y él se tomó un momento para apreciar su figura vestida solo con el corsé y la camisola. Rápidamente desató la rígida prenda alrededor de su cintura, dejando que se uniera a la ropa que yacía bajo ellos. Recogió la ropa de ella y la colocó frente a la rejilla para que se secara. Se volvió para quitarle la camisola, pero ella se apartó de él, con ojos traviesos mientras agitaba un dedo frente a él.

—Todavía no —dijo ella—. Ahora te toca a ti.

Él sonrió ante su desafío mientras ella volvía hacia él, desabrochando el resto de los botones de su camisa. Afortunadamente, él llevaba mucha menos ropa que ella, y pronto su camisa siguió a la de ella hasta el suelo, mientras las manos de Elizabeth llegaban a la bragueta de sus pantalones, liberándolo con unos rápidos movimientos.

Salió de sus calzones, acercándose ahora a ella, y Elizabeth retrocedió hasta quedar contra la cama —exactamente donde él la quería.

Gabriel encontró el borde de su camisola, y de un solo movimiento se la quitó.

Antes de que Elizabeth tuviera tiempo siquiera de sentir vergüenza por su desnudez, Gabriel la levantó y la colocó suavemente en la cama. En lugar de seguirla, se tomó un momento para retroceder y apreciar lo que tenía delante. Elizabeth se removió incómoda una vez que se dio cuenta de lo que él estaba haciendo, pero él se inclinó y la detuvo con sus brazos alrededor de ella.

—Eres la mujer más hermosa que he visto jamás —susurró, y ella arqueó una ceja.

—¿Eso se lo dices a todas? —preguntó, y sus palabras le hirieron por un momento, pero él negó con la cabeza sinceramente.

—Nunca antes —dijo, con toda sinceridad, y pudo ver que ella luchaba por contener una leve sonrisa.

Pero cuando habló, sus palabras le hicieron reír más que nada, porque eran tan prácticas, tan propias de Elizabeth.

—Tengo frío —dijo, entrecerrando los ojos cuando él soltó una risita, y él se calmó, asintiendo mientras apartaba las mantas y ella se metía debajo.

Él la siguió, llevando una mano hacia delante para acariciar su mejilla.

—Eso te pasa por perseguir a un hombre bajo la lluvia a medianoche —bromeó, y ella le pellizcó.

—No te estaba persiguiendo —dijo, y él se rio mientras se inclinaba, listo para capturar con su boca cualquier palabra que viniera a continuación.

—Di lo que quieras —dijo—, pero de cualquier modo, Elizabeth, me has atrapado.

No le permitió responder, sino que unió sus labios a los de ella, acariciando, amando y prometiendo lo que estaba por venir. Las manos de ella estaban sobre él, aparentemente por todas partes, y él las agarró con las suyas, ya que no estaba seguro de cuánto tiempo más podría soportar su contacto.

Deslizó sus labios por el cuello de ella, sobre su clavícula hasta la curva de su pecho, donde comenzó a prestar atención primero a un capullo rosado y luego al otro. Ella se arqueó contra él, y él agarró sus caderas para mantenerla quieta.

Elizabeth, sin embargo, no estaba dispuesta a ceder, y se colocó debajo de él, suplicándole que entrara en ella. Deslizó un dedo entre ellos para asegurarse de que estaba lista para él y finalmente cedió a lo que ella quería, llenándola con una rápida embestida.

Elizabeth gritó de placer mientras Gabriel se quedaba quieto por un momento, sin estar seguro de cuánto tiempo podría contenerse, para mantener el control sobre su ritmo.

Había imaginado este momento una y otra vez durante los últimos meses, pero nada podría haberle preparado jamás para lo que sentiría al unirse a ella otra vez. Era una magia indescriptible, y nada en su vida se había sentido tan correcto.

Gabriel siempre parecía estar buscando algo, tratando de entretenerse con sus planes, sus estrategias, sus... bueno, sí, sus manipulaciones, aunque siempre fueran por las razones correctas. Era la única forma en que parecía poder encontrar satisfacción en su

vida. Hasta ahora. Ahora sabía que todo lo demás era solo una fachada, y esta era la verdad que estaba buscando.

A instancias de Elizabeth —maldita sea, qué impaciente era esta mujer— comenzó a moverse hacia adelante y hacia atrás en largas embestidas, decidido a proporcionarle todos los éxtasis que él mismo estaba sintiendo.

Las manos de ella parecían estar en todas partes: en su pelo, sobre su espalda, deslizándose por sus caderas y bajando por sus muslos.

—Elizabeth —gimió, y cuando pensó que no podía contenerse más, ella se tensó a su alrededor, gritando, aunque lo que dijo, no tenía ni idea, porque él mismo se dejó llevar.

Después de un momento de recuperación, Gabriel se dio la vuelta para quitar cualquier peso de encima de Elizabeth, pero estiró un brazo detrás de su cabeza para atraerla hacia su costado.

Ella se quedó allí junto a él, con la cabeza en su hombro, y sin embargo, él podía sentir la tensión que permanecía dentro de su cuerpo, ya que no se permitía relajarse completamente contra él.

Pero esa era su Elizabeth, pensó con una sonrisa. Nunca permitiendo que nadie entrara del todo, manteniendo la guardia alta por miedo a que sin ella, resultara herida.

—Elizabeth —murmuró, inclinándose para besar la parte superior de su cabeza—. Eres magnífica.

Ella se rio ligeramente y colocó una mano en su pecho.

—No puedo decir que haya hecho gran cosa.

—Estabas aquí —dijo él simplemente—. Viniste a mí.

—No debería haberlo hecho —dijo ella, con la voz apenas por encima de un susurro ahora—. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba haciendo, si soy sincera. Era como si algo me atrajera hacia aquí, algo... inexplicable.

Era el deseo que sentían el uno por el otro, quería decirle, pero sabía que demasiadas explicaciones solo la asustarían y la alejarían. Gabriel ya podía ver que ese fuego apasionado comenzaba a menguar, para ser reemplazado por el frío exterior que ella usaba como escudo. No quería tener nada que ver con eso. Quería que ella fuera abierta con él, que le permitiera conocer sus pensamientos

como había conocido su cuerpo. Pero estaba claro que Elizabeth no iba a permitir nada de eso esta noche.

Ella permaneció en silencio un momento, y Gabriel se preparó para las palabras que sabía que vendrían a continuación.

—Debería irme a casa.

—Por supuesto que deberías —dijo él, sonriendo levemente, y luego le guiñó un ojo, sabiendo que solo la irritaría—. Eso no significa que tengas que hacerlo.

—¡Gabriel! —exclamó ella, incorporándose ahora y mirándolo con los ojos muy abiertos—. Claro que tengo que irme. Ni siquiera debería haber venido aquí para empezar. Fue una tontería. Fue impulsivo. Fue...

—Perfecto —terminó él con una sonrisa, y ella suspiró exasperada.

—¿Qué? —preguntó, llevando su otro brazo detrás de su cabeza para apoyarla y mirarla—. ¿No estás de acuerdo?

Sus mejillas se sonrojaron de un rosa muy bonito mientras le daba un manotazo.

—Nunca lo olvidaré.

Gabriel se molestó ligeramente por sus palabras —palabras que sugerían que esto era un evento único con pocas probabilidades de repetirse. Pero eso, determinó, ciertamente no sería el caso. No, su decisión había sido tomada en el momento en que ella cruzó la puerta de su estudio. Lady Elizabeth Moreland se convertiría en su esposa. Aunque le llevara tiempo darse cuenta.

* * *

Elizabeth se acomodó en los confortables asientos del carruaje mientras la llevaba a casa. Aunque se había negado a permitir que Gabriel la acompañara, cuando él descubrió que había contratado un coche de alquiler para llevarla a su casa, insistió en que regresara a casa en uno de sus numerosos carruajes —uno, le aseguró, que era discreto, sin ninguna indicación de quién podría ser el propietario. Finalmente ella había cedido y ahora, con el fresco aire nocturno

fluyendo por la ventana abierta sobre su piel sonrojada, tuvo un momento para considerar todo lo que acababa de suceder.

Gabriel tenía razón cuando dijo que había sido perfecto. A decir verdad, Elizabeth apenas recordaba la primera vez que estuvieron juntos, tan apresurados y precipitados habían sido aquella noche en los jardines. Pero nunca olvidaría esta noche por el resto de su vida.

Elizabeth sabía que había pocas posibilidades de que alguna vez se casara. No ahora, no cuando estaba tan centrada en su papel en el banco. No se casaría con alguien que no fuera de su elección, y hasta ahora, nadie había encajado en ese papel.

Nadie excepto Gabriel. Un duque. Un hombre que le había roto el corazón. Un hombre en quien no se podía confiar, no solo por sus indiscreciones, sino por el hecho de que la vida era un juego para él, y todos en ella peones para mover en su tablero de ajedrez. A Elizabeth no le gustaba que jugaran con ella y, si era sincera, le preocupaba que Gabriel pronto se aburriera de ella, como ocurría con todo lo demás en su vida después de un tiempo.

Pero esta noche, por una noche, había olvidado todo eso. Se había rendido a sus deseos, a los anhelos que había sido incapaz de apagar. Sabía que una parte de ella siempre amaría a Gabriel, sin importar lo que hubiera ocurrido. Y esa parte tendría que estar satisfecha ahora, porque esto nunca volvería a suceder.

Capítulo Veintiuno

Habiendo encontrado el sueño solo en las primeras horas de la mañana, cuando Elizabeth finalmente se levantó la tarde siguiente, sintió como si hubiera desperdiciado un día entero. Había tanto por hacer, y ahí estaba ella, habiendo malgastado la mayor parte de las horas laborables en la cama. Aunque ahora que estaba despierta, no estaba segura de cuán productiva sería, pues su mente estaba nublada y sus extremidades parecían pesadas mientras las arrastraba escaleras abajo. Había dormido un poco, cierto, pero fue un sueño inquieto, lleno de pensamientos sobre Gabriel y la incertidumbre de su futuro. ¿Continuaría reviviendo este recuerdo con él una y otra vez, con su cuerpo y corazón doliendo por el hecho de que esto nunca volvería a suceder?

Después de una breve conversación con el ama de llaves sobre la preparación de un plato para un almuerzo tardío que comería en su escritorio, Elizabeth comenzó a dirigirse hacia el estudio pero fue detenida por una voz desde la sala de estar.

—¿Elizabeth? —llamó su abuela—. Tienes una visita.

¿Una visita? Elizabeth comenzó a seguir la voz de su abuela, preguntándose si sería Sarah, o quizás Phoebe, y contempló si debería contarles sobre anoche.

Entonces entró en la sala y su mandíbula cayó.

Porque allí, en el sillón rosa de la esquina, estaba sentado Gabriel, reclinado en el terciopelo, con una sonrisa presumida en su rostro mientras ella cruzaba la puerta y lo contemplaba.

—Lady Elizabeth —dijo él, poniéndose en pie. Colocó su taza de té en la mesa del centro de la habitación y caminó hacia ella, deteniéndose frente a ella y tomando una de sus manos entre las suyas. La llevó a sus labios, presionando un beso en el dorso, y las mejillas de Elizabeth se encendieron al recordar dónde más habían estado sus labios recientemente.

Rápidamente recuperó la compostura, esperando que su abuela no hubiera notado la breve falta de ella, aunque Gabriel ya la miraba con complicidad. Cuando ella levantó la vista hacia él, él mantuvo su mirada por un momento antes de guiñarle un ojo lenta y sutilmente.

¿Acaso no había escuchado nada de lo que ella le había dicho anoche? O más probablemente, conociéndolo, había ignorado completamente sus palabras, haciendo simplemente lo que le placía.

Elizabeth entrecerró los ojos mientras trataba de evaluar qué estaba tramando esta vez, pero él rápidamente soltó su mano y regresó a su asiento, recogiendo su pequeña taza de té. El hecho de que él, un hombre grande y de pecho ancho, pareciera tan cómodo sentado en la delicada silla con una diminuta taza de té en la mano no pasó desapercibido para ella. ¿Había algún lugar donde no pareciera pertenecer naturalmente?

—Bueno —dijo Justine, mirando de uno a otro, claramente percibiendo la tensión ahora espesa en el aire—. Supongo que os dejaré a los dos. La puerta quedará abierta solo una rendija para que nadie pueda sugerir que fui otra cosa que una acompañante apropiada.

Elizabeth se rio ligeramente ante esas palabras, pues su abuela estaba lejos de ser una carabina, ni nunca había tenido intención de serlo. Pero ayudaba a mantener las apariencias, aunque con quién, Elizabeth no tenía idea. Cuando la puerta se cerró casi por completo, dejándolos solos, Elizabeth se volvió hacia Gabriel, quien se había acomodado muy bien, cruzando una pierna sobre la otra mientras se reclinaba en la silla.

El abuelo de Elizabeth raramente frecuentaba esta sala, por lo que su abuela la había decorado a su gusto. Las paredes eran de un dorado pálido, las cortinas color crema, y algunos de los elementos

decorativos —incluida la silla en la que Gabriel estaba sentado— eran de un color decididamente rosado.

No que eso pareciera molestarle a Gabriel.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella directamente, manteniéndose de pie para que él supiera que esperaba que se marchara pronto.

—Te dije que vendría —respondió él, arqueando una ceja.

—Sí, lo hiciste, pero eso fue antes...

—¿Antes de que hiciéramos el amor?

Elizabeth no creía que sus mejillas hubieran ardido tanto antes. Se aclaró la garganta.

—Antes de que te explicara por qué sentía que era mejor que no nos viéramos más.

—Elizabeth —dijo, alargando las sílabas de su nombre de una manera que hizo que se le erizara el vello de los brazos y comenzara un hormigueo en el centro de su vientre—. Te dije que vendría a visitarte y he venido a visitarte. Sí, te escuché cuando me dijiste que ya no querías verme. Sin embargo, no fue así como dejamos las cosas entre nosotros. Si algo ha cambiado entre nosotros, lo de anoche solo nos habría acercado más, ¿no es así?

Elizabeth cruzó los brazos sobre el pecho y comenzó a caminar por la habitación, incapaz de sentarse.

—Gabriel, antes... antes de que ocurriera nada, te dije cómo me sentía, cuáles eran mis pensamientos respecto a nuestra relación. Los oíste, ¿no es cierto?

—Los oí —dijo él, con rostro inescrutable—. Sin embargo, nunca te he tomado por el tipo de mujer que estaría con un hombre con quien no estuviera... comprometida.

Elizabeth no pudo encontrarse con sus ojos. De alguna manera, a la sobria luz del día, todo lo que había ocurrido entre ellos parecía casi un sueño, y apenas podía creer que hubiera sucedido. Ahora tenía dificultad incluso para hablar de ello. Mientras que Gabriel... Gabriel no parecía tener problema con nada. Parecía que todo le resultaba fácil, pues no había nada con lo que luchara.

—Tampoco soy el tipo de mujer que dice cosas importantes si no las dice en serio —dijo, deteniéndose y girando sobre sus talones

para mirarlo.

Gabriel finalmente se puso de pie y caminó lentamente por la habitación. Tenía una mirada casi depredadora en los ojos, y con cada paso que daba, Elizabeth daba uno hacia atrás en igual medida, hasta que su espalda quedó pegada a la pared y ella dio un respingo, sobresaltada. Una sonrisa satisfecha se dibujó en el rostro de Gabriel mientras su paso nunca vacilaba, y cuando estuvo a solo unos centímetros de ella, se inclinó sobre ella, con un brazo extendido sobre su cabeza, su mano en la pared, atrapándola frente a él.

El corazón de Elizabeth latía con fuerza, pero no por miedo; no, era por anticipación, a pesar de que había jurado que esto nunca volvería a suceder.

Él levantó su otra mano para acunar su mejilla y acarició su piel con el pulgar.

—Elizabeth —repitió, con su rostro a centímetros del de ella, aunque no hizo ningún movimiento para besarla ni acercarse más—. Tienes reservas, claro. Las entiendo. Te di razones para desconfiar de mí en el pasado. Ahora tienes responsabilidades. Nadie es más consciente de todo esto que yo. Pero —deslizó el dedo hacia abajo para descansar bajo su barbilla y le inclinó el rostro hacia arriba para que no tuviera más remedio que mirar a sus profundos ojos azules, donde temía perderse—. ¿Puedes realmente decirme que alguna vez has sentido por otro hombre algo remotamente parecido a lo que sientes por mí? Porque yo puedo decir honestamente que nunca antes he conocido a otra persona —hombre o mujer— con quien disfrute tanto conversando, pues en ti he encontrado mi igual. Tu sensualidad, aunque oculta, es incomparable a cualquiera que haya encontrado antes. En resumen, Elizabeth, satisfaces todas mis necesidades, y no puedo imaginar una vida con nadie más.

Elizabeth tragó saliva. Él tenía razón en todo lo que decía. Nunca había sentido por otro hombre lo que sentía por él, y él era tan fríamente inteligente y apasionadamente ardiente como ella podría pedir en un hombre. Sin embargo, mientras él le preguntaba por sus sentimientos hacia él, no había dicho nada sobre lo que había en su

corazón, lo que realmente sentía por ella. ¿La amaba? ¿*Podría* amarla?

Y con sus palabras, ciertamente no podía referirse a... pero entonces una mirada dura y determinada destelló en sus ojos mientras su mandíbula se tensaba, y ella se dio cuenta de que sí, claramente lo hacía.

Él se apartó de la pared, tomó su mano entre las suyas y se arrodilló frente a ella. Elizabeth quería levantarlo, poner un dedo en sus labios, decirle que no dijera las palabras, pero se encontró atónita en un silencio conmocionado. Solo podía estar allí mirándolo mudamente, como un ciervo que había visto una antorcha.

—Sé mi esposa, Elizabeth —dijo él, su voz más exigente que suplicante, pues era un hombre a quien nunca se le negaba nada—. Cásate conmigo, ten mis hijos, sé mi duquesa.

Elizabeth permaneció inmóvil. *Di algo*, le instó una voz en el fondo de su mente. Abrió la boca, pero nada salió. Cerró los ojos, reunió sus pensamientos, separó los labios e intentó de nuevo, pero aún así, no salieron palabras.

—Creo que la respuesta apropiada es «sí» —dijo Gabriel, claramente no complacido de haber permanecido doblado sobre el suelo durante tanto tiempo.

Elizabeth tiró de sus manos, y una mirada oscura cruzó el rostro de él mientras se levantaba, aunque mantuvo un fuerte agarre en sus dedos.

—Lo sé, Gabriel, y quiero decir que sí, de verdad que quiero —dijo ella, con el corazón en guerra con su mente.

—¿Pero? —preguntó él, soltando sus manos ahora, y ella se sintió desolada sin su contacto sobre ella—. Simplemente no entiendo qué podría estar reteniéndote.

—Las razones que te di para mantener la distancia entre nosotros... siguen en pie —dijo, oyendo la desesperación en su tono, y prometió mantener tal emoción fuera del resto de la conversación —. Si me caso contigo, renunciaré a todo lo que es importante para mí, *excepto* a ti. Tu vida permanecería casi sin cambios. Podrías participar en las mismas actividades, asistir a los mismos clubes,

mantener los mismos horarios. Lo único diferente es que no solo tendrías tu propia fortuna, sino también la mía.

—Yo nunca...

Ella levantó una mano, deteniendo sus palabras.

—Sé que no me estás pidiendo que me case contigo por mis ingresos ni mi asociación, y debes saber que mi abuelo aseguró que mi herencia permanecería intacta. Eres muchas cosas, pero no eres un cazafortunas, y aunque disfrutas de tus juegos, sé que eres un hombre que preferiría ganarse sus propias riquezas antes que heredarlas de su esposa. Pero parte de la ley es que todo lo que me corresponda en el futuro se convertiría en tuyo, y yo ya no tendría voz sobre nada de eso.

Él dio un paso alejándose de ella, habiendo surgido un muro entre ambos ante su conversación sobre finanzas y legalidades.

—Tu abuelo te proporcionó la asociación y toda su fortuna no para tu marido sino para ti, y lo entiendo —dijo él—. Te permitiría control total sobre todos tus ingresos.

—¡Y eso es precisamente! —exclamó ella—. Tú me lo permitirías. Ya no sería algo que yo pudiera elegir por mí misma.

—¿Así que me estás diciendo que preferirías pasar tus días sola, con solo tu independencia como compañía, antes que compartir una vida conmigo?

—Te imploro que no lo digas así, porque sabes bien que no es eso lo que quiero decir. Pero, ¿puedes decirme que como duquesa, seguiría viviendo la vida que vivo ahora?

—Tendrías algunas obligaciones sociales más, por supuesto —respondió—. Pero tendrás tu asociación bien establecida, y el título de Duquesa de Clarence ciertamente serviría para solidificar asociaciones y clientes, ¿no es así? No lo veo como otra cosa que un beneficio para el negocio que actualmente conduces, y quizás te convencería de compartir algunas de tus responsabilidades con otros.

—No deseo compartir la responsabilidad —dijo ella, con la mandíbula firme, y él apartó su mirada de ella, caminando hacia la ventana y mirando más allá, con las manos sobre el alféizar y los hombros encorvados, probablemente en fría y reservada ira.

—¿Por qué viniste a mí anoche? —preguntó, su voz ahora de acero, y el estómago de Elizabeth se revolvió en agitación.

—Quería estar contigo —dijo suavemente.

—¿Pero solo por una noche?

—Supongo que... sí... no. No lo sé. No puedo negar lo que siento por ti, cómo te deseo. Pero...

Pero tenía miedo de que un día él se apartara de ella, y ella se quedaría sin nada. ¿Cómo podía hacerle entender lo que temía? Le hablaba de finanzas y su independencia, pero ella sabía la verdad, incluso si no podía decirla en voz alta: lo que más temía era permitirse ser vulnerable ante él una vez más.

Él se volvió ahora, cruzando los brazos sobre el pecho mientras se apoyaba contra la ventana. Era un hombre lento para enfadarse, pero una vez que lo hacía...

—¿Cómo es —preguntó lentamente— que en todo lo demás en tu vida eres tan decidida, tan segura en tus decisiones, y sin embargo conmigo eres completamente contradictoria?

—Me hago esa pregunta constantemente —dijo ella honestamente.

—La última vez que te pedí que te casaras conmigo, dijiste que sí bastante rápido —observó él.

—Las cosas eran diferentes entonces. *Nosotros* éramos diferentes.

—Entonces, ¿qué es, Elizabeth? —preguntó, apartándose del alféizar y caminando hacia ella hasta que estuvo a un metro de distancia, portándose con el imponente poder ducal que sabía cómo ejercer—. ¿Debo tomar esto como un «no»?

Elizabeth se negó a ser intimidada por él, a retroceder o permitirle hacerla sentir menos de lo que era.

—Te pediría que me des tiempo para pensar en mi respuesta —dijo—. ¿*Permitirías* eso, Excelencia?

Sus ojos se estrecharon ligeramente, pero por lo demás, parecía no afectado.

—Muy bien —dijo, luego metió la mano en su chaqueta y sacó una pequeña caja de su bolsillo, que dejó con fuerza sobre una mesita auxiliar a su lado—. Esto era para ti. Todavía lo es, supongo,

si decides aceptarlo. Era de mi madre y es para la mujer con la que me casaré algún día. Buenos días, Lady Elizabeth.

Y con eso salió por la puerta, cerrándola firmemente tras él antes de que Elizabeth pudiera siquiera susurrar: —Buenos días, Gabriel — mientras sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas.

Capítulo Veintidós

Gabriel no había pretendido ser tan duro con Elizabeth, mostrar tanta ira ni intentar intimidarla. Sin embargo, difícilmente podía decirle cuánto le había dolido su negativa, y en su lugar había arremetido contra ella.

Ella tenía fortaleza, eso sí, no cediendo ante sus palabras ni mostrando ningún tipo de emoción. Pero lo frustraba hasta el extremo. Si no lo quería, ¿por qué no decirlo directamente? ¿Por qué esconderse tras todas esas excusas? Porque, ¿qué más podría él darle, o qué más podría ella querer de él? Le había dicho que podía mantener su puesto en el banco, e incluso su maldita fortuna, por el amor de Dios. La mayoría de los hombres no serían ni de lejos tan generosos. Aunque, bien pensado, probablemente la mayoría de los hombres tampoco podrían permitírselo, pero eso era irrelevante.

¿Y qué clase de mujer preferiría estar sola a casarse, y con un *duque* nada menos? Podría llamar a la puerta de cualquier casa en Mayfair —demonios, en todo Londres— y pedir la mano de la hija mayor, y nadie se la negaría. De hecho, estaba seguro de que incluso algunas señoras casadas abandonarían gustosamente a sus maridos por él si pudieran.

¿Por qué, por qué, por todo lo sagrado, tenía que enamorarse de Lady Elizabeth Moreland, no una, sino dos veces? ¿Y por qué había hecho tal desastre la primera vez, de modo que ahora ella buscaría cualquier excusa para no estar con él? Tenía miedo de salir herida de nuevo, razonó. Eso debía ser, y por eso lo había herido ella primero.

Todos estos pensamientos daban vueltas en su cabeza mientras entraba en el Club de Caballeros White's esa misma noche. No sabía por qué estaba allí, ni qué esperaba de los hombres que encontraría tras aquellas puertas, pero tenía que ser mejor que quedarse sentado en su estudio rumiando las palabras de Elizabeth mientras miraba hacia la puerta por la que ella había entrado solo la noche anterior para cumplir todas las fantasías que habían estado fluyendo por su mente.

Gabriel se sintió aliviado al encontrar que tanto Redmond como Berkley estaban presentes esa noche. Gracias a Dios, pensó, pues no creía poder soportar la compañía de otros hombres esta noche. Era muy consciente del pésimo humor en que se encontraba, y esperaba que una copa y una victoria en las cartas pudieran ayudar a levantar su ánimo.

—Caballeros —dijo, tomando asiento entre los dos, y ellos asintieron, aunque notó la ceja levantada de Berkley y se dio cuenta de lo hosco que había sido su saludo.

—¿Problemas, Clarence? —preguntó Berkley con indiferencia, y Gabriel se encogió de hombros, sin interés en contarles la casi negativa de Elizabeth, aunque era consciente de que Berkley se había encontrado en una situación similar no hacía mucho tiempo. Sin embargo, Berkley pareció leerle la mente, pues se rio ante la reticencia de Gabriel a responder la pregunta—. ¿No recuerdas haberme dicho que estabas interesado en encontrar una mujer como Phoebe, una que te mantuviera alerta? —preguntó Berkley—. ¿Cómo te va con eso?

Gabriel no pudo evitar reírse, consciente de que Berkley decía la verdad.

—Ciertamente es una cuestión para reflexionar, si uno debería preferir mantenerse interesado o tranquilo —dijo con un suspiro, y Redmond miró a ambos antes de sacudir la cabeza.

—O podrías simplemente quedarte soltero y disfrutar de todo lo que el mundo tiene para ofrecerte —dijo con una sonrisa—. *Esa* sería mi preferencia.

—Un hecho del que todos somos muy conscientes, Redmond —dijo Gabriel secamente, aunque su comentario no pareció molestar a

su amigo, quien más bien abrazaba su papel de libertino afable.

Gabriel habría preferido disfrutar de una velada solo con ellos tres, pero parecía que esta noche White's era una elección particularmente popular, pues pronto la sala se llenó de hombres deambulando, y las sillas por toda la habitación se fueron ocupando de modo que otros hombres estaban lo suficientemente cerca como para conversar con los tres.

—Clarence —llegó una voz desde la derecha de Gabriel—. ¿Cómo está usted esta noche?

—Bien, gracias, Sir Hugo, ¿y usted?

—Muy bien, muy bien —dijo el hombre, con sus redondas mejillas sonrojadas y un cigarro firmemente sujeto entre los dientes —. Aunque esperaba encontrarle aquí esta noche. Es usted socio de Clarke & Co., ¿no es así?

—Lo soy —dijo Gabriel, repentinamente cauteloso—. Aunque normalmente me considero más bien un socio silencioso.

—Sí, bueno —continuó Sir Hugo, inclinándose más cerca, aunque sin bajar la voz—. Clarke, Henry Clarke, me dice que usted está trabajando desde dentro, lo cual admiro. No es el lugar apropiado para una mujer estar al frente del banco, se lo digo yo, en absoluto. Bien por usted al trabajar con Clarke para determinar la mejor manera de quitar a la nieta del viejo Thomas de su puesto. Yo respetaba a ese hombre, de veras, pero parece que su corazón era un poco demasiado blando cuando se trataba de la mujer.

El corazón de Gabriel comenzó a latir con pánico, aunque mantuvo la compostura. Casi había descartado las mentiras que le había contado a Clarke, pero no esperaba que el hombre compartiera con otros lo que él había acordado. Si Elizabeth llegaba a oír esto, bueno... las consecuencias podrían ser nefastas.

—No diría que esa es exactamente la forma de verlo, Sir Hugo — dijo con cuidado, y el hombre le miró de forma conspiratoria.

—¡Bueno, no es como si ella fuera el tipo de mujer que usted cortejara de otro modo! —dijo con una carcajada, a la que se unió su compañero, Lord Baxtall.

—No estoy del todo seguro de lo que quiere decir —dijo Gabriel, con su semblante glacial, y Sir Hugo comenzó a parecer ligeramente

preocupado al darse cuenta de que Gabriel podría no estar del todo complacido con lo que él había pensado que era una broma divertida.

—¡Solo que una potencial duquesa ciertamente no es una mujer como Lady Elizabeth Moreland, que está más preocupada por los negocios que por cualquier otra cosa, especialmente una que puede verse a sí misma por encima de usted! —exclamó Sir Hugo—. ¡Vaya, si una mujer cree que puede decirle a otros qué hacer en un negocio, solo puedo imaginar lo que podría pensar dentro del hogar! —Se rio de su propia broma, una carcajada larga y sonora, y la expresión de Gabriel no cambió.

—No conoce su lugar —dijo Baxtell con un gesto de sus manos, su bigote moviéndose con su cabeza mientras asentía a sus propios sentimientos—. Una mujer debería estar en el hogar, cuidando de su marido. Si aún no tiene marido, entonces debería estar preparándose para tenerlo. Las mujeres en los negocios no son más que problemas, para todos los implicados.

—Lady Elizabeth ciertamente no es la primera mujer que se encuentra siendo socia de un banco, y apenas he oído palabras negativas respecto a las perspectivas de otros bancos similares —respondió Gabriel, con palabras cortantes—. ¿Por qué creen en la toxicidad de las mujeres en tal posición?

—Las mujeres son una distracción —continuó Baxtell, su voz irritantemente pomposa, como si estuviera dando una conferencia al resto—. ¿Cómo se supone que un hombre se concentre en los asuntos del día cuando tiene a una bella mujer sentada frente a él? ¿Y cómo se supone que una mujer, particularmente una soltera, intente siquiera mirar asuntos de negocios cuando está rodeada de potenciales maridos? Si está casada, ¿cómo puede centrarse en el importante trabajo que debe hacer si también está preocupada por asuntos relacionados con el hogar? No es natural, Clarence, y yo, por mi parte, me alegro de que esté haciendo algo al respecto.

Gabriel no dijo nada mientras meditaba sobre sus palabras. Eran injustas para Elizabeth, eso lo sabía; ella era una de las personas más inteligentes que jamás había conocido, mucho más que estos necios en la mesa de al lado. Aunque odiaba admitirlo, podía ver su

punto respecto a su papel como duquesa. El hecho era que había mucho que atender, con varios eventos sociales, así como esfuerzos filantrópicos y hogares que gestionar. No es que no pudiera contratar a alguien para ocuparse de tales actividades, pero tener una esposa completamente ausente sería difícil. Particularmente si tuviera que atender asuntos en el campo... ¿podría Elizabeth abandonar Londres por un tiempo? Poco probable.

Además de todo eso, la mujer no parecía quererlo de todos modos.

—Dime que no estás realmente escuchando toda esa mierda —murmuró Berkley desde el otro lado de la mesa, dando un sorbo a su bebida—. Te lo digo, hombre, yo pensé de esa manera durante demasiado tiempo y no me metió más que en un montón de problemas. Permite que tu mujer sea feliz y tú también lo serás, te lo prometo.

Inclinó su bebida hacia Gabriel, quien aceptó gustosamente la suya cuando llegó. Esa era una cosa de White's: era predecible.

A diferencia de Elizabeth.

—Déjame preguntarte algo, Berkley —dijo ahora, moviendo el vaso de un lado a otro frente a él—. ¿Tu esposa siempre te cuestiona? ¿Intenta socavarte? Una cosa es que una mujer tenga sus propias pasiones en la vida, pero al mismo tiempo, un hombre debe seguir teniendo el poder dentro de su propio hogar. ¿Qué dice de un hombre, de un duque, si ni siquiera puede controlar a su esposa?

—No se trata de control —razonó Berkley—. Eso solo trae más problemas. Espero que no estés realmente trabajando para quitarla del banco.

—Para nada. En realidad estaba tratando de protegerla de Clarke, aunque no estoy seguro de que ella lo vería así. ¿No escuchas a tu esposa en *todos* los asuntos, verdad? —preguntó Gabriel, ligeramente incrédulo, y Berkley solo sonrió.

—Tienes mucho que aprender, muchacho —dijo en tono de broma, y Gabriel puso los ojos en blanco ante su amigo.

—O —intervino Redmond—, quizás necesitas determinar si estás haciendo las preguntas correctas. No haces más que hablar de

negocios y control. Hay muchos matrimonios, sin embargo, que son convenientes por muchos propósitos pero no implican unir vuestras vidas por completo. Por ejemplo, ¿a tu dama le importaría que tuvieras una o dos amantes, para mantener las cosas interesantes?

Gabriel volvió su mirada hacia él. —A ella le importaría absolutamente. Y yo nunca haría tal cosa, no otra vez.

Redmond levantó las manos en el aire. —¡Solo era una pregunta! No hay necesidad de enfadarte conmigo. Entonces, Clarence, lo que te preguntaría es si realmente quieres una mujer, ¡una sola mujer!, para el resto de tu vida. Te digo, apenas puedo imaginarlo. Hay tantas opciones ahí fuera esperándote, que el pensamiento de renunciar a todo eso... No podría hacerlo. Ni hablar.

Gabriel sonrió ahora, una sonrisa lenta y conocedora.

—Si es la mujer adecuada —dijo, pensando en Elizabeth, en su cama, en la sala de juntas, en su vida—, entonces absolutamente.

Pero no suplicaría. Era un duque, y si le permitía hacerle rogar antes de que una verdadera relación siquiera comenzara, entonces solo se estaría preparando para una vida en la que sería rebajado más de lo que ya estaba.

Gabriel la quería, eso era cierto. Pero tenía demasiado orgullo para permitirle que lo pusiera de rodillas una vez más. Se había inclinado por ella una vez ya —para hacer la pregunta— pero ahora le tocaba a ella. No lo harían quedar como un tonto, no de nuevo.

* * *

Gabriel no permaneció mucho tiempo en White's, solo lo suficiente para terminar su bebida y cavilar en compañía de amigos, antes de que finalmente Berkley le dijera que se fuera a casa y pensara en las cosas solo con su propia compañía miserable. Gabriel estuvo rápidamente de acuerdo, pero al salir por las imponentes puertas oscuras, dio un respingo al notar una presencia que apareció repentinamente a su derecha.

Y como la rata que era, Henry Clarke salió sigilosamente de las sombras para pegarse al costado de Gabriel.

—¿Qué quieres, Clarke? —prácticamente gruñó Gabriel mientras continuaba caminando hacia donde le esperaba su carruaje.

—Necesitaba hablar contigo, a solas. Fui a tu casa, pero me dijeron que no estabas.

—No —dijo Gabriel—. No estaba.

—Bien —dijo Clarke, aparentemente no afectado por el tono cortante de Gabriel—. Por eso vine aquí. Por lo que puedo ver, Clarence, no has hecho nada para avanzar en nuestro plan. Elizabeth sigue firmemente atrincherada en su puesto, y cualquier progreso realizado ha sido enteramente por mi cuenta.

—¿Progreso? —Gabriel se volvió hacia él con una ceja levantada, y Clarke asintió orgullosamente.

—¿Has oído hablar de la deserción de Sir Hugo? ¡Fui yo, todo yo! —se jactó—. Además del hecho de que ahora soy socio, lo cual también logré por mi cuenta. Tú no has hecho nada digno de mención.

Gabriel se encogió de hombros. —Es demasiado esfuerzo, Clarke. Para ser honesto, ya no me interesan tus planes, ni tú. Considera roto nuestro acuerdo. Ahora, déjame en paz.

Había llegado a su carruaje, y ahora despidió a Clarke con un gesto como si estuviera espantando una pulga, pero el hombre era igual de persistente.

—Has caído bajo su hechizo, ¿verdad?

Gabriel lo miró por un brevísimo momento, una mirada que le decía a Clarke que no quería tener nada más que ver con él.

—Mi prima es una araña —dijo Clarke, y Gabriel se sorprendió por su vehemencia—. Sé que cuando intentaste avanzar en vuestra relación al principio, tenías buenas intenciones, lo cual aprecio. Podríamos usar eso. Debes darte cuenta de que ella está tejiendo una telaraña a tu alrededor, atrayéndote, llevándote a su lado. Te digo, Clarence, estás mejor sin ella. Escapa de sus garras antes de que te envenene, te lo ruego. De lo contrario, no serás más que su presa —De repente se rió—. Oh, ya puedo verlo. Tú, uno de los hombres más poderosos de Inglaterra, cayendo víctima de mi prima, Lady Elizabeth.

Hizo una pausa por un momento, obviamente recogiendo sus pensamientos.

—Bueno, te diré esto, Clarence. Tienes una elección. Únete a mí, o cae junto con Elizabeth. Porque no tengo ningún problema en contar a la junta directiva tu engaño al banco.

—Eso revelaría tus propias artimañas —dijo Gabriel secamente.

—¡Soy un hijo favorecido! —dijo Clarke, defendiéndose burlonamente. Se habían detenido fuera del carruaje de Gabriel, y a éste le disgustaba abordarlo con Clarke tan cerca, por si el hombre intentaba seguirlo y Gabriel tuviera que recurrir a sacarlo físicamente. No es que no pudiera hacerlo, pero preferiría no ensuciarse—. Soy el nieto de su más venerado patrono. Defenderé a mi prima hasta el final, les contaré a todos cómo la has estado manipulando para poner tus manos en su fortuna y en el banco mismo. No es la historia más descabellada, como estoy seguro que sabes.

—Difícilmente creo que vayan a creer que un duque con cinco mansiones y propiedades estaría tan desesperado como para casarse con una mujer por su fortuna.

—Sí, pero ¿un hombre que disfruta del poder? —preguntó Clarke con una sonrisa astuta y conocedora—. Nunca puede tener suficiente. ¿Y qué habla más de poder que el control sobre uno de los bancos más grandes de toda Inglaterra?

Con eso, Clarke finalmente continuó calle abajo, silbando una melodía que hizo que Gabriel quisiera correr tras él y callarle la boca. Pero en su lugar, dejó escapar un gruñido de palabras que no serían apropiadas para los oídos de la mayoría de compañías y se subió a su carruaje.

Gabriel juró que no dejaría que un hombre como Clarke lo cuestionara ni lo derribara. No temía lo que otros pudieran pensar, ni si creerían a Clarke; palabras como las suyas nunca le habían molestado en el pasado, ni lo harían nunca en el futuro.

No, de lo que se preocupaba ahora era de lo que Elizabeth pensaría si descubriera su pacto con Clarke, por insincera que hubiera sido su propia promesa. Porque sería su palabra contra la de Clarke, y aunque sabía cuánto Elizabeth detestaba a su primo,

tampoco podía negar que él, de hecho, le había hecho algo así como una promesa.

Gabriel era muy consciente de lo que Elizabeth pensaba de sus manipulaciones pasadas, a pesar de sus buenas intenciones. Esto solo solidificaría su postura de desconfianza y negación hacia él.

Por primera vez, Gabriel se encontró en medio de una situación de la que no sabía cómo salir. Y no le gustaba. Ni un poco.

Capítulo Veintitrés

Dos días después, Elizabeth no estaba en su mejor forma para la reunión de socios. No había tenido noticias de Gabriel desde que salió de su casa tras su propuesta, ni tampoco esperaba que volviera a comunicarse con ella. Sabía lo orgulloso que era, y después de pensarlo, se dio cuenta de que aunque estaba enfadado, probablemente también estaba herido. Entendía por qué, y le reconcomía saber que ella era la causa de su dolor.

Pero esta decisión era una que afectaría al resto de su vida, y no podía tomarla a la ligera.

Mientras sus botas resonaban en el suelo de mármol del vestíbulo del banco, logró esbozar una sonrisa y un «buenos días» para los empleados con los que se cruzaba por el camino. Elizabeth había estudiado con atención cada uno de sus nombres, una práctica a la que su abuelo atribuía la lealtad de sus empleados a lo largo de los años, y una que ella se había prometido continuar.

Elizabeth se había asegurado de llegar al menos una hora antes de que el primer socio pudiera aventurarse a través de las puertas. Sabía que su puntualidad era, quizás, ligeramente ridícula, pero del mismo modo, no podía evitar la ansiedad que sentía cada vez que pensaba que podría llegar tarde, o más tarde que sus invitados. Llegar antes que los demás la tranquilizaba, permitiéndole tiempo para prepararse para lo que vendría.

Y sin duda hoy vendría mucho.

Elizabeth tomó asiento tras su escritorio, revisando los papeles ante ella, en los que había nombres y palabras que ella misma había escrito cuidadosamente. Además del señor Bates, el director del banco, quería reconocer a otro empleado que llevaba muchos años en la empresa, ya que sentía que ambos hombres habían demostrado su lealtad y debían ser elogiados además de recompensados. Ella tenía la última palabra sobre el nombramiento de los socios, pero esperaba que el resto de los socios actuales estuvieran de acuerdo.

Y luego estaba el asunto de Henry. Elizabeth aún no estaba segura de cómo abordar mejor su destitución. Si no daba ninguna razón para ello, parecería que había discordia dentro de la familia Clarke, lo que sería inquietante para la tranquilidad de los socios y clientes del banco. Pero se negaba a proporcionar el motivo de la manipulación de Henry hacia el señor Mortimer, ya que había dado su palabra a su familia de que no compartiría sus dificultades actuales.

Suspiró, revisando el resto del orden del día junto a ella, que incluía salarios así como cuentas de clientes. No le hacía ilusión compartir la pérdida de algunos de sus clientes clave, ni tenía ninguna nueva incorporación que ofrecer hasta el momento.

Y luego estaba Gabriel. Elizabeth pensó en el anillo que le había dejado. Era hermoso, por supuesto. Pero más que eso, recordaba haber visto a su madre llevándolo hace años y conocía el significado de que él se lo hubiera traído para dárselo. Elizabeth no había podido evitar probárselo después de que él se marchara. Una vez que parpadeó para alejar el torrente de lágrimas que amenazaba con salir, pudo ver que le quedaba perfectamente, con la luz del fuego reflejándose en los diamantes para iluminar la habitación. Lo había admirado durante un momento o dos hasta que tuvo que quitárselo para recuperar el juicio y no tomar una decisión basada únicamente en la emoción.

Se preguntaba si Gabriel asistiría hoy mientras recorría el pasillo, con la cabeza alta, jurando mantener el control de la reunión, sin importar lo que Henry le cuestionara.

Elizabeth intentó mantener algo de positividad cuando llegaron los socios y finalmente comenzó la reunión. Los socios, al menos, todavía la veían como su líder, lo que consideró prometedor.

Henry no estaba presente, lo cual la sorprendió y alivió a la vez. Pero tampoco lo estaba Gabriel.

No lo estaba, es decir, hasta diez minutos después de haber comenzado la reunión.

Elizabeth se detuvo a mitad de frase cuando la puerta se abrió, dejando entrar su imponente figura.

—Mis disculpas —dijo, sus ojos encontrándose con los de cada uno de los socios en la mesa antes de posarse en ella, con una extraña mirada en ellos—. Estaba ocupado con otros asuntos.

—¡Ah, me sorprende que haya llegado aquí, Clarence! —dijo uno de los socios, el señor Donahue, con una risita—. Un hombre como usted tiene muchos asuntos importantes que atender.

—Clarke & Co. sigue siendo uno de esos asuntos —dijo, tomando asiento—. Puedo asegurárselo.

Y justo entonces, Henry entró a grandes zancadas por las puertas, saludándolos a todos como si hubiera llegado a tiempo, tomando asiento frente a Elizabeth en el otro extremo de la mesa.

—¡Encantado de veros a todos! —dijo como si fuera él quien organizaba la reunión, y Elizabeth agarró su pluma con tanta fuerza que casi se rompió. Estaba perdiendo el control, todo gracias a estos dos hombres que aparentemente se habían apoderado de su vida, y no estaba nada contenta al respecto.

—Ahora que estamos todos aquí —dijo, con un tono que les reprendía sin ser excesivamente crítico, al menos eso esperaba—, ¿quizás podríamos seguir con los asuntos?

—Por supuesto, Elizabeth —dijo Henry con su sonrisa astuta—. ¿No es ese el motivo por el que estamos todos presentes hoy?

Ella lo ignoró, continuando con la discusión que llevaría a su sugerencia de nuevos socios.

—Me gustaría que revisáramos los salarios de algunos de nuestros empleados clave —dijo—. Cada uno de ustedes ha recibido copias de lo que están ganando actualmente. Sugeriría, para proporcionar tanto recompensas como incentivos, que aumentemos

ligeramente a aquellos que han estado mostrando un desempeño ejemplar.

Algunas cabezas comenzaron a asentir alrededor de la mesa hasta que Henry empezó a hablar.

—¿Y de dónde saldrían estos fondos adicionales? —preguntó.

—El banco ha visto un cierto crecimiento en las ganancias en los últimos años —respondió ella.

—¡Quizás los socios prefieran las recompensas de estas ganancias para sí mismos en lugar de dárselas a los empleados! —exclamó, y entonces las cabezas que habían estado asintiendo a las palabras anteriores de Elizabeth comenzaron a detenerse mientras los socios contemplaban lo que Henry había dicho.

—Todos veremos un aumento en las ganancias, Henry, si nuestros empleados están contentos y trabajan para aumentar la fortuna del banco —dijo ella entre dientes, y notó que las cabezas de los socios giraban de un lado a otro entre los dos, esperando cada una de sus respuestas.

—Puede que sea así, pero ya están ganando una suma saludable en comparación con algunos de nuestros competidores —contestó él.

—Yo sugeriría que nos mantuviéramos por delante de nuestros competidores en lugar de igualarlos —replicó Elizabeth.

Los dos se miraron fijamente, con las miradas entrelazadas, hasta que finalmente Henry sonrió y le hizo un gesto con la mano como si cediera.

—Usted es la socia principal, Elizabeth, así que supongo que lo que usted diga tendrá que prevalecer de todos modos.

Elizabeth no pasó por alto algunas de las miradas descontentas alrededor de la mesa, y sabía lo que Henry estaba haciendo, haciendo parecer que ella estaba tomando decisiones pobres con las que el resto tendría que estar de acuerdo.

—Este puede ser el caso; sin embargo, me gustaría tener el apoyo de los socios —dijo, con una sonrisa frágil—. ¿Quizás deberíamos someterlo a votación?

La sugerencia de Elizabeth pasó por un estrecho margen, y ella pasó al siguiente asunto, después de haber pedido al señor Bates

que abandonara la sala por un momento.

—Como todos saben, el señor Larkin y el señor Bates han estado con Clarke & Co. durante más de veinte años. Comenzaron en roles pequeños, pero han sido ascendidos a lo largo de los años y han demostrado tanto su lealtad como su competencia. Me gustaría sugerir que se les haga socios del banco, ya que solo podría ayudar a hacer crecer la empresa.

Esta declaración fue recibida con cierta contemplación por parte de todos los socios asistentes, y Elizabeth sabía que era un área en la que podía perder, pero tenía que intentarlo.

—Más socios significa una mayor división de los ingresos de los socios. —Henry, por supuesto, fue el primero en hablar desde el otro lado de la mesa, y Elizabeth asintió, obligándose a no mostrar ningún signo de disgusto, porque cualquier emoción que mostrara podría ser usada en su contra.

—Es cierto —dijo, y manteniendo una mirada directa a Henry, continuó—. Por eso mi segunda sugerencia es que podríamos retener sus sociedades hasta que tengamos espacio dentro de nuestro grupo de socios para incluirlos.

—¿Quiere decir hasta que uno de nosotros estire la pata? —preguntó uno de los socios ancianos, con los ojos muy abiertos.

—No, señor Donahue —dijo Elizabeth con la más leve de las sonrisas, que esperaba fuera tranquilizadora—. Hasta que haya espacio financiero para incluirlos, o hasta que uno de los socios elija irse por su propia voluntad.

Volvió su mirada a Henry, como sugiriendo que fuera el primero en hacerlo, pero él apartó la vista.

—No tengo ningún problema en hacerlos esperar —dijo el señor Cartwright, y Elizabeth asintió, anotando la respuesta en la página frente a ella.

—Aunque... —intervino Henry desde el otro lado de la mesa, y Elizabeth gimió interiormente. ¿Por qué el hombre no podía mantener la boca cerrada?—. Quizás hay más ventajas en tener socios con conexiones. El Duque de Clarence, por ejemplo, ha fomentado nuestras relaciones con la nobleza. ¿Qué podrían hacer estos dos hombres por nosotros?

—Ejemplificarían a otros empleados los méritos de trabajar duro para el banco. Además, aportarían experiencia y conocimiento sobre el funcionamiento interno de nuestro negocio —respondió ella.

—¿No debería ser ese el papel de la socia principal? —desafió Henry, y Elizabeth apretó los dientes tan fuertemente que su mandíbula comenzó a dolerle.

—Es un esfuerzo combinado —dijo finalmente, y Henry asintió, esta vez con satisfacción, porque sabía que había ganado esa ronda.

—En ese sentido —dijo—, me gustaría discutir sobre algunos de nuestros clientes actuales y antiguos.

—Ese es el siguiente tema en la agenda —dijo Elizabeth—. ¿Quizás podríamos esperar a concluir nuestra discusión actual?

—Oh, creo que todo es uno —dijo Henry—. Socios... clientes... ¿no van de la mano?

—Todo el negocio del banco podría considerarse de una sola entidad —dijo Elizabeth—. Sin embargo, encuentro más eficiente revisar un elemento a la vez para que no nos volvamos desordenados.

—Oh, nadie podría sugerir jamás que *usted*, Lady Elizabeth, sea desordenada —dijo Henry con una sonrisa, como si la estuviera elogiando—. Ya que lo tiene todo en orden, quizás podría compartir qué ha pasado con uno de nuestros mayores clientes, el barón naviero, Sir Hugo. Era una cuenta significativa, tanto personal como comercialmente. Es una lástima que se haya ido.

—¿Sir Hugo se ha marchado? —preguntó otro socio, el señor Lang, y Elizabeth sintió más que vio que el descontento comenzaba a surgir alrededor de la mesa.

—Sí —dijo, cortando los murmullos que la rodeaban—. Sir Hugo ha decidido establecer su banco en otro lugar, desafortunadamente. Sin embargo, estoy trabajando diligentemente para asegurar clientes de igual riqueza y estatus en su lugar.

—Si Sir Hugo se ha ido, ¿se han ido también otros? —preguntó Sir Gray.

—Solo unos pocos clientes pequeños.

—¿Los hemos reemplazado?

—Aún no.

Los murmullos se intensificaron, y Elizabeth no deseaba otra cosa que levantarse de su silla y salir corriendo de la habitación. Su abuelo le había enseñado muchas cosas, pero nunca la había instruido sobre cómo manejar a un grupo de hombres indisciplinados.

Aunque... su institutriz le había enseñado cómo manejar a los niños, pues su madre había esperado que Elizabeth tuviera muchos. Elizabeth había estado luchando contra el hecho de ser mujer, pero quizás, ahora, podría usar eso para ayudarse a sí misma.

Elizabeth echó hacia atrás su silla, juntó las manos frente a ella, y se puso de pie, esperando a que todos la notaran. Finalmente, algunos de los hombres observaron que estaba de pie, y se apresuraron a hacer lo mismo, porque uno nunca debe permitir que una dama esté de pie mientras él permanece sentado, ya sea dicha dama la socia principal o no.

En unos momentos, todos se habían levantado, esperando su próximo movimiento.

Ella sonrió, disfrutando del hecho de que había cierto poder que venía de ser mujer.

—Gracias, caballeros —dijo—. Ahora, en las páginas frente a ustedes hay una lista de nuestros clientes más importantes y el estado de sus cuentas. Como pueden ver, he confirmado con la mayoría de ellos que permanecerán con el banco. Es de esperar que la muerte de mi abuelo haya causado cambios, y soy muy consciente de que el hecho de que yo sea mujer puede causar cierta preocupación. Sin embargo, estoy segura de que todos ustedes pueden dar fe de que he demostrado mi capacidad hasta ahora, y estoy comprometida con este banco. Hay muchos clientes potenciales con los que me he estado reuniendo que están interesados en unirse. Les pediría a todos ustedes que durante este tiempo de transición pongan el interés del banco en primer lugar y también estén a la búsqueda de cualquier persona que desee traer su negocio a Clarke & Co.

Se sentó ahora, y el resto de ellos la siguieron.

—Tengo una pregunta, Elizabeth —dijo Henry, por supuesto—. Dices que estás dedicada al banco, pero ¿qué pasa cuando te cases?

Entonces tendremos otra cara más, otra transición, y quizás la pérdida de más clientes.

—Quizás no me case —dijo, negándose a mirar a Gabriel mientras lo hacía—. O quizás lo haga, pero entonces mantendré mi posición actual. Soy la directora de este banco, y todos debéis entenderlo.

Parecieron apaciguados por su proclamación, y Elizabeth finalmente se permitió encontrarse con los ojos de Gabriel. Su expresión no le decía nada, aunque conocía esos ojos lo suficientemente bien como para sentir que parecían... atormentados. Contemplativos. Inseguros.

—Gracias a todos por venir —dijo finalmente, incapaz de soportar el escrutinio por más tiempo—. Volveremos a algunos de estos asuntos en nuestra próxima reunión dentro de cuatro semanas. Buenos días.

Y con eso, comenzaron a salir. La propia Elizabeth escapó antes que todos ellos. Era impropio de ella, pero no deseaba quedarse a solas con Gabriel. No ahora, aún no.

Pero cuando entró en su despacho, oyó un paso detrás de ella, y supo que no tenía elección.

Capítulo Veinticuatro

—Lo has hecho muy bien ahí dentro.

—Enhorabuena, veo que has encontrado tu voz.

Elizabeth respiró hondo al percibir la amargura en su propio tono. Debía asegurarse de mantener la calma y la compostura, a pesar de que por dentro aún hervía de ira. Estaba frustrada por su falta de control y furiosa por el hecho de que Henry no solo había conseguido socavar su credibilidad, sino también causar daño al banco. No estaba cumpliendo adecuadamente con la protección del banco, tal como había prometido cuando su abuelo se lo confió, y eso le provocaba un gran sentimiento de culpa.

Y, por ridículo que fuera, estaba enfadada porque Gabriel no había salido en su defensa durante la reunión. Oh, sabía cómo habría parecido si lo hubiera hecho: que la defendía porque había algo entre ellos, o que intentaba ganarse su afecto. Pero en algún momento había necesitado que *alguien* la defendiera, que le demostrara que no estaba sola.

Se dio la vuelta ahora, deseando descargarlo todo con él, decirle lo enfadada que estaba, lo disgustada que se sentía, pero no podía. *No muestres ninguna emoción, Elizabeth*, le decía la voz en su cabeza, que durante tanto tiempo había sido la de su madre, pero que ahora era la suya propia aconsejándola. *Solo revelará tu debilidad.*

Así que en lugar de eso, permaneció allí, temblando por dentro, con la mandíbula tensa y los puños cerrados a los costados.

Gabriel estaba junto a la puerta, mirándola. Finalmente se giró, y ella pensó que, bendito sea, se marchaba, pero en su lugar, cerró la puerta y se dio la vuelta, apoyándose contra ella con los brazos cruzados.

—Desahógate —dijo él, con voz autoritaria.

—¿De qué hablas?

—Todo lo que estás sintiendo... déjalo salir. Dime lo que piensas. Enfádate. Deja que fluya la emoción. Por el amor de Dios, ¡haz algo en vez de quedarte ahí mirándome como si estuviera diciendo disparates!

—Si no te gusta —dijo ella, con palabras cortantes—, eres más que bienvenido a marcharte. De hecho, preferiría que lo hicieras.

—¿Es eso lo que quieres, Elizabeth? ¿Estar sola? ¿No tener que depender nunca de nadie para poder decir que lo hiciste todo por ti misma?

Elizabeth sintió que su ira aumentaba, pero sabía que él estaba haciendo esto a propósito, intentando provocarla para que dijera algo que no debía.

—Eso no tiene nada que ver con algo personal —respondió—. Tuviste tu oportunidad de rescatarme si es lo que tanto querías hacer. Podrías haber entrado en esa reunión montado en tu caballo blanco con tu reluciente armadura y haberles dicho a los demás: «Estoy de acuerdo con Lady Elizabeth. Como duque, he visto cómo ha consultado con la nobleza, atrayéndolos como posibles clientes. Tengo plena confianza en sus capacidades». Pero no. Llegaste tarde, interrumpiéndome, y luego simplemente te sentaste ahí y permitiste que Henry convenciera a los demás en su dirección.

Gabriel la miró fijamente por un momento.

—¿No tienes fe en tus propias capacidades?

—Por supuesto que sí.

—No me necesitabas para que lo hiciera por ti, pues lo hiciste tú misma. Hay momentos en los que necesitas ayuda, necesitas a alguien en quien apoyarte, y luego hay momentos en los que debes mostrar fortaleza. Lo cual hiciste ahí dentro.

Hizo una pausa ahora, y Elizabeth no pudo decir nada, porque sentía su pecho subir y bajar rápidamente mientras luchaba por

contener las lágrimas que amenazaban con salir.

—Tengo que disculparme —continuó él.

Bueno, esto sería interesante. Gabriel nunca, jamás se disculpaba.

—Continúa.

—Cuando asumiste esta sociedad principal, entré aquí y cuestioné tus habilidades. No fue correcto por mi parte. Porque sabía que eras capaz de asumir el puesto que tu abuelo te había dejado. Simplemente te estaba presionando para asegurarme de que tú creías lo mismo. Sabía que querrías demostrarlo si te cuestionaba, así que te presioné.

La máscara inexpresiva de Elizabeth finalmente se quebró, y solo pudo reírse ante las palabras de Gabriel, aunque ahora él la miraba como si estuviera ligeramente loca.

—¿Te parece gracioso?

—Debería haberlo sabido mejor —dijo ella, dándose la vuelta y comenzando a caminar lentamente por la habitación, mirando hacia abajo, un pie avanzando, y luego el otro—. Eres un maestro manipulador. Nada de lo que haces es nunca directo. Incluso ahora, ¿cómo puedo saber que lo que me dices es la verdad? Quizás estás siendo honesto. Quizás no. Quizás todo esto es parte de algún nuevo juego que estás jugando para pasar el tiempo, para evitar el aburrimiento. ¿Cómo puedo saberlo?

—Nunca te manipularía, Elizabeth —dijo él en voz baja.

—¿No? —preguntó ella, volviéndose hacia él, agitando ampliamente las manos—. ¿Manipulaste o no manipulaste a Julia y Eddie?

—No estaba manipulando a nadie —se defendió mientras permanecía de pie estoicamente—. Todo lo que hice fue fingir interés para que se dieran cuenta de lo importante que era que se encontraran el uno al otro.

—Pero estabas mintiendo.

—No estaba mintiendo...

—¿Estabas siendo honesto?

—No exactamente.

—Y con el periódico de Phoebe, ¿no jugaste para asegurarte de que pudiera mantener su secreto?

—De eso, estoy orgulloso —dijo él, con expresión endurecida—. ¿Estás cuestionando las acciones que tomé, junto con Berkley, que terminaron con tu amiga encontrando la felicidad?

—No estoy cuestionando la acción —dijo Elizabeth, exasperada porque él estaba completamente perdiendo su punto—. Solo estoy demostrando cuánto disfrutas de estos juegos, usando a las personas como peones para encontrar el resultado que buscas. No importa que tu objetivo final sea noble, no me digas que no disfrutas de este tipo de engaño.

—Lo que disfruto, Elizabeth, es usar mi posición para ayudar a otros a encontrar lo que buscan. Por eso, no me disculparé.

—Por supuesto que no —dijo ella, negando con la cabeza—. Pero independientemente de si te creo o no... hay algo más.

—¿Sí?

—¿Qué ocurre... qué ocurre cuando ya no quieras solo a mí?

—Elizabeth —dijo él, su voz repentinamente dura—. No eres como ninguna otra mujer. Nunca podría aburrirme de ti.

Elizabeth tragó saliva. Quería creerle, realmente quería, pero ya no sabía qué pensar. La golpeó un repentino agotamiento mientras todo parecía caer sobre ella a la vez. Se dejó caer en una de las sillas que rodeaban la pequeña mesa de conversación en la esquina mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—Ya no sé qué pensar, Gabriel —dijo, con voz baja, apenas por encima de un susurro, y él caminó hacia la silla frente a ella, probablemente más para oírla mejor que por cualquier otra cosa—. Todo lo que sé es que no quiero pasar mi vida cuestionando cada palabra que me dices, preguntándome si todo es parte de alguna estratagema. Quiero honestidad, franqueza. Ya tengo suficiente engaño aquí en el banco. Quiero poder confiar en ti.

Gabriel se estiró a través de la mesa y tomó sus manos entre las suyas. —Puedes confiar en mí, Elizabeth. Eso, puedo prometértelo.

Ella recorrió su rostro con la mirada, observando la mandíbula fuerte, la nariz patriciana, el azul profundo de sus iris. Si tan solo pudiera ver lo que había detrás de todo ello, asomarse a las

profundidades de su mente y comprenderlo. Era inteligente, sin duda, más que cualquier otro hombre que hubiera conocido. Sabía que intimidaba a muchos, pues siempre parecía ser capaz de leer a través de las palabras de los demás para llegar a la conclusión adecuada. Le gustaba eso de él. Siempre sabía que podía conversar con él y no tener que explicarse.

Pero también le asustaba. Porque no podía ocultarle nada, mientras que él parecía haber perfeccionado la fachada que le ocultaba todo a ella.

—¿Qué quieres, Elizabeth? —preguntó él, mucho más suavemente ahora, hasta el punto que sus palabras casi le provocaron lágrimas.

—Estoy cansada —dijo ella, con la voz casi en un susurro—. Estoy cansada de luchar por todo. Estoy cansada de no saber si algo de lo que estoy haciendo va a servir para algo. Estoy cansada de tener que demostrar mi valía simplemente por ser mujer. Y estoy cansada de mi propia indecisión cuando se trata de ti.

Él se levantó entonces, acercándose a ella, sus duros muslos bajo los pantalones color canela llenaron su visión. Antes de que siquiera supiera lo que estaba haciendo, la levantó como lo había hecho la noche en su mansión, sosteniéndola cerca de él. Pero en lugar de cualquier insinuación de pasión, se dio la vuelta, se sentó de nuevo en la silla que ella acababa de abandonar involuntariamente y la mantuvo cerca de él. Su barbilla descansó sobre la cabeza de ella, y simplemente la sostuvo.

—Nadie puede hacer nada solo, Elizabeth —dijo en voz baja, mientras ella inconscientemente se aferraba a su camisa, obteniendo fuerza de él.

—Tú sí —dijo ella, oyendo su propia voz tan pequeña y vulnerable.

—Puede parecerlo —concedió él—, pero no es necesariamente cierto. Tengo mucha gente trabajando para mí, personas que se ocupan de mis hogares, mis propiedades, mis asuntos de negocios. ¿Los superviso? Sí, por supuesto que lo hago. Ayuda, sin embargo, saber que puedes delegar parte del trabajo.

—Aun así, mantienes esa responsabilidad como si no tuviera consecuencias.

—Puede parecer así, pero no es completamente el caso —dijo, y ella pudo sentir su sonrisa sobre su cabello—. Me apoyo en otros igual que te pido que te apoyes en mí. Pregúntale a Berkley cuántas veces he acudido a él con mis quejas. Incluso mi madre... puede que esté ligeramente enfermiza, pero fue una gran fuente de sabiduría y consuelo para mi padre, y sigue siéndolo para mí.

—No lo sabía —dijo Elizabeth—. Cuando la conocí hace años, parecía tan... reservada.

—Lo es, normalmente —dijo él, con la voz más cálida de lo que Elizabeth creía haberla oído nunca—. Sin embargo, cuando tiene algo importante que decir a alguien que ama, no tiene miedo de expresar su opinión. Similar a otra mujer que conozco.

—¿Te refieres a mí?

—Así es. Sabes cómo hacer una declaración sin recurrir a emociones que colorearían las respuestas de los demás hacia ella. Admiro eso de ti.

—Mi madre siempre me dijo que la emoción era una debilidad.

—Puede serlo. También puede ser una fortaleza.

—Eso es bastante desconcertante.

—Las decisiones y acciones basadas únicamente en el intelecto pueden parecer la elección correcta, pero al final, pueden llevar al dolor, para ti o para otros. A veces la emoción es necesaria cuando tratas con otras personas, porque es la única manera en que sabrás si estás tomando la decisión correcta.

—¿Cuándo te volviste tan sabio?

—Me ha llevado algunos años —dijo con una risa suave—. También ha incluido una buena dosis de experiencia de vida y aprender lecciones por las malas.

—Eso puedo entenderlo —dijo ella, incorporándose ahora en su regazo, sabiendo que tenía que empezar a tomar medidas para hacer lo mejor para ella misma y para este banco—. Gracias, Gabriel. Y lo siento por mis palabras contra ti antes.

—No es como si yo fuera completamente inocente —dijo él mientras ella se ponía de pie y él la imitaba, con las manos detrás de

la espalda. Permaneció inmóvil, sin decir nada por un momento, y a pesar de la cercanía que acababan de experimentar juntos, había una tensión subyacente en el aire, y ella conocía la causa. Él seguía necesitando su respuesta. Estaba esperando, algo pacientemente, pero querría saberlo más pronto que tarde. Ella necesitaba solo un poco más de tiempo.

—¿Podemos hablar más mañana? —preguntó, mirándole con cierta súplica en los ojos, y él asintió, claramente consciente de lo que hablaba.

—Por supuesto —dijo—. Lo espero con interés.

—Gracias, Gabriel —dijo ella, con la voz casi quebrada, aunque logró mantener el control—. Muchas gracias.

Capítulo Veinticinco

Gabriel salió del banco con un pequeño peso menos sobre sus hombros. Elizabeth recapacitaría, estaba seguro de ello. En los momentos en que ella le había permitido entrar, podía ver cuánto le ayudaba tener a alguien allí con ella —alguien con quien hablar, con quien compartir sus cargas. En la superficie, era tranquila, reservada —algunos dirían fría. Pero él sabía mejor. Gabriel conocía el fuego que había dentro de ella, que ella necesitaba aprender a liberar. Le molestaba que pensara que alguna vez podría aburrirle, porque eso estaba lejos de ser verdad. Simplemente no sabía cómo hacérselo ver.

Mientras Gabriel caminaba hacia su carruaje que le esperaba, vio a Henry Clarke de pie con otro de los socios, compartiendo una risa. Oh, lo que Gabriel no daría por decirle exactamente al pequeño necio lo que pensaba. Pero había formas mucho mejores de tratar con alguien como Henry.

—¡Clarke! —le llamó, pasando junto al hombre, que parecía algo complacido de ver a Gabriel—. Buenos días.

—Y a usted, Su Excelencia —dijo Clarke con una sonrisa satisfecha, complacido de que Gabriel le reconociera entre sus compañeros.

—Diga —dijo Gabriel lentamente, conociendo la preferencia de Clarke por ciertos establecimientos de Londres—, ¿no habrá estado en El Dragón Rojo últimamente?

—Ah —dijo Clarke, sus mejillas tornándose ligeramente rojas mientras se alejaba del otro hombre y se acercaba a Gabriel—. ¿Por qué lo pregunta?

—Solo porque había oído un rumor sobre el lugar que esperaba disipar, o advertirle al respecto.

—¿Oh? —los ojos de Clarke se movieron rápidamente de un lado a otro ante las palabras de Gabriel.

—Se dice que hay una enfermedad extendiéndose desde dentro, así que quería advertir a todos mis amigos que evitaran el lugar, por el momento, al menos. Si va, manténgase alejado de la rubia. —Bajó la voz en tono conspiratorio e inclinándose hacia Clarke como si estuviera compartiendo un secreto—. He oído que estuvo con un hombre que fue la fuente inicial. Dicen que una vez que comienza el picor, es imposible deshacerse de él.

Se enderezó ahora, sonriendo a Clarke, que permanecía inmóvil con una gota de sudor comenzando a caer por su frente. Gabriel colocó una mano en su hombro. —Sé que no es algo de lo que nosotros, caballeros, hablemos normalmente, pero pensé que usted frecuentaba el establecimiento y deseaba advertirle. Bueno, ¡que tenga un buen día, Clarke! ¡Espero verle pronto!

Gabriel se permitió sonreír una vez que se dio la vuelta, y se rió para sí mismo todo el camino hasta su carruaje.

* * *

Por una vez, Elizabeth salió temprano del banco, y cuando regresó a casa, en lugar de encerrarse en el estudio, decidió que un poco de aire fresco podría ser útil para despejar su mente. La casa tenía un pequeño jardín en la parte trasera, lo suficientemente alejado de las caballerizas. No era excesivamente grande, pero su abuela siempre se había asegurado de mantenerlo en hermosas condiciones, y especialmente con las hojas verdes brotando en los árboles y las flores comenzando a florecer, Elizabeth siempre lo había encontrado un lugar particularmente pacífico.

Salió por las puertas del jardín, acomodándose en el pequeño banco, respirando el aroma de las rosas de su abuela a su alrededor, apreciando la belleza de los pétalos rojos. Gabriel tenía razón en una cosa: ella había permitido que la responsabilidad del banco pesara demasiado sobre sus hombros. Estaba asumiendo este puesto porque lo disfrutaba, no porque quisiera más carga en su vida.

Si tan solo su primo la dejara en paz. Por qué le importaba tanto verla caer, no tenía idea. ¿Era el dinero? Si era así, quizás podría pagarle. Sabía, sin embargo, que probablemente era más que eso. Era su orgullo y celos de que ella hubiera recibido lo que él, de alguna manera, sentía que le pertenecía por derecho, a pesar de que su abuelo nunca le había prometido nada a Henry.

Cerró los ojos mientras echaba la cabeza hacia atrás para sentir el sol en su rostro, pero se sobresaltó cuando oyó que se abría la puerta. Sonrió al abrir los ojos, esperando ver a su abuela, pero su semblante se tornó en uno de gran decepción cuando vio exactamente quién era.

—Henry —dijo con cautela—. ¿No hemos intercambiado ya suficientes pullas hoy? Te pediría que me des una tarde de paz y luego podremos reanudarlas otro día.

—Oh, Elizabeth —dijo con fingido afecto—. Ciertamente no deseo pelear contigo. Solo intento ayudar.

—Si ese es el caso, entonces te pido amablemente que otorgues tu ayuda a otra persona —dijo ella—. No la necesito.

—Necesitas mucha más ayuda de la que te das cuenta —dijo él, sentándose en el banco junto a ella, reclinándose contra el brazo del mismo, poniéndose cómodo—. Es un mundo cruel ahí fuera, Elizabeth, particularmente para una mujer como tú.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó, arqueando una ceja.

—Una mujer en el mundo de los hombres, por supuesto —dijo—. Una que está sujeta a cuestionamientos y desacuerdos. Es solo afortunado que yo haya podido conseguir una asociación para poder cuidar de ti.

—Robaste tu asociación, y solo estás tratando de provocar mi caída —dijo, sin velar más sus palabras, porque Henry

probablemente pasaría por alto cualquier insinuación sutil. Tenía que ser directa con él—. ¿Qué es lo que quieres, Henry? —preguntó, exasperada ahora—. ¿Quieres dinero? ¿Quieres una asociación silenciosa? ¿Qué se necesita para convencerte de que me dejes en paz?

—Elizabeth, me ofendes —dijo, llevándose una mano al pecho—. Eres mi familia, y solo quiero lo mejor para ti. De hecho, estoy aquí para protegerte de otros.

—No hay nadie más que desee tanto provocar mi caída como tú, Henry —dijo, poniendo los ojos en blanco. ¿Cuán ingenua creía que era?

—¿De verdad piensas eso? —preguntó—. Hay serpientes en la hierba, Elizabeth. Unas que no puedes ver.

—Ninguna tan venenosa como tú, Henry.

—¿Oh, no? Bueno, ¿piensas que *yo* he ido a grandes extremos para estar cerca de ti? No tanto como otro, te lo aseguro.

—¿Y tú sabrías esto, cómo?

Elizabeth no quería escucharlo hablar más, porque sabía que casi todas sus palabras eran fabricadas para hacer que ella cuestionara todo lo que sabía que era correcto y verdadero. Sin embargo, como estaba sentado justo a su lado, difícilmente podía ignorarlo por completo, por mucho que quisiera.

—Tengo mis métodos.

—Mmm hmmm.

—Es cierto. ¿Nunca te has preguntado cómo sé cada una de tus próximas acciones y el funcionamiento interno del banco? Es porque soy amigo de alguien que te conoce bien, Elizabeth, que me proporciona la información que busco, que espera con ansias que eventualmente te alejes del banco incluso más que yo.

—No hay nadie cercano a mí que haría tal cosa —dijo, aunque su mente comenzó a correr, por mucho que intentara evitarlo. ¿Habría alguna verdad en lo que decía su maldito primo?

—¿Oh, no? —preguntó, con una sonrisa petulante—. ¿Hay alguien en tu vida, Elizabeth, que se ha vuelto particularmente cercano a ti desde que el buen viejo abuelo te nombró su heredera, desde que decidiste tomar un papel activo en Clarke & Co.? ¿Alguien

que se beneficiaría particularmente de tu recién adquirida riqueza, pero no tanto de tu recién adquirida posición? ¿Alguien lo suficientemente inteligente como para saber y entender exactamente cómo convencerte de dejar el banco por tu propia decisión?

Solo podía haber una persona a la que Henry se refería, pero Elizabeth sabía que Gabriel nunca haría tal cosa. No podía. No solo eso, sino que acababa de pasar todo el tiempo dentro de su oficina animándola a continuar en su papel, a ser fuerte y defender lo que ella sabía que era verdad.

—Para, Henry —dijo—. Te estás haciendo el tonto. No hay nadie que haría tal cosa excepto tú.

—¿Ni siquiera tu duque? Dime, Elizabeth, ¿por qué la repentina atracción de Clarence hacia ti, cuando te dejó hace años, pero ha permanecido en los mismos círculos sociales desde entonces? ¿Qué le interesaría tanto después de tanto tiempo?

—Nuestros caminos se cruzaron de nuevo —dijo simplemente, juntando las manos en su regazo, negándose a permitirle ver el efecto que sus palabras estaban teniendo en ella.

—Se cruzaron *convenientemente* —continuó—. En el banco. Donde, de repente, el Duque ha vuelto a interesarse.

—No solo estás equivocado en cuanto a dónde nos volvimos a conocer inicialmente, sino que él ha sido socio del banco durante años, desde que recibió la sociedad del abuelo.

—Sí, pero solo recientemente ha tomado un papel activo —continuó Henry—. ¿Cómo explicas su repentino interés en ti?

—Su interés no es repentino —dijo Elizabeth con calma—. Pidió mi mano en matrimonio hace años, mucho antes de que hubiera una posibilidad o un pensamiento de que yo heredara una fortuna o me convirtiera en socia del banco, y mucho menos en la socia principal.

—Te dejó hace años.

—Fue mi elección, no la suya.

—Digamos que Clarence está realmente interesado en ti —dijo Henry, aunque puso los ojos en blanco para decirle que claramente no creía que tal cosa pudiera ser cierta—. ¿De verdad crees que querría que su esposa siguiera siendo la socia principal del banco?

—Sí.

Elizabeth se dio cuenta entonces de que sí lo creía, creía que lo que Gabriel le había dicho era cierto, que la apoyaría. Hasta qué punto, no estaba segura, pero tenía una renovada esperanza de que pudieran determinar el mejor camino a seguir.

—Le darías una bonita fortuna.

—Mantengo mi propia herencia, como recordarás. En cuanto a ingresos futuros, no los quiere. Tiene suficiente con los suyos.

—Nadie tiene nunca suficiente —dijo Henry con una mueca—. Ni siquiera tu hermoso duque.

—Cuidado, Henry, te estás extralimitando ahora.

—No estoy extralimitando nada —dijo, poniéndose de pie, como si pensara que si se cernía sobre ella, podría volverse mucho más imponente, pero ella todavía lo veía como nada más que una pequeña rata que podría aplastar bajo su bota—. Sé con total certeza que el Duque no tiene ningún deseo de ver Clarke & Co. dirigido por Lady Elizabeth Moreland. Ha estado espiándote, Elizabeth, para mí. Simplemente nunca pensé que llegaría a tales extremos para hacerlo. Supongo que pensó en obtener un poco de acción como parte del trato. Lo cual es inteligente. ¡Yo ciertamente lo haría!

Soltó una carcajada ante eso, mientras Elizabeth se levantaba con ira. —¡Estás mintiendo! —dijo, con las manos a los lados en puños.

—No lo estoy —dijo, manteniendo la cabeza alta, obviamente complacido de ver que finalmente había logrado enfurecer a Elizabeth—. Pregúntale tú misma si quieres. Sé que es un mentiroso experimentado, pero en algún momento, debe admitir lo que ha hecho. No es como si realmente se casara contigo. O... oh no, pobrecita. ¿Pensaste que realmente lo haría?

Comenzó a reírse de eso, no una risita baja esta vez, sino una risa larga. Elizabeth sintió como si estuviera a punto de explotar, y todo lo que pudo hacer ahora fue levantar el brazo y señalar con el dedo hacia la puerta de los jardines.

—Sal. De. Aquí.

—Elizabeth...

—Sal de aquí, ahora mismo —dijo furiosa—. Antes de que encuentre a un lacayo y te haga echar. Ve directamente a la puerta principal, baja esos escalones, y no vuelvas aquí. Nunca. ¿Me entiendes?

—Yo...

—Dije, ¿me entiendes?

Sus palabras eran ahora bajas y amenazantes, y Henry visiblemente palideció, proporcionando a Elizabeth un momento de ligera satisfacción.

—Muy bien.

Resopló, se dio la vuelta y salió por la puerta, pero no antes de enviar una pequeña sonrisa petulante y conocedora por encima del hombro hacia Elizabeth. Le molestaba admitirlo, pero él había logrado su objetivo.

En el momento en que él estuvo fuera de la vista y del alcance del oído, ella se derrumbó de nuevo en el banco, puso la cabeza entre sus brazos y comenzó a llorar.

Capítulo Veintiséis

Habían pasado más de cuatro días desde que Gabriel le había pedido matrimonio a Elizabeth, por segunda vez en sus vidas. Había sido comprensivo, según él creía, el primer día. Paciente el segundo. Ligeramente frustrado el tercero, el día en que ella había prometido darle su respuesta. Y ahora, cuatro días después, decidió que ya no esperaría más. Seguramente a estas alturas, ella ya sabía lo que quería. Como mínimo, le debía algún tipo de respuesta.

Era una cuestión de principios, intentó razonar. Un hombre de su posición no podía verse tan afectado por una mujer. A decir verdad, nunca se habría imaginado a sí mismo como un hombre que esperara la decisión de una mujer. Si ella no le quería, pues que así fuera.

Pero mientras cruzaba el umbral del banco, saludando con un gesto a Anderson, suspiró. Había permitido que Elizabeth entrara en su ser. Era algo más que físico. Estaba atado a ella, conectado de una manera que no podía explicar, y no quería dejarla marchar. No lo haría.

Subió las escaleras con determinación, sorprendiéndose por un momento al encontrar que la antesala fuera de su oficina ahora estaba ocupada por un escritorio, con un joven sentado detrás.

—Buenas tardes —dijo Gabriel, mientras pasaba junto al hombre hacia la puerta de Elizabeth.

El joven levantó la mirada hacia él, se puso de pie apresuradamente, y comenzó a golpear nerviosamente con las

yemas de los dedos sobre la mesa. —Su Excelencia, buenas tardes —dijo, inclinándose ligeramente ante Gabriel, lo que le hizo sonreír. Menudas formalidades.

Al ver que Gabriel estaba a punto de entrar en la oficina de Elizabeth, el hombre se apresuró a salir de detrás de su escritorio para interponerse entre Gabriel y la puerta. No había mucho espacio, y Gabriel arqueó una ceja, no muy complacido con su proximidad.

—Ah... —tartamudeó el muchacho, que parecía haber alcanzado apenas los veinte años, con una sonrisa tímida—, d-disculpe, Su Excelencia, pero ah, Lady Elizabeth no está recibiendo visitas en este momento.

Por mucho que quisiera, Gabriel no retrocedió, intentando intimidar al hombre para que le permitiera pasar.

—A mí me recibirá.

Una gota de sudor apareció en la frente del hombre.

—Desafortunadamente, Lady Elizabeth pidió que nadie entrara... in-incluyéndole a usted.

—Ya veo —dijo Gabriel, retrocediendo ligeramente, sintiendo el rechazo como si Elizabeth lo hubiera apartado físicamente. No es que fuera a permitir que este hombre viera cómo le había afectado —. Bien, por favor dígale a *Lady Elizabeth* que he estado aquí. Y que espero hablar con ella muy pronto.

Con una tormenta comenzando a desatarse en su interior, Gabriel giró sobre sus talones y se marchó por el pasillo. Si fuera cualquier otra persona, Gabriel no desperdiciaría ni un momento más de su tiempo. Pero se trataba de Elizabeth, y maldita sea, no podía dejarla en paz.

* * *

Y así fue como, dos horas más tarde, se encontró sentado en el salón de la casa de Elizabeth, tomando el té con su abuela. Al parecer, Elizabeth no había extendido su prohibición de su presencia hasta su residencia, o al menos, no había informado a su abuela del asunto. La señora Clarke estaba tan encantadora como siempre,

preguntando por su familia e interesándose por su tiempo en el Parlamento y con qué otras actividades se mantenía ocupado.

Estaba claro de dónde había heredado Elizabeth su intelecto, de eso no había duda. En su abuela, Gabriel podía ver la identidad de Elizabeth cincuenta años en el futuro.

Pasaron casi una hora en agradable conversación hasta que Gabriel finalmente oyó la apertura de la puerta al final del pasillo en la parte delantera de la casa. El latido de su corazón se aceleró, probablemente debido a la cantidad de té que había bebido en la última hora. Porque seguramente, *seguramente* los pasos de una mujer no podían causar tal efecto, ¿verdad?

Pero por supuesto que sí. Gabriel tuvo que admitir que tanto ansiaba con desesperación ver a Elizabeth, como estaba nervioso por lo que la confrontación pudiera traer. ¿Sería este el último de sus encuentros? ¿Le diría ella que no quería saber nada más de él, que rechazaba su propuesta de matrimonio? Porque, ¿qué otro motivo tendría para no querer hablar más con él?

La frustración que se había apaciguado durante su conversación con Justine comenzó a aumentar a medida que los pasos de Elizabeth se hacían cada vez más fuertes, y Gabriel respiró hondo para calmarse.

Quizás debería haber acudido primero a su padre para pedir su mano. ¿Era esa la razón de su preocupación? No, se recriminó a sí mismo. Qué pensamiento tan estúpido. Una mujer como Elizabeth querría tener la oportunidad de elegir por sí misma, y además, apenas se llevaba bien con su padre.

Gabriel no tenía ni idea de quién era esa persona contradictoria e insegura que habitaba en su cabeza. Si esto era lo que significaba estar enamorado de una mujer, no quería saber nada al respecto.

¿Enamorado? No había querido decir *enamorado* de ella. Interesado en ella, quizás.

Pero antes de que tuviera tiempo de contemplar más a fondo esa aterradora idea, Elizabeth entró en la habitación. Gabriel podía sentir la tensión que irradiaba de ella cuando sus ojos se posaron primero en él. Lo miró fijamente, con dureza, su mirada indescifrable,

aunque casi temblaba por la emoción que la recorría, emoción que intentaba ocultar, por supuesto.

La señora Clarke se puso de pie, mirando a los dos.

—Buenas tardes, Elizabeth —dijo, y Elizabeth finalmente se volvió y la vio, esbozando una sonrisa claramente forzada.

—Buenas tardes, abuela —dijo—. Estás tan encantadora como siempre.

—Gracias, querida —dijo la señora Clarke, acercándose y poniendo una mano sobre el brazo de Elizabeth—. Tengo que ocuparme de cierta correspondencia, así que os dejaré a los dos un momento. No estaré lejos.

Elizabeth asintió y luego ocupó el asiento que su abuela había dejado vacante. Se aferró a los brazos del sillón como si se estuviera sujetando al borde de un barco para no ahogarse, aunque se sentó tan erguida y regia como cualquier reina antes que ella.

Llevaba un vestido de color púrpura oscuro, el color tan intenso y la tela tan rígida que casi parecía como si estuviera de luto. Quizás lo estaba.

—Elizabeth... —comenzó él, pero ella lo interrumpió.

—No más discursos —dijo ella, con palabras cortantes—. No más palabras elegantes, ni mentiras, ni historias de tus labios. Tengo una pregunta para ti, y te pido que la respondas con sinceridad.

Él asintió, recostándose en su silla, bastante aturdido. Sus labios estaban apretados, su rostro tan pálido que casi estaba blanco.

—¿Conspiraste contra mí con mi primo?

La boca de Gabriel se abrió de golpe por la sorpresa. Maldito Henry. Maldito él y su bocaza y sus modos escurridizos. No podía imaginar qué podría haberle dicho a Elizabeth, pero sabía que no habría sido nada bueno.

—No.

Ella inclinó la cabeza, como si pudiera leer lo que realmente estaba pensando.

—Sé que Henry es tan deshonesto como pueden serlo. Pero también soy consciente de que pareces muy inquieto, y tú, Gabriel, nunca estás inquieto. Por favor, por favor, no me mientas.

—Nunca conspiré realmente con él —dijo Gabriel a regañadientes, con la mirada fija en ella, buscando sus ojos, necesitando que entendiera.

—¿Accediste a ayudarlo de alguna manera? ¿Hay algo de verdad en lo que me contó?

Gabriel suspiró.

—Sí, pero...

Ella se puso en pie entonces, caminando hacia la puerta, manteniéndola abierta.

—Puedes irte.

—Elizabeth...

—Por favor —dijo ella, con la voz y la expresión ahora desesperadas, y él sabía que estaba al borde de perder el control de sus emociones, algo que en realidad él quería, necesitaba que hiciera.

—No me iré hasta que escuches lo que tengo que decir —continuó, levantándose mientras caminaba hacia ella y la miraba desde arriba—. Le dije que estaba de acuerdo con sus planes, pero solo lo hice porque pensé que entonces podría dejarte en paz. Pensé que si tenía la impresión de que yo participaría en su confabulación contra ti, te dejaría tranquila. Claramente, me equivoqué.

—Claramente. Él tiene la firme impresión de que has ayudado a provocar mi caída, lo que también incluye la caída del banco, del que tú eres socio. Solo deberías estar intentando fortalecerlo.

—Elizabeth, yo estaba intentando *ayudar* al banco.

—¿Cómo podría ayudar al banco el ayudar a Henry?

—Nunca haría nada de lo que Henry me pidiera.

—No entiendo...

—Elizabeth, ¿podemos sentarnos y discutir esto, en lugar de estar aquí de pie mientras tú lanzas acusaciones y yo intento defenderme? Vamos, eres más inteligente que esto. Conoces a tu primo, sabes hasta dónde llegaría para causar discordia.

Él podía ver sus puños cerrándose y abriéndose a sus costados, y ella apartó la mirada de él, por encima de su hombro hacia el otro lado de la habitación.

—Gabriel —dijo ella, bajando ahora la cabeza para mirar al suelo, sus hombros hundiéndose en señal de derrota—. Estoy cansada. Sí —dijo, levantando una mano cuando él comenzó a hablar, a protestar que era parcialmente su propia culpa por asumirlo todo ella sola. Pero, al parecer, ella ya sabía lo que él iba a decir—. Lo sé, debería compartir mi carga. Pero en este momento, lo más agotador es el hecho de que no sé en quién puedo confiar y quién está contra mí. Estoy cansada de tus manipulaciones, Gabriel. Puede que no hayas conspirado contra mí, pero te interesaste en el banco, te interesaste en *mí*, al mismo tiempo. Si fue o es un juego para ti, no tengo ni idea, pero esto no es solo un juego. Es mi vida. Y si te casas conmigo, es para siempre. Claro, puede que te proporcione una conversación estimulante, pero el matrimonio es más que eso. Es un pacto para estar juntos, solo el uno con el otro y con nadie más. Has hecho tus promesas, lo sé, pero es difícil saber qué creer cuando parece que por todas partes hay una mentira tras otra. Sí, en este momento estás interesado en el banco, en mí, pero ¿qué pasa cuando ese interés disminuye? ¿Te vuelves hacia otro plan, otro negocio, otra *mujer*?

Gabriel podía sentir su pecho subiendo y bajando rápidamente ante sus palabras, ante las emociones que se agitaban dentro de él.

—No hay otra mujer como tú —dijo, pero ella estaba demasiado absorta en sí misma para seguir escuchando.

—Por ahora —dijo ella, dejando caer las manos a los costados—. Gabriel, hace cinco años, me prometiste una vida juntos. Un matrimonio con el hombre que amaba. Apenas podía creer que un futuro duque me quisiera a *mí*, aunque el hecho de tu título no tenía nada que ver con ello. Eras tú, el hombre, Gabriel Lockridge, a quien yo quería. Eras el hombre que todas las mujeres deseaban, aunque por razones diferentes a las mías. Y pensé que me habías elegido a mí. Cuando te vi con Lady Pomfret, apenas podía creer lo que veían mis ojos. Quería negarlo, decirme a mí misma que estaba viendo a otra persona, otra cosa, pero, por supuesto, eras tú. Sabías cuánto significaba para mí la lealtad, que nunca podría estar con un hombre que tomara a otra persona. Me rompiste entonces, y justo cuando

parecía que la confianza comenzaba a sanar, ha sido puesta en duda una vez más.

—¿Y qué, entonces? —preguntó él, enfadado por su negativa a escucharlo, por no tener fe en él, por no darse cuenta de que era un hombre diferente al de hace cinco años, por su apego a los dolores y pecados pasados—. ¿Eso es todo? ¿Vamos a seguir caminos separados?

—Supongo que sí —dijo ella con voz pequeña, y Gabriel se llenó de un sentimiento de desánimo como nunca antes había experimentado.

Había sabido, desde el momento en que le había pedido que se casara con él, que este era un resultado potencial, pero nunca había pensado que el resultado pudiera tener tal efecto sobre él. Una parte de él —su corazón, se dio cuenta— anhelaba seguir luchando, suplicarle que reconsiderara, que lo escuchara, que le permitiera demostrarle el hombre que era.

Pero la otra parte —su mente ducal, su orgullo, su propio ser— no se lo permitiría. Eso sería admitir la derrota, algo que Gabriel nunca, jamás haría.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres... lo que realmente quieres? —preguntó una última vez, escuchando la dureza en su voz pero incapaz de evitarla.

—Yo... creo que sí.

—Bueno, más te vale estar segura, Elizabeth, porque no te pediré matrimonio por tercera vez. Así que respóndeme, y respóndeme ahora. ¿Es tu respuesta final a mi propuesta un no?

Finalmente ella levantó la mirada hacia él, y cuando lo hizo, un velo de lágrimas cubrió sus ojos.

—¡Difícilmente puedo aceptar un matrimonio en tales circunstancias!

—Un no, entonces —dijo él, endureciendo su corazón en un intento de protegerlo del dolor que actualmente lo atravesaba—. Muy bien. Adiós, Elizabeth. Espero que tus libros de contabilidad te mantengan caliente por las noches.

Y con eso, pasó junto a ella y salió por la puerta, negándose a echar siquiera una mirada atrás mientras salía furioso de la casa.

Capítulo Veintisiete

Elizabeth se concedió un día. Un día en el que se quedó en casa, permaneció en la cama, deambuló por la casa y comió demasiados dulces. Al principio, la desesperación fue casi abrumadora, envolviéndola hasta el punto de que era casi incapaz de hacer cualquier otra cosa. Cuando amenazó con superarla, apretó la mandíbula y se determinó a no ceder.

En cambio, dejó que la miseria hirviera a fuego lento, y al apartar el dolor, este comenzó a transformarse, a tomar forma como algo completamente distinto.

Comenzó con ira. Todas las frustraciones que se habían acumulado dentro de Elizabeth, que se había negado a reconocer o discutir, ardían en su interior, hasta el punto de que el fuego amenazaba con consumirla. No culpaba completamente a Gabriel; su propia obstinación, las circunstancias de su vida, su corazón voluble tenían tanta culpa como él.

Y así, decidió hacer algo al respecto.

Después de su día de melancolía, Elizabeth despertó con determinación. Esa mañana se vistió con una seda verde brillante, muy diferente a los colores sobrios y discretos que había elegido hasta ahora para no destacar ni llamar la atención como mujer. No, hoy tenía mucho que hacer, y utilizaría su feminidad en su beneficio.

Entró por las puertas del banco con paso firme, subió las escaleras, saludando a todos, pero con menos sonrisas que de costumbre. Cuando llegó a su despacho, casi saltó de la sorpresa, ya

que casi había olvidado al señor Brant, a quien había trasladado desde abajo para que fuese su secretario. Su objetivo principal al nombrarle había sido mantener alejadas las visitas indeseadas, pero en su primer día, se había mostrado bastante ingenioso.

—Buenos días, Lady Elizabeth —dijo, levantándose de un salto del escritorio, con una sonrisa entusiasta en su rostro juvenil—. ¿Confío en que tuvo un día agradable ayer?

Era difícil no responder a su entusiasmo, y Elizabeth le devolvió la sonrisa a pesar de su estado de ánimo.

—Fue un día necesario, señor Brant, eso puedo decirlo.

Pareció confundido, pero asintió.

—Tiene correspondencia esperándole en su escritorio. No estaba seguro de si debía abrirla, pero estoy encantado de responder a cualquier cosa que desee. Hay algunos memorandos urgentes sobre clientes del banco que desean hablar con usted.

—Gracias, señor Brant. ¿Puede concertar una reunión para mí con el señor Bates y los oficiales mayores para esta tarde?

—Sí, por supuesto.

—Gracias.

La correspondencia, afortunadamente, contenía principalmente buenas noticias, hasta que llegó a la última carta. Otro cliente había decidido abandonar el banco. Elizabeth suspiró y se llevó las manos a la cabeza. Odiaba admitirlo, pero Henry podría tener razón. Quizás ella no era la mejor líder para este banco después de todo o, tal vez, necesitaba empezar a hacer negocios de manera diferente; de lo contrario, podría permitir que cayera en la ruina. Su abuelo estaría tan decepcionado.

Elizabeth dio un suspiro, tamborileando con los dedos sobre la mesa. Quizás debería buscar a alguien que ocupara su lugar. Pero ciertamente no sería Henry.

Más tarde esa tarde, se sentó a la mesa con el señor Bates y los oficiales mayores frente a ella. No era una petición particularmente extraña reunirse con todos ellos, aunque normalmente les avisaba con más antelación.

—Gracias a todos por venir hoy —dijo—. Tengo una pregunta que plantearos, y os pediría que mantuvierais nuestra conversación

confidencial. —Ante sus asentimientos, continuó—. Deseo confirmar que, como socia principal, tengo el poder de confirmar, denegar o reemplazar a cualquier otro socio del banco.

Expresiones de asombro le devolvieron la mirada. Si estaba o no dentro de sus capacidades era una cosa; el hecho de que estuviera considerando algo así era claramente otra.

El señor Bates fue el primero en recuperar la voz.

—Ciertamente, tiene el poder para hacerlo, Lady Elizabeth —dijo —. Puede nombrar o destituir a cualquier socio que desee. Cuando su abuelo nombró socio al Duque de Clarence, utilizó su propia autoridad para hacerlo. También en una ocasión hizo una pregunta similar a la que usted plantea ahora, aunque no puedo recordar cuál fue el resultado, ni me dijo nunca qué socio estaba en cuestión. Sin embargo, discutió la posibilidad de un despido.

Elizabeth recordó su conversación con él todos esos años atrás, sobre un socio que trabajaba contra el banco junto con uno de los oficiales. Deseaba saber qué había pasado con esa situación. ¿Seguía alguno de ellos dentro del banco, otros traidores semejantes a Bruto trabajando contra ella? El problema era que no tenía idea de en quién podía confiar, a quién podía preguntar. Quizás su abuela lo sabría.

—Hay dos socios a los que deseo destituir —dijo, y las cuatro cabezas giraron hacia ella, cada hombre claramente incómodo con sus palabras.

—¿Serán reemplazados estos socios? —preguntó el señor Larkin.

—Lo serán —confirmó—. Nombraré a los sustitutos a su debido tiempo. Primero trataremos el despido. Decidme, ¿cuál es el protocolo?

Le explicaron el procedimiento. Primero redactaría una carta de despido, luego se reuniría con los socios en cuestión para entregársela o la enviaría por mensajero si una reunión fuera imposible. Todos los socios del banco tendrían que ser informados de la decisión y firmar la documentación final para que fuera oficial. Mientras tanto, los oficiales redactarían la documentación necesaria.

—Si los socios van a ser reemplazados —continuó el señor Larkin —, la sociedad pasa a los sustitutos. Si no, entonces debemos

determinar cómo se asignarán las acciones correspondientes a cada socio restante.

—Gracias, señor Larkin —dijo—. Todo eso es muy sencillo.

El señor Bates se aclaró la garganta, pareciendo ligeramente incómodo. —Esto podría causar cierta discordia, Lady Elizabeth. De ninguna manera pretendo cuestionar su decisión; sin embargo, simplemente quiero asegurarme de que sea consciente de que podría suscitar algunas preguntas desafortunadas sobre el banco.

—Lo entiendo, señor Bates —dijo con un asentimiento de cabeza. Pero Elizabeth ya no tendría miedo, ni se negaría a hacer lo que sabía que era la acción correcta por lo que otros pudieran pensar. Había hecho lo que creía que era correcto para el banco, se había mantenido fiel al rumbo y había sido la mujer que todos esperaban que fuera, y mire adónde la había llevado eso: a perder a dos clientes cuyo negocio necesitaba desesperadamente—. Esto debe seguir adelante de todos modos.

—Entendido.

—Muy bien —dijo, levantándose—. Gracias a todos por vuestra asistencia esta tarde, y por vuestro sabio consejo como siempre. Señor Brant —miró a su secretario, que había estado sentado a un lado de la reunión, tomando notas para ella, lo que en realidad era bastante útil, se dio cuenta, no tener que tomar notas ella misma, permitiéndole concentrarse en la reunión—. Por favor, concierte dos reuniones para mí. Una con el señor Clarke, y otra con el Duque de Clarence.

Esta vez realmente escuchó jadeos audibles resonar por la habitación.

—Mi señora... —escuchó decir a uno de los oficiales, pero se negó a dar explicaciones. Era la socia principal, ¿no? Por lo tanto, podía tomar la decisión sin tener que justificarse.

—¿Es capaz de hacerlo, señor Brant?

El joven empleado se había puesto muy pálido, pero asintió en silencio.

—Muy bien —dijo, recogiendo sus papeles y dirigiéndose hacia la puerta—. Y buenos días a todos.

* * *

Henry vino ese mismo día. Gabriel, al parecer, estaba demasiado ocupado para hablar con ella.

—Gracias por venir, Henry —dijo mientras él tomaba asiento.

—Por supuesto, Elizabeth —sonrió—. Espero que la noticia que compartí contigo el otro día no fuera demasiado angustiante. Sentí que era importante que estuvieras al tanto.

—Sí, estoy segura de que así fue —dijo, cogiendo su pluma y mirando el papel que tenía delante, en efecto para decirle a Henry que su conversación con él no tenía gran importancia para ella—. Henry, te he pedido que vengas por otra razón completamente distinta. Como sabes, soy la socia principal del banco, lo que me otorga algunos poderes y responsabilidades que están por encima de los de los otros socios.

—Lo sé —dijo, bajando la voz y la sonrisa.

—Uno de esos poderes es la capacidad de nombrar o destituir socios —dijo—. Y así, te estoy destituyendo efectivamente como uno de los socios del banco. Inmediatamente. Aquí está la carta de confirmación. Tu destitución será oficial en la próxima reunión de socios.

Él la miró conmocionado.

—Te pediría ahora que te marches —dijo con una ligera sonrisa, como si lo despidiera después de tomar un té agradable juntos.

—¡No puedes deshacerte de mí! —dijo él, su rostro contorsionándose de ira.

—En realidad —respondió, manteniendo la calma—, puedo.

La rabia se extendió por su rostro, pero en lugar de sentir algún tipo de amenaza o miedo, fue como si un gran peso se hubiera levantado de los hombros de Elizabeth y ahora flotara lejos, por encima de las estanterías, hacia el techo, y completamente fuera de la habitación. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

—Si haces esto, Elizabeth —siseó Henry—. Estarás arruinada. ¡Arruinada, te lo digo! Tú, y este maldito banco.

—No creo que sea apropiado maldecir delante de las damas, Henry —dijo Elizabeth, ahora con una sonrisa genuina—. Te educaron mejor que eso.

—¿Acaso no te criaron para ser una dama gentil, una que conociera su lugar? —preguntó, de pie ahora, con saliva volando de su boca mientras hablaba.

—Así fue —confirmó, poniéndose de pie pero dando un paso atrás para poner espacio entre ellos—. Conozco mi lugar. Está aquí, en este banco, donde nuestro abuelo creía que encajaría. Donde tú ciertamente no lo haces.

—¿No quieres que todos sepan de la condición del señor Mortimer, verdad?

—No quiero —confirmó—. Pero tú tampoco, porque entonces otros sabrían cómo obtuviste tu sociedad de manera deshonesta. Solo mostraría lo prudentes y protectores que somos con aquellos a quienes consideramos como familia.

—¡Se lo diré a tu madre!

—Adelante, hazlo si lo deseas.

—¿Quién eres tú, Elizabeth?

—Soy la socia principal de Clarke & Co. —dijo con orgullo—. Un establecimiento del que tú, Henry, ya no formarás parte. Ahora, por favor, sal de mi despacho, o pediré a los oficiales que te ayuden a hacerlo.

Frunciendo el ceño, se dio la vuelta para marcharse, pero luego, con un movimiento, volvió a girarse, barriendo con un brazo su escritorio en un arrebato de ira, tirando no solo todos los papeles que lo llenaban sino también su juego de plumas, el que Gabriel le había regalado. Mientras veía la tinta derramarse lentamente del tintero, se quedó paralizada, mirando el líquido, que le recordaba a su propia relación con él, derramándose por todo el suelo.

Elizabeth ni siquiera se dio cuenta de que Henry se había marchado o de que el señor Brant había entrado corriendo para asegurarse de que todo estaba bien.

—¡Lady Elizabeth! —exclamó, sacándola de su ensueño mientras corría a ordenar el desastre que Henry había creado—. ¿Está usted bien?

—Lo estoy, señor Brant, gracias —dijo, inclinándose ahora—. Aquí, déjeme ayudar.

Recogió el juego de plumas, pasando el dedo por la inscripción que Gabriel había encargado, lo que hizo que el dolor en su corazón, ese que pensaba haber vencido, comenzara de nuevo.

Una vez que todo estuvo arreglado, el señor Brant limpió la tinta, que afortunadamente solo se había derramado en el suelo de madera de abajo, sin tocar la alfombra.

—He recibido noticias del Duque de Clarence, Lady Elizabeth —dijo—. Parece que está indispuesto y no podrá reunirse con usted en el futuro previsible.

—Muy bien —dijo Elizabeth, algo aliviada de no tener que ver a Gabriel de nuevo, aunque se dio cuenta de lo cobarde que estaba siendo—. Por favor, envíele la documentación necesaria.

El señor Brant asintió, giró hábilmente sobre sus talones y se fue. Mientras que la destitución de Henry había dejado a Elizabeth sintiéndose libre, dejar ir a Gabriel pesaba en su corazón. Pero no podía volver a verlo, no podía permitir que siguiera siendo una parte tan íntegra de su vida. Porque cada vez que pensaba en él, era como si le hubieran apuñalado en el pecho. Este era el único caso en el que permitiría que la emoción la gobernara. Otros podrían criticarla por ello, pero era lo que tenía que hacer.

Elizabeth tenía que seguir adelante. Y eso significaba cortar a Gabriel de su vida por completo.

Capítulo Veintiocho

Gabriel cogió el trozo de papel entre sus manos y lo rompió por la mitad antes de arrojarlo al fuego que lamía la rejilla de su estudio.

¿Despedirlo como socio? ¿En qué estaba pensando Elizabeth?

Una cosa era rechazarlo como pretendiente, como hombre. Pero deshacerse de él como socio del banco era completamente insensato. Lo único que estaba haciendo era darle la razón a otros: que una mujer podía dejarse llevar demasiado por las emociones para tomar las decisiones empresariales adecuadas.

Pero mientras permanecía sentado, contemplando las llamas que consumían el papel, se puso en su lugar para considerar su decisión, y se preguntó: ¿habría hecho él lo mismo? Si sus roles se hubieran invertido, ¿habría elegido ver a Elizabeth con tanta frecuencia como en cada reunión de socios, sabiendo lo que sería verla, saber que estaba tan cerca y sin embargo tan lejos de él?

No, no lo habría hecho. Pero sería mucho más fácil explicar el despido de una mujer que el de un duque. Tenía interés en ver cómo manejaría ella esta situación, cómo se explicaría y evitaría perder el apoyo y la confianza de los socios.

Gabriel cogió la copa que había estado bebiendo a pequeños sorbos y caminó hacia la ventana, mirando la oscura noche que se extendía abajo. La verdad es que era un cobarde. Ni siquiera había sido capaz de responder a su invitación para la reunión. Y ahí estaba, juzgándola.

Resopló, apurando el resto de su bebida de un solo trago mientras se apartaba de la ventana y de la gente que veía al otro lado. Todos parecían tan alegres desde aquí arriba, las parejas regresando a sus hogares, del brazo, o en carruajes tirados por magníficos caballos. Probablemente él mismo parecería igual, supuso, a pesar de que ahora se sentía miserable. Todo era cuestión de perspectiva.

Gabriel se sirvió otro brandy mientras volvía a sentarse, esta vez en el sillón de cuero frente al fuego. Podría haber ido a White's o a otro club esta noche, quizás a uno de los más sórdidos, donde podría perderse en la bebida y las mujeres. El único problema era que la idea de cualquier mujer que no fuera Elizabeth le dejaba sintiendo nada más que repugnancia hacia sí mismo y su situación actual. La quería a ella, y solo a ella. Simplemente no sabía cómo deshacerse de esta maldita emoción que no cesaba, por mucho que intentara apartarla.

Así que dio otro sorbo. Adormecería el dolor esta noche, solo, y luego mañana seguiría adelante.

* * *

—¿Elizabeth? —Su abuela asomó la cabeza por la puerta de la alcoba de Elizabeth con cierta inquietud en el rostro, y la culpa invadió a Elizabeth al darse cuenta de lo mucho que había desatendido los sentimientos de su abuela durante los últimos días.

—¿Sí, abuela? —preguntó.

—Esta noche hay un baile en casa de Lady Featherstone. Me preguntaba si te gustaría acompañarme.

—Oh. —Elizabeth no tenía ningún deseo de ir, de ver potencialmente a Gabriel, por supuesto, pero también a algunos de los clientes que había perdido desde que se convirtió en socia del banco. Sin embargo, había algunos potencialmente interesados. Quizás debería ir, aunque solo fuera para demostrar que no temía lo que otros pudieran pensar de ella. Se preguntó si Henry habría

causado algún daño adicional desde que lo había despedido—. Supongo que por un rato —dijo—. ¿Cuándo te gustaría salir?

—¿Te bastan un par de horas?

—Por supuesto —dijo Elizabeth, esbozando una débil sonrisa.

Exactamente dos horas después, estaban en el carruaje cuando Elizabeth finalmente recordó lo que había querido preguntarle a su abuela.

—Abuela, hace algunos años, ¿el abuelo te comentó algo sobre una situación en el banco? ¿Sobre un empleado y un socio que le preocupaban?

Justine miró por la ventana un momento, con expresión concentrada.

—Recuerdo que despidió a un empleado por comportamiento fraudulento. Sé que estaba preocupado por un socio, pero por más que lo intente, no puedo recordar quién podría haber sido. Lo siento, querida.

Elizabeth suspiró para sus adentros pero sonrió a su abuela.

—No pasa nada. Pensé que tal vez sabrías algo.

Al menos ahora sabía que podía confiar en los empleados. Les preguntaría sobre la situación el lunes a primera hora. Ya estaba en racha despidiendo socios, ¿por qué parar ahora? Elizabeth sentía como si un espíritu temerario se hubiera apoderado de ella. Era en cierto modo liberador, incluso emocionante. Toda su vida había vivido según las normas, había seguido completamente lo que se esperaba de ella. Ahora que había perdido a Gabriel y parecía estar perdiendo el banco, a pesar de sus cuidadosas prácticas, ¿qué importaba ya nada?

Afortunadamente, Elizabeth no vio señal alguna de Gabriel al entrar en la casa londinense de los Featherstone. Sin embargo, vio a Sarah, quien le tendió la mano en señal de saludo cuando Elizabeth se acercó.

—Elizabeth —dijo, con una cálida sonrisa, aunque apretó la mano de Elizabeth como si supiera que algo no iba bien—. ¿Cómo estás?

A diferencia de los saludos educados de la mayoría de la gente, Elizabeth siempre supo que la pregunta de Sarah era genuina. Sarah miraba a los ojos de Elizabeth mientras formulaba la pregunta,

buscando la emoción en su interior. Los ojos marrones de Sarah eran tan cálidos, tan compasivos, que Elizabeth casi derramó una lágrima, pero se mantuvo fuerte.

—Estoy... —Honestamente no sabía cómo responder a esa pregunta, y miró a su alrededor antes de conducir a Sarah a un rincón del salón de baile, donde podían permanecer contra la pared y observar la sala sin preocuparse de quién pudiera estar escuchando por encima de sus hombros. Antes de que pudiera detenerlas, las palabras brotaron atropelladamente—. Estoy cuestionando quién soy, si soy sincera contigo. Estoy cuestionando mi vida hasta este momento, y las decisiones que he tomado. ¿Hice bien al asumir y mantener mi papel activo en el banco, o solo estoy provocando su caída? ¿Debería haber dejado la casa de mis padres? Hablando de ellos, acaban de llegar. Ya puedes ver la mirada que mi madre me está dirigiendo. Y luego está mi decisión respecto a Gabriel...

Elizabeth bajó la mirada hacia sus manos por un momento, sus guantes le recordaron la noche que él le había impedido quedarse sin ellos. Unos guantes que nunca recuperó, se dio cuenta. ¿Por qué, oh por qué, sin importar lo que hiciera o hasta qué punto intentara mantenerlo fuera de su vida, todo a su alrededor le recordaba a él?

Sarah no dijo nada mientras esperaba a que Elizabeth continuara, consciente de que había más en esta historia que Elizabeth necesitaba sacar.

Cuando volvió a mirar a Sarah, su amiga le puso una mano en el brazo, como si pudiera ver el dolor que emanaba de los ojos de Elizabeth.

—¿Tomé la decisión correcta? —preguntó Elizabeth, escuchando su propia voz suave y baja, el dolor en ella aparente incluso para ella misma—. ¿Fui demasiado dura, demasiado orgullosa, demasiado obstinada? Oh, Sarah, tengo tanto miedo de volver a sufrir que me asusta dejarle entrar.

Ahora que había expresado la verdad en voz alta, el alivio la invadió. Gabriel tenía razón en una cosa: compartir las cargas podía ser más útil de lo que jamás había imaginado.

—Si realmente sientes que tu vida sería mejor sin él, entonces así sea: has tomado la decisión correcta y puedes seguir adelante. Sin embargo, si lo dejaste marchar simplemente porque tienes miedo del riesgo que tendrías que asumir, bueno... todo el mundo tiene miedo, Elizabeth. Nadie sabe lo que depara el futuro, y si no asumes el riesgo, podrías perderte los aspectos más maravillosos de la vida.

Elizabeth respiró hondo.

—Eso es cierto. Aterrador, pero cierto.

—Quizás necesites hablar con Gabriel de nuevo.

—Si es que quiere hablar conmigo.

—Está aquí.

—¿Qué?

Elizabeth miró a su alrededor, sin verlo por ninguna parte.

—Le vi entrar en una de las habitaciones del fondo con el marido de Phoebe y otro hombre, ese que dices que ama a las mujeres.

—Ah. David Redmond.

—Ese mismo. Un hombre apuesto.

—Pero no del tipo fiel, ni de los que se casan —dijo Elizabeth con ironía.

—Pero Gabriel parece serlo ahora, que es lo más importante. Así que, ¿a qué estás esperando? —preguntó Sarah, y Elizabeth asintió, reunió fuerzas y se dirigió hacia el fondo, sin embargo, pronto fue interceptada por sus padres.

—Elizabeth, ¿cómo estás? —preguntó su madre, y Elizabeth consiguió sonreír, a pesar de que ahora estaba impaciente por continuar con su siguiente conversación, a pesar de que no tenía idea exactamente de lo que le diría a Gabriel, excepto que sabía que tenía que disculparse. Él no había sido más que generoso con su tiempo y atención durante los últimos meses, y ella había sido bastante despectiva en su obstinación. Pero eso tendría que esperar.

—Estoy bien, madre. ¿Cómo estás tú?

—Todo lo bien que se puede estar, a pesar de que nos has herido tanto —dijo su madre con expresión dolorida, y Elizabeth intentó que las palabras de su madre no le afectaran.

—Lamento que te sientas así, madre, pero era hora de que me independizara, viviera mi propia vida, tal como hizo Terrence.

—Terrence es un caballero, no una dama soltera —dijo su madre con un resoplido, y Elizabeth decidió que la mejor estrategia era simplemente no responder.

—He oído que pasaste algún tiempo con el Duque de Clarence de nuevo —continuó su madre, evaluando a Elizabeth con ojo crítico—. Por supuesto, te felicito por lo que hayas hecho para animarle a volver a ti. Te advierto, sin embargo, que no cometas el mismo error que la última vez.

—¿Cuál fue?

—Permitir que las emociones impidan tu progreso. ¡Es el Duque de Clarence, Elizabeth! —siseó su madre, mirando furtivamente a su alrededor—. No importa si el hombre se acuesta con medio Londres, mientras tengas su apellido y sus hijos.

—Yo opino lo contrario, madre —dijo Elizabeth, mirando a su padre, quien ni siquiera parecía estar escuchándolas, sino que miraba con expresión aburrida a su alrededor—. Pero de hecho, tengo que irme. ¿Cenamos juntos pronto?

—Muy bien —dijo su madre con un suspiro—. Vuelve a apartarme a un lado. Pero está bien. Veré si Terrence está disponible alguna noche.

Sus palabras provocaron otra punzada de arrepentimiento en Elizabeth, no por el aparente dolor de su madre, sino por el hecho de que no había visto a Terrence en algún tiempo. Probablemente él también estaría ocupado, pero aun así, debería ponerse en contacto con él. Ella siempre había sido la que fomentaba la cercanía entre ellos y se había preocupado por otras cosas.

—Muy bien. Gracias, madre.

—Oh, y querida —dijo su madre, sus labios se curvaron ahora en una sonrisa—. No habrás recibido todavía alguno de tus beneficios por tu asociación, ¿verdad?

Elizabeth la miró fríamente.

—¿Es eso realmente todo lo que te importa, madre?

Los labios de su madre se torcieron en un puchero.

—Solo deseo que dediques un pensamiento a tu querida madre.

—Serás compensada adecuadamente —fue todo lo que dijo Elizabeth, mientras ponía los ojos en blanco y continuaba su camino.

Su abuelo había cuidado de toda su familia, y sin embargo, parecía que no era suficiente para la mayoría de ellos.

—¿Lady Elizabeth? —oyó una voz detrás de ella y se volvió para encontrar a David Redmond acercándose, con su habitual y amplia sonrisa en el rostro.

—Sé que este no es el lugar apropiado, pero me preguntaba si podríamos tener una conversación en algún momento. Sé que mi padre no está satisfecho con su actual situación bancaria, y quizás podríamos ver qué podría ofrecerle Clarke & Co.

Elizabeth se sorprendió, pero agradablemente. Por fin, una buena noticia.

—Por supuesto —dijo—. Estoy segura de que seríamos un maravilloso hogar para su familia. ¿Podemos concertar una cita para la próxima semana?

—Sería ideal —dijo el apuesto hombre con una sonrisa pícara, mostrando cómo había conquistado los corazones de tantas mujeres —. Espero verla entonces.

Le guiñó un ojo antes de continuar, y Elizabeth sabía que debería estar encantada con su pregunta, y lo estaba. Pero primero, había algo más que tenía que hacer. Si Redmond estaba aquí, ¿dónde estaba Gabriel? Continuó hacia las habitaciones del fondo, decidida ahora en su misión.

Capítulo Veintinueve

Cuando Redmond y Berkley decidieron volver a las festividades, Gabriel les dijo que permanecería un momento solo en la biblioteca, ya que quería terminar su bebida en silencio antes de regresar al ruido y la multitud del salón de baile. Estaba harto de toda esta gente y las interminables presentaciones de jóvenes casaderas, y apenas podía esperar para volver a casa. Lo cual resultaba interesante, ya que nunca había estado particularmente a gusto estando solo. Todo parecía estar cambiando ahora.

Terminó su bebida, la dejó sobre la mesa frente a él y miró alrededor de la biblioteca con un suspiro. Era una habitación confortable, algo de esperar en una biblioteca. Estanterías. Retratos de antepasados. Un alegre fuego ardiendo en la chimenea. Un caballero melancólico en el sofá chester.

De repente, el crujido de la puerta captó su atención y se giró para enfrentarla. Sus pensamientos volaron hacia Elizabeth, su corazón latiendo ligeramente más rápido, pero desde el primer paso supo que no era ella.

—Gabriel —la mujer alargó su nombre, las sílabas prolongadas, su tono sensual y estudiado. En otro momento podría haberle provocado alguna reacción, pero ahora solo le producía cansancio. Esperaba que ella estuviera allí para encontrarse con otra persona, teniendo algún tipo de cita. Pero, por supuesto, estaba sola.

—Lady Pomfret —dijo, poniéndose de pie—. Estaba a punto de regresar a la fiesta, así que le dejaré la habitación.

Ella entró completamente en la biblioteca, cerrando la puerta tras de sí y apoyándose contra ella para evitar su escape.

—Si me disculpa —dijo él, indicándole con un gesto que se apartara, pero en lugar de ello, ella se acercó más, invadiendo su espacio personal.

—Oh, Gabriel, esa no es forma de tratar a una vieja amiga. Pensé que quizás podríamos... ponernos al día.

—Tendrá que esperar para otra ocasión, Lady Pomfret. Ahora, con su permiso.

Endureció su mirada hacia ella, ignorando su mohín y pasando a su lado para salir por la puerta. Su antiguo yo habría dado la bienvenida a la distracción de una mujer así, pero parecía que ni su cuerpo ni su corazón podían olvidar a Elizabeth. Al menos no todavía.

Ignorando su protesta, Gabriel avanzó rápidamente por el pasillo, encontró su capa y salió por la puerta en cuestión de minutos. Estaba harto de esta maldita fiesta, de este ambiente social, de esta vida. Sin embargo, no tenía ni idea de qué iba a hacer ahora.

* * *

Elizabeth quedó paralizada mientras Gabriel pasaba junto a ella y bajaba por el pasillo. Cuando lo vio salir de la biblioteca, instintivamente dio un paso atrás al ver la expresión de enfado en su rostro, y debió quedar oculta de su vista por el reloj de pie que tenía al lado. O quizás Gabriel estaba tan concentrado en adónde iba y lo que hacía que decidió no verla. Porque por muy enfadado que estuviera con ella, no la habría ignorado a propósito, ¿verdad?

Dio un paso adelante para seguirlo por el pasillo, pero en ese momento la puerta de la biblioteca se abrió de nuevo y apareció Lady Pomfret. Cuando vio a Elizabeth allí de pie, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro y se acercó contoneándose.

—Lady Elizabeth —ronroneó—. ¿Cómo está usted esta noche?

—Estoy bien, gracias —dijo Elizabeth, manteniendo la cabeza alta a pesar de que su estómago estaba hecho un nudo. Era como si el

pasado volviera para atormentarla. Hacía cinco años, Lady Pomfret le había dicho casi las mismas palabras después de que Elizabeth presenciara su encuentro en los jardines. Es cierto que esta vez Elizabeth no había visto nada inapropiado, pero aun así...

—¿Y usted? —se obligó a preguntar, y la mujer le sonrió con suficiencia.

—Oh, bastante bien —dijo—. Debe decirme, Lady Elizabeth, ¿son ciertos los rumores? He oído que usted y el Duque se han vuelto... amistosos otra vez, y por mi propia tranquilidad me gustaría saber si existe tal relación entre ustedes dos.

—No —logró articular Elizabeth—. Somos simples conocidos.

—Oh, qué bien —dijo Lady Pomfret, juntando las manos—. Qué alivio.

Elizabeth tenía muchas ganas de preguntarle *por qué* exactamente era un alivio, pero eso le proporcionaría demasiada satisfacción a Lady Pomfret. Así que, en lugar de eso, Elizabeth simplemente forzó una sonrisa en su rostro, asintió y regresó por donde había venido.

—¿Estás bien? —preguntó Sarah cuando Elizabeth volvió a la fiesta, y ella negó rápidamente con la cabeza.

—No —dijo—. En absoluto. De hecho, creo que voy a...

—¿Lady Elizabeth?

Se volvió para encontrar al señor Cartwright allí de pie y, a pesar de su tormento interno, respiró hondo. No solo era un viejo amigo de sus abuelos, sino también socio del banco, y debía mantener las apariencias, sin permitir que ninguna de las emociones que sentía la dominara.

—Señor Cartwright, qué agradable verle.

—Es un placer verla también, Lady Elizabeth; sin embargo, sentí que debía venir a hablar con usted directamente, ya que he oído las noticias más angustiantes.

—¿Oh? —¿Habría corrido tan rápido la noticia de la destitución de los socios?

—Es solo que... —se interrumpió, sus ojos moviéndose de un lado a otro, mientras golpeaba nerviosamente sus dedos contra sus piernas—. Bueno, no estoy seguro de cómo decir esto.

—Está bien —dijo ella—. Puede decirme cualquier cosa, especialmente si es importante para el banco.

—Su reputación ha sido puesta en entredicho —soltó de golpe, y Elizabeth bajó la mirada, algo sorprendida, al hombre que estaba frente a ella, con mechones de pelo erizados alrededor de su cabeza.

—¿Mi reputación? ¿En cuanto a mi papel como socia principal?

—En parte —dijo él—. Es más bien su reputación personal la que está siendo cuestionada, pero por supuesto sabemos cómo eso puede afectar a lo que otros puedan pensar de usted en su papel profesional también.

Elizabeth permaneció inmóvil, negándose a mostrar cualquier signo del efecto que sus palabras tenían sobre ella hasta que supiera exactamente qué era lo que él quería decirle.

El señor Cartwright se aclaró la garganta, aparentemente luchando por decirle exactamente lo que quería que ella supiera.

—Esta misma noche me han hablado de un... encuentro que pudo haber tenido hace unos años con el Duque de Clarence —dijo, y de repente todo el cuerpo de Elizabeth pareció inundarse de calor.

—El Duque y yo estábamos cortejándonos hace unos años, es cierto —dijo lentamente—. Sin embargo, no creo que un cortejo interrumpido sea algo de lo que preocuparse particularmente. Seguimos siendo amigos.

—Sí, bueno... —volvió a agitarse—. Me dijeron que fue más que eso, que hubo un... incidente, en la fiesta de los Holderness. Que os vieron en los jardines.

Elizabeth no tenía idea de qué más decir y cayó en el silencio. No sabía qué decir. Podía —y debía— negar sus palabras, aunque sería mentir hacerlo. ¿Por qué ahora, de repente, alguien sentía la necesidad de difundir esto?

Henry. Elizabeth no tenía ni idea de cómo lo sabía, pero ¿quién más se preocuparía lo suficiente, se sentiría lo bastante ofendido como para decir algo así ahora?

—Como le dije, señor Cartwright —dijo, infundiendo calma en su voz—, el Duque y yo nos cortejamos en ese momento. Hablaré con usted y con el resto de los socios sobre esto. Pero tenga en cuenta

que no ocurrió nada que pudiera tener repercusiones en el banco. Puede estar seguro de eso.

Él asintió, pero no parecía tranquilizado. No, parecía preocupado. Y, mientras Elizabeth miraba alrededor de la sala, notó más de unas cuantas miradas dirigidas hacia ella. Así que Henry había hecho su trabajo rápidamente. Si tan solo pusiera su eficiencia a buen uso, podría haber hecho mucho más bien en el mundo. Suspiró.

—Señor Cartwright —dijo mientras él seguía allí de pie, pareciendo algo perplejo—. Tendremos otra reunión de socios esta semana. Parece que tenemos mucho que discutir. Espero que eso le satisfaga a usted, así como a los otros socios.

—Sí, Lady Elizabeth —accedió—. Estoy seguro de que así será.

—¿Le importaría decirme exactamente dónde obtuvo esa información? —preguntó, mirándolo intencionadamente, y él asintió, lo que le indicó que, al menos, aún conservaba su lealtad.

—Su tía —dijo—. La señora Betsy Clarke.

—Por supuesto —murmuró Elizabeth y, viendo que su madre comenzaba a dirigirse hacia ella una vez más, decidió que era un buen momento para abandonar la fiesta—. Gracias por venir directamente a mí, señor Cartwright. Le veré esta semana.

Y con eso, giró sobre sus talones y se marchó, sintiendo como si todo se estuviera derrumbando sobre ella.

* * *

No pasó mucho tiempo antes de que Gabriel se enterara de los rumores sobre él y Elizabeth. Curiosamente, a nadie parecía importarle su papel en el encuentro del jardín, aunque todos parecían muy preocupados de que una dama como Elizabeth pudiera comportarse de manera tan escandalosa. Si supieran, pensó con una sonrisa irónica. En realidad, disfrutaba bastante de su comportamiento escandaloso.

No se sorprendió cuando recibió una convocatoria para una reunión de socios esa semana. Ella necesitaría reunirse con todos

ellos no solo para renunciar a su asociación junto con la de Henry Clarke, sino también ahora para negar su anterior encuentro.

A Gabriel le habían preguntado al respecto en White's. Le habían preguntado después del Parlamento. Y le habían preguntado todos los que se había encontrado entre medias. Gabriel simplemente sonreía y preguntaba a quien fuera si alguna vez se había encontrado participando en un encuentro fuera del lecho matrimonial. Normalmente era suficiente para convencer a su interrogador de que cambiara de tema.

Ahora leía la convocatoria de la reunión con una sensación de pavor apoderándose de él. No tenía ningún deseo de ver a Elizabeth de nuevo. Ningún deseo de volver al banco. De encontrarse con los rostros de los otros socios, hombres que lo mirarían a él y a Elizabeth con sus miradas conocedoras de por qué exactamente ella estaba eligiendo renunciar a su asociación.

Gabriel odiaba el fracaso por encima de todo, y esto no podía describirse más que como tal.

Debería rechazar la invitación. Entonces podría evitarlo todo. Sin embargo, se negaba a actuar con cobardía. Así que suspiró y se resignó a una última reunión con Lady Elizabeth Moreland. ¿Y después? Bueno, ese era el problema. Porque no tenía ni idea de qué dirección tomar a partir de aquí, pero más le valía decidirlo rápidamente.

Antes de la reunión, decidió visitar la oficina de Elizabeth para hablar con ella una última vez, a solas. Si continuaba rechazando su invitación para hacerlo, entonces no sería mejor que el propio Henry Clarke. Era parte de su responsabilidad como socio, a pesar de lo que su corazón le estaba diciendo. Y así fue como a la mañana siguiente llamó a Baxter para que le ayudara a vestirse con sus calzones y chaleco favoritos. Si iba a ver a Elizabeth a solas por última vez, no sería menos que en su mejor aspecto.

Capítulo Treinta

Gabriel estaba atónito ante la escena frente a él cuando su carruaje llegó a la entrada principal de Clarke & Co. El banco ciertamente realizaba un gran volumen de negocios, pero nunca había visto tal alboroto en la puerta. Sin embargo, cuanto más se acercaba el carruaje, más se reemplazaba la curiosidad de Gabriel por una sensación de temor. Porque solo podía haber una razón para una repentina demanda en una institución como un banco.

El banco no vendía productos que pudieran entrar tan súbitamente en demanda, ni había forma de que casi todos los tipos de Londres tuvieran inesperadamente asuntos tan urgentes en sus puertas, excepto por una razón.

Que todos estaban retirando su dinero.

Gabriel sintió que un ligero pánico comenzaba a formarse en su pecho. Estaba la preocupación por su propia riqueza y propiedad, ciertamente, pues como socio era responsable de todos los intereses del banco. Su riqueza personal podría estar en juego, aunque no más allá del porcentaje de sus acciones, que para él no era tan sustancial como para otros.

Pero para Elizabeth, cuya fortuna completa dependía de este banco, que se sentiría responsable de todo lo que ocurriera dentro de sus puertas... esto podría ser su ruina, y la destrucción del banco en su totalidad.

Gabriel comenzó a descender del carruaje antes incluso de que se detuviera, saltando por la puerta y corriendo escaleras arriba,

intentando abrirse paso entre la multitud.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó finalmente a un hombre cuando su avance se vio obstaculizado.

—Se dice que el banco está quebrando. Los socios están en desacuerdo. A uno de los socios, nada menos que un miembro de la familia, se le está pidiendo que se vaya, y me han dicho que el banco no tiene fondos disponibles para proporcionarle a nadie sus ahorros. Los que estamos aquí somos los primeros en saberlo, así que queremos recibir lo que se nos debe antes de que todo desaparezca.

Gabriel se irguió en toda su estatura.

—Creo que está usted gravemente equivocado —dijo, arqueando una ceja—. Porque yo soy el Duque de Clarence, uno de los socios de dicho banco. Puedo asegurarle que los socios no están en desacuerdo y, de hecho, nos reuniremos más tarde esta semana. El banco goza de plena salud y conserva todos los fondos necesarios para sus clientes. ¿Dónde ha oído semejante historia?

El hombre pareció confundido, como si no estuviera seguro de creer o no lo que Gabriel le decía.

—De un amigo. Que lo oyó de un amigo. Que lo oyó del propio socio.

—Clarke —murmuró Gabriel y siguió adelante hasta que logró entrar en el vestíbulo interior del banco. Un lugar típicamente reconocido por su paz y orden, ahora parecía completamente caótico. Gabriel miró a su alrededor mientras veía al gerente, el señor Bates, intentando mantener el control, mientras los empleados parecían aterrados, como si no estuvieran seguros de si debían continuar con su misión de ayudar a todos los clientes lo más rápido posible o si deberían estar negando cualquier servicio.

Gabriel miró a todos ellos, determinando la mejor manera de actuar. Tendría que hacer algún tipo de discurso, disipando sus creencias. El mejor lugar sería desde la escalera, donde comenzaba a espiralar hacia arriba, decidió, y comenzó a dirigirse hacia allí.

Sin embargo, se detuvo cuando otra figura ocupó su destino, viniendo desde arriba. Esta, sin embargo, era mucho más hermosa, una visión en su largo vestido aguamarina.

—Caballeros —llamó a la multitud debajo de ella, y cuando nadie se volvió, colocó sus manos alrededor de su boca y, de manera sorprendentemente femenina, repitió su llamada—. ¡Caballeros!

Las cabezas cercanas a ella comenzaron a girarse, y pronto los murmullos entre la multitud hicieron que todos comenzaran a mirar en su dirección. Uno comenzó a gritarle, pero ella levantó la mano, y cayeron en silencio. Gabriel podía entender por qué. No era común que una mujer hermosa —una dama, nada menos— dominara una sala simplemente con su presencia. A pesar de lo que debía ser un tumulto agitándose dentro de ella, se veía tan tranquila y serena como siempre.

—Contrariamente a lo que algunos de ustedes han oído, el banco sigue siendo una institución tan fuerte como siempre lo ha sido —dijo serenamente, su voz por sí sola parecía calmar de alguna manera a la multitud mientras permanecía con las manos cruzadas frente a ella—. No estamos quebrando, y puedo asegurarles que tenemos la capacidad de cubrir todas y cada una de las deudas que se nos requieran. Nuestra sociedad está cambiando, pero los socios restantes nos reuniremos esta semana para discutir cómo avanzar. Continuaremos en nuestra capacidad actual. Sin embargo, si aún desean retirar su dinero de este banco, eso es, por supuesto, completamente su derecho. Por favor, simplemente formen una fila para que nuestros empleados puedan atenderles adecuadamente.

Miró al gerente del banco.

—El señor Bates les ayudará a dirigirse al empleado que pueda atender su asunto. Por favor, acudan primero a él para que les asista. Si alguien desea preguntarme directamente, informe al señor Bates, y también formaremos una fila para las consultas dirigidas a mí.

Se volvió y habló con el señor Brant, que había aparecido detrás de ella, y él asintió.

Con eso, ella les hizo un gesto con la cabeza y luego regresó escaleras arriba. Gabriel escuchó murmullos de personas a su alrededor. Algunos cuestionaban a Elizabeth, pero muchos parecían realmente calmados por sus palabras y comenzaron a salir del

edificio. Aproximadamente la mitad permaneció, ahora haciendo fila para ver al señor Bates.

Gabriel solo podía mirar fijamente a Elizabeth. Había manejado toda la situación con más gracia y dignidad de lo que cualquier hombre podría, eso era seguro. Si alguna vez un hombre cuestionaba si una mujer pertenecía al mundo de los negocios, si hubiera visto la actuación de Elizabeth hoy, ciertamente revisaría su pensamiento. Gabriel deseaba poder decirle lo magnífica que era, pero ella había dejado claro que no quería sus afectos, ¿y cómo podría seguir menospreciándose ante ella?

Además, no podía olvidar su rechazo hacia él —como hombre y como socio. Pero hasta que fuera oficialmente destituido, este banco seguía siendo en parte suyo, y haría todo lo posible por protegerlo.

Gabriel se acercó al señor Bates y le tocó el hombro.

—Si necesita algo, señor Bates —dijo cuando el hombre se volvió para mirarlo, recuperando su propio control después del discurso de Elizabeth—, permaneceré a un lado de la sala en las sillas contra la pared.

Bates asintió, claramente apreciando la idea de que alguien más estuviera disponible para respaldarlo si fuera necesario.

Gabriel se sentó en la esquina, cruzó los brazos y observó los acontecimientos.

* * *

Elizabeth nunca había estado tan agotada en toda su vida.

Si perdía este banco, lo perdería todo. En este momento, apenas se mantenía a flote. Afortunadamente, su tranquilización parecía haber contenido a algunos de los clientes, y la mayoría de sus clientes importantes habían venido a hablar con ella directamente. Aunque Elizabeth sabía que sin importar el tamaño, cada cuenta era importante, cuando se trataba de la imagen financiera del banco, las cuentas más grandes eran, por supuesto, las más vitales.

Una vez que explicó la verdad de la situación, la mayoría acordó permanecer con Clarke & Co., aunque podía notar que algunos

estaban escépticos. Entre las mentiras difundidas por Henry, y el rumor —aunque cierto— que había compartido con, al parecer, los socios del banco, no estaba segura de cuánto tiempo podría continuar en su capacidad actual, o si el banco podría sobrevivir a esto.

Estaba decepcionando a su abuelo, pensó, hundiendo la cabeza entre sus brazos mientras se sentaba detrás de su escritorio. Elizabeth estaba demasiado cansada para moverse, para encontrar el camino fuera del banco y regresar a casa. Tal vez debería dormir aquí, pensó con cierta mortificación. Tenía la reunión de socios en un par de días. Podría quedarse aquí hasta entonces. ¿Qué importaba, de todos modos?

Elizabeth casi saltó cuando alguien llamó a la puerta, y cuando permitió la entrada a su visitante, se sorprendió.

—Señor Cartwright —saludó al anciano socio cuando entró en la habitación—. Por favor, tome asiento.

Él asintió, dirigiéndose al pequeño rincón de conversación, donde se sentaron uno al lado del otro. Elizabeth lo conocía bastante bien, ya que el hombre había sido amigo de su abuelo durante tantos años, aunque sabía que había quedado tan perplejo como muchos otros cuando Thomas la había nombrado su sucesora.

Abrió la boca pero no estaba completamente segura de qué decir. Probablemente estaba aquí para cuestionarla, sugerir que dejara el banco en manos de otra persona, pero en el fondo sabía que no estaba lista para dejarlo ir. A pesar del agotamiento sobre sus hombros, todavía le quedaba algo de lucha.

—Señor Cartwright, yo...

Él negó con la cabeza antes de que pudiera decir nada más, y puso una mano sobre la de ella de manera paternal.

—Lady Elizabeth —dijo suavemente—. Ha sido un día difícil, estoy seguro.

Ella asintió, conteniendo las lágrimas ante su amabilidad.

—Lo ha sido.

—Su abuelo fue uno de mis mejores amigos, y es un hombre al que admiré toda mi vida —dijo el señor Cartwright, con los mechones de cabello moviéndose alrededor de su cabeza mientras

hablaba, y Elizabeth pudo ver que sus dedos se movían al unísono, y sabía que probablemente anhelaba la pipa que normalmente fumaba.

—¿Sabía usted —continuó— que crecimos juntos?

—Lo sabía —dijo Elizabeth, habiendo escuchado la historia de Thomas algunas veces—. Él dijo que usted siempre había sido un amigo cercano.

—Desde el día en que me protegió de los otros chicos que se metían con alguien mucho más pequeño que ellos —dijo el señor Cartwright con una sonrisa sentimental—. Thomas siempre estaba pendiente de todos los demás. Era el tipo de hombre que tenía éxito en todo lo que se proponía. Mire lo que hizo con este banco. Tomó un negocio sencillo y lo convirtió en uno de los bancos más exitosos de Londres. Un hombre que venía de poco pronto estaba socializando con la nobleza. No muchos hombres pueden salvar esa brecha.

Elizabeth asintió, perfectamente consciente de todo lo que decía, y el señor Cartwright se inclinó hacia adelante, mirando a los ojos de Elizabeth.

—Su abuelo creía en usted. Puso este banco en sus manos. Al principio fui escéptico, lo admito. ¿Una mujer, la socia principal de un banco? Había oído que se había hecho antes, es cierto, pero en Clarke & Co., no estaba seguro.

Elizabeth asintió de nuevo, sin confiar en su voz. Tenía razón. Tal vez no había sido la mejor elección.

—Pero Lady Elizabeth —continuó—. Se ha probado a sí misma tanto como lo hizo su abuelo. Ha manejado todo con el decoro con el que fue criada como una dama, y aun así con la fuerza que le ha sido transmitida tanto por su abuela como por su abuelo. Su primo le ha hecho mucho daño, y aun así, ha mantenido su compostura, respondiendo de una manera que la mayoría no podría manejar. No hace falta decir, Lady Elizabeth, que estoy impresionado.

—Pero todos los clientes hoy...

—Volverán —la tranquilizó—. Ningún otro banco en Londres ofrece el servicio de Clarke & Co., lo que pronto descubrirán por sí mismos. Además, el hecho de que permitiera a cualquiera que lo

deseara retirar su dinero solo demuestra que este banco no está, de ninguna manera, fracasando. Si su abuelo estuviera aquí, Lady Elizabeth, estaría orgulloso de usted. Quería que lo supiera.

Elizabeth asintió, incapaz de formar palabras debido al nudo en su garganta. Tragó saliva varias veces, y el señor Cartwright, viendo claramente su lucha, le dio unas palmaditas en la mano y comenzó a levantarse.

—La veré en la reunión de socios. No se preocupe —dijo con una sonrisa mientras comenzaba a salir de la habitación, y Elizabeth finalmente logró decir—: Gracias, señor Cartwright —mientras él hacía un pequeño gesto con la mano y continuaba saliendo por la puerta.

Capítulo Treinta Y Uno

Por segunda vez en la misma semana, Gabriel quedó atónito ante la escena frente a él cuando su carruaje se detuvo ante las puertas de Clarke & Co. Una vez más, una fila de personas sobresalía desde la entrada. Hoy, sin embargo, estaban tranquilos y ordenados, e incluso Anderson no parecía ni mínimamente alterado.

Esta vez, Gabriel no se apresuró a entrar en el edificio, sino que mantuvo la compostura de la propia multitud y los siguió por la puerta. El señor Bates estaba de pie en su puesto, con aspecto complacido, mientras los clientes se acercaban a los empleados, algunos con las manos llenas de papeles.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Gabriel al señor Bates mientras miraba a su alrededor.

El señor Bates le miró con una amplia sonrisa.

—¡Están regresando, Su Excelencia!

—¿Regresando? —miró a Bates sorprendido.

—¡Sí! ¿Puede creerlo? Parece que la mayoría, al volver a casa, se dio cuenta de que ningún otro banco les habría ofrecido tal servicio, ni les habría tratado con tanta cortesía a pesar de que estaban retirando masivamente sus fondos. Ahora están volviendo para contratar de nuevo los servicios del banco para guardar sus ahorros, aunque muchos lo hacen algo avergonzados.

—Vaya, qué sorpresa...

Gabriel nunca había oído hablar de algo semejante. Parecía que un poco de decoro y tratar al cliente con el máximo respeto había

sido realmente la mejor acción que Elizabeth podría haber tomado.

Cada vez era más evidente por qué Thomas Clarke la había elegido como su sucesora. No solo tenía el temperamento y el intelecto, sino que el socio principal original también la había formado bien.

—¿Señor Bates?

—¿Sí, Su Excelencia?

—¿Qué opinan los empleados sobre todo lo ocurrido?

—Apoyan a Lady Elizabeth —dijo Bates con firmeza—. Igual que apoyaban a su abuelo. Es una buena mujer, Su Excelencia. Trata al personal con justicia, les paga bien y los conoce a todos personalmente. Eso no es común en la mayoría de los bancos, Su Excelencia. No, ciertamente no buscarán empleo en otro lugar.

—Gracias, Bates —murmuró Gabriel mientras Bates se volvía hacia el siguiente cliente que buscaba sus servicios.

Un destello de azul real captó su mirada al girarse, y Gabriel levantó la vista para ver a Elizabeth de pie en lo alto de la escalera, observando el vestíbulo. Incluso desde lejos, podía notar que su mirada era incrédula, como si ella misma apenas pudiera creer lo que estaba ocurriendo. Y entonces, la más leve de las sonrisas agraciaron sus labios, y asintió para sí misma antes de darse la vuelta y apresurarse por donde había venido, probablemente para prepararse para la reunión.

Gabriel echaría esto de menos. La echaría de menos a ella. Había sido una posición extraña en la que encontrarse, siendo duque, y sin embargo, una tarea que disfrutaba. Suspiró mientras se dirigía a las escaleras para buscar la sala de reuniones. Probablemente sería el primero en llegar, pero quizás un momento a solas con Elizabeth no sería la peor idea.

* * *

Elizabeth golpeaba nerviosamente la mesa con su pluma. Pasó el dedo por la inscripción de la pluma una vez más mientras esperaba que los socios se unieran a ella alrededor de la mesa. No tenía idea

de cuál sería la reacción a sus declaraciones de hoy, y pensar en ello la asustaba. Pero este era su papel, su deber, y no lo eludiría.

La puerta se entreabrió, y Elizabeth levantó la mirada, esperando ver al señor Brant, a quien había enviado a buscar una copia de las normas de los socios por si tenía que explicar alguna de sus acciones. Debía haberlas encontrado bastante rápido, supuso.

Sin embargo, la figura que apareció en la puerta no era la del señor Brant. Era una figura ancha, robusta, más familiar que la de cualquier otro hombre.

—Elizabeth.

Su voz, su presencia misma, hizo que su corazón latiera más rápido de lo que ya lo hacía momentos antes, y sin embargo, de alguna manera, resultaba... reconfortante tenerlo allí. Lo cual era ridículo. Sabía, no obstante, que de algún modo, Gabriel siempre se aseguraría de que todo saliera bien. No tenía de qué preocuparse cuando él estaba con ella.

Lo cual era absurdo, pero una verdad que no podía negar.

Y mientras lo miraba fijamente, su mirada dura devolviéndole la mirada sin decir nada, lo único que quería hacer era saltar de su silla y lanzarse a sus brazos.

Lo amaba. Una parte de ella siempre lo había amado, eso lo sabía. Sin embargo, esto era más fuerte, más palpable. Anhelaba poder volver a sus brazos como lo había hecho antes, poder decirle y mostrarle todo lo que había en su corazón. Quería disculparse, decirle que había sido una tonta y que podían hacer cualquier cosa mientras estuvieran juntos. También sabía, con cada instinto que tenía, que nada había ocurrido entre él y Lady Pomfret, que la mujer estaba siendo la molestia que siempre había sido. Gabriel ya no era el mismo hombre que había sido cinco años atrás, igual que Elizabeth ya no era la misma mujer. Y sin embargo, había dudado de él, aferrándose a sus antiguas heridas para proteger su corazón.

Elizabeth se puso de pie —para hacer qué, no tenía ni idea, pero de repente se vio superada por la necesidad de decirle... algo, de asegurarse de que no se marchara otra vez sin conocer la profundidad de sus sentimientos hacia él.

Él no retrocedió, y cuando ella dio un paso hacia él, todo lo que dijo fue:

—Lo siento, Elizabeth, por todo.

Todo. ¿Por su tiempo juntos en los jardines años atrás? ¿Por su tiempo juntos más recientemente? ¿Por el hecho de que su intimidad hubiera sido compartida con los socios de este banco? No tenía idea, pero estaba asombrada. Gabriel raramente se disculpaba. Y esta vez, realmente no era él quien había hecho algo malo.

—No, Gabriel, yo... —Pero fue interrumpida por el regreso del señor Brant. Le seguían de cerca algunos de los socios, que los miraron a ambos con curiosidad mientras entraban en la sala.

La conexión se rompió, y Gabriel tomó su asiento habitual en la esquina mientras ambos comenzaban a saludar a los socios que llegaban. Hablaría con él más tarde —no tenía otra opción, realmente. Aunque había algo que tenía que hacer primero. Había cometido un error y era hora de rectificarlo.

—Señor Brant —dijo, con la voz apenas por encima de un susurro —. ¿Podría hablar con usted un momento?

Cuando regresaron a la sala, esta estaba llena, y los seis socios la miraban con rostros expectantes. Elizabeth respiró hondo y estaba a punto de hablar cuando Henry entró en la sala con aire petulante, tomando asiento frente a ella. Elizabeth simplemente asintió en saludo y luego comenzó.

—Hay dos asuntos que tratar hoy —dijo, escuchando el más ligero temblor en su voz, y se aclaró la garganta, deseando que desapareciera—. El primero se refiere a nuestros socios. Ha llegado a mi conocimiento que hay dos socios que no están trabajando para este banco, sino en su contra.

Comenzaron murmullos alrededor de la mesa, y ella levantó una mano para silenciarlos.

—Como muchos de vosotros sabéis, mi primo, el señor Henry Clarke, se unió a nuestro banco hace un par de meses. Por supuesto, doy la bienvenida a la familia en esta institución, pero el señor Clarke ha optado por desacreditar tanto a mí como al banco en un intento de que me haga a un lado y le ceda la sociedad principal.

Henry comenzó a protestar, pero mientras lo hacía, Elizabeth levantó un papel.

—Tengo una carta firmada por Sir Hugo con respecto a la información que le proporcionó el señor Clarke. Ha decidido, tras saber por el señor Cartwright que gran parte de la información del señor Clarke era incorrecta, volver al banco.

El murmullo alrededor de la mesa comenzó a arremolinarse una vez más, y Henry se puso de pie.

—¡Esto es indignante!

—No lo es, como bien sabes, Henry —dijo antes de dirigirse al resto—. Como socia principal, he decidido destituir al señor Clarke como socio del banco. Ya se le ha informado de esto, así que no es una sorpresa. Será reemplazado por el señor Bates.

—¿El señor Bates? —surgió una voz de la mesa—. ¿El gerente señor Bates?

—El mismo —confirmó ella—. Ha sido leal al banco, conoce el funcionamiento interno de la institución mejor que nadie, y será un activo para nosotros, como se había discutido previamente. Gracias por tu servicio al banco, Henry. Ahora, destituiré a un socio más.

Vio que las cabezas comenzaban a girar, mientras todos se miraban entre sí, nerviosos por quién podría ser, cada uno preocupado de si sería él. Gabriel simplemente la miró fijamente, su rostro impasible, aunque la más leve de las sonrisas jugueteaba en sus labios mientras esperaba su propia destitución.

—Señor Lang —dijo a uno de los socios, un hombre que había estado con el banco durante décadas y era uno de los amigos cercanos de su abuelo—. ¿Ha recibido recientemente una herencia?

El hombre frunció el ceño. —No.

—Sin embargo, tenía muchas deudas, ¿no es así?

—Lady Elizabeth, apenas creo que...

—¿No es así?

—Así era —admitió, aunque la mirada que le dirigió la hizo sentir como si estuviera desenvainando su espada contra ella.

—¿Y esa deuda ha sido saldada?

—Lo ha sido.

—Señor Lang, quizás podría perdonar su engaño inicial, como hizo mi abuelo. Ha sido un apoyo para el banco durante años, y soy consciente de que las personas se desesperan cuando caen en situaciones como la suya. Si el robo de fondos del banco hubiera terminado ahí, habría pasado por alto su traición. Sin embargo, tras una revisión más detallada, su robo continuó después del momento en que mi abuelo habló con usted por primera vez. Ha seguido perjudicando a este banco, utilizando dinero perteneciente a nuestros clientes para financiar sus apuestas en las carreras de caballos, lo cual es inaceptable para un socio. Usted también queda destituido.

Mientras hablaba, el hombre había comenzado a levantarse, y ahora estaba de pie, agitando su dedo sobre ella mientras la miraba desde arriba.

—¡Es usted una mujer desagradable! Su abuelo...

—Mi abuelo le perdonó la primera vez, debido a su larga amistad y su posición en el banco. Sin embargo, cuando investigué la historia de lo ocurrido y revisé los libros actuales, me di cuenta de que el patrón había continuado. Gracias por su servicio, señor Lang. —Se volvió hacia el señor Brant—. Por favor, tenga en cuenta que el señor Brant será reemplazado por el señor Larkin, como se discutió previamente.

Hizo una pausa por un momento.

—Eso concluye nuestro asunto respecto a los socios. —Captó la mirada de Gabriel por un instante, y él parecía atónito. Sonrió. Bien. Era difícil sorprender a un hombre como Gabriel.

—Y ahora, para discutir las recientes acusaciones hechas contra mi persona.

Capítulo Treinta Y Dos

Gabriel solo podía mirar fijamente a Elizabeth. Había estado esperando que ella le despidiera. De hecho, ya había estado contemplando qué haría después de esta breve reunión. Por una vez, Gabriel no tenía un plan. Ninguna estrategia para mantener su puesto, ni para recuperar a Elizabeth. Por primera vez en su vida, simplemente iba a aceptar su destino. Elizabeth podría tener lo que quisiera. Una vida sin él como compañero, en cualquier sentido de la palabra.

Entonces ella le había sorprendido completamente al no mencionar nada sobre él. ¿Por qué? ¿Qué había cambiado? Se preguntó qué le iba a decir cuando entró en la sala, de no haber sido interrumpidos por la llegada de los otros socios. ¿Había cambiado de opinión? Pero no... porque claramente se lo habría dicho antes, ¿no es así?

Esperaba sus palabras respecto a su reputación. Gabriel sentía que debería estar allí con ella, hombro con hombro, ya que eran tanto sus acciones como las de ella las que habían sido puestas en duda. Sin embargo, percibía que ella necesitaba hacer esto sola, demostrarse a sí misma, si no a los demás, que podía plantarse allí, como mujer, para defenderse y mostrar lo fuerte que realmente era. Cuando ella lo negara, él la apoyaría. Aunque ella le hubiera rechazado, no era justo que fuera la única que tuviera que responder a tales acusaciones.

—El rumor que todos habéis oído es cierto.

La mandíbula de Gabriel se desplomó junto con la del resto de los socios cuando ella pronunció esas palabras. Apenas podía creerlo. ¿Por qué no lo había negado? Una vez que él la respaldara —como ella tenía que haber sabido que haría—, podría haber seguido adelante, dejando todo esto atrás. ¿Por qué estaba arriesgándolo todo con la verdad?

Los socios a su alrededor comenzaron a murmurar entre ellos, negando con la cabeza mientras la miraban con cierta consternación, juzgándola, cuestionándola.

—Lady Elizabeth —comenzó el señor Cartwright, un hombre que Gabriel sabía era bastante amigable con ella, pero sorprendido, no obstante. Elizabeth levantó un dedo, como para indicar que tenía más que decir.

—Como muchos de ustedes saben —continuó, con voz firme, aunque su meñique derecho golpeaba nerviosamente sobre la mesa frente a ella—, el Duque y yo estuvimos comprometidos para casarnos hace algún tiempo. Desafortunadamente, el matrimonio no se materializó, pero seguimos siendo cercanos. Sin embargo, creo firmemente que cualquier cosa que haya ocurrido entre nosotros en un sentido personal es, precisamente eso, personal, y no debería tener ninguna repercusión sobre el banco o los negocios que realizamos. De hecho, no proporcionaré más detalles sobre lo ocurrido. Como socios del banco, he decidido compartir esto con ustedes, pero a cualquier otra persona, no justificaré sus preguntas con una respuesta. Pueden pensar lo que decidan que es verdad a sus ojos.

—Pero Lady Elizabeth... —dijo Sir Gray, el joven baronet—. ¿Cómo pudo usted...?

—¿Cómo pude... entrar en cualquier tipo de relación con un hombre con quien no estaba casada? Permítame preguntarle esto, Sir Gray —dijo, manteniendo la cabeza alta—. Si yo fuera un hombre, ¿me juzgaría como lo está haciendo ahora? ¿Estaría cuestionando mi competencia, mi liderazgo?

—Yo... —El hombre claramente no tenía nada que decir en respuesta. Por supuesto, no habría pensado nada de ello, pero difícilmente podía admitirlo ahora, ¿verdad?

—No, no lo haría —terminó ella por él—. De hecho, probablemente apenas le daría importancia. Por lo tanto, les pediría —Levantó la mirada y recorrió la mesa con la vista—. A todos ustedes, que no se preocupen más por este asunto. He sido honesta con ustedes porque siento que es uno de los valores de este banco, uno al que todos deberíamos aspirar a mantener. También les pediría que no compartan nada de lo que he dicho aquí con otras personas fuera de esta sala. Sí, lo pido por mi propio bien, pero también por el del banco. No desearía que surgieran preguntas adicionales sobre él, y espero que puedan entenderlo.

Los socios ahora guardaban silencio. Gabriel sonrió. Elizabeth había demostrado una vez más ser una mujer de gran valía, superando en astucia a todos los hombres que ahora estaban sentados frente a ella. Mientras la miraba, alta y orgullosa, con la cabeza erguida a pesar de todo lo que se le había presentado, no pudo evitar sentirse orgulloso de ella. Y atónito por ella. Y, por Dios, estaba enamorado de ella. Verdaderamente enamorado de ella. Ella había jugado bastante con él —más de lo que él había hecho jamás con cualquier otra persona— y, sin embargo, no podía evitar lo que sentía. La amaría por el resto de su vida, incluso si nunca más volvieran a verse. Ninguna otra mujer se le igualaba. *Mi Dama de la Providencia*, pensó, maravillado.

Y se dio cuenta ahora de lo que le había faltado a su anterior propuesta. No le había dicho nada sobre lo que sentía por ella. Claro, le había dicho que era inteligente, hermosa, que la deseaba. Pero ¿qué significaba todo eso si ella no entendía que la amaría por el resto de sus vidas, tanto si ella lo quería como si no? Tal vez ella ya no quisiera escucharlo, pero se lo diría de todos modos, una vez que todo esto terminara.

—¿Y usted, Su Excelencia? —Sir Gray dirigió su mirada hacia él, y, sobresaltado por la pregunta, Gabriel se encontró ahora con la atención de toda la sala, las expresiones en los rostros de los socios casi sorprendidas, como si hubieran olvidado que él era una parte tan importante de esto como lo era Elizabeth—. ¿Qué tiene que decir sobre esto?

Gabriel miró hacia Elizabeth. —Lady Elizabeth, nuestra socia principal, lo ha dicho todo —dijo—. ¿Qué más hay que decir? Claramente, alguien —miró hacia donde Clarke había estado sentado — ha estado intentando manchar el nombre de Lady Elizabeth. Como socio, no como parte implicada, me gustaría sugerir que la información que todos ustedes han conocido dentro de esta sala *permanezca* dentro de esta sala, para proteger a nuestros socios así como al banco mismo. Debemos tener un frente unido, pues somos mucho más fuertes juntos.

Miró a Elizabeth mientras decía las palabras, esperando que ella entendiera su significado para ella.

—¿Estamos todos de acuerdo?

Los otros socios le estudiaron, muchos con dudas y ciertamente vacilación, pero lentamente asintieron con la cabeza y estuvieron de acuerdo.

—Muy bien —dijo—. Si me entero de que esta historia ha salido a la luz, sabré de dónde provino.

Algunos de los otros parecían incómodos, pero nadie habló.

—Gracias a todos —dijo Elizabeth, volviendo a tomar asiento—. Antes de que os marchéis, me gustaría proporcionaros una última información. La familia Redmond ha decidido ahora hacer sus negocios bancarios con Clarke & Co. Quizás también habéis oído hablar de la retirada masiva de fondos hace apenas dos días. Los rumores maliciosos que se habían difundido sobre este banco causaron gran pánico entre nuestros clientes, y muchos vinieron a retirar sus ahorros. Les proporcionamos el mismo servicio por el que Clarke & Co. siempre ha sido conocido, y me complace decir que un porcentaje muy grande de ellos regresó esta misma mañana para volver a invertir con nosotros. Parece que ningún otro banco en Londres puede ofrecer el mismo servicio que nosotros. Espero que muchos otros clientes importantes pronto nos sigan, ya que seguimos siendo fuertes como sociedad.

Los socios parecían impresionados con sus palabras, y el corazón de Gabriel se hinchó de orgullo.

Qué mujer.

* * *

Gabriel silbaba una melodía mientras salía del banco y entraba en su carruaje. Había comenzado este día con el conocimiento de que iba a ser despedido como socio, la preocupación por el posible fracaso del banco, y la decepción ante el hecho de que Elizabeth continuaba rechazándolo.

Ahora, solo unas horas después, seguía siendo socio, el banco parecía estar en una práctica sólida y fuerte después de todo, y en cuanto a Elizabeth... bueno, no había llegado a aceptarle que él supiera, pero podría jurar que había algo ahí cuando le miraba, que quizás ella estaba, tal vez, volviendo a aceptarle.

¿Podría estar imaginándolo? Quizás. Pero era suficiente, por ahora, un destello de esperanza.

Nunca en su vida Gabriel había tenido que trabajar tan duro por algo, pero ¿había habido algo que valiera tanto la pena antes? La única razón por la que incluso tenía que hacerlo era por sus propias acciones. Quizás su rechazo también la había diferenciado parcialmente de cualquier otra.

Gabriel intentó imaginar su vida en el futuro. Primero, la vida con otra mujer. Una mujer que dedicaría sin problemas su atención a seguir sus órdenes en la gestión de sus múltiples casas y propiedades, saludando con recato a los invitados cuando él organizara fiestas, dando a luz y criando a sus hijos como se esperaba de ella.

El único problema era que no podía ver un rostro en la mujer, y esa visión no le traía más que aburrimiento adicional y un dolor en el pecho.

Cuando reemplazó el rostro de la mujer con el de Elizabeth, todo cambió. La esposa en esta visión no seguía sus órdenes en cuanto a la administración de su hogar y propiedades, sino que determinaba lo que ella sentía que eran las mejores decisiones. Saludaba a sus invitados, pero no con recato; no, no era una mujer para estar detrás de él, sino a su lado, porque necesitaba estar presente y visible debido a sus propios intereses comerciales. Y en cuanto a dar

a luz y criar a sus hijos, bueno, esta mujer seguía haciendo eso. Y el pensamiento de la mujer como Elizabeth causó una calidez como ninguna otra que hubiera sentido antes, que fluyó a través de él. Cuando imaginó una familia —con Elizabeth— ese vacío que había estado creciendo cada vez más no solo se encogió sino que se cerró por completo, y Gabriel se llenó de una paz serena que casi no reconocía.

Era su amor por ella. Amor que no había querido nombrar, pero que había estado creciendo cada vez más fuerte hasta que finalmente se abrió paso a través de su grueso cráneo.

El carruaje se detuvo en su casa de Londres, tan grande, pensó mientras sus ojos seguían las amplias alas que se extendían hacia el este y el oeste, pero tan vacía. Ahora sabía lo que anhelaba, llenar ese espacio con niños, y cuidadores adicionales para su familia, y, sobre todo, su esposa.

Solo quedaba un problema: el hecho de que Elizabeth todavía no estaba completamente convencida de que lo quería a cambio. Cuando ella lo miró hoy, en ese momento antes de que comenzara la reunión, pensó que podía sentir su alma alcanzando la suya, compartiendo un momento de conexión. Sabía que ella todavía no confiaba completamente en él, y le preocupaba cómo sería su vida si fuera duquesa. Mientras Gabriel entraba ahora en su estudio y se sentaba detrás de su escritorio, con la barbilla sobre su puño, pensó en la forma en que funcionaba la mente de Elizabeth. Necesitaba estar convencida en múltiples niveles, tanto emocional como intelectualmente. Funcionaba mejor cuando su corazón y su mente estaban como uno solo.

Gabriel llamó a su mayordomo, quien apareció momentáneamente.

—¿Su Excelencia? —preguntó el hombre.

—¿Puede por favor concertar una reunión con mi abogado, lo más rápido posible?

El mayordomo asintió, confirmando la cita apenas una hora después.

Con sus planes concluidos, ahora todo lo que Gabriel tenía que hacer era seguir adelante él mismo. Si no tenía éxito... entonces

todo estaría perdido.

Capítulo Treinta Y Tres

Elizabeth regresó a casa aquella noche sintiendo como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Si fuera sincera, no había tenido la intención de contar a los socios toda la verdad. Pero en aquel momento, con la negativa en la punta de la lengua, supo que no podía ser deshonesta mientras esperaba que el resto de ellos representaran la integridad del banco.

—Así que dije la verdad —le explicó a su abuela, contándole toda la historia desde el principio. Su abuela no se mostró sorprendida, como Elizabeth había esperado que estuviera tras su confesión.

—Que ahora sea una anciana no significa que olvide lo que era estar en el tierno rubor del amor —dijo con una sonrisa, y Elizabeth comenzó a negar con la cabeza.

—Ese es el problema, abuela —dijo—. En aquel momento, creo que era más un encaprichamiento que amor. No puedo usar eso como excusa. Éramos dos jóvenes atrapados en un momento de pasión, sin pensar en las consecuencias.

—Os he visto juntos muchas veces ya —dijo Justine—. Y me cuesta creer que no os améis el uno al otro.

—Ahí radica el problema —dijo Elizabeth, con voz suave mientras miraba alrededor del salón—. Le amo. Muchísimo. Solo que era demasiado orgullosa, demasiado obstinada para admitirlo cuando debería haberlo hecho, y ahora es demasiado tarde.

Justine se inclinó sobre la mesa que las separaba y puso una mano sobre la de Elizabeth.

—Querida, nunca es demasiado tarde —dijo, con una sonrisa amable—. Tienes toda una vida por delante. Una vida que podría estar llena de amor, o podría estar llena de arrepentimiento por lo que podría haber sido. Dile cómo te sientes. ¿Qué es lo peor que podría decir?

Elizabeth asintió, aunque algunas de sus reservas permanecían.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Mi amor por él... podría ser mi perdición —dijo, con la voz ligeramente quebrada, pero se lo permitió, por una vez. Esta era su abuela, una mujer que la conocía y comprendía probablemente mejor que cualquier otra persona. Si Elizabeth no podía compartir sus emociones con ella, ¿entonces con quién podría abrirse?

—¿Qué hay de mi papel en el banco? Si ocurriera lo imposible y me convirtiera en su duquesa... ¿podría seguir siendo la socia principal de Clarke & Co.?

—¿Qué dice él sobre eso?

—Que lo haríamos funcionar.

—Entonces ya tienes tu respuesta —dijo Justine, agitando una mano en el aire frente a ella.

—¿Crees que tomaría a otras mujeres? Me encuentro dudando que lo hiciera, pero si llegara a aburrirse de mí y lo hiciera alguna vez... simplemente no podría soportarlo —dijo Elizabeth, con voz suave ahora, y su abuela negó ligeramente con la cabeza.

—Si te ama como creo que te ama, entonces no —dijo, luego cruzó los brazos y los colocó sobre sus rodillas mientras se inclinaba hacia Elizabeth—. Hace unos años, te trató mal. Tú lo sabes, él lo sabe. Lo que necesitas preguntarte ahora es si sigue siendo ese hombre hoy, o si ha madurado hasta convertirse en un hombre que sabes que te amará y respetará sin importar lo que suceda.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si no me ama?

—Eso solo puedes determinarlo tú misma —dijo Justine—. Lo sabrás, Elizabeth. Eres una mujer inteligente.

—La inteligencia no tiene nada que ver con asuntos del corazón.

—Es inteligencia de otro tipo —dijo su abuela—. Que siempre has tenido, aunque no hayas querido reconocerla.

Elizabeth asintió, comprendiendo. Tenía que hablar con Gabriel de nuevo. Pero, ¿cómo atravesaría su exterior ducal, obstinado y orgulloso para convencer al hombre que había debajo de lo que realmente sentía mientras pedía su perdón?

* * *

Cuando el mayordomo abrió la puerta para recibirle, Gabriel tuvo que obligarse a aminorar el paso y mantener sus modales en lugar de irrumpir por la puerta para encontrar a Elizabeth. La urgencia que le llenaba le asombraba, pero en ese momento, no podía pensar en nada más que en encontrar a Elizabeth, y convencerla... no. Ese había sido su error. A diferencia de la mayoría de los aspectos de su vida, no podía *ordenarle* a Elizabeth que se casara con él. Tenía que exponer su corazón, y luego sería decisión de ella aceptarlo o no.

Sonrió ahora. ¿Quién hubiera pensado que él —el Duque de Clarence— estaría dejando su vida en manos de una mujer?

—Buenos días, Hampton —dijo al mayordomo, tomándolo por sorpresa, y Gabriel entendió por qué. Nunca antes se había tomado el tiempo de reconocer a los sirvientes, pero recordó que Elizabeth le había explicado una vez cómo los gestos más pequeños podían causar el mayor impacto, y las pocas veces que había intentado ponerlo en práctica, sorprendentemente había causado bastante reacción. ¿Quién lo hubiera imaginado? —¿Está Lady Elizabeth en casa?

—Lo está, Su Gracia —respondió el mayordomo—. Le anunciaré.

Gabriel quería decirle a Hampton que no se molestara, que él mismo la encontraría. Pero se obligó a ser paciente y permitió que el mayordomo hiciera su trabajo y le mostrara el salón.

Cuando cruzó la puerta, sus ojos la encontraron sin ningún esfuerzo. Llevaba un vestido amarillo pálido, uno que la hacía parecer juvenil e inocente. Y lo era: una luz en un mundo de oscuridad.

Su rostro mostraba una expresión de incertidumbre —ya fuera debido a su presencia, o a las palabras no dichas entre ellos, no

estaba seguro—, pero era hora de que todo saliera a la luz.

—¡Gabriel! —Ni siquiera había notado a la señora Clarke sentada frente a ella hasta ahora, pero la abuela de Elizabeth se levantó del sofá y se acercó para darle un beso en la mejilla—. Qué maravilloso verte. Te ves espléndido, como siempre.

—Gracias, señora Clarke. Usted siempre sabe cómo hacer que un hombre se sienta especial —dijo con una sonrisa para ella.

—Os dejaré a los dos —dijo ella con elegancia, y con un susurro de sus faldas color aguamarina, salió silenciosamente por la puerta, cerrándola tras ella y dejándolos solos, claramente sin preocuparse ya en absoluto por las formalidades, si es que alguna vez lo había hecho. Gabriel pensó con una sonrisa irónica que el momento para eso entre ellos dos había pasado hace tiempo.

Respiró hondo.

* * *

—Gabriel —comenzó Elizabeth, poniéndose de pie, pero antes de que pudiera decir algo más, él cruzó la distancia entre ellos y tomó sus manos entre las suyas.

—Antes de que digas nada, Elizabeth, hay algo que primero debo decirte —la condujo hacia el sofá, sentándose junto a ella mientras mantenía sus manos sobre las de ella—. Te dije que no volvería a proponerte matrimonio. Mantendré esa promesa.

Sus ojos se abrieron como platos mientras ella rompía su mirada por un momento, bajando la vista hacia su regazo antes de volver a mirarlo cuando él le apretó las manos para recapturar su atención y continuó hablando.

—No estoy proponiendo matrimonio por tercera vez. Pero necesito modificar ligeramente mi segunda propuesta. La de hace unos días. Te dije que éramos una pareja adecuada por muchas razones: el hecho de que nuestras mentes parecen estar en el mismo plano, que me desafías de una manera que ninguna otra mujer lo hace. Lo cual sigue siendo cierto. Sin embargo, olvidé un aspecto que es más importante que cualquier otra cosa.

Se deslizó de nuevo hasta el suelo, de rodillas frente a ella, y Elizabeth estaba asombrada de que él se permitiera ser tan vulnerable con ella una vez más.

—Elizabeth Moreland, te amo.

Ella jadeó, sorprendida por sus palabras, pero antes de que pudiera decir algo, él continuó.

—Eres obstinada, eres orgullosa, y guardas todas tus emociones muy dentro de ti —dijo, y ella entrecerró los ojos. *¿Por esto* la amaba? Estas difícilmente parecían ser sus cualidades más redentoras—. Has sido criada como una dama, una que mantiene la compostura en todo momento. Sin embargo, me encanta saber que hay una pasión ardiente dentro de ti, una que mantienes oculta bajo la superficie. La he visto, Elizabeth, y me encanta el hecho de que hayas compartido esa parte de ti conmigo. Tienes pasión por hacer lo correcto, por atender todas tus responsabilidades. Cargas con todo sobre tus propios hombros, y lo respeto, de verdad, pero siempre quiero ayudar a aliviar esas cargas, y te ruego que me permitas hacerlo. Tienes un fuego por perseguir tus sueños, por ir más allá de lo que se espera de una dama de tu posición, y eso lo admiro enormemente de ti. Cuidas de aquellos que son importantes para ti, ya sean tus amigos, tus parientes o los clientes y empleados del banco.

Miró hacia abajo por un momento antes de volver a levantar la cabeza hacia ella. Su fuerte mandíbula estaba fija en una expresión de determinación, y Elizabeth sabía que tenía que permitirle terminar sus pensamientos antes de contarle todo lo que tenía en mente.

—Hace cinco años, fui un necio. Tú lo sabes. Ahora me doy cuenta de que no era el momento para nosotros. Yo era demasiado inmaduro, demasiado engreído, demasiado egoísta para amar a otra persona. Desde entonces, he llegado a darme cuenta de que hay mucho más en la vida que mis propios intereses. Por todo lo que este mundo tiene para ofrecer, no significa nada sin alguien con quien compartirlo. Para mí, esa persona eres tú, Elizabeth. Te necesito en mi vida. Tu inteligencia, tu ingenio, tu corazón, tu amor.

Alcanzó la mesa, cogiendo una pila de papeles, que ella ni siquiera se había dado cuenta de que había traído consigo, tan concentrada había estado en simplemente verlo.

—Este es un contrato matrimonial —dijo, y Elizabeth miró los papeles con asombro. ¿Había venido preparado con tal contrato?

—¿Es esto un juego? —preguntó ella, con voz apenas audible, y él negó con la cabeza.

—No más juegos, Elizabeth, no contigo —respondió intensamente, con sus ojos azules ardiendo—. No puedo prometer no involucrarme en situaciones que puedan presentarse, donde vea que quizás podría ayudar. Pero siempre seré franco contigo. No habrá secretos, Elizabeth. Sin mentiras, sin manipulaciones. Esto te lo prometo. Puedes hacer que cualquier persona que desees revise este contrato. Describe específicamente los términos de nuestro matrimonio. Permaneces en completa posesión de tus acciones, de tus finanzas. No tendré ningún control o participación más allá de mis propios intereses y mi propia asociación, y puedes tener acceso completo a cualquier ingreso que ganes. Todo lo que quiero es a ti, ninguna otra mujer, ningún otro negocio. Si quieres que deje el banco, que así sea. Mientras te tenga conmigo, seré feliz, y haré todo lo posible para asegurarme de que tú también lo seas. Y así te pregunto, Elizabeth, como parte de mi propuesta *modificada*, ¿llenarás el vacío en mi alma? ¿Serás mi esposa, mi compañera?

Capítulo Treinta Y Cuatro

Gabriel contuvo la respiración. Sabía que no le había dado la oportunidad de decir nada, y sin embargo, esto estaba jugando en su contra mientras anhelaba saber qué pensamientos corrían tras aquellos ojos violeta, que ahora se llenaban de lágrimas. ¿Eran lágrimas de alegría? ¿De tristeza? ¿De arrepentimiento?

—Gabriel —dijo ella con voz quebrada—. Apenas puedo creer que me lo preguntes una vez más, después de todo lo que te he dicho, todo lo que te he hecho pasar. La amenaza de quitarte la asociación, mis repetidas negativas a tus propuestas... no he sido buena contigo, y apenas puedo imaginar lo que debes pensar de mí.

—Ya te he dicho lo que pienso.

—Es cierto.

Se sonrojó, sus pómulos altos adquiriendo un bonito y favorecedor tono rosado. ¿Podía aquella mujer ser aún más hermosa?

—Gabriel —dijo ella, con la voz ligeramente quebrada, y le asombró cuando las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Nunca la había visto llorar antes. Ni cuando lo encontró con otra mujer, ni cuando rechazó su propuesta, ni siquiera cuando murió su abuelo. Lo había mantenido todo dentro de sí, y el hecho de que ahora permitiera mostrar su emoción frente a él significaba más que cualquier palabra—. He sido una tonta. Me he aferrado al pasado, a mis heridas y a mis miedos. He tenido miedo. De lo que estar contigo podría significar para mi papel en el banco. De lo que haría

si volvieras a tomar a otra mujer. Y, más que nada, de lo que sentiría si no me amaras como yo a ti. De cómo podría soportar que mi corazón se rompiera una vez más.

Tomó aire, y su propio pecho dolió al pensar que esto era culpa suya, por haberle hecho sentir alguna vez que eso podría ser una posibilidad.

—Ambos hemos hecho cosas, nos hemos dicho cosas, que lamentamos —reconoció él, y ella asintió.

—Tengo muchas preguntas sobre mi futuro. Me gusta saber lo que viene, planificar mi vida y estar consciente de lo que puede suceder —dijo con una sonrisa algo melancólica, y él asintió, reconociendo sus palabras—. Los últimos meses han sido un completo caos, algo que creo que he llegado a aceptar, al menos más de lo que jamás había hecho antes. Necesito abrazar mis miedos, aceptar los retos que vendrán y, si no otra cosa, arriesgarme de vez en cuando. Aunque apostar por nuestro amor sería un riesgo, no hacerlo sería aún peor, porque entonces pasaría el resto de mi vida sabiendo que había desechado lo que podría ser la mejor parte de mi existencia.

Gabriel no pudo evitar que una sonrisa apareciera en su rostro.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿te he oído decir que me amas?

Ella se rio ante eso, disipándose parte de la tensión que sentía.

—Sí —dijo, comenzando a llorar de verdad, y Gabriel buscó en sus bolsillos un pañuelo. En lugar de pasárselo, le secó él mismo las lágrimas con delicadeza.

—¿Y eso significa —continuó él— que te casarás conmigo? ¿O prefieres que vuelva a preguntar? Porque lo haré, por ti. Te lo preguntaré una tercera vez.

—¡No, no! —exclamó ella, poniendo un dedo sobre sus labios—. No te obligaré a perder todo tu orgullo. Aprecio tu propuesta modificada más de lo que puedas imaginar. Sí te amo, Gabriel. Amo el hecho de que, aunque disfrutas de tus juegos, lo que he pasado por alto en el pasado es que siempre los juegas con los mejores intereses de los que amas en el corazón. Amo el hecho de que me desafías, que posees un intelecto superior a cualquiera que haya

conocido. Y amo que nunca te hayas rendido conmigo. Que veas más allá de lo que presento al mundo, que seas lo suficientemente perspicaz para saber que hay más debajo y que hayas trabajado duro para sacarlo de mí. Me cuesta... confiar en los demás. Quizás sea por la forma en que me criaron mis padres, siempre esperando más de mí. No estoy segura, y no es excusa, pero es hora de que lo deje atrás.

—¿Compartirás entonces tus cargas?

—Compartiré las mías si tú compartes las tuyas.

Gabriel inclinó su cabeza más hacia la de ella, juntando sus frentes.

—Impones condiciones duras, mi señora, pero creo que ese es un trato con el que puedo estar de acuerdo.

—Bien —dijo ella en un susurro, y entonces buscó entre los pliegues de su vestido, sacando una caja que le resultaba terriblemente familiar. Su corazón comenzó a latir con fuerza mientras ella la abría, sacando el anillo de la caja y colocándoselo en el dedo—. Así que, sí, Gabriel, me casaré contigo.

Él fundió sus labios con los de ella, cuya suavidad convirtió sus huesos en líquido. Este no era un beso rápido y robado, ni en los jardines ni siquiera en sus propios aposentos. Este era un beso de promesa. Promesa de que tendrían una vida juntos, que serían el compañero del otro en todas las formas que importaban.

Ella rompió el sello entre sus labios con la lengua antes que él, y las comisuras de sus labios se curvaron en una ligera sonrisa ante su atrevimiento. Si había algo que podía decir sobre Elizabeth, es que ciertamente no era tímida.

Su lengua buscó la de él mientras sus manos se deslizaban por su cabeza, sus dedos acariciando su nuca donde el cabello se rizaba sobre el cuello de su chaqueta. Encontrando su posición bastante incómoda, la levantó y la colocó sobre su regazo, hundiendo los dedos en sus nalgas, sintiendo la voluptuosidad que le esperaba allí.

Algo de lo que ella ciertamente nunca tendría que preocuparse era de que él deseara a otra. Era más mujer de lo que jamás podría imaginar, y amaba todo de ella. No deseaba nada más que recostarla

en el sofá y hacerle el amor, pero sabía lo imprudente que sería. Un sirviente, o incluso su abuela, podría entrar en cualquier momento.

Aparentemente ella sentía lo mismo, porque rompió el beso, con la respiración tan entrecortada como la suya.

—Ven —dijo, saltando de su regazo y extendiéndole la mano.

—A cualquier parte —dijo él, hablando en serio—. Pero...

—¿Confías en mí? —Ella le miró desde debajo de sus pestañas, y él asintió.

—Por supuesto. Con cualquier cosa.

—Entonces sígueme.

Y así lo hizo, sintiéndose como un joven de nuevo mientras ella miraba por la puerta hacia un lado y luego hacia el otro, antes de apresurarlo por el pasillo al ver que no había nadie. Pasaron sigilosamente por la sala de estar trasera, donde Elizabeth le susurró que estaría su abuela. Ella soltó una risita después de pasar, antes de guiarlo escaleras arriba y por el corredor, abriendo la puerta en la esquina trasera.

Miró alrededor, asombrado de encontrar su propia habitación allí. Estaba decorada en púrpura profundo y acentuada en crema, recordándole a ella en todos los sentidos.

—Mi casa necesitará una seria redecoración —dijo, mirando a su alrededor con asombro mientras ella cerraba la puerta con llave—. ¿Estás preparada para la tarea? Aunque quizás sea una pregunta tonta, ya que difícilmente creo que haya algo que no puedas hacer.

—Hay algunas cosas —dijo ella, llevando sus manos a los botones del frente de su chaqueta—, que creo que tú puedes enseñarme.

—Ah —dijo él, sonriéndole—. Si mi señora lo ordena, entonces te enseñaré.

Con un gruñido, la levantó y la recostó sobre la cama, alzando una mano para deslizar un dedo por su mejilla, su cuello, hasta la curva de su pecho que ahora se elevaba sobre su vestido.

—¿Qué te gustaría aprender hoy? —preguntó, besando rápidamente sus labios.

—Cómo hacer el amor de verdad, con toda la emoción detrás —dijo ella, bajando las pestañas como si estuviera algo avergonzada, y

él se rio.

—Eso, Elizabeth, tendremos que aprenderlo juntos.

Mientras ella trabajaba en los botones de su chaqueta, sus dedos temblaban ligeramente, pero estaba decidida de todos modos. Él llevó sus manos a su espalda para despojarla de su vestido. Liberó expertamente los pequeños botones de sus lazos y luego empujó las mangas por sus hombros. Se apoyó en sus codos, apreciando que en la luz menguante del día a través de las ventanas abiertas, podía ver el rocío sedoso de su piel. Necesitando saborearla, posó sus labios en su hombro, besando a lo largo de su clavícula hasta su cuello, y luego más abajo. Ella jadeó, arqueándose contra él cuando bajó su vestido y encontró un pezón, succionándolo a través del material ligero y transparente de su camisa. Sus manos encontraron su cabello una vez más, entrelazando sus dedos, y por una vez a él no le importó lo desaliñado que se vería después de este encuentro.

De alguna manera, mientras él la despojaba de su propio vestido, ella lo había despojado de su chaqueta y ahora trabajaba en su camisa. Aunque ella era obstinadamente determinada, su urgencia por sentir su piel contra la de ella superó todo lo demás, y se arrancó la camisa antes de levantar la camisa de ella por encima de su cabeza. Cuando se recostó de nuevo, no creía que algo se hubiera sentido jamás tan bien como sus pechos desnudos contra su pecho. No podía estar seguro, pero pensó que incluso podría estar frotándose contra él, y su deseo por ella comenzó a arder aún más intensamente.

Y entonces ella llevó sus manos a la caída de sus pantalones, y cuando lo liberó, el fuego lento que había estado sintiendo antes estalló en llamas. Había pensado hacer el amor con ella lentamente, suavemente, con la promesa de la eternidad, pero lo haría más tarde. Por el momento, no podía pensar en nada más que en encontrarse dentro de ella una vez más, amándola con todo lo que era, su cuerpo y su alma.

Ella parecía estar en la misma sintonía, ya que juntos lo liberaron de sus calzones y lo guiaron hacia ella. Quedó enfundado dentro de ella en un rápido movimiento mientras se movían juntos simultáneamente, y él dejó escapar un grito por lo bien que se

sentía, por saber que este era el lugar donde estaba destinado a estar más que en cualquier otro lugar del mundo entero.

—Elizabeth —logró decir, acercando sus labios a su oído—. Te amo.

—Y yo a ti.

Comenzaron a moverse, sincronizados en una experiencia como ninguna que hubiera tenido antes. Puede que ya se conocieran en un sentido corporal, pero ahora que sabían que su amor mutuo era más que un deseo fugaz, sino algo que duraría para siempre, la manifestación física de ello desgarró su cuerpo mientras agarraba sus caderas, incapaz de contenerse por mucho más tiempo.

Bajó la cabeza, tomando un pezón en su boca mientras alcanzaba entre ellos y encontraba el capullo de su deseo, acariciándolo al ritmo del movimiento de sus caderas. Ella soltó un grito que él capturó con su boca, tomando el sonido dentro de sí, mientras juntos encontraban su liberación y el mundo parecía explotar a su alrededor con la más brillante de las intensidades.

Le tomó más de un momento calmarse. Se mantuvo elevado sobre su cuerpo, evitando que todo su peso cayera sobre ella, pero permitió que su frente descansara contra la suya mientras sus respiraciones entrecortadas se mezclaban.

Finalmente, rodó hacia un lado, llevándola consigo.

—Elizabeth —dijo—. Creo que nunca podré dejarte ir.

—No tienes que hacerlo —dijo ella con una sonrisa—. Estoy aquí contigo ahora, para siempre.

—Excepto que esta noche tendré que dormir sin ti —dijo él con un suspiro.

—Sí —dijo ella—. Aunque por cuántas noches más, eso está por verse.

—Supongo que tendremos que esperar un tiempo aceptable.

Ella se encogió de hombros.

—Eres un duque... ¿no puedes encontrar una manera de acortarlo?

Él se rio entonces, atrayéndola hacia sí.

—¿Qué es esto? ¿Mi correcta Elizabeth busca hacer algo en contra de lo que se podría esperar de ella?

—Creo que hace tiempo que pasé ese punto —dijo ella, riéndose con él—. Excepto por el hecho de que me estoy casando con el hombre que toda otra mujer en Inglaterra parece desear, creo que es mejor forjar ahora mi propio camino.

—Juntos —dijo él, mirándola.

—Juntos.

Capítulo Treinta Y Cinco

Tres semanas después

—Oh, Elizabeth, esa ha sido la boda más hermosa que he visto jamás... exceptuando la tuya, por supuesto, Phoebe, que fue igualmente preciosa.

Elizabeth sonrió ante las palabras nostálgicas de Sarah. Tenía razón: la boda de hacía apenas dos días había sido preciosa. Nunca habría pensado que sería el tipo de mujer que desearía una boda enorme, con cantidades excesivas de encaje y flores y un suntuoso desayuno de bodas, pero cuando una se casa con un duque, no hay mucha elección.

Sus padres habían estado más emocionados y orgullosos de ella que nunca. Aunque Elizabeth deseaba su aprobación en otros aspectos de su vida, por supuesto, se había alegrado de que, al menos, los cuatro, junto con su hermano, tuvieran la oportunidad de encontrar un momento de paz entre ellos. Hasta que, claro está, su madre comenzó a preguntarle a Terrence cuándo pensaba encontrar una esposa, pues Lord Moreland no se estaba haciendo más joven, y era bastante importante que Terrence continuara el linaje familiar. Terrence no permaneció mucho tiempo en la conversación después de eso.

Al final, sin embargo, había sido realmente agradable recibir los buenos deseos de tantas personas. Por supuesto, hubo bastantes miradas celosas dirigidas hacia ella, pero Elizabeth apenas las notó. De hecho, era difícil ver algo más allá de Gabriel y de cómo lucía con

su chaqueta negra inmaculadamente cortada, sus calzones y sus relucientes botas de cuero mientras la esperaba en el altar.

—Más que nada —dijo ahora Elizabeth, mirando a sus amigas mientras caminaban por la frondosa vegetación del parque, una tradición que repetían con menor frecuencia ahora, solo cuando las cuatro tenían tiempo—, estoy feliz de estar finalmente casada. De poder volver a casa con Gabriel cada noche...

Se calló, sintiendo que el calor le subía a las mejillas, y sus amigas se rieron.

—¿Ya no hay que andar a escondidas? —preguntó Phoebe con una sonrisa cómplice, y Elizabeth negó con la cabeza a su amiga, pero ellas la conocían demasiado bien.

—¡Elizabeth, nunca habría pensado que serías tú, de entre todas nosotras, quien repetiría semejante falta de decoro! —continuó bromeando Phoebe, y Elizabeth supo que su cara debía estar bastante sonrojada. Sin embargo, Phoebe se apiadó de ella y le puso una mano en el brazo—. Estoy muy contenta. En realidad, eso te hace más perfecta que nunca.

—¡No soy perfecta!

—No, pero siempre parece que lo fueras —dijo Julia con un suspiro—. Yo siempre estoy metiendo la pata una y otra vez, aunque todo parece resolverse al final.

—Eso es lo que importa, ¿no? —preguntó Elizabeth, y Julia sonrió con resignación.

—Supongo que sí.

—¿Cómo va el banco? —preguntó Phoebe, centrándose en los negocios por un momento, y su pregunta trajo otra sonrisa al rostro de Elizabeth.

—Muy bien, en realidad —dijo—. Muchos de los clientes que solicitaron retirar todos sus fondos han regresado. Cuando se trata de los ahorros de toda una vida, la gente puede actuar precipitadamente. En realidad, es reconfortante saber que Clarke & Co. ofrece un servicio tan excelente que ningún otro banco puede competir.

—Y luego está el hecho de que lo manejaste con tanta elegancia —señaló Sarah, y Elizabeth simplemente se encogió de hombros.

—Parece que fue la mejor táctica que podría haber tomado, lo cual es reconfortante. Además, los socios originales han acogido a los antiguos empleados como nuevos socios, y tanto el señor Bates como el señor Larkin han aportado una enorme cantidad de conocimientos que han sido clave para gestionar el personal. Además, han guardado mi secreto, aunque supongo que ya no importa ahora que Gabriel y yo estamos casados.

—¿Sois capaces de trabajar bien juntos como socios en el banco? —preguntó Sarah, y Elizabeth asintió.

—Gabriel no se ocupa mucho de las operaciones diarias, pero tiene, por supuesto, una enorme cantidad de contactos. Juntos, hemos tenido la fortuna de traer un buen número de nuevos clientes al banco.

—Me alegro mucho por ti —dijo Sarah, mirándola, aunque entrecerró los ojos por el sol.

—Gracias, Sarah —dijo Elizabeth—. ¿Tienes algún deseo de encontrar un hombre para ti?

Sarah suspiró y negó con la cabeza.

—Tengo otras preocupaciones en este momento. Antes de ocuparme del resto de mi vida, deseo encontrar a mi padre, solo para saber quién es y si podríamos tener algún tipo de relación.

—Te ayudaremos con eso —declaró Elizabeth, y cuando Sarah comenzó a protestar, levantó una mano—. Sin discusiones ahora. Además, le dará a Gabriel algo en lo que centrar sus energías... algo productivo, quiero decir.

—Muy bien —finalmente accedió Sarah—. Os lo agradezco.

—Por supuesto —dijo Elizabeth—. Ahora, en cuanto a por dónde empezar...

Dejaron el tema de su matrimonio mientras comenzaban a concentrarse en el dilema de Sarah. No sería fácil, pero entre las cuatro —con un poco de ayuda— no parecía haber mucho que no pudieran lograr.

* * *

Esa noche, Elizabeth y Gabriel yacían juntos en su cama, la enorme y masiva monstruosidad de caoba, al menos según el parecer de Elizabeth. Llegarían a un compromiso, le prometió él, y encontrarían un estilo que se ajustara a los dos. Masculino, pero... estéticamente agradable, así era como lo había expresado, si recordaba correctamente.

—¿Echas de menos tu propia casa? —preguntó Gabriel mientras yacían juntos después de hacer el amor, y Elizabeth se encogió de hombros—. Agradezco la oportunidad de cambiar algo de la decoración aquí a mi gusto —dijo ella—. La otra casa siempre será verdaderamente de mi abuela, aunque sé que ella disfrutaba de la compañía cuando yo estaba allí. Sin embargo, Terrence ha decidido instalarse allí ahora. Creo que se estaba sintiendo bastante solo en la pensión.

—Me alegra oírlo —dijo Gabriel—. Es un buen hombre, tu hermano.

Elizabeth asintió.

A la luz de las velas, Elizabeth se maravillaba de la delicia fibrosa del cuerpo de Gabriel. Aunque no había visto exactamente a muchos hombres en su forma desnuda, no podía imaginar cómo cualquier otro podría compararse con Gabriel. Aunque ciertamente él se esforzaba por su aspecto, pensó con una sonrisa.

—¿Qué podría ser tan gracioso? —preguntó él ahora ante su expresión, mientras apoyaba la cabeza en su puño, con el codo en la cama junto a ella.

—Tú —dijo ella, y él arqueó una ceja.

—No puedo decir que a menudo me hayan encontrado gracioso —dijo—. Ingenioso, seguro. Sin embargo, cuando uno es duque, la gente tiende a reírse *con* él y no de él.

—No me consideraría cualquier persona.

—Eso ciertamente no lo eres —dijo, dándole un toque en la nariz con su dedo—. Ahora, dímelo. ¿Qué ha causado tal regocijo?

Elizabeth intentó pensar en la mejor manera de expresar lo que pasaba por su mente.

—Bueno —comenzó, empezando con un cumplido—. Eres un hombre muy atractivo.

Él sonrió, rodeándole el hombro con una mano.

—Continúa.

—Sin embargo, supongo que nunca antes me había dado cuenta de cuánto... esfuerzo requiere hacerte parecer tan perfecto.

Los ojos de Gabriel se abrieron por un momento, y Elizabeth se preocupó de haberle insultado de algún modo. Pero entonces él comenzó a reír, más que su habitual risita, una risa larga y sonora que hizo cantar su corazón. Este era un aspecto de Gabriel que ella no había visto mucho en el pasado, y un aspecto que le gustaba mucho.

—¿Estás llamando vanidoso a tu marido?

—Oh, no diría vanidoso —dijo ella, girándose para colocarse de espaldas y mirar a los dioses y diosas pintados que bailaban en el techo—. Meticuloso, tal vez.

Su risa continuó un poco mientras él se estiraba a su lado.

—Tengo la suerte de contar con Baxter, un ayuda de cámara que soportará mis particularidades —dijo—. Espero que mi esposa también perdone tales costumbres.

Elizabeth alzó la mano y deslizó un dedo por su mejilla, donde la barba del día estaba a punto de emerger, barba que sería afeitada hasta la piel una vez más por la mañana.

—No hay nada que perdonar —dijo ella—. Es parte de quién eres. ¿Y quién soy yo para discutir con los métodos que me proporcionan el hombre más atractivo de toda Inglaterra?

Gabriel le rodeó con un brazo, atrayéndola hacia él una vez más, y la piel de Elizabeth hormigueó al tocar la suya.

—Yo soy el afortunado, amor —dijo, depositando un beso en sus labios, uno que era gentil, estimulante y se sentía más como una caricia que cualquier otra cosa. Cómo le había negado durante tanto tiempo, no tenía idea, aunque sabía que, al final, su momento no podría haber sido mejor.

—Sé una cosa con certeza —dijo él mientras se apartaba de ella, esbozando una sonrisa una vez más.

—¿Cuál es?

—Nunca me aburriré con una mujer como tú en mi vida.

—Me alegra oírlo —sonrió ella—. Habrá mucho que gestionar, entre el banco, tus propiedades, el Parlamento, los hijos...

Sus ojos brillaron ante su última palabra mientras asentía.

—Creo que si alguna vez hubiera dos personas capaces de lograrlo todo, seríamos nosotros dos, ¿no es así?

—Eso espero.

—Yo lo sé.

Se sonrieron mutuamente, pero cuando ella vio que la picardía comenzaba a bailar en sus ojos azules, Elizabeth se volvió suspicaz.

—No estarás tramando otro plan, ¿verdad?

—¿Quién, yo? —preguntó con fingida indignación.

—Gabriel...

—No tengo nada planeado. Aunque...

—Suéltalo ya.

—¿Conoces a mi amigo, el señor Redmond?

—¿David Redmond? —Elizabeth arqueó una ceja—. Un caballero afable, pero todo un libertino, me parece.

—Es incomprendido.

—¿Ha encontrado o no su camino hacia las camas de muchas de las mujeres disponibles del *ton*, y algunas que no están tan disponibles? —preguntó con una ceja arqueada.

—Quizás comprendes algunas de sus acciones, aunque no su carácter en particular.

—Vamos, dime qué estás pensando.

—Solo que, tal vez, Redmond está tratando de llenar un vacío... un vacío en su vida. No sabe lo que le falta: una buena mujer, como tú.

—No creo que este sea un asunto en el que debas involucrarte.

—Bueno, está tu amiga, la señorita Jones...

—¡No! —exclamó ella, incorporándose ahora—. Sarah es el alma más dulce y amable que jamás he conocido. Un hombre como el señor Redmond le rompería el corazón.

—Pero si él solo encontrara a la mujer adecuada, como yo hice...

Elizabeth continuó negando con la cabeza, y finalmente, Gabriel suspiró.

—Muy bien. Lo dejaré estar.

—Sin embargo, es un pensamiento encantador, Gabriel, el preocuparte por tu amigo. Además del hecho de que atribuyes tu felicidad a nosotros.

—Por supuesto —sonrió—. No hace mucho tiempo, habría sido difícil convencerme de que el propósito que estaba buscando era la mujer adecuada para amar.

—Te quiero, Gabriel.

—Y yo te quiero, Elizabeth. Solo a ti. Para siempre.

Epílogo

UN AÑO DESPUÉS

Gabriel sonrió satisfecho cuando Elizabeth entró por la puerta del salón. Podía notar que había llegado apresuradamente, probablemente al oír los sonidos de la pequeña Justine, que balbuceaba en su propio lenguaje, algo que a Gabriel no podía evitar hacerle gracia. Antes de decirle nada a él, Elizabeth se abalanzó sobre los dos, besando a la niña que estaba en el regazo de Gabriel antes de coger al bebé que comenzó a reclamar su atención desde la cuna que tenían al lado, en cuanto sintió su presencia.

—Hola, esposo —dijo ella con una sonrisa y un beso para Gabriel.

—Esposa —respondió él—. ¿Cómo ha ido tu día?

—Perfecto —dijo, sentándose junto a él en el sofá—. He pasado la mayor parte con los niños y luego he visitado el banco durante apenas una hora más o menos.

Su tiempo en el banco había disminuido considerablemente desde que había dado a luz hace unos meses, pero Gabriel admiraba el hecho de que siguiera interesada en atender sus responsabilidades allí. Sin embargo, a medida que se había asentado en su papel, el trabajo había disminuido de alguna manera, especialmente porque tanto los empleados como los clientes se habían dado cuenta de lo capaz que era, y que nada cambiaría con el traspaso del banco de Thomas Clarke a su nieta.

Gabriel miraba ahora con cariño a su esposa, apreciando el hecho de que la maternidad la había, en cierto modo, suavizado. Su deseo de perfección se había relajado un poco, aunque mantenía su sereno control. En aquellos momentos en que necesitaba alguien en quien apoyarse, alguien que la ayudara, él se complacía en estar ahí para ofrecerle un consejo, o no, ya que había llegado a comprender que a veces ella simplemente necesitaba hablar sobre la situación hasta que su brillante mente encontrara la solución.

Había sentido más miedo que nunca en su vida cuando ella dio a luz, pero si había una mujer capaz de hacerlo de manera tan competente, esa era su Elizabeth. Que hubiera dos bebés había sido

algo impactante, pero eran una bendición. El médico se había preocupado al principio, cuando llegó el primer bebé, por qué Elizabeth seguía con tanto dolor. Gabriel había estado fuera de la puerta, caminando de un lado a otro, mientras una de las doncellas le iba informando según él le había pedido: cada diez minutos, le había dicho, y ni un minuto más entre cada vez.

Cuando ella preguntó cómo sabría el tiempo, él le dijo que contara los segundos si era necesario, y esa fue la última vez que protestó.

Cuando oyó llorar al bebé, llamó a la puerta, pero todo estaba en silencio excepto por el bebé y los propios gritos de dolor de su esposa. Cuando estos continuaron, golpeó la puerta con tanta fuerza que casi la derribó.

Entonces la doncella abrió la puerta una rendija para decirle que otro bebé estaba empezando a salir, y él casi se desmaya de la impresión.

—Tengo noticias —dijo ahora, volviendo al presente, y Elizabeth levantó la mirada del pequeño Thomas hacia Gabriel.

—¿Buenas o malas noticias?

—Buenas para nosotros, creo. Algo malas para los de América.

Ella esperó a que continuara.

—Parece que un tal Sr. Henry Clarke recientemente embarcó en un navío que lo llevará hacia el oeste, con la intención de acabar finalmente en Nueva York. Tiene la intención de abrir un banco allí y abrirse camino en un lugar donde es desconocido.

—Oh, vaya —dijo ella, llevándose una mano a la mejilla—. Pobres gentes.

—¿Quién sabe? —dijo Gabriel encogiéndose de hombros—. Quizás lejos de todo lo de aquí, pueda encontrar un lugar para sí mismo. Solo podemos esperarlo. Como mínimo, ya no forma parte de nuestras vidas, y eso es algo por lo que estar agradecidos, ¿no es cierto?

—Supongo —dijo Elizabeth, aunque con cierta vacilación—. Apenas puedo creer lo empeñado que estaba en apartarme del banco, en destruir mi vida.

—Más que eso —dijo Gabriel—. Pero solo provocó su caída, con su deuda empezando a aumentar, y sin amigos en todo Londres. Curiosamente, el Sr. Lang lo ha acompañado.

—¿En serio? —dijo Elizabeth, sorprendida—. Tiene una edad bastante avanzada para hacerlo, pero claro, nunca se casó, y ya no era bienvenido en el hipódromo sin dinero en los bolsillos para apostar. Es interesante pensarlo: nuestros dos antiguos socios, iniciando un banco propio. Espero que no pretendan tener ninguna conexión con Clarke & Co.

—Sus acciones en Clarke & Co. habrían sido más bien una vergüenza —dijo Gabriel—. Estoy seguro de que dejarán todo eso atrás.

—Y nosotros podemos seguir adelante —dijo ella.

—Podemos.

Se sonrieron mutuamente, mirando a los bebés en sus regazos, y Gabriel apenas podía creer la satisfacción que lo llenaba. No había necesitado otro plan, otra propiedad, otro proyecto. Solo había necesitado a una mujer —esta mujer— para completar su vida.

* * *

Querido lector:

¡Espero que hayas disfrutado de la historia de Elizabeth y Gabriel!

Aunque la historia de Elizabeth es, por supuesto, ficticia, está basada en historias reales de mujeres increíbles que se adelantaron a su tiempo. Puede que fuera raro encontrar mujeres en la banca durante el siglo XIX, pero, de hecho, entre 1750 y 1905, al menos setenta y cinco mujeres fueron socias en bancos de toda Inglaterra. Desafortunadamente, la historia no ha documentado bien a las mujeres banqueras, y debo agradecer a Margaret Dawes y Nesta Selwyn por su trabajo al contar sus historias en *Women who made money*. Muchas de las experiencias a las que estas mujeres se enfrentaron están entretejidas en la historia de Elizabeth, y deseo dedicar esta obra a ellas.

La siguiente y última es la historia de Sarah. Es una sanadora que busca respuestas, pero su búsqueda se ve interrumpida cuando un apuesto libertino aparece en su puerta. Puedes leer un adelanto de su historia en las páginas siguientes, o encontrarla aquí.

Si aún no recibes mi boletín de noticias (*newsletter*), ¡no esperes más, únete a nosotros! Recibirás un libro gratis, así como enlaces a sorteos, noticias, rebajas, descuentos, etc.; sabrás que, entre otras cosas, soy adicta al café, que lucho denodadamente para que mis plantas sobrevivan y que descubro casi a diario los tremendos líos en los que se puede meter un perro adorable pero con aspecto de lobo.

Español

English

También puedes entrar a formar parte de mi grupo de Facebook, Ellie St. Clair's Ever Afters, para así estar en contacto diario.

Hasta la próxima, y… ¡feliz lectura!

Con amor,

Ellie

* * *

Dama de charade
Las damas poco convencionales
Libro 4

Criada en un pequeño pueblo estadounidense tras el fallecimiento de su madre, Sarah Jones recibe una enigmática carta sobre la verdadera identidad de su padre, un noble inglés. Viaja a Londres en busca de este hombre mientras se hace pasar por miembro de la aristocracia. Nadie sabe —ni siquiera sus amigos más cercanos— que pasa las noches en una pensión, ganándose la vida tratando a personas que acuden a ella por sus capacidades curativas. Pero una noche, un noble aparece en su puerta, casi muerto, y su vida jamás volverá a ser la misma.

Lord David Redmond, segundo hijo del Conde de Brentford, adora su vida de placeres y su búsqueda constante de diversión. Nunca ha podido entender el atractivo de asentarse con una sola mujer, para disgusto de sus padres. Hasta que una noche, sufre las consecuencias de una aventura que nunca debió ocurrir, y se encuentra derrotado en un duelo fuera de un garito de juego.

Abandonado por muerto en las calles, David despierta para encontrarse en manos de una hermosa mujer que trata sus heridas. Pero más que eso, ella ve en lo más profundo de su alma. Pronto descubren una conexión que ninguno de los dos pidió y de la que no están seguros de poder vivir. Cuando ella finalmente comparte su historia, él jura pagarle encontrando a su padre.

¿Y si la verdad sobre quiénes son es más de lo que cualquiera de ellos puede soportar?

Otras Obras de Ellie St. Clair

Los Remington en la Regencia

El misterio del duque de Debonair

El secreto del apuesto detective

La pista del bastardo brillante

En busca del rebelde recluido

Las damas poco convencionales

Dama de Misterio

Los escándalos de las inconformistas

Diseños para un duque

Inventando al vizconde

Descubriendo al barón

El experimento del criado

Los escándalos de las inconformistas: Serie Completa

Las Rebeldes de la Regencia

Dedicada al amor

Sospechosa de amor

En la senda del amor

Vencida por amor

Rebeldes de la Regencia Serie Completa: Libros 1-4

Y fueron felices para siempre

El duque de sus sueños

Su duque llegará algún día

Érase una vez un duque

Un duque rentable

El amor del vizconde

Novias Florecientes

Un duque para Daisy

Un marqués para Marigold

Un conde para Iris

Un vizconde para Violet

Navidad

Su deseo de Navidad

* * *

Libros de ingles: www.elliestclair.com

Acerca de la autora



A Ellie siempre le ha gustado leer y escribir, y también la historia y las historias. Lleva muchos años escribiendo cuentos cortos, pequeños ensayos y, sobre todo, lo que verdaderamente le apasiona, novelas románticas.

Ha habido romanticismo en todas las épocas de la historia, y a Ellie le encanta explorar distintos periodos, culturas y localizaciones geográficas. Independientemente del lugar y el momento, el amor siempre triunfa. Tiene debilidad por los «chicos malos» y por las heroínas con carácter, por lo que nunca faltan ambos en sus novelas.

No hay nada que guste más a Ellie y a su marido que pasar tiempo en casa con sus dos hijos y el perro cruce de husky que forma parte de la familia. Durante el verano lo más normal es encontrarla paseando cerca del lago, y todo el año empujando el cochecito de bebé por todas partes. Pero lo que nunca le falta es el portátil en el regazo ni un libro entre las manos.

También le encanta escribirse con sus lectoras, así que… ¡ponte en contacto con ella, no te arrepentirás!

www.elliestclair.com
ellie@elliestclair.com